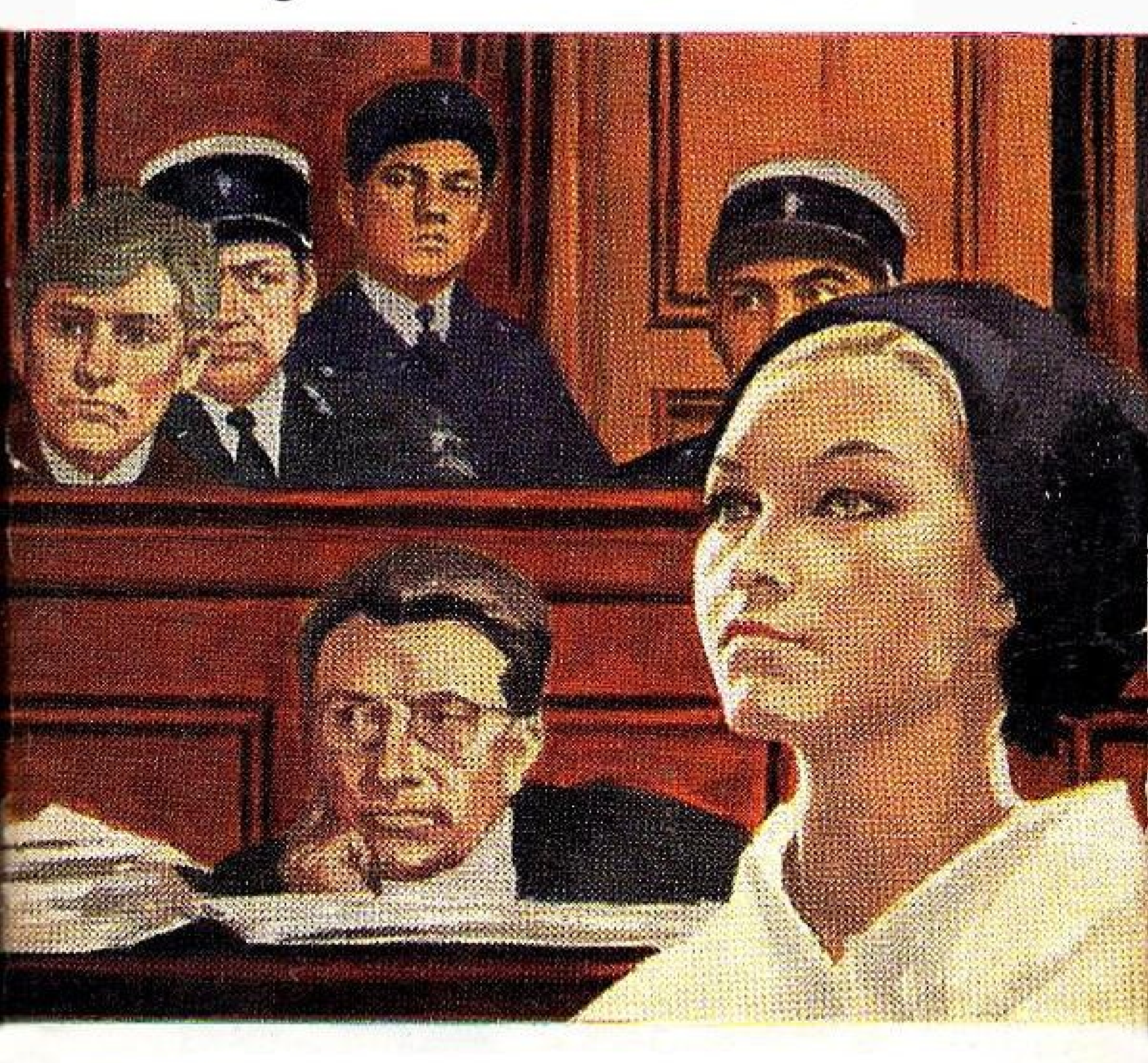
# Guy des Cars



# EL SOLITARIO

¿Puede haber soledad más honda que la de un hombre ciego, sordo y mudo? Tal era el caso de Jaques Vauthier agravado por el hecho de ser acusado de asesinato… Vauthier «el solitario», encerrado en sí mismo, se niega a defenderse; sólo la paciencia y la minuciosidad de su abogado le separan de una condena irremediable. Cuando Victor Deliot, un oscuro abogado carado de experiencia, acepta defender al «monstruo», sabe perfectamente que está ante un caso muy difícil, probablemente el gran caso de su vida.

Lectulandia

Guy des Cars

# El solitario

**ePub r1.0**
**Titivillus** 04.11.16

Título original: *La Brute*
Guy des Cars, 1958
Traducción: Irma Raquel Echeverría

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

## Capítulo primero

# EL ACUSADO

Después de recorrer todo el perímetro de la sala de Pasos Perdidos atravesó la galería Marchande, como venía haciéndolo tres veces por semana desde casi medio siglo atrás. Aseguraba que este paseo, del que no podía prescindir, le permitía «respirar el aire puro del Palacio». Todo era en él rutinario: desde su monótono modo de andar hasta esa particular costumbre, al encontrarse con un colega, de esbozar una leve reverencia tomando la toga con la punta de los dedos. Los lunes, miércoles y viernes, exactamente a la una de la tarde, subía la gran escalinata que daba a la avenida del Palacio para dirigirse, sin prestar atención a nadie, hacia el guardarropa de abogados.

Allí, casi con pena, dejaba su sombrero de fieltro en invierno y el amarillento *canotier* en verano para ocultar, con su birrete echado hacia atrás, la desnuda nuca. Así cubierto y sin quitarse la chaqueta, se ponía una raída toga sobre la que no aparecía la Legión de Honor ni condecoración alguna. Con este doble atavío aparentaba una corpulencia que estaba, en realidad, lejos de tener, a pesar de que ya había pasado los sesenta.

En el momento de abandonar el guardarropa para comenzar su ronda habitual completaba su silueta deslizando bajo el brazo izquierdo una vieja cartera de cuero, en la que, por toda pieza de convicción, había un número de la *Gaceta de los Tribunales*.

Una vez provisto de estos atributos profesionales comenzaba a saludar a sus colegas, convencido entonces de que había abandonado el incógnito de la vida civil por los esplendores de la vida judicial. En el Palacio conocía de vista a todo el mundo, desde los más ilustres Presidentes de las Cortes hasta los más humildes escribanos, pasando por la numerosa cohorte de apoderados, procuradores, abogados y abogaduchos, a los que solía encontrar por azar en las distintas cámaras caldeadas, corredores polvorientos o interminables escaleras. Conocía a todo el mundo, pero nadie sabía con exactitud quién era él. Los más jóvenes entre los nuevos colegas se habían preguntado, más de una vez, qué beneficio podría obtener ese fantoche mal ataviado, de colgantes bigotes y oscilantes lentes, errando así en el inmenso edificio donde raramente defendía algún pleito.

A él no le preocupaba la opinión del foro sobre su conducta. Deambulaba de archivo en archivo, de tribunal en tribunal, consultando los letreros que anunciaban los «asuntos pendientes». Cuatro o cinco veces por año se le veía ante alguna cámara correccional esforzándose en obtener la indulgencia del tribunal para algún vagabundo reincidente. Su actividad profesional, su talento oratorio y su ambición parecían limitarse a eso. Tal era Víctor Deliot, inscrito hacía ya cuarenta y cinco años en el Foro de París.

Siempre estaba solo. Uno que otro de los «antiguos» le hacía al pasar, pero sin detenerse, un simple ademán amistoso, prefiriendo evitar a un colega tan poco influyente y tan incapaz de aportarle jamás algún «caso» interesante. Fue por ello que Víctor Deliot se asombró y se inquietó, a la vez, al sentirse interpelado en la galería por un ujier:

—¡Ah!, doctor Deliot. Desde hace veinte minutos lo busco por todas partes… El señor decano del Colegio de Abogados lo llama urgentemente a su despacho.

—¿El decano? —tartamudeó el viejo abogado—. ¿Para qué me llama?

—No lo sé —respondió el ujier—, pero es urgente. Lo espera.

—Está bien. Ya voy.

No se apresuró, pues conocía a Musnier de tiempo atrás. Habían cursado juntos los estudios de derecho y se inscribieron el mismo año en el Foro de París, después que Deliot hubo ayudado a su camarada a preparar la tesis. Musnier no se había revelado alumno brillante durante sus estudios, mientras que Deliot siempre había deslumbrado a los tribunales examinadores.

Las cosas habían cambiado desde esos lejanos tiempos. Al comenzar su carrera, Musnier había tenido la notable oportunidad de ser designado de oficio para asumir la defensa de un resonante caso, en el que había conseguido hacer absolver a una cliente a quien la opinión pública condenaba de antemano. A continuación, el joven abogado no había tenido más que dejarse llevar por su creciente renombre. Gloria exagerada, opinaba Deliot, quien tenía a su amigo por un defensor execrable. Pero después de cuarenta y cinco años de continua mediocridad, el vencido por la mala suerte se resignaba a vegetar, recogiendo los asuntos que rechazaban sus colegas. Víctor Deliot vivía, y a duras penas, de las migajas del Palacio.

En el fondo detestaba cordialmente a Musnier, el cual, como todos los arribistas, no deseaba de ningún modo volver a encontrar en su luminoso camino a los camaradas de los años mozos que lo habían conocido menos brillante. Después que Musnier fue elevado al codiciado puesto, Deliot solía encontrarlo en el Palacio; el presidente, cuidadoso de su jerarquía, dignábase apenas responder a su saludo. Deliot no se extrañaba, comprendiendo muy bien que a los ojos de un hombre como Musnier —que no admitía la persistente mala suerte—, él era la vergüenza del gremio. Fue en este estado espiritual cuando el frustrado y viejo hombre de leyes golpeó tímidamente a la puerta del despacho del señor decano del Colegio de Abogados.

—¡Buenos días, Deliot! —le dijo Musnier, con desacostumbrada amabilidad—. ¡Me parece que hace siglos que no charlamos! ¿Por qué diablos no vienes nunca a verme?

Deliot estaba pasmado: su antiguo camarada aparecía casi sonriente.

—Bueno, tú sabes… —balbuceó—; no quiero molestarte; estás tan ocupado…

—¡No! Nunca, cuando se trata de recibir un amigo… ¿Un cigarro?

Deliot titubeó antes de introducir la mano en la magnífica caja que se le ofrecía, y terminó por servirse, diciendo:

—Gracias. Lo saborearé esta noche.

—¡Vaya! Toma otros…

El decano le tendió un puñado de cigarros que, confuso, Deliot se apresuró a hundir en los bolsillos de su chaleco por la abertura de la toga.

—Bueno… ¡Siéntate, siéntate!

Deliot obedeció. Musnier se quedó de pie y comenzó a caminar de un lado a otro, detrás de su ancho escritorio.

—Dime, ¿has oído hablar del caso Vauthier?

—No.

—¡No me extraña, conociéndote! ¿Es que nunca cambiarás? Pero ¿qué diablos haces todo el día por el Palacio?

—Vago de un lado a otro…

—Eso es lo que me preocupa. He estado pensando en ti… —Deliot abrió los parpadeantes ojos detrás de sus lentes—. El caso Vauthier, que tú ignoras, ha hecho mucho ruido hace seis meses. Este Vauthier ha matado a un norteamericano a bordo del *De Grasse* durante una travesía de Nueva York a El Havre… Un crimen insensato, cuyo verdadero móvil no ha podido aún ser descubierto. Vauthier mató a un hombre al que no conocía ni jamás había visto, ¡y al que ni siquiera robó! Naturalmente, el comandante del *De Grasse* lo hizo encarcelar a bordo, entregándolo a la policía, que fue a prenderlo en el puerto de El Havre. Actualmente está en la Santé, de donde seguramente se le traerá, para ser juzgado, dentro de unas tres semanas. Eso es todo.

—Y tu prisa por verme, ¿es para referirme este suceso?

—Así es…, porque abrigo la intención de confiarte el caso.

—¿A mí?

—Exactamente.

—¡Pero yo no soy abogado criminalista!

—¡Razón de más para que ahora lo seas! ¿Vas a resignarte con tu correccional? Escúchame: me desespera ver a un hombre de tu valor y edad perder su tiempo y su talento con historias de perros aplastados, contravenciones o rufianes principiantes… ¡Sacúdete un poco, Deliot! Lo correccional es para tomarlo a risa, mientras que lo criminal es asunto serio. Desde el momento en que un individuo defiende su cabeza, la opinión pública se apasiona y es ella la que cuenta en nuestra carrera. Puedes estar seguro de que si no sales mal librado de este caso, seguramente recibirás otros, ¡y buenos!

—Evidentemente —reconoció Deliot—. Tal vez tengas razón, y… te agradezco que hayas pensado en mí…

—Te advierto de antemano que no ganarás un Perú; financieramente, el caso Vauthier no es interesante. No hay dinero. Pero será magnífico para ti desde el punto

de vista publicitario. ¡Ah!, olvidaba darte un detalle importante: en esta causa ya han intervenido dos de nuestros colegas… Charmaux y de Silves… ¿Los conoces?

—De nombre.

—¡Eso tampoco me extraña! Pero es que entonces… ¿tú no conocerás jamás a nadie, mi pobre amigo? ¡Por eso no trabajas! Entre colegas nos ayudamos, nos consultamos; la solidaridad profesional se pone en juego… ¡En fin! Charmaux ha devuelto el sumario sin dar razones, después de haber estudiado la causa durante un tiempo. Le hablé de eso a de Silves, que es un muchacho brillante y que me dio a conocer en cierta ocasión su interés por este caso Vauthier. Algunos días después, Charmaux le enviaba todo el sumario; personalmente tuve la impresión de que estaba encantado de deshacerse de él. Todo marchaba perfectamente, cuando ¡paf!… Mi amigo de Silves me viene a ver la semana pasada para notificarme resueltamente que él no podía ocuparse de la causa… ¡Y esto a tres semanas de la apertura del proceso! Me puse en seguida en busca de un nuevo defensor y… ¡no me creerás! No encontré ninguno. Se han negado todos… Por consiguiente, estoy obligado (y de conformidad con el Presidente Legris, que dirigirá los debates) a nombrar a alguno de oficio. Entonces pensé en ti…

Al pronunciar estas últimas palabras, la mirada huidiza del decano evitó la de Deliot que, por fin, descubría la verdadera razón de la excesiva amabilidad de que era objeto.

—Aquí está el sumario —prosiguió vivamente Musnier, señalando una voluminosa carpeta atestada de papeles que ocupaba el centro del escritorio.

El viejo abogado, después de levantarse, tomó el peso del expediente antes de responder:

—Comprendo perfectamente. De cualquier manera, no podré decir que mis ilustres predecesores no han acumulado una cantidad impresionante de piezas probatorias. Esperemos que todas sean convincentes…

Introdujo el sumario en la cartera, donde la causa Vauthier tenía de vecina a la *Gaceta de los Tribunales*, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Deliot! —lo llamó, algo molesto, el decano—. ¿Me guardas rencor?

—No… No tengo nada que reprocharte. Has cumplido con tu obligación, eso es todo; y yo trataré de cumplir con la mía.

—¡Haces mal en tomar las cosas en esa forma! Ayer, antes de llamarte, hojeé este sumario con el solo objeto de enterarme por qué razón nuestros colegas se habrían librado de él. Ahora creo estar mejor informado. En sí, la causa parece bastante banal: el crimen está confirmado… Además, el asesino no ha pensado negarlo en ningún momento. La personalidad de la víctima me ha parecido anodina. En cambio, la del criminal, este Jacques Vauthier, es una de las más curiosas. Bien podría haber sido eso lo que alejó a los sucesivos defensores…

—¡Ah! Sin duda vas a anunciarme que es un monstruo.

—No quiero influir en ti… Lee el sumario y tú mismo te darás cuenta. Podría ser

también que tuvieses necesidad de prórrogas suplementarias para preparar la defensa; si te encuentras apremiado, no dudes: ven a decírmelo y haremos postergar la causa.

—Haré lo imposible por evitarlo —respondió Deliot—. Cuando el vino está servido, hay que beberlo; cuando ha sido cometido un crimen, hay que juzgarlo sin tardanza. O el acusado es culpable y hay que condenarlo cuanto antes, o es inocente, y entonces es injusto prolongar su prisión preventiva.

—En este caso, viejo, me parece que la culpabilidad de tu nuevo cliente no puede ser puesta en duda. Y sobre todo, si se tiene en cuenta su actitud después del crimen, cabe suponer que lo declararán culpable.

—Permíteme hacerte notar, mi querido decano, que ese punto preciso nos concierne únicamente a él y a mí.

—Es verdad. Pero al fin y al cabo, ha matado. Ahora que… ¡Dios santo!, seis u ocho meses de prisión preventiva no significarían una diferencia muy grande en el total que recogerá, suponiendo que consigas salvarle la cabeza…

—Volveré a darte mi impresión dentro de ocho días —dijo simplemente Deliot, a guisa de despedida.

Consideró superfluo estrechar la mano de este «malhadado decano» que lo abrumaba con un caso imposible.

Por primera vez, cruzó rápidamente la galería Marchande. Al llegar a la entrada del salón de Pasos Perdidos se encontró frente a frente con Berthet, uno de los numerosos colegas que de ordinario parecían no reconocerlo.

—¡Pero si es el buen Deliot! —exclamó Berthet—. ¿Cómo le va, querido amigo?

Admirado, poco le faltó a Deliot para dejar caer la cartera. Era un día de sorpresas.

—¡Enhorabuena! —continuó su interlocutor, señalando la cartera abultada por el expediente Vauthier—. ¡Trabajo en puerta! ¿Interesante por lo menos?

—Tengo acá —respondió el viejo abogado, asumiendo un aire confidencial— un caso extraordinario…

—¿De veras? ¿En lo correccional?

—¡Criminal! —dijo negligentemente Deliot, y se alejó, dejando a Berthet estupefacto.

Mientras llegaba al guardarropas para cambiar su informe birrete por el abollado sombrero de fieltro, el nuevo defensor de Vauthier pensó que al fin, por primera vez en su vida, acababa de apuntarse un tanto. El solo hecho de haber podido pronunciar esa palabra, terrible y mágica a la vez: «criminal», de golpe lo volvía a valorizar. Ahora era necesario tener éxito a cualquier precio. Pero ¿qué podía haber en ese sumario para que nadie lo quisiese?

Lo supo algunas horas después, una vez que hubo leído y releído las hojas acumuladas por sus dos antecesores. Algunas estaban sobrecargadas de anotaciones personales. Deliot comenzó por borrar todas las apreciaciones de sus colegas. Jamás

anotaba algo, prefiriendo atenerse únicamente al texto —cuya aridez le satisfacía— y fiándose de su memoria.

Afuera caía ya la noche invernal, aunque eran apenas las cinco. El gabinete de trabajo, que cumplía funciones de biblioteca y única pieza de recepción en el modesto departamento —que Víctor Deliot ocupaba desde hacía años en el quinto piso de un viejo edificio de la calle Saints-Péres—, no estaba iluminado esa noche más que por la lámpara de pantalla verde colocada sobre el escritorio. El abogado se dirigió con pesado paso hacia un armario disimulado en el fondo del vestíbulo y descolgó una bata incolora que se endosó, como la toga, encima del traje; luego entró en la estrecha cocina, donde recalentó el café preparado por la sirvienta. Llevó al gabinete de trabajo la cafetera y una cascada taza; colocó la primera sobre la estufa —única fuente de calor del departamento—, y la segunda fue a parar sobre la raída alfombra a los pies del viejo sillón en el que el abogado se hundió, después de decidirse a encender uno de los cigarros ofrecidos por el decano. Al cabo de un cierto tiempo, la beatitud de ese relativo bienestar le pareció completa al viejo solitario.

Con los ojos semicerrados, Víctor Deliot reflexionaba. No salió de su aparente somnolencia más que en dos oportunidades, para alargar el brazo hacia la mesa escritorio donde se encontraba el teléfono.

—Hola, ¿el doctor Charmaux? Le habla Deliot… No nos conocemos personalmente, pues no se había presentado todavía la ocasión de encontrarnos por necesidades de la profesión… y créame, mi querido colega, quién más lo siente soy yo. Me permití telefonearle por el asunto Vauthier que, por así decir, acabo de heredar. No, no es más el doctor de Silves, y… ¡Dios mío!, lo he aceptado. Ésta es la principal razón por la que lo he llamado: para preguntarle, como dato estrictamente confidencial y entre colegas, por qué ha juzgado usted preferible renunciar a esa causa.

La contestación fue larga y enredada. Víctor Deliot lo escuchaba meneando la cabeza y acentuando de tiempo en tiempo las frases de su colega con: «¡Vaya, vaya!», o «¡Qué raro!». Cuando el doctor Charmaux hubo terminado sus explicaciones, el viejo abogado le dijo con cortesía exclusivamente profesional:

—Discúlpeme una vez más, mi querido colega, por haberlo molestado. Comprendo perfectamente los motivos imperiosos que lo obligaron a renunciar, pese a usted mismo, a defender esta causa. Le agradezco desde ahora su amabilidad y me atrevo a esperar que se presente la grata oportunidad de conocerlo ampliamente uno de estos días…

Colgó, repitiendo: «¡Curioso, muy curioso!». Algunos minutos más tarde marcaba otro número en el automático.

—Hola. Desearía hablar con el doctor de Silves, de parte de su colega Deliot… «De», como Denise, «Liot», casi como león…

Pudo comprobar que su nombre no debía ser pronunciado muy a menudo en casa de su ilustre colega, cosa que no le importaba.

—Hola… ¿El doctor de Silves? Habla Deliot…

Reiteró las mismas excusas por las molestias causadas, formuló la misma pregunta, escuchó, meneó de nuevo la cabeza, agradeció y colgó, murmurando: «Extraño… muy extraño».

El silencio se apoderó de nuevo de la salita perfumada con el aroma del interminable cigarro. Afuera estaba cada vez más oscuro, pero la lámpara de pantalla verde quedó encendida hasta el alba.

Cuando la sirvienta penetró en el departamento a la mañana siguiente, se sintió francamente sorprendida al encontrar al dueño de casa dormido en el sillón. Al entrar en el dormitorio, para cerciorarse de que el abogado no había utilizado su cama, oyó la voz pastosa de Víctor Deliot que preguntaba:

—¿Es usted, Louise? Entonces, ¿qué hora es?

—Las ocho, señor.

—¿Ya? —refunfuñó el abogado, antes de agregar—. ¿Será necesario repetirle cada mañana, mi buena señora, que el común de los mortales nos llama «doctor»? ¿Por qué? No sabría contestarle, pero es así… Pronto, hágame el café.

—¿Lo ha tomado todo?

—Sí.

—No ha debido dormir mucho…

—No mucho, en efecto.

***

Durante esa noche de insomnio, poco tiempo después de la conversación con el doctor de Silves, Víctor Deliot recibió una visita.

—Buenas noches, doctor. He estado muy inquieta. Lo he buscado por todos los rincones del Palacio…

—He regresado más temprano que de costumbre.

—No estará enfermo, pienso.

—No, hija mía…

Danielle no era su hija y ni siquiera parienta suya, pero Deliot había adquirido la costumbre de llamar así a la joven estudiante que cursaba su doctorado en la Facultad de Derecho. Como tantas otras jóvenes semejantes, Danielle Gény aspiraba a actuar en el Foro. Algunos meses antes, por un caso fortuito, había conocido a Víctor Deliot en la terraza de un café del bulevar Saint-Michel. Rápidamente, el viejo veterano y la abogada en ciernes habían simpatizado. Con su habitual espíritu contradictorio, Víctor Deliot había tratado, de entrada, de disuadir a la joven de inscribirse —una vez terminados sus estudios— en un tribunal cualquiera, no olvidándose de advertirle que el Derecho es el medio para alcanzar el éxito esperado. Danielle, que había llegado a la capital cinco años antes, desbordante de ambiciones y esperanzas juveniles, se desconcertó. ¿No le pintaba su nuevo amigo, con una franqueza conmovedora, la

miseria que la esperaba si no conseguía afirmarse en sus primeros pleitos? Deliot hizo comprender a la joven que estaba mejor asesorado que cualquiera sobre ese tema, para tener derecho a dar consejos.

Esta particular modestia creó la corriente de simpatía que los unía. Danielle consideró que no era necesario tomar todas las ocurrencias del abogado como verdades del Evangelio, y se aferró a él. Poco a poco Víctor Deliot comenzó a interesarse en sus estudios. Danielle era la única mujer —además de Louise, la sirvienta— que podía penetrar a cualquier hora en la intimidad, un poco bohemia, del departamento de este hombre maduro. En un momento dado se preguntó si su nuevo amigo no se habría enamorado de ella; pero no tardó en comprender que Víctor Deliot no amaría jamás a nadie. No porque fuese egoísta, sino porque, por principio, detestaba a las mujeres. ¿Sería, tal vez, porque nunca le habían prestado atención? Despreciaba, entre todas, a sus colegas femeninas, de las cuales tenía este juicio lapidario:

—O hacen dormir al jurado o lo exasperan; el resultado, de cualquier manera, es desastroso.

Sin embargo, Danielle ansiaba defender alguna causa y era ésa la principal razón por la cual se aferraba al viejo solitario que le había enseñado, entre otras cosas, los innumerables secretos del oficio. Siempre se había extrañado de que Víctor Deliot no triunfara en su carrera.

Era ella, a pesar de su horror instintivo a toda clase de correspondencia, la que tecleaba sobre la vieja máquina de escribir del gabinete las escasas cartas que él no podía dejar de enviar por necesidades de su trabajo. «¡*Scripta manent*!», tenía él la costumbre de decir; «¡Siempre que no venga alguien a escudriñar mis pensamientos!».

—Hija mía —dijo el soñador del cigarro, cuando la joven estudiante penetró en su gabinete—, ya que usted ha tenido la gentileza de visitarme esta noche, debo creer que la preparación de su tesis no tiene mayor prisa… Puede, entonces, hacerme un gran favor instalándose en seguida detrás de esa máquina para escribir una misma carta en cinco ejemplares. Cuando esté lista, usted no tendrá más que agregarle a mano Madame o Monsieur, según los destinatarios, cuyas direcciones le daré en seguida.

—¿Se trata de alguna nueva causa en lo correccional? —preguntó la joven, tomando asiento delante del teclado.

—No, precisamente… Acabo de tomar una decisión importante. Renuncio a lo correccional para dedicarme a lo criminal. ¿Ve usted ese impresionante expediente sobre mi escritorio? Pertenece al primer hombre al que trataré de salvarle la cabeza. La causa se presenta bastante mal… No se trata de un cliente ordinario; le puedo asegurar que, según mi memoria de abogado, ¡no se debe haber registrado jamás algo semejante! Ante todo, no quiere ser defendido. Eso es muy fastidioso; implicaría declararlo culpable, y como yo tengo la intención de defenderlo —pese a él mismo, si

es necesario—, ¡me temo que tendremos algunos contratiempos! ¿Está lista? Ponga la fecha de hoy. Deje un espacio en blanco para Monsieur o Madame y le dicto.

*»Habiéndoseme encomendado asumir la defensa de Jacques Vauthier, cuyo proceso se abrirá el 20 de noviembre, próximo ante la Cámara en lo Criminal del Sena, para responder del asesinato de John Bell, cometido el 5 de mayo último a bordo del vapor* De Grasse, *le quedaría muy agradecido me concediera una entrevista, en caso de que no pudiera venir a verme, o bien pasara por mi despacho lo más pronto posible, ya que el plazo que queda hasta la primera audiencia es muy breve. A la espera de su pronta contestación, lo saluda, etc…».*

»¡Listo! Anote ahora las cinco direcciones para cerrar los sobres que usted llevará en seguida —una vez que yo firme las cartas— al correo central de la calle del Louvre. Pueden salir todavía esta noche; los destinatarios las recibirán mañana y ganaríamos un día. Le dicto: «Mme. Jacques Vauthier, Hotel Régina, 16 bis, Rue des Acacias, París». Es su última dirección conocida, de acuerdo con los datos del expediente. No olvide cruzar el sobre con: «Hacer seguir»… Segunda dirección: «Mme. Simone Vauthier, 15 Avenue du Général Leclare, Asniéres». Tercera: «Monsieur le docteur Dervaux, 3, rue de París, Limoges». Las dos últimas cartas a la misma dirección: «Institution Saint-Joseph Sanac, Haute Vienne»; los nombres respectivos de: «Monsieur Ivon Rodelec» y de «Monsieur Dominique Tirmont». Eso es todo… ¿Mañana tiene clases en la Facultad?

—Una sola, que podría «olvidar».

—¡No vacile! Quisiera que usted estuviese aquí desde las ocho y media de la mañana, para que esto no quede solo; yo no estaré en todo el día y no podré regresar antes de las nueve de la noche. Espéreme y atienda el teléfono. Si alguna de las personas a las que acabo de escribir da algún signo de vida, fíjele una cita para pasado mañana a cualquier hora: yo me las arreglaré. ¿Entendido? No se ausente a la hora del almuerzo; le daré instrucciones a la sirvienta para que le prepare comida.

—Pero, doctor… si hubiese alguna comunicación urgente para usted, ¿dónde podré llamarlo por teléfono?

—¡No sé! Espere mi regreso. Listo, las cartas están firmadas. ¡Vuele a la calle del Louvre!

—Doctor, ¿sería indiscreto preguntarle quiénes son estas personas a las que usted escribe?

—Muy indiscreto, hija mía; pero, pese a eso, se lo diré, ya que usted se convierte en esta causa en mi colaboradora. Esos cinco desconocidos me parecen susceptibles de ser excelentes testigos a favor. ¡Lo que no significa que todos quieran presentarse a citación judicial! Será cuestión mía encontrar los argumentos necesarios para decidirlos…

La joven partió sin pedir más explicaciones; sabía que el abogado no se las daría.

***

Víctor Deliot pasó el resto de la noche meditando, y mientras saboreaba los cigarros del presidente, llegó a la conclusión de que era imprescindible trabar conocimiento con su cliente.

No mintió entonces al confiarle a Louise, la mañana siguiente, que la noche anterior no había dormido lo suficiente. Después de tragar el frugal desayuno preparado por la buena mujer y una vez desprovisto de su vieja y estropeada bata, se hizo un breve arreglo matinal sin tomarse siquiera el trabajo de afeitarse. Después salió, diciendo:

—Louise, la señorita Gény llegará dentro de un rato y se quedará aquí todo el día, hasta que yo vuelva. Usted le preparará un buen almuerzo: no olvide que a su edad se tiene un apetito voraz… Hasta mañana, mi buena señora.

Una hora después, provisto de las autorizaciones necesarias, caminaba a lo largo de un corredor de la Santé. El guardián que le servía de guía preguntó:

—¿Viene a ver al número 622?

—Sí.

—¡Le deseo buena suerte! Si usted consigue sacar alguna cosa de ese sujeto… ¡será un milagro! ¡Es tan hermético como una puerta de prisión!

—Su chiste, amigo mío, no me parece del mejor gusto.

—Pero… si yo le dije eso, doctor, fue simplemente para ponerlo en guardia. Todos los abogados que vinieron a verlo han renunciado a su defensa. Es un pobre tipo, al que sería mejor mandarlo a un asilo. Se comentaba también que no se le podía encontrar un abogado…

—Lo han engañado por partida doble: mi cliente no es un «pobre tipo», y tiene un defensor… ¡Yo!

—Si es así… —gruñó el guardián, pensando: «Este abogado, o es un loco o es un sádico».

Las llaves rechinaron y la pesada puerta engrillada se abrió. Calzándose los lentes para contemplar a su nuevo cliente, Víctor Deliot penetró en la celda acompañado del guardián, que volvió a cerrar cuidadosamente la puerta detrás de ellos.

Allí estaba, acurrucado contra el suelo, en el rincón más oscuro de la exigua celda. Y, a pesar de esta extraña posición, aparecía gigantesco. Esa cara rectangular, terminada por una mandíbula desmesurada y coronada por duros cabellos, no tenía nada de humano. El abogado hizo un movimiento de retroceso y por un instante se preguntó si no estaría en presencia de un monstruo escapado de alguna lejana selva virgen. No era posible encontrar un ser más impresionante. El pecho era enorme, y los dos brazos colgaban a lo largo del cuerpo terminando en velludas manos de asesino…, manos al acecho de la presa.

Lo que más chocaba en su cara era la ausencia absoluta de vida: los ojos estaban abiertos, pero apagados; los labios bestiales, los pómulos salientes, las cejas espesas y prominentes, la tez pálida, cadavérica, en la penumbra. La única expresión de vida venía de su respiración: el soplo era poderoso. Jamás, en el curso de su vida, Víctor Deliot se había encontrado en presencia de un individuo semejante. Necesitó hacer un verdadero esfuerzo sobre sí mismo para encontrar la fuerza necesaria y preguntar al guardián:

—¿Está siempre en esa posición?

—Casi siempre.

—¡Es realmente pavoroso!

Y Victor Deliot pensó en esos extraños monstruos —de perversa imaginación— inventados hace algunos años en el cinematógrafo: desde Frankestein hasta King Kong, pasando por el doctor Jekyll y Mr. Hyde.

—¿Qué le parece a usted? ¿Sabrá que nosotros estamos aquí? —preguntó otra vez al guardián.

—¿Él? Lo adivina todo. Causa verdadero estupor observar hasta qué punto comprende sin ver, ni oír, ni hablar.

—No me extraña —respondió el abogado—. Según los primeros informes que tengo sobre él, este muchacho es instruido y muy inteligente. ¿Le han dicho que este monstruo hasta ha escrito un libro?

—Uno de sus predecesores, el doctor de Silves, me lo ha contado; pero no lo he podido creer…

—Ha hecho mal. Le traeré ese libro: aquí no le debe faltar tiempo, precisamente, para leer una novela.

—¿Cómo habrá hecho?

—Sustituyendo los sentidos que le faltan: la vista, el oído y además la palabra por los tres que le quedan: el tacto, el gusto y el olfato. Pero esto sería demasiado extenso para explicárselo.

—Por lo que atañe al olfato, mis camaradas y yo hemos notado que él nos reconoce desde que entramos en la celda. Estoy seguro que sabe muy bien, por ejemplo, que soy yo el que está hoy de guardia.

—¿Tiene buen apetito?

—No. Pero es necesario reconocer también que la comida no es buena.

—¿Sabe utilizar correctamente la cuchara y el tenedor?

—¡Mejor que usted y que yo cuando está bien! Por lo tanto, la mayor parte de las veces no toca su ración… Mire usted: lo que él necesitaría, en realidad, serían visitas… ¡Su vida en esta prisión debe ser peor que la de un animal en el zoológico! Parecería una burla, pero la verdad es que se aburre… ¡Nada puede hacer! No puede leer, ni escribir, ni tampoco conversar con nosotros cuando venimos a verlo…

—Usted debe tener razón. Pero sería necesario, también, que él hubiera manifestado el deseo de recibir visitas, y que éstas conocieran los distintos medios de

conversación que se pueden emplear con él… ¿Le parece a usted que es sano mentalmente?

—Todos los médicos que han venido a examinarlo, y sólo Dios sabe cuántos han sido, afirman que lo es…

—¿Cómo diablos se pudieron dar cuenta?

—Llegaron acompañados de intérpretes que trataban de hablar con él. Le tocaban los dedos dibujándole las palabras, o algo así.

—¿Y eso daba resultado?

—Todos afirmaron que no contestaba, a propósito. ¡Este tunante no quiere ser defendido!

El cliente de Víctor Deliot se había levantado bruscamente y se mantenía, adosado al muro, en una posición de defensa, como si temiese que se le aproximaran, y listo para responder al ataque. Sobrepasaba a sus visitantes en una cabeza.

—¡Pero si es un gigante! —murmuró el abogado—. Tiene el cuerpo de un atleta… ¡No me extraña que se haya tragado a su víctima! ¿Por qué se balancea sobre las piernas de esa manera?

—No sé… Una costumbre… Parece un oso encerrado en su jaula. ¡Cuidado, doctor! Nos ha señalado. Mire cómo resopla… ¡No se le acerque demasiado! ¡Nunca se sabe!

Pero el abogado no prestó atención al aviso y, por el contrario, se aproximó. Cuando estuvo a una pequeña distancia de su cliente colocó sus manos sobre las del anormal, quien, vivamente, las retiró, como si a su contacto hubiese experimentado repulsión. Víctor Deliot no se dio por vencido y le acarició también la cara: el bruto se retrajo sobre sí mismo, emitiendo un grito ronco que podía haber sido el de una bestia.

—¡Cuidado, doctor! —volvió a gritar el guardián. Pero ya era demasiado tarde…

Los brazos del coloso apresaban los hombros del abogado y lo sacudían, gruñendo. Las enormes manos se aproximaban ya al cuello… El guardián se precipitó y —con todo éxito— le propinó un garrotazo en la nuca, obligándole a soltar su presa. El gigante lanzó un grito de dolor y retrocedió hasta la pared.

—¡Uf!… —dijo simplemente el viejo abogado, inclinándose a recoger sus lentes del piso.

—¡Yo le previne, doctor! ¡Es un verdadero bruto!

—¿Está usted seguro? —respondió Víctor Deliot, reajustando sus lentes sobre la nariz. Una vez hecho esto, se aproximó de nuevo a su cliente y se quedó un largo rato contemplándolo, antes de continuar:

—Parecería que todo lo que me confiaron mis colegas por teléfono fuese exacto. Comprendo ahora por qué han preferido renunciar. Evidentemente, es peligroso defender a este hombre… Su caso es más que interesante. Desearía saber, de todas maneras, por qué acomete en esa forma a todos aquellos que tratan de salvarlo. Yo no le he hecho nada, pero me odia con la misma intensidad que a Charrnaux o a de

Silves. ¡Qué raro! Si pudiese llegar a hacerle entender que no le deseo más que el bien… Sí, pero ¿cómo?

—Antes que usted, todos hicieron la prueba, doctor. No quiere comprender nada.

—Es necesario creer que no han buscado el medio adecuado. Yo lo encontraré. ¿Se ha fijado que si no sufriese de este triple mal, sería casi hermoso? Existen fealdades que impresionan como sublimes… Mírelo: los rasgos de la cara son duros, pero enérgicos; su cuerpo es impresionante, pero bien proporcionado… Después de todo, concibo que pueda agradar a una mujer. No a todas, pero a alguna que sienta debilidad por los brutos. No he visto todavía a su compañera, pero me la imagino frágil, menuda, casi etérea… La eterna ley de los contrastes requiere que ese género de mujer ame a este tipo de hombre. ¿No podría ser que nos encontrásemos frente a una reencarnación de la Bella y la Bestia?

—¿Piensa seriamente en todo lo que está diciendo? —preguntó asombrado el guardián.

—¿Que si lo pienso? ¡Estoy completamente seguro de lo que digo! Vamos, dejémoslo. Es suficiente por hoy. Volveré mañana con alguien que sea capaz de hablar con él. ¡Espere! Antes de retirarme es necesario que me aproxime otra vez para que pueda respirar mi olor. ¡Por él me reconocerá mañana! Si por lo menos tuviera a su vez la idea de tocarme…

La cara del defensor estaba a algunos centímetros de la del extraño cliente, pero éste no se movió y conservó obstinadamente las manos detrás de la espalda, apoyadas contra la pared.

—Decididamente, hoy no quiere saber nada. ¡Quién sabe! Puede ser que mañana se despierte de mejor humor. Vámonos.

Se volvieron a encontrar en el corredor después que la puerta chirrió por segunda vez. Víctor Deliot caminaba silencioso al lado del guardián, quien, en el momento de despedirse, le preguntó:

—¿Y? ¿Está decidido? ¿Lo defenderá?

—Creo que sí.

—¡Tendrá mérito! Un bruto semejante…

—No estoy convencido todavía de que este muchacho sea sólo un bruto. En realidad, hasta el momento las apariencias están contra él, pero después de todo, no se trata más que de apariencias. ¿Cómo podemos conocerlo verdaderamente si no nos ve, no puede contestarnos y no nos oye? Para él, usted y yo pertenecemos a otro mundo, al que solamente roza. Es necesario, a cualquier precio, que penetre en su mundo. Y, sin duda, terminaré por descubrir que no estoy más que en presencia de un desgraciado que sufre y al que nadie trata de comprender. ¡No es a garrotazos como conseguiremos algo! ¿Usted no ha pensado, alguna vez, que si en realidad ha matado podría tener una excelente razón para hacerlo? Sepa que los únicos criminales interesantes son aquellos que se oponen a ser defendidos. Antes de irme desearía hacerle una visita de cortesía a su director… ¿Quiere fijarse si me puede recibir?

El señor Mesnard, hombre gentil, le dispensó un amable recibimiento.

—¿Así que, mi querido doctor, acaba usted de trabar conocimiento con su cliente? ¿Puedo preguntarle cuáles son sus primeras impresiones?

—Bastante buenas —respondió Víctor Deliot, con gran sorpresa de su interlocutor—. Esto no quiere decir que nuestro primer contacto haya sido precisamente cordial. Sin embargo, acaricio la vaga esperanza de que nuestras relaciones irán mejorando con el tiempo… Pero no he venido a molestarle para hablarle de todo esto, señor director; me encuentro aquí en calidad de peticionante. ¿Sería posible mejorarle la alimentación a mi cliente dándole de comer, desde esta noche, otra cosa que no sea la sopa reglamentaria y el trozo de pan? Si yo le dejase una pequeña suma de dinero…

—Usted bien sabe, mi querido doctor, que el reglamento no autoriza más suplemento que los paquetes que vienen de afuera.

—¿Mi cliente los recibe?

—Nunca.

—¿Y visitas?

—Que yo sepa, no.

—¡Es un poco raro! Este hombre tiene familia y la mayor parte de sus miembros están en París…

—Lo sé. Pero jamás los he visto.

—¡Y tiene madre! ¿No ha manifestado nunca el deseo de ver a su hijo?

—No lo creo.

—¿Y su hermana? ¿Y su cuñado? Hum… En suma, todos se desligan de él porque los molesta desde que nació y ahora les causa vergüenza. Sería de creer que no tienen más que un afán: verlo condenado a la pena capital para que no se hable más de él… ¿Y su mujer?

—Usted debe saber tan bien como yo, mi querido doctor, que desapareció poco tiempo después de cometido el crimen.

—Desaparición perfectamente inexplicable, puesto que está probado que no tomó parte alguna en el asesinato del joven americano. Me sorprende que ella no se haya interesado para nada por la suerte del marido, preso y acusado de homicidio, después de haberse dedicado a él durante tantos años, antes del drama.

—Todo se puede suponer.

—Acaba de encontrar la palabra exacta, señor director… Bien, ya que no puede infringir el reglamento me voy al cafetín de enfrente, donde conocen muy bien a los padres y amigos de los presos, para hacerle preparar alimentos que traerán en seguida. Cuento con su autorización para que mi cliente los reciba a partir de esta noche. Vigilaré para que no envíen más que alimentos simples: un poco de jamón, panecillos, algunos huevos duros, tabletas de chocolate… Tengo la impresión de que si esta noche no come tan mal, como consecuencia dormirá mejor. Y después de haber descansado, bien pudiera ser que mañana por la mañana estuviese dispuesto a

entrar en conversación conmigo.

—¿Conoce, entonces, algunos de los lenguajes que se pueden emplear con los ciego sordomudos de nacimiento?

—No, pero por suerte existen sobre la tierra otros individuos que los conocen. ¡No serán precisamente éstos los que hayan educado a mi cliente en su juventud! Hasta pronto, señor director. Y gracias anticipadas por todo lo que hará por él…

»¡Ah!, un punto importante sobre el que no quisiera insistir demasiado: procure conseguir de sus guardianes que pierdan la costumbre de considerar al número 622 como a una bestia. Hasta que no se pruebe lo contrario, y sobre todo hasta que sea juzgado, insisto en considerarlo inocente. ¿Quién nos dice que este Jacques Vauthier no sea un gran tímido o un ser temeroso? Acabo de tener con él una experiencia que me ha parecido concluyente. Después de haberme aproximado, le tomé la mano y hasta le acaricié la cara. Su reacción fue inmediata: quiso estrangularme, y si hubiese tenido éxito, mi muerte sería una más entre las tantas que sobrevienen a diario, pero lo que me ha sorprendido durante su fracasada tentativa fue el grito inhumano que emitió… Se hubiera dicho que era el alarido de una bestia acorralada, de una fiera que destila todo su rencor contra su eterno enemigo: el hombre. Era enloquecedor.

»Le hubiera conmovido hasta las entrañas, señor director, porque tengo la seguridad de que es usted un hombre de corazón. Ese grito era la expresión de un terrible dolor moral… Este hombre sufre, sufre al sentirse disminuido…, sufre también de un mal que nosotros tal vez ignoramos, y que pudo ser la causa profunda de su acto homicida. Sufre horrorosamente; ahí está todo el problema… Hasta pronto, señor director.

Dos horas después, Víctor Deliot entraba en una librería, vecina al Odeón.

—¡Mi querido doctor! —exclamó el librero—. ¿Qué lo trae por acá?

—Tenga la seguridad, mi querido Beauchet, que delante de usted se encuentra un hombre extenuado por la visita a catorce librerías sucesivas en las que no ha podido encontrar lo que buscaba… ¿No debía haber pensado, en primer lugar, en mi excelente amigo Beauchet, que termina siempre por descubrir en su trastienda los libros que no tienen sus colegas? Dígame, ¿conoce usted una novela que se llama *El Solitario*?

—Sí… una obrita bastante rara, cuyo autor es, según parece, un ciego sordomudo de nacimiento. Pero ¿no ha oído hablar de él, hace ya unos meses? Los periódicos le dedicaron columnas enteras a propósito de un crimen que cometió a bordo de un vapor…

—¿Ah sí? Bueno, usted sabe… Aparte de la *Gaceta de los Tribunales*, raramente leo los periódicos. Pero, dígame: un autor asesino debe ser factor importante para aumentar la venta, ¿verdad?

—Habiéndose agotado el libro, ya no. Hubiera sido necesario que se tirara una nueva edición dentro de las veinticuatro horas, cuando todavía el crimen estaba tibio

en la memoria de los lectores.

—¿Cuándo apareció esta novela?

—Se lo voy a decir…

El librero abrió un grueso índice alfabético. Su dedo se inmovilizó:

—Apareció hace cinco años.

Víctor Deliot calculó mentalmente que entonces su autor no tendría más que veintidós años, y declaró:

—¡Caramba! Era muy joven… ¿Autor prodigio? ¿Fue un éxito?

—Éxito de curiosidad del momento y un poco también éxito de crítica, pero no de público. El gran público se interesa muy poco por este estilo de novela psicológica muy rebuscada, tal vez demasiado, en la que el autor diseca hasta sus menores sentimientos. Lo que se necesita es acción, movimiento, misterio y sobre todo, ¡vida! No obstante, si este libro le interesa, creo tener todavía uno reservado: mi empleado lo va a buscar. Recuerdo muy bien que este *Solitario* obtuvo una mayor resonancia en el extranjero que en Francia, y que después de su aparición su autor partió hacia América para realizar una gira de conferencias sobre el problema de los ciegos sordomudos. Acá no se oyó hablar más de él, ni ha publicado ningún otro libro.

—Una conferencia dada por un ciego sordomudo casi no debe ser inteligible para el gran público, aunque éste se encuentre pleno de buena voluntad como lo está, en general, el público americano, ¿verdad?

—Supongo que el conferenciante debió estar secundado por un intérprete que traducía oralmente lo dicho en alfabeto dactilológico… ¡Ah! Aquí tenemos el libro buscado. Está un poco polvoriento, y la faja ha dejado su marca…

—¡No la rompa! —gritó el abogado—. Primero veamos qué dice: «*El Solitario, o el hombre que se creó un mundo propio*». ¡No está mal!, y «*El Solitario*» es un hermoso título. ¿De qué trata esta historia?

—Creo recordar que el héroe principal, al igual que su autor, es un ciego sordomudo de nacimiento que se enamoró de una mujer; pero ésta, en un momento determinado, lo abandonó, y el desgraciado se encontró sin amparo durante cierto tiempo. El protagonista, poco a poco, fue encerrándose sobre sí mismo y negándose, en su soledad, a tener el menor contacto con las personas que lo rodeaban…

—Decididamente, mi querido Beauchet, es usted el mejor librero que conozco. Compro el libro.

—No es aburrido, ya verá.

—¡Tengo la impresión de que me apasionará!

Diez minutos después un autobús depositaba al defensor de Jacques Vauthier frente a la Biblioteca Nacional; allí se engolfó en la lectura. Como asiduo concurrente y enamorado de los archivos de esos lugares venerables, sabía exactamente dónde encontrar los documentos que necesitaba. Éstos se limitaban a algunos periódicos con fecha 6 de mayo y días subsiguientes, en los cuales se había relatado —con lujo de

detalles macabros en algunos, y con gran sobriedad en otros— los trágicos acontecimientos que habían motivado el arresto de su cliente.

Un artículo llamaba particularmente la atención. El título, a tres columnas, resumía por sí solo los diversos hechos: «Crimen extraño y monstruoso a bordo del *De Grasse*». Las líneas siguientes daban algunos detalles importantes.

*Por radio, el 6 de mayo. Ayer, después de mediodía, durante la travesía que el vapor* De Grasse *efectuaba de New York a El Havre, iniciada tres días antes, un crimen de una violencia casi inconcebible fue cometido en un camarote de lujo ocupado por un millonario norteamericano, el señor John Bell. Este joven, de 25 años de edad, hijo único de un influyente miembro del Congreso de Washington, venía por primera vez a Europa. A bordo del* De Grasse *se encontraban también el señor Jacques Vauthier y su esposa, que ocupaban un camarote de 1.ª clase. Jacques Vauthier es ese ciego sordomudo de nacimiento que publicó, hace algunos años, una curiosa novela:* El Solitario*, que le proporcionó en esa época cierta notoriedad. La obra fue traducida a varios idiomas y obtuvo un gran éxito en los Estados Unidos de Norteamérica. Invitado por el gobierno norteamericano para realizar una gira de conferencias sobre los progresos alcanzados en Francia en la educación impartida a los ciegos sordomudos de nacimiento, Jacques Vauthier vivió durante cinco años en los Estados Unidos y en Canadá. Lo acompañaba su esposa, que fue para él la mejor de las colaboradoras.*

*Ésta, que tenía por costumbre caminar por cubierta después del almuerzo mientras el marido dormía la siesta en su camarote, comprobó sorprendida al regresar del paseo que su marido no se encontraba tendido sobre la cama y que había debido abandonar, a su vez, el camarote. Como la ausencia de Jacques Vauthier se prolongaba, su mujer inició la búsqueda en el buque. Al no encontrarlo, confesó sus inquietudes al comisario de a bordo, Bertin, haciéndole notar que se podía temer lo peor, ya que Vauthier era ciego sordomudo. La voz de alerta fue dada: ¿el incapacitado se habría caído al mar?*

*Comenzó un registro metódico en el* De Grasse. *Al pasar por el camarote ocupado por el señor John Bell, un camarero especialmente encargado del servicio de los camarotes de lujo comprobó que la puerta que daba al corredor estaba entreabierta. Después de abrirla con cierta dificultad, el camarero Henri Téral se encontró en presencia de un espectáculo terrorífico: el joven norteamericano, arrodillado, tenía los dedos crispados sobre el picaporte de la puerta. Estaba muerto, asesinado. Un hilo de sangre brotaba de su cuello y manchaba su pijama, extendiéndose también sobre la alfombra. Sentado sobre la cama del camarote, Jacques Vauthier se mantenía inmóvil, postrado, la cara impasible. Aunque era ciego, sus ojos sin expresión parecían fijos en sus propias manos cubiertas de sangre. El camarero avisó en seguida al comisario Bertin, quien fue a su vez al camarote de la víctima. Jacques Vauthier no opuso la menor resistencia para dejarse aprehender*

*y conducir a la prisión de a bordo. La desdichada esposa consintió, a pedido del comisario del* De Grasse, *a servir de intérprete provisional para un primer interrogatario. Ella era, en efecto, la única persona de a bordo que conocía los medios de comunicarse con su marido ciego sordomudo.*

*Éste hizo comprender a su mujer que no le daría ninguna explicación sobre el crimen, del que se reconocía formalmente autor, considerándolo justificado. Conservó esta actitud durante todo el resto de la travesía, pese a las reiteradas preguntas de su compañera. El motivo del crimen parecería tanto más extraño cuanto que la señora Vauthier ha afirmado que ni ella, ni, con más razón, su marido, han tenido jamás el menor contacto con la víctima, a la que no conocían. Un primer examen del criminal, efectuado por el médico del* De Grasse, *deja entender que Jacques Vauthier goza de todas sus facultades mentales.*

*Cuando el* De Grasse *arribe al puerto de El Havre el asesino será puesto a disposición de la justicia.*

Un ejemplar del mismo diario, fechado el 12 de mayo, relataba en un nuevo artículo los detalles de ésta última operación:

*El inspector principal Mervel, ayudado por un intérprete especializado en el lenguaje de los ciegos sordomudos y de un médico forense designado, se ha esforzado para lograr un nuevo interrogatorio a Jacques Vauthier desde el arribo del* De Grasse *a El Havre. El asesino de John Bell ha reiterado, por intermedio del intérprete, la misma respuesta que había dado algunos instantes después del crimen, a su propia mujer. Antes de ser encarcelado, el extraño criminal será sometido a un detenido examen médico que determinará si nos encontramos en presencia de un hombre normal o, por lo contrario, de un desgraciado, presa de un acto de locura repentina debida a su triple mal.*

Según su costumbre, Víctor Deliot no tomó ninguna nota y abandonó rápidamente el salón de lectura de la Biblioteca Nacional para subir a un nuevo autobús que lo devolvió al Barrio Latino. Durante el trayecto el abogado estuvo pensativo: no había duda posible sobre el estado de salud de su cliente. Innumerables informes médicos insertos en el sumario, que lo esperaban sobre la mesa de su escritorio, demostraban que Jacques Vauthier —excepto su triple mal— era perfectamente normal. ¿Acaso no había respondido, en las diferentes entrevistas y en el curso de los numerosos interrogatorios que desde hacía seis meses el juez de instrucción de la causa le había hecho sufrir, que él solo había actuado, a bordo del *De Grasse*, con perfecto conocimiento de causa, que no se arrepentía de su actitud y que si volviese a empezar, mataría de nuevo a ese John Bell?

Pero siempre se había negado a dar la auténtica razón del acto cometido.

Todo esto era misterioso, y demostraba a Víctor Deliot que su primera impresión tenía que ser la verdadera: tras la alucinante cara de bestia se escondía un alma que

debía ser totalmente diferente. Un alma tal vez fuera mucho decir, pero sí una voluntad de acero puesta al servicio de una inteligencia rara, especial y, quizás, insondable para el resto de la gente, que cometía el error de creerse perspicaz porque veía, hablaba, escuchaba…

El abogado hasta se preguntaba si alguien habría llegado a adivinar y conocer al verdadero Jacques Vauthier. No lo sabría más que poniéndose en contacto con la familia del incapacitado, especialmente con la madre. Una madre, por lo general, conoce bien a su hijo. Estaban también todos aquellos que lo habían educado para salvarlo de su aparente oscuridad. Y estaba, por fin, su mujer: esa Solange Vauthier que parecía esconderse. Ella debía ser la más preciosa auxiliar del defensor.

Era necesario encontrarla cuanto antes.

Y cuando Víctor Deliot descendió del autobús en la esquina de la rue Gay-Lussac y de la rue Saint-Jacques, iba pensando que le resultaría verdaderamente difícil defender a su cliente…

Se detuvo cerca de una portada que tenía el número 254 de la rue Saint-Jacques, encima de la cual se leían estas palabras escritas con mayúsculas: «Instituto Nacional de Sordomudos».

Víctor Deliot hizo pasar su tarjeta al director de la institución; no necesitó esperar mucho para ser recibido. Después de haber expuesto rápidamente al alto funcionario el objeto de su visita, el defensor de Jacques Vauthier preguntó:

—¿Tendría usted, por casualidad, entre sus internados, algún ciego sordomudo de nacimiento?

—No, doctor, aquí no educamos ni tratamos más que a sordomudos. Es la Fundación Valentín Huy la que se especializa en ciegos. Y esta separación es normal, ya que los métodos de enseñanza son diametralmente opuestos: para los sordomudos nuestro más precioso auxiliar es la vista; para los ciegos, por el contrario, son la palabra y el oído…

—Y entonces, ¿qué sucede con aquellos que nacen con los tres defectos?

—Sólo existe un medio de educación: la utilización combinada de los tres sentidos que les restan: el tacto, el gusto y el olfato.

—¿Y se llega a resultados apreciables?

—¿Que si se llega? Pues, sepa usted que ciertos ciego sordomudos de nacimiento han adquirido tal grado de cultura y educación, que podrían envidiarlos muchas personas normales.

—Y ¿dónde se realizan estos milagros?

—No existen más que cinco o seis establecimientos especializados en el mundo. En Francia tenemos el Instituto de Sanac, en Haute Vienne, donde los Hermanos de Saint-Gabriel consiguen a fuerza de paciencia y tenacidad resultados verdaderamente sorprendentes. Yo no puedo menos que aconsejarle que vaya ahí. Además, creo muy bien recordar que ese Jacques Vauthier, a quien usted debe defender, ha egresado del

Instituto de Sanac, donde fue uno de los más brillantes alumnos… Observo que tiene su libro *El Solitario*… ¿lo ha leído?

—Todavía no.

—Ese libro es la prueba más concluyente de lo que los educadores inteligentes pueden obtener en un caso semejante.

—¿Puede explicarme, a grandes rasgos, las principales bases de esta educación?

—Desde luego. He tenido, en diversas ocasiones, la oportunidad de ir a Sanac, donde existe un hombre notable; se puede asegurar que es él, en realidad, quien ha colocado las cosas en su lugar en lo que concierne al método educativo. Si no perteneciese a una orden religiosa, la de los Hermanos de Saint-Gabriel, hace tiempo que el gobierno le hubiera otorgado la cinta roja. Ivon Rodelec, por el que siento una profunda admiración, estima necesario, ante todo, inculcar al niño ciego sordomudo de nacimiento la noción del *signo*, para que él pueda captar la relación existente entre el *signo* y el *objeto* o, si usted lo prefiere, entre el objeto palpado y el signo mímico que lo representa. Para obtener este primer resultado se utilizan procedimientos ingeniosos, que podría observar en Sanac.

—¡Pero si lo comprendo muy bien! —dijo el abogado—. ¿Usted quiere decir que al niño se lo despierta con una mímica que parte siempre de lo conocido a lo desconocido?

—Exactamente. No es sino después de este aprendizaje que se le enseña el alfabeto dactilológico. Pero él no puede interpretar la noción de letra si no aprende primero las 26 posiciones de los dedos, resultado que se obtiene por obediencia, por confianza en su maestro, podría ser también por una muy vaga aspiración instintiva hacia nuevos conocimientos. Llegará, poco a poco, a designar un objeto de dos maneras: por un signo mímico y por letras dactilológicas.

—En suma —declaró Víctor Deliot, mostrando *El Solitario*—, si yo fuera educador y tuviera que enseñarle a mi extraño alumno la noción de *libro*, ¿no tendría más que colocarle el volumen entre las manos, tratando de hacerle comprender que puede designar un libro, ya sea por un signo mímico, ya reproduciendo con los dedos las cinco letras l. i. b. r. o.?

—Ha comprendido usted perfectamente, mi querido doctor; la reunión de estas cinco letras forma en seguida una figura en la mente del alumno, que toma conciencia de la equivalencia de las dos designaciones: una sumaria o sintética, la otra descompuesta o analítica. La repetición de esta lección con los diferentes objetos de que se vale diariamente imprime en su cerebro las dos formas de expresión: el lenguaje mímico, rápidamente comprendido, y el lenguaje alfabético, cuyo sentido se revela progresivamente.

—Todo está muy bien, pero ¿cómo se enseña a hablar después a este niño?

—El educador «pronuncia» cada letra dactilológica sobre la mano de su alumno. Después le hace probar simultáneamente, para cada una de las letras, la posición respectiva de la lengua, dientes y comisuras de los labios, el grado de vibración del

pecho, de la parte anterior del cuello y de la resonancia del ala de la nariz, hasta que él pueda reproducir por sí mismo ese «sonido» que no oye y cuyos medios de producción no ve. El pecho del profesor se convierte en una especie de diapasón que el ciego sordomudo consulta para dar al sonido sus propias vibraciones… ¿Sería tan amable, mi querido doctor, de pronunciar una letra labial cualquiera?

—«Be» —dijo Víctor Deliot.

—¿Ha pensado en todo el esfuerzo que debió usted realizar para pronunciar esta simple letra? Esfuerzo que nosotros hacemos mecánicamente y sin pena, gracias a la larga práctica adquirida desde nuestra infancia. Para emitir esta modesta «b», nuestra lengua debe estar libre y fláccidamente extendida sobre el piso de la cavidad bucal, nuestros labios un poco apretados, las comisuras ligeramente retraídas, la respiración contenida. En esta posición expulsamos, entreabriendo los labios, una débil porción del aire áfono contenido en nuestra boca: la explosión que se produce, constituye el elemento «b»…

—¡Dios mío! —exclamó sonriendo el abogado—. Le aseguro que jamás había reflexionado en todo esto… ¡Es maravilloso! ¡Si tuviese que pensar en la forma en que hablo, esto sería suficiente para paralizarme en el momento de pleitear!

—El niño —continuó el director— deberá descubrir a fondo este mecanismo físico para cada letra del alfabeto; cuando lo conozca podrá expresarse en lenguaje oral. Lenguaje imperfecto, pero que, de cualquier forma, puede ser comprendido por los que se inician. Inmediatamente, el educador le hará comprender la equivalencia entre la letra, signo de la dactilología, la letra hablada y la letra escrita reproducida en relieve. Aprenderá así a leer al tacto la escritura de los videntes. En fin, para permitirle poseer todos los medios de expresión a su alcance, el educador le hará descubrir una última equivalencia entre la letra dactilológica y la letra punteada de la escritura Braille; será ello lo que le dará la posibilidad, escribiendo, de hacerse comprender por todos y especialmente por usted, que tiene la tarea ingrata de asegurar su defensa…

—Muchísimas gracias, mi querido director. Creo poder decirle que empiezo a ver claro. Y mi conclusión confirma las primeras impresiones que tuve, después de la lectura del legajo y de la visita que le he hecho a mi cliente esta mañana: si ha sido capaz de escribir una novela, su educación ha rendido lo máximo en Sanac y posee, en consecuencia, todas las formas de expresión.

—¡No lo dude!

—Puede, también, expresarse oralmente…, con dificultad, es cierto, pero lo puede hacer… Esto quiere decir que si calla, es porque quiere.

—Usted sabe tan bien como yo que no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni peor mudo que aquel que quiere callarse. Sin embargo, trato de llamarle la atención sobre el hecho de que su cliente, al no ver, no podrá leer las palabras sobre la boca como lo hacen todos nuestros sordomudos. Usted deberá, entonces, hablarle «al tacto», utilizando el alfabeto dactilológico. Y si al fin se decide a contestarle

oralmente, tendrá mucha dificultad en comprenderle. Será preferible que sus respuestas lleguen a usted por intermedio del punzón y la pizarra de Braille.

—Y como ignoro esos dos métodos —declaró Víctor Deliot—, necesitaré también yo un intérprete. Pues esto es, precisamente, lo que me decide a solicitarle un segundo y pequeño servicio: ¿puede acompañarme mañana a la Santé para tratar de hacer hablar a mi cliente?

—No pediría nada mejor, mi querido doctor. Pero ¿no cree usted que sería preferible emplear para esta «conversación» a uno de los Hermanos de Saint-Gabriel, que son, precisamente, los que han educado a Jacques Vauthier?

—Lo pensé en seguida, y ya he escrito a Sanac. Abrigo la convicción de que uno de esos Hermanos acepte cumplir los buenos oficios que enseña la simple caridad y con más razón la caridad cristiana. Pero el tiempo vuela; me parece indispensable tener desde mañana este primer contacto indirecto con mi cliente. ¡Sólo usted puede sacarme del pantano! En el caso de que sus pesadas tareas le impidan acompañarme mañana, ¿podría usted, tal vez, designar para esta eventualidad a alguno de los profesores del Instituto? No lo molestaré más que una sola vez…

Después de reflexionar, el director respondió:

—Iré yo mismo. Y esto, para demostrarle que admiro su coraje… Ningún colega suyo, de los que me habló al iniciar nuestra conversación, se molestó en pedirme estos elementales informes.

—Han hecho mal —dijo el abogado—. Acabo de asistir a un curso muy provechoso. Lo dejo, mi querido director, y le recuerdo nuestra cita: mañana a las nueve, en la entrada de la Santé. Me voy con la sensación de no ser más que una vieja bestia que tiene aún mucho por aprender…

Cuando Víctor Deliot regresó por fin a su domicilio, fue recibido por Danielle, que le dijo desde el vestíbulo:

—¡Qué lástima que no haya llegado usted una hora más temprano! Ha tenido una visita…

—¿Alguno de mis testigos? ¿Ya? ¡En buena hora! ¿Quién era?

—Mme. Simone Vauthier.

—¡Bueno, bueno! ¡La madre! Eso me encanta, hija mía. ¿Y qué le ha dicho?

—Que había recibido su carta esta mañana, y vino inmediatamente.

—Aprovechemos sin tardanza tan buenas disposiciones. Salgo de nuevo.

—¿Adónde va, doctor?

—A casa de esta señora, en Asnières. Me imagino que ya estará de vuelta y, si no es así, la esperaré. Mientras tanto, tengo en qué entretenerme… —acababa de señalar el libro que tenía en la mano.

Después de haber lanzado un vistazo sobre la cubierta, la estudiante preguntó, extrañada:

—¿Es que ahora lee novelas, doctor?

—¿Y por qué no? Siempre es tiempo de empezar. ¿No hay nada que le llame la atención sobre esta tapa?

—No. Un poco triste su título, *El Solitario*… —los ojos de Danielle se agrandaron bruscamente—. ¡Ah, sí! ¿Y el nombre del autor es…?

—¡Él! Vea usted, hija mía, tengo la convicción de que en estas trescientas páginas se encuentra la clave del proceso. ¡Hasta pronto! Y sobre todo, quédese aquí; tal vez se decida a venir alguno de mis otros hipotéticos testigos.

La puerta del vestíbulo se cerró tras estas palabras, y la joven se quedó perpleja, preguntándose si la perspectiva de una defensa ante la justicia en lo criminal no turbaría el cerebro de su viejo amigo.

No regresó hasta medianoche.

—Estoy abrumado…, pero satisfecho. ¿Queda todavía un poco de café? —preguntó.

—Ya está preparado, doctor.

—Usted es mi ángel guardián, mi pequeña Danielle… Y ahora, regrese rápidamente a la pensión: es necesario dormir.

—Pero, doctor… ¡los ángeles no duermen!

—No estoy tan seguro como usted. Mi ángel de la guarda debe estar cayéndose de sueño…

—¿Estuvo con la señora?

—Sí —respondió lacónicamente Víctor Deliot—. Buenas noches, hija mía; mañana a las ocho y media de la mañana vuelva por acá a montar guardia.

Una vez que estuvo solo, se endosó la vieja bata, calzóse luego las pantuflas y se instaló en el sillón para saborear el tercer cigarro del decano. Después se sumergió en la lectura de *El Solitario*. Releyó algunas páginas donde el autor describía el estado en que se encontraba su héroe, ciego sordomudo de nacimiento como él y en vísperas de tomar, por fin, contacto directo con el mundo que lo rodeaba:

«Era», decían esas páginas, «un ser que jamás ha visto, hablado ni oído, que no conoce nada, no entiende nada, que vive sin darse cuenta de lo que es la vida, en una total opacidad de tinieblas y silencio, que no posee lazos que lo unan al mundo exterior, al que —desde el fondo mismo de su abismo— no quiere, ni tampoco busca conocer más que por el olfato, el gusto y el tacto. Era el desecho, y el último grado de la miseria humana. Sentado frente a una ventana abierta, por la que entraba a bocanadas una de las contadas sensaciones que podía percibir —la del calor y del frío—, allí estaba, poseedor de una fuerza inútil que se volvía contra él mismo a cada instante, para asestarle el sentimiento confuso primero, y luego más y más preciso, de su impotencia.

»Estaba allí, privado de voluntad o henchido de mil deseos indecibles que tropiezan con infinitos obstáculos. Estaba allí como un prisionero siempre

encadenado, cuyos pies y manos están libres, pero que, a la inversa de los condenados a muerte, debía vivir. Estaba allí, inmóvil, encogido sobre sí mismo, torpe, pasivo, listo para todo y sin esperar nada, amurallado por el negro espacio que lo rodea: oscuridad que toca y respira, oscuridad que bebe, oscuridad que come, oscuridad que, para él, es calor, aire, cielo, mar, atmósfera de sus pensamientos, de su torpeza, de su existencia petrificada, de su sueño y de su despertar; oscuridad, en fin, por la que siente un horror instintivo, y que debe soportar, sin embargo, sin saber qué es.

»Se divide, así, entre el embrutecimiento y la angustia no sabiendo cuando lo guían, adónde va, y creyendo, cada vez que se alejan de él, que lo olvidan y que nunca más volverán a buscarlo. Poco importa que sea hijo de burgueses acomodados; él siempre será pobre y arrastrará, por todo equipaje, ese cuerpo al que alguien impulsa, detiene, lleva, al que alguien viste o desviste, levanta, sienta, acuesta… ¿Quién es ese alguien? ¿Otros semejantes a él, aunque menos lentos y más resueltos? ¿Seres de una raza superior? ¿Amos que palpa, que adivina alrededor y encima de él?

»El pensamiento embrionario, replegado en las membranas del cerebro por el esfuerzo gigantesco, no adelanta en ese ciego sordomudo que se deja caer en los abismos de su noche, como esos animales marinos del fondo del mar, condenados tan sólo a vivir y rondar lentamente en las oscuras y profundas regiones, entre el fango y enmarañadas selvas de algas; los que, después de tratar en vano, con un envión supremo y débil de aletas, de llegar a la superficie, renuncian al imposible vuelo y resignados, tristes, pesados, aceptan caer como piedras en la triste desolación de su laberinto.

»Y he aquí que un día, en un determinado instante —que será uno de sus recuerdos más hermosos—, él, esa cosa medio muerta, medio viva, percibe el contacto de uno de esos seres misteriosos que lo conmueve, y este acercamiento toma un significado particular, superior; parece denunciar una voluntad exterior, manifestar un pensamiento, una intención, un deseo de expresarse, de recalcar alguna cosa… Se esfuerza por extraer un signo; ¡deja, por fin, de ser un acercamiento casual para convertirse en una inteligencia firme y pacientemente activa!

»Se convierte en un cautivo al acecho, desatinado, tembloroso, suspenso; traspirando, sufriendo por una indecible angustia. Tiende instintivamente todas sus embotadas facultades, todos sus ardores, hacia ese signo del que nada quiere perder y que le enseña ese alguien que golpea a la puerta de su prisión. Ignora todavía qué esperan de él; pero ha presentido, desde el fondo de su soledad, que le piden algo. Existe alguien que, por el tacto, acaba de empujar, entrar, acaba de hacer irrupción en su vida casi mineral. En lo sucesivo, la comunicación entre esos dos seres queda establecida: el prisionero del limbo que piensa solamente en la fuga, y su liberador, que desmorona ya las puertas de su prisión».

Semejantes páginas dejaron perplejo al abogado; sólo un ser excepcional podía poseer esta agudeza de pensamiento. Y ya que Vauthier había descrito con tal

sensibilidad el exquisito primer contacto de un ciego sordomudo con la persona que lo había ayudado a escapar de su noche, tenía que haber vivido, por sí mismo, ese patético instante. ¿Quién era el otro? ¿Un hombre o una mujer? Víctor Deliot pensó que debía tratarse de ese educador genial de quien le había hablado, esa misma tarde, el director del Instituto de la rue Saint-Jacques, ese hermano de Saint-Gabriel que había tenido a Vauthier a su cargo, durante años, en un sanatorio especializado de Sanac. El abogado había procedido muy bien, al escribir el día anterior al hermano lvon Rodelec. Impaciente, esperaba la respuesta.

***

Cuando llegó al día siguiente, la sirvienta volvió a encontrar a Deliot amodorrado en el sillón. Ella también se preguntaba cuál era el cambio que había podido producirse en su vida, desde hacía cuarenta y ocho horas… Estaba pensando en esto, cuando la voz todavía adormilada del abogado le preguntó:

—¿Puede decirme la hora, Louise?

—Las ocho, señor.

—¡Renuncio a rogarle que me llame doctor, mi buena señora! No lo conseguiré jamás… Conformémonos con sus tareas domésticas y sírvame el desayuno.

—Le subí una carta que me entregó la portera, para usted.

El abogado esbozó una sonrisa al enterarse del contenido: «Este doctor Dervaux parece un hombre amable y, sobre todo, educado. En seguida contesta… La única molestia es que tendré que viajar hasta Limoges para charlar con él… ¡En fin! Éstos son los pequeños inconvenientes del oficio».

A las nueve, Víctor Deliot penetró en lo que él denominaba «domicilio provisional» de su cliente, en compañía del director del Instituto de la rue Saint-Jacques. Fue el mismo guardián quien los condujo a la celda 622 pero, en esta ocasión, se abstuvo de formular la menor pregunta. En el instante en que iba a abrir la puerta del calabozo, el abogado le dijo:

—He leído la novela de su extraño recluso. No aburre en absoluto: es muy interesante y está bien escrita… A propósito, ¿recibió él un paquete ayer a la tarde?

—Sí, doctor.

—¿Ha visto que todo llega? ¿Y lo apreció, por lo menos?

—Devoró los huevos duros y el chocolate.

Deliot se dirigió al director del Instituto:

—Progresamos… ¿Habré encontrado, tal vez, el medio de ablandarlo? ¡Qué simple era! ¿Por qué no lo habrán utilizado mis predecesores? Ya debe de faltar poco para crear, entre él y yo, su defensor, la indispensable corriente de simpatía. Por eso tenía necesidad de un intérprete hábil. Puede estar seguro de que hasta no lograr el triunfo, no saldremos de esta celda. ¡Vauthier, ahora es nuestro turno!

Cuando la pesada puerta se abrió, el prisionero, que estaba sentado sobre su cama,

retrocedió hacia la pared.

—Francamente —exclamó Deliot—, me parece más grande aún que ayer. ¡Y sigue balanceándose sobre las piernas, como un oso! Pero… ¿por qué se ha levantado así? ¿Se habrá dado cuenta de nuestra llegada?

—Le repito, doctor —dijo el guardián—, que adivina la menor presencia: la huele.

—Acaba de decir, mi amigo —declaró el abogado—, la frase más feliz que ha pronunciado desde que nos conocemos. La verificación es exacta: nos huele. Huele a todo el mundo. Veamos, mi querido intérprete: ¿qué piensa usted de mi cliente?

El director del Instituto, que se había quedado inmóvil en el umbral de la puerta, como clavado por la sorpresa, dejó pasar unos minutos antes de responder:

—Es un personaje inquietante…

—Otra verificación exacta —dijo Víctor Deliot—. Yo mismo le ayudaré a completar el fondo de su pensamiento: usted se pregunta si es posible que un cerebro organizado pueda esconderse tras una cara semejante. Y, sin embargo, ha leído su novela… ¡Extraño autor, en verdad!

El abogado se aproximó al coloso y, sin darse vuelta, le dijo al guardián:

—Observe que ayer he procedido muy bien, obligándole a respirar mi olor. Ahora no se inquieta: me reconoce. ¡Es realmente curioso y bastante perturbador el pensar que le ha sido suficiente «olerme» una sola vez para reconocerme! Lo que no significa que seamos ya amigos… Por el momento, podríamos decir que nos observamos mutuamente. Hay aquí, sin embargo, alguien que le molesta. Mire… ¡Es usted, mi querido intérprete! Percibe un nuevo y tercer olor; el mío y el del guardián le son ya familiares. Será indispensable que, por ahora, se acostumbre también a usted. Pero como desconfío un poco de las reacciones que podría tener y no quisiera por nada del mundo comprobar que le reserva a usted el mismo recibimiento, un poco brusco, que me hizo ayer, voy a esforzarme por romper el hielo con una pequeñísima gentileza…

Y mientras hablaba, deslizó en la mano derecha de Vauthier un paquete de cigarrillos. El incapacitado, sin la menor hesitación, sacó un cigarrillo del paquete con la izquierda y lo llevó a los labios. El abogado le acercó un viejo encendedor de yesca. Una poderosa bocanada de humo, escapada de la ancha nariz de Vauthier, demostró que apreciaba la atención.

—Fuma —dijo tranquilamente el abogado—. Lo que prueba que nos hallamos en presencia de un animal civilizado. ¡Y se ha puesto contento, el tunante! ¿Nadie le había ofrecido cigarrillos, hasta ahora?

—No se nos había ocurrido —respondió el guardián—. ¡Qué quiere usted! Nunca terminamos de saber lo que le gusta… Se lo pasa gruñendo.

—Fíjese, mi amigo, que en este momento fuma sin gruñir. Debemos aprovechar el estado de euforia en que parece encontrarse para interrogarlo.

—¡Vaya! Parece que está recién afeitado…

—Se ha afeitado esta mañana —dijo el guardián.

—¿Él mismo?

—Sí, tiene manos muy hábiles.

—¡Me di cuenta de eso ayer! —respondió el abogado, haciendo una mueca—. Mi querido intérprete, creo que ahora puede usted acercársele sin temor: ya ha tenido tiempo de respirar su olor.

El intérprete no se sentía muy seguro de ello.

—¡No tenga miedo! En el fondo, es muy bueno este grandullón… Casi podría decirse sociable: recién afeitado, fumando su cigarrillo… ¡Pronto lo convertiremos en un cordero! Le cedo la palabra, si es que se puede emplear esta metáfora. Desearía que le hiciese comprender, para poder entrar en materia, que soy su nuevo defensor y que usted no es más que el intérprete. Explíquele también que soy yo, sin lugar a dudas, su mejor amigo, y que continuaré vigilando su comida y sus cigarrillos.

Los dedos del intérprete comenzaron a rozar prudentemente las falanges del anormal. Éste no se resistió, pero su rostro continuó impenetrable.

—¿Qué contesta? —preguntó ansiosamente el abogado.

—No ha contestado.

—¡No importa! Lo principal es que haya comprendido quién soy. Ahora, hágale saber que me ha gustado mucho su novela *El Solitario*…

Los dedos se deslizaron nuevamente sobre las falanges. La cara de Jacques Vauthier pareció iluminarse.

—¡Ah, ah! —exclamó Deliot—. Acabamos de tocar su cuerda sensible: su orgullo de autor… Dígale en seguida, que obtendré la autorización para darle un punzón, la pizarra y la cartulina a fin de que, aprovechando su soledad actual, pueda ir preparando las bases para una nueva novela. Hágale saber que sus impresiones como recluso despertarían el interés de la gente.

El intérprete continuó su tarea. Cuando sus ágiles dedos se hubieron inmovilizado, fueron los del enfermo los que rozaron, a su vez, las falanges del silencioso interlocutor.

—¡Al fin responde! —exclamó el abogado—. ¿Qué dice?

—Que se lo agradece pero que es inútil, pues jamás volverá a escribir.

—¡Aborrezco las afirmaciones categóricas! Dígale que, a mi parecer, hizo muy bien en matar al norteamericano…

—¿Cree usted que debo decirle eso? —preguntó, bastante sorprendido, el intérprete.

—¡Debe decirlo! En realidad, esto que afirmo no es muy ortodoxo, pero es indispensable que mi cliente tenga la absoluta convicción de que su defensor lo aprueba; en caso contrario no reinará la confianza.

El intérprete transmitió lo que el defensor le pedía y Deliot creyó discernir sobre la inexpresiva cara un reflejo de sorpresa.

—Agregue —dijo precipitadamente el defensor— que no es culpable desde el

momento que ha procedido bien, y formúlele cinco preguntas… Primera: ¿Por qué se confiesa culpable?

—No contesta —dijo el intérprete.

—Segunda pregunta: ¿Por qué, hasta hoy, no ha aceptado ninguna defensa?

—No contesta.

—Tercera pregunta: ¿Desearía abrazar a su madre?

—No.

—Es bien categórico. Cuarta pregunta: ¿Desearía volver a estar con su mujer?

—No.

—¡Muy interesante! —murmuró el abogado, antes de agregar—. Quinta y última pregunta: ¿Acepta que le arregle una entrevista aquí con Ivon Rodelec?

—No contesta.

—¡No contesta, pero tampoco ha dicho que no! Mi querido director, con esto basta: por ahora ya sé lo suficiente. Le presento una vez más mis disculpas por haber abusado de su precioso tiempo. Antes de partir desearía le explicase a mi cliente que me sería muy grato estrecharle la mano. Es la única forma de hacerle llegar mi verdadera simpatía, y aun más, mi afecto.

Deliot esbozó el gesto, mientras el intérprete traducía al enfermo el sentido de la frase. Pero las manos de Vauthier quedaron como heladas.

Cuando los dos visitantes se encontraron fuera, en la rue de la Santé, el abogado preguntó:

—¿Puede decirme, con franqueza, qué piensa usted de mi cliente?

—Lo mismo que usted, mi querido doctor. Tiene razón: se trata de un muchacho inteligente y astuto que no dirá más de lo que quiera decir y que, para engañar a los que lo observan, saca buen partido de su aspecto exterior.

—Ésa es también mi opinión. ¡Ah! Mi querido señor, terminaré por creer que la gente inteligente es, a veces, más difícil de comprender que los imbéciles…

Víctor Deliot regresó directamente a su casa, donde Danielle lo esperaba con impaciencia para entregarle una carta que había llegado en el segundo correo y con el matasellos de Sanac. Después de leerla, el abogado declaró:

—Me voy… Tengo el tiempo justo para tomar el tren del mediodía, que en siete horas me llevará a Limoges. Debo hacer una pequeña visita en esa ciudad… Alrededor de las cinco espero recibir más correspondencia. Iré hasta el fin de este tenebroso asunto, cueste lo que cueste… Comprendido entonces, usted vivirá aquí durante mi ausencia para continuar montando guardia.

—¿Cuándo volverá, doctor?

—Lo ignoro. Recapitulemos: de las cinco personas a las que he escrito, ya he conseguido entrevistarme con una: la madre. Esta tarde encontraré a la segunda en Limoges: el doctor. Mañana veré a dos más; queda la quinta: la esposa. ¡Esa será la más difícil de conseguir! ¿Recibirá mi carta? Y si la recibe, ¿la contestará? ¡Misterio!

A pesar de todo, tengo esperanzas. Las situaciones más difíciles se aclaran con un poco de buen sentido. Es una pena que su tesis para el doctorado esté ya demasiado adelantada, porque si no, le hubiese sugerido un hermoso tema: «¿El defensor puede, en conciencia, aprobar un asesinato?». De cualquier manera, reflexione sobre ello. Y si le agrada…, aún es tiempo de volver a empezar. No será la única: yo mismo, en este momento, a los sesenta y ocho años de edad, tengo la impresión de recomenzar mi carrera… Hasta pronto, hija mía…

***

La ausencia duró cuatro días. Danielle estaba inquieta cuando sonó el característico timbrazo del abogado. Eran las diez de la noche.

—¡Por fin llega, doctor!

—Buenas noches, hija mía… ¿Hay algo para comer? Tengo un hambre de lobo; mi viejo estómago no puede acostumbrarse a los dudosos esplendores del coche comedor del tren.

—Tengo de todo un poco, doctor. Debe de estar cansado…

—Menos de lo que hubiera creído. Le autorizo a conversar conmigo mientras ceno, pero después será necesario que usted vuelva a su casa.

Hizo honor a la cena. La joven no se animaba a interrogarlo; fue él quien comenzó a hablar mientras cortaba una pera:

—Observo que se muere de ganas por saber qué ha sucedido. Y como nada me pregunta, se lo voy a decir yo: he asistido a algunas experiencias.

—¿Experiencias?

—Sobre seres humanos que han nacido sin vista, sin oído y sin habla.

—¿Y viven?

—No tan mal como podría creerse…

Continuó cortando la pera mientras observaba a su joven colaboradora, quien parecía preocupada:

—¿Le pasa algo? —preguntó—. ¿Hay alguna cosa que la atormente?

—No quería hablarle de ello, doctor, porque sé que está muy ocupado en estos momentos… Se trata de lo siguiente: todas las noches, desde que usted se ausentó, he recibido a eso de las once un raro mensaje telefónico. Era una voz de mujer, siempre la misma, que preguntaba por usted. Al contestarle que se encontraba ausente, colgaba en el acto.

—¿Eso es todo?

—Sí, todo…

—¡Es poco! Si yo tuviese alguna amiga podría esperar que fuese ella, pero… ¡la verdad es que no la tengo! Ahora, hija mía, vuelva a su casa. Y mañana… le doy asueto. Pero vuelva pasado mañana. Buenas noches.

Cuando estuvo solo, Deliot se puso su bata y despreció esta vez el sillón: se

instaló en su escritorio y comenzó a leer una serie de folletos que había traído de su viaje y cuyas tapas llevaban la mención: «Institution Régionale de Sourds-Muets-Aveugles, Sanac». El timbre del teléfono lo arrancó de su lectura:

—¿Hola?… Él mismo, señora. ¿Con quién tengo el honor…? ¡Ah!, perfectamente… ¿Así que mi carta le ha llegado por fin? Lo que demuestra, mi querida señora, que usted no es tan difícil de encontrar como pretendan mis predecesores… Desearía mucho que nos encontráramos, señora Vauthier; sólo usted puede aclararme algunos puntos de este doloroso asunto. ¡Se lo suplico, señora! ¡Se trata de su marido! De un hombre cuyo apellido lleva…

»Se trata, también, de su propio interés. Se comenta desfavorablemente la causa de su desaparición y de su silencio… Lo sé; usted no cuenta para nada en este drama, y por eso necesito su ayuda: su declaración tendrá gran valor. Estoy a sus órdenes…, el día y la hora que quiera fijarme. ¿Le preocupa venir a mi casa? Comprendo perfectamente. ¿Quiere que yo vaya a la suya? ¿Tampoco? Prefiere conservar su incógnito… Lo admito también. Entonces… ¿Dónde podemos vernos? ¿En Bagatelle? Es un lugar encantador, indicado sobre todo para citas amorosas. Su idea no es mala; en esta época del año no habrá mucha gente. Le prometo ir solo: secreto profesional… ¿Mañana por la mañana? ¿A las diez? ¿En la rosaleda? ¿Llevará un traje azul marino y una bufanda gris? Usted me reconocerá fácilmente; no soy más que un pobre hombre viejo, muy miope, vestido siempre de negro… Mis saludos, señora.

Víctor Deliot se sumergió otra vez en la lectura: su cara no reflejaba ninguna satisfacción.

***

Fue puntual a la cita. La dama del traje sastre azul marino, adornada con una bufanda gris, lo esperaba impaciente en la rosaleda. Los jardines de Bagatelle estaban todavía desiertos a esa temprana hora. El abogado se dirigió hacia la desconocida acomodándose los lentes para obtener una primera impresión de conjunto; era tal cual la había previsto. Solange Vauthier ofrecía un sorprendente contraste con su esposo: tan rubia ella, como moreno era él; fina, de apariencia endeble, pero de una hermosura ideal. La piel parecía transparente, diáfanas las carnes. Una criatura de ensueño, escapada de alguna leyenda de las orillas del Rin. Era pequeña, pero tan bien proporcionada en el género menudo, como su marido lo era en la especie gigante. Esta cautivante criatura era, realmente, la Bella de la Bestia…

—Discúlpeme, señora, por haberla hecho esperar —dijo el viejo abogado, descubriéndose.

—No tiene ninguna importancia —respondió la joven, esbozando una sonrisa cuya extraña tristeza hirió a su interlocutor—. Lo escucho…

—Señora, trataré de ser breve. En una palabra, yo la necesito y cuando digo «yo»,

quiero decir «nosotros» la necesitamos: su marido y yo…

—¿Está seguro, doctor? —respondió ella, con tono escéptico—. Sin embargo, Jacques ha hecho lo imposible para evitarme desde que ocurrió el crimen. He insistido para que me reciba en su prisión: se ha negado siempre. Parece que quisiera huir de mí… ¿Por qué?

—Todavía nada puedo explicar, señora. Yo mismo, busco… dudo… La única cosa que sé, porque la siento, es que usted puede y debe ayudarme.

—¡Pero si es lo que yo deseo, mi querido doctor!

—Entonces, señora… ¿por qué se ha negado a ayudar a mis predecesores?

—No tenía confianza en ellos. Sólo veían en mi pobre marido un «caso» para explotar en su propio beneficio y publicidad. Le puedo asegurar que esos que se llaman defensores estaban persuadidos de su culpabilidad, mientras que yo sé, y con certeza, que Jacques no ha matado.

—¿Qué es lo que la hace hablar así, señora?

—Un sentimiento íntimo y estrictamente personal. ¡Jacques es incapaz de matar! Y soy la más indicada para afirmarlo, pues lo conozco mejor que nadie.

—No lo dudo, señora. Y por eso usted va a constituir una gran ayuda para mí.

—No, doctor. Yo le hubiera sido de alguna utilidad si Jacques aceptara ser defendido. ¡Pero no quiere! Busca su condena. Lo siento, ¡lo sé! Ni usted ni nadie en el mundo podrá conseguir arrancarle su secreto si yo no lo he conseguido en los interrogatorios de a bordo, en los que he servido de única intérprete después del crimen.

—Aunque parezca contradictorio con mis primeras conclusiones, debo confesarle que, como mis predecesores, tengo la convicción de que su marido es el único asesino del joven norteamericano. Abundan pruebas en ese sentido: sus impresiones digitales, sus propias declaraciones…

—Pero… ¿por qué todos creen que ha matado a ese hombre, al que ni siquiera conocía y cuya misma existencia ignoraba?

—Sólo usted, señora, puede ayudarme a encontrar ese «porqué». Tengo la convicción de que la razón de este crimen es tan admisible, que ya le he hecho saber a su marido, por intermedio del intérprete, que no me será difícil hacerlo absolver.

La joven observó profundamente al abogado antes de contestar, casi a media voz, como temiendo que la brisa propalara sus palabras en el jardín desierto:

—Jacques no tenía ninguna razón aceptable para cometer este crimen.

—Por suerte, mi querida señora, estas últimas palabras han sido pronunciadas sólo delante de mí, el defensor de su marido y, por lo tanto, su amigo. Si se obstina en repetirlas delante del Tribunal, ante el cual abrigo la firme intención de hacerla comparecer como testigo a favor, podríamos temer que ellas trajeran aparejada la condena de Vauthier. Creo, señora, que deberíamos vernos mañana en casa, para volver a hablar de todo esto. Podemos decir que este encuentro al aire libre no fue más que un primer punto de contacto. La espero a cualquier hora… ¡El tiempo

apremia!

—¡Déjeme reflexionar! Le telefonearé por la noche, alrededor de las once.

—Como guste. ¡Ah!, antes de separarnos, quisiera hacerle una breve y última pregunta.

—Lo escucho.

—Usted me dijo hace poco, mi querida señora, que su marido se había negado obstinadamente a volverla a ver después del instante del crimen: esto confirma, punto por punto, los informes que ya tenía. Ha afirmado también que había hecho lo imposible para volverlo a ver, pese a él mismo; quiero creerlo, a pesar de que mis informes afirman lo contrario. Algunos hasta han llegado a insinuar que usted se esconde. Reconozca que su actitud hasta el presente, con respecto a los defensores de su marido, confirma esta opinión. Sobre esta base creo estar autorizado para preguntarle: Señora Vauthier, ¿quiere ayudarme a defender a su marido, acusado de asesinato, sí o no?

La vaga mirada de la joven mujer erró de nuevo sobre la cara de su interlocutor. Sus labios comenzaron a temblar pero no emitieron sonido alguno. Luego, bruscamente, desvió la cabeza y huyó por la rosaleda con los ojos bañados en lágrimas.

El viejo abogado, petrificado, observó a la frágil figura alejarse rápidamente sin intentar alcanzarla. No se corre tras la verdad que huye… Se quitó los lentes y comenzó a limpiarlos con su pañuelo a cuadros mientras se dirigía hacia la salida del jardín. Ésta es —se decía— la pareja más extraordinaria que pueda imaginarse… La Bella y la Bestia… La Bella debe ser maligna; la Bestia, sin duda, es buena. Pero… ¿qué secreto puede existir entre estos dos seres, para que ni el uno ni el otro desee ver a su cónyuge?

En el momento de franquear la puerta de Bagatelle, el defensor de Vauthier gruñó en alta voz:

—¡Vamos, Deliot, sacúdete! Por obra y gracia de este malhadado presidente estás aquí, enredado en uno de los más extraños casos criminales de nuestro tiempo.

***

Una semana había transcurrido desde que el decano confiara la defensa de Jacques Vauthier a Víctor Deliot, cuando éste reapareció en el Palacio de Justicia.

—Veamos —le dijo Musnier, recibiéndolo en su despacho—. ¿Qué tal va tu caso?

—Está casi listo —respondió Deliot, con un tono desenvuelto que petrificó a su compañero de juventud.

—¡Bravo! ¿.Probablemente vienes a solicitarme una prórroga?

—No, estaré listo para la audiencia del 20 de noviembre.

—¡Enhorabuena! Has terminado por arreglártelas bastante rápidamente. ¿Y qué piensas ahora de tu cliente?

—Permíteme no contestar tu pregunta.

—Como gustes… En fin, ¿estás contento? ¿No estás disgustado conmigo por haberte nombrado de oficio?

—Más adelante te estaré agradecido… Ahora, desearía trabar conocimiento con mi adversario.

—¿Goirin? ¿Lo conoces?

—He oído hablar de él.

—¡Tendrás mucho que hacer! Es el abogado de la embajada. Casi siempre asume la defensa de personas norteamericanas y, sobre todo, cuando el crimen se comete aquí. En este momento debe encontrarse en el Palacio; lo haré llamar.

Mientras el decano daba indicaciones al ujier, Deliot dijo:

—En el fondo, me prestas un servicio. Me preguntaba si tan ilustre colega condescendería a que le presentaran, antes del proceso, a un oscuro abogado de mi especie…

—Bajo su apariencia un poco fría, Goirin es un excelente muchacho. Aunque jamás te haya visto, estoy convencido de que siente estima por el colega que asume la pesada tarea de defender a este Vauthier. Sus datos profesionales no pueden ser mejores. Aquí viene… Entre, por favor, mi querido amigo. Le presento a su nuevo adversario en la causa Vauthier, mi viejo y buen camarada Deliot.

El apretón de manos cambiado entre los dos abogados fue flojo. El doctor Goirin y el doctor Deliot no se parecían en nada. Físicamente, Goirin era buen mozo: tenía veinte años menos que su adversario, se expresaba con cierto preciosismo y parecía muy satisfecho de escucharse a sí mismo. Moralmente, la diferencia era aún mayor. Mientras Víctor Deliot no pensaba más que en sus clientes, André Goirin pensaba sólo en él. Desde ese primer encuentro, el defensor de la justicia civil quiso establecer las distancias:

—Creo que es la primera vez, mi querido colega, que usted defiende en la corte criminal…

—Así es, y no crea que estoy muy orgulloso por eso.

—¡Cómo lo comprendo! Es siempre muy difícil adaptarse… Por mi parte, prefiero dejar a mis colaboradores los casos en lo correccional.

El viejo abogado no pestañeó y contestó, amable:

—Ya que tengo la buena suerte, mi querido amigo, de encontrarlo en el despacho del señor decano, ¿puedo preguntarle cuántos testigos piensa citar?

—Una docena. ¿Y usted?

—Apenas la mitad.

—¡No me sorprende! Sus predecesores, en lo que a esto se refiere, me habían dado a entender las dificultades a que estamos abocados.

—No se molestaron mucho —dijo sonriendo Deliot—. Mi querido colega, nos encontraremos en la primera audiencia.

Cuando Víctor Deliot se hubo alejado, el elegante Goirin le confió al decano:

—¡Qué tipo tan estrambótico! ¿De dónde sale? ¿Llega de las provincias?

—¡Qué error, amigo mío! Deliot será dentro de poco el decano de los miembros del Foro de París…

—¡Pues es increíble! ¿Se puede saber, mi querido decano, por qué le ha confiado esta causa?

—Por tres importantes razones: la primera, porque nadie quería asumir la defensa; la segunda, creí justo ofrecerle a un hombre como Deliot un caso que, por fin, lo daría a conocer, aunque sólo fuera ante sus colegas que, deliberadamente, lo ignoran; y la tercera… es porque estimo que su adversario tiene talento.

—¿Sí? —preguntó escéptico Goirin.

—No es un hombre que se presente en una forma brillante, pero posee, a mi criterio, una cualidad que se va extinguiendo cada vez más dentro de la profesión: ama su oficio.

***

La futura abogada Danielle Gény no había tenido oportunidad, hasta el presente, de poder asistir a un proceso criminal. Los lugares reservados a los miembros del Foro eran siempre concedidos a los colegas en ejercicio; pero este 20 de noviembre, fecha de apertura del Proceso Vauthier, la joven no podía quejarse. Instalada en el banco de la defensa por Víctor Deliot, quien la presentó como «su mejor colaboradora», observaba, con curiosidad, la sala y el gentío que se aglomeraba. El doble hecho de haberse puesto una toga y colocado valientemente un birrete sobre sus oscuros bucles provocaba en Danielle la impresión de estar en su elemento.

La primera persona que cayó bajo la mirada curiosa y ávida de la joven fue, sin lugar a dudas, su vecino más próximo… el bueno, el excelente Víctor Deliot. Parecía que las graves circunstancias en que se encontraba no podían modificar en nada su descuidado aspecto. El verdoso birrete era siempre el mismo y los lentes continuaban bamboleándose sobre la enorme nariz que sobresalía de los espesos bigotes. El viejo abogado no prestaba la menor atención a los quinientos pares de ojos que lo miraban con una extraña mezcla de sorpresa y conmiseración. Cada uno se preguntaba de dónde podía salir ese «bicho raro» de otros tiempos, y cómo diablos podría desempeñarse con dignidad en un caso tan delicado…

En ese momento, Víctor Deliot concentraba toda su atención en escuchar la apagada voz de su vecino de la izquierda, el director de la Institución de la rue Saint-Jacques. También él había terminado apasionándose por el «caso». Solicitó y obtuvo autorización para intervenir como intérprete entre el Tribunal y el acusado, en el curso de todos los debates. Durante las tres semanas que precedieron a la apertura del proceso, este hombre de bien acompañó varias veces a Víctor Deliot a la Santé, y a fuerza de habilidad consiguió arrancar del enfermo algunas respuestas fundamentales. Jacques Vauthier había terminado por habituarse a este intérprete, cuya elección era,

desde el punto de vista judicial, una garantía para el buen desenvolvimiento del proceso.

Después de recorrer con la mirada al público presente, integrado principalmente por elegantes y ociosas mujeres, Danielle se detuvo sobre el adversario, el doctor Goirin. Éste —¿por qué no reconocerlo?— poseía una prestancia totalmente distinta a la del pobre Víctor Deliot. Cooperaba con él todo un estado mayor de colaboradores subalternos, inclusive un conocido abogado. A la inversa de Víctor Deliot, Goirin observaba con complacencia al público asistente, ensayando gestos que atraían las lánguidas miradas de sus habituales admiradoras. Se adivinaba que el célebre abogado se aprestaba al triunfo una vez más. Esta seguridad molestó a la gentil Danielle, que medía, anticipadamente, la profundidad del abismo en que iba a precipitarse su viejo amigo. Haciendo honor a la verdad, este Goirin lo poseía todo, menos simpatía.

Cuando por fin lo introdujeron, la mirada de la joven se detuvo sobre el acusado, al que nunca había visto y del que tenía sólo una vaga idea por las descripciones de Víctor Deliot. Su presencia produjo en Danielle, muchacha fina y sensible, un verdadero *shock* nervioso que la dejó paralizada, pues jamás había pensado que pudiese existir sobre la tierra un ser semejante, y que ese ser perteneciese a la especie humana. Esos cabellos hirsutos, esa cara bestial, esa mandíbula de *bulldog*, esa cabeza monstruosa colocada sobre un cuerpo de atleta, formaba una imagen horrorosa que emergía del sitial de los acusados, entre dos gendarmes que parecían débiles al lado de semejante coloso. La joven retrocedió instintivamente: el cliente de Víctor Deliot no se parecía en nada a ese desventurado del que hablaba con tanto ardor el viejo abogado; contemplando tal personaje se adivinaba la Bestia, la bestia integral que rara vez se encuentra. Danielle estaba horrorizada. Sufría ante la idea de saber a su viejo amigo encargado de defender a un ser semejante.

Al momento, su mirada recayó sobre el grupo del jurado, que esperaba silencioso observando al extraño acusado, cuyo inmóvil semblante no dejaba traslucir ningún sentimiento. Jacques Vauthier, amurallado en sí mismo por su triple mal, ¿se daría cuenta de la tragedia que iba a desarrollarse dentro de unos instantes, y en la que él ocupaba el lugar principal? La presencia de este ciego sordomudo inmóvil transmitía a la sala un malestar indescriptible.

El Tribunal hizo su aparición y, por un momento, arrancó a la joven de sus cavilaciones. La sala se puso de pie, mientras el primer Presidente Legris y sus asesores tomaban asiento. El cargo del Ministerio Fiscal estaba ocupado por el fiscal Berthier: un hombre al que Víctor Deliot temía más aún que a su colega Goirin. Promovido recientemente a esta alta dignidad, el fiscal parecía poner su mayor empeño en obtener la cabeza de todos los acusados que caían bajo sus garras. Según el criterio de Deliot, Berthier era un monstruo sediento de eso que él llamaba pomposamente «Justicia». La defensa tendría que vérselas con un adversario astuto e ingenioso, cuya escueta elocuencia impresionaba siempre a los jurados.

El acta de acusación fue leída con monótona voz por el ujier. Acusación que no agregaba nada nuevo, y resumía en términos jurídicos lo que ya todo el mundo sabía por las noticias publicadas por los periódicos. Cuando esta lectura hubo terminado, se procedió a interrogar al acusado con la ayuda de un intérprete que transmitía, en signos dactilológicos sobre las falanges del incapacitado, las preguntas del Presidente Legris. Para que no se cometiese el menor error de transmisión, el Tribunal había autorizado al acusado a utilizar el punzón y la pizarra de la escritura Braille. Una vez que trazaba los caracteres sobre el papel perforado, un segundo intérprete traducía, oralmente, la respuesta para el Tribunal y los jurados. Aunque era un proceso bastante largo, se había escogido este doble método como la forma más segura y la única que evitaría desnaturalizar las preguntas y respuestas.

Este interrogatorio no resultó fastidioso a los concurrentes, pues el trabajo de los intérpretes los interesó vivamente.

—¿Su nombre?

—Jacques Vauthier.

—¿Fecha y lugar de nacimiento?

—El 5 de marzo de 1923, en la rue Cardinet, de París.

—¿Nombre de su padre?

—Paul Vauthier, fallecido el 23 de setiembre de 1941.

—¿El de su madre?

—Simone Vauthier; de soltera, Arnould.

—¿Tiene hermanos y hermanas?

—Una hermana, Régine.

El jurado se enteró así que Jacques Vauthier, ciego sordomudo, nacido en París, 16 de la rue Cardinet, en el departamento de sus padres, había pasado los diez primeros años de su existencia rodeado por los suyos y cuidado especialmente por una sirvientita, tres años mayor que él, la pequeña Solange Duval, cuya madre, Mélanie, estaba también al servicio de los Vauthier.

La joven Solange tenía, como única ocupación en la casa, el cuidado del enfermo, cuyo estado exigía una permanente atención. Al sentirse incapaces de poder educarlo, los esposos Vauthier, comerciantes acomodados, se habían dirigido a diferentes instituciones especializadas para averiguar si consentían en recoger al infortunado niño. Finalmente, la Institution Régionale de Sanac en Haute Vienne, dirigida por los Hermanos de Saint Gabriel, donde muchos casos similares habían sido tratados con resultado excelente, consintieron en recibir al último vástago de la familia Vauthier. Fue el Superior de la Institución, el hermano Ivon Rodelec, quien personalmente buscó al niño en el departamento de la rue Cardinet, de París. Jacques Vauthier vivió los doce años siguientes en Sanac, donde progresó rápidamente debido a su despierta inteligencia.

Después de cursar brillantemente su bachillerato a los dieciocho años y siguiendo los consejos de Ivon Rodelec, quien notó su inclinación hacia las letras, comenzó a

escribir una novela titulada *El Solitario*. Se publicó sólo tres años más tarde, e hizo sensación. El novel y joven escritor fue ayudado en esta empresa por su antigua sirvientita, Solange Duval, a la que Ivon Rodelec había hecho impartir, a la par de Vauthier, una sólida cultura. Solange Duval conocía los seis diferentes sistemas que eran indispensables para poder comunicarse con el incapacitado: el lenguaje mímico, la dactilología, la escritura Braille, la escritura tipográfica Ballu, la escritura inglesa y también el lenguaje vocal propio de los sordomudos, cuyo empleo era muy limitado.

Seis meses después de la aparición de *El Solitario*, Solange Duval contrajo enlace con Jacques Vauthier, en Sanac. El acusado tenía entonces veintitrés años, y su mujer veintiséis. Algunas semanas después la pareja se embarcaba para los Estados Unidos de Norteamérica. Invitado por una agrupación norteamericana, Jacques Vauthier realizó una gira triunfal por ese país durante cinco años, dando conferencias destinadas a divulgar entre el gran público los evidentes progresos alcanzados en Francia en materia de educación de los ciego sordomudos de nacimiento. Durante todo este período, Solange Duval fue la colaboradora e intérprete de su marido, y al regresar de este largo viaje se produjo el drama a bordo del *De Grasse*.

El Presidente pronunció la frase ritual:

—Haga comparecer al primer testigo citado por la defensa.

Era un hombre joven, corpulento y rubio, de talle esbelto, sobriamente vestido y cuyo rostro despejado reflejaba simpatía: libraba por un momento a la concurrencia de la repugnante contemplación del acusado. Sin querer confesárselo a sí misma, Danielle sintió que el recién llegado le agradaba… y desde el momento que le agradaba —pues escondía bajo su austera toga un verdadero corazón de *midinette*, pronto a derretirse con el primer rayo de sol— no existía ninguna razón para pensar que no gustase a muchas otras mujeres.

—¿Su nombre?

—Henri Téral —respondió con voz tímida.

—¿Fecha y lugar de nacimiento?

—El 10 de setiembre de 1915, en París.

—¿Nacionalidad?

—Francesa.

—¿Profesión?

—Camarero a bordo del vapor *De Grasse*, de la Compañía General Transatlántica.

—Jure decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Levante la mano derecha y diga: lo juro.

—Lo juro.

—Señor Téral, entre los camarotes de lujo que estaban a su cargo a bordo del *De Grasse* se encontraba precisamente el que ocupaba el señor John Bell. ¿Quiere explicar al Tribunal en qué circunstancias fue usted el primero en descubrir el crimen,

el 5 de mayo por la tarde?

—Señor Presidente: el 5 de mayo, después de almorzar, emprendí la inspección de los camarotes de lujo a mi cargo, a una hora en que no se importuna jamás a los pasajeros porque es el momento en que están descansando. Lo hice obedeciendo la orden del señor comisario Bertin, que había encomendado a todo el personal la misión de buscar a un pasajero desaparecido, el señor Vauthier. Todos nosotros conocíamos, por lo menos de vista, a este señor Vauthier, ciego sordomudo de nacimiento, que de vez en cuando se paseaba sobre cubierta del brazo de su mujer, y que no podía pasar inadvertido, precisamente, por su triple mal…

»La búsqueda no podía resultar difícil. Después de revisar, gracias al pase que siempre llevo encima por razones de servicio, los distintos camarotes de lujo, donde debí presentar mis excusas por las molestias que ocasionaba a los pasajeros… a quienes desperté en su gran mayoría, me sorprendió bastante comprobar que la puerta del departamento ocupado desde el día de salida de Nueva York por un pasajero norteamericano, el señor John Bell, estaba entreabierta… La empujé con cierta dificultad: parecía que desde el interior alguien se apoyara en ella. Cuando pude entrar en el camarote, comprendí la razón de esta resistencia: las manos del señor John Bell, cuyo cuerpo estaba arrodillado, se asían crispadas al picaporte… No necesité un largo examen para percatarme de que me encontraba en presencia de un cadáver todavía tibio…

## Capítulo segundo

# LOS TESTIGOS DE CARGO

»… El señor John Bell —prosiguió el camarero— acababa de ser asesinado. No se podía tener la menor duda al respecto: un reguero de sangre coagulada, escapada de su cuello, se había extendido sobre la alfombra después de haber manchado todo el pijama.

—Señor Presidente —dijo Víctor Deliot desde su sitio—, desearía hacerle una pregunta al testigo. Díganos exactamente, señor Téral, dónde se encontraba Jacques Vauthier cuando usted entró en el camarote.

—El señor Vauthier estaba sentado en la cama; parecía atontado e indiferente. Lo que más me sorprendió fueron sus manos, que mantenía extendidas con los dedos separados y a las que parecía contemplar con asco, a pesar de no poder vérselas… Estaban manchadas de sangre.

—De donde usted dedujo que él era el asesino… —prosiguió Víctor Deliot.

—Yo no deduje nada —respondió el camarero con calma—. Me encontré súbitamente frente a dos hombres: uno muerto y el otro vivo. Los dos estaban cubiertos de sangre. Además, había sangre por todos lados, sobre la alfombra, sobre la colcha y hasta sobre la almohada… El desorden indescriptible que reinaba en el camarote indicaba una lucha feroz. La víctima, seguramente, se había defendido, pero su adversario debió de ser mucho más fuerte. Todo el mundo puede verificarlo ahora: el señor Vauthier tiene cuerpo de atleta.

—¿Qué hizo usted entonces? —preguntó el Presidente.

—Salí precipitadamente del camarote y pedí ayuda a un compañero de trabajo. Le recomendé montara guardia delante de la cabina para impedir alguna tentativa de salida del señor Vauthier y corrí en busca del comisario Bertin. Una vez que llegamos a la puerta semicerrada, penetramos en el camarote los tres juntos. El señor Vauthier no se había movido; permanecía aún sentado en la cama, abatido… Tanto mi camarada como yo nos dispusimos a ejecutar las órdenes del señor Bertin.

—¿Qué órdenes?

—Después de habernos acercado a Vauthier con toda clase de precauciones, pudimos comprobar que no tenía el arma. Ésta tampoco aparecía junto al cadáver. El señor comisario Bertin hizo notar el detalle. Hasta recuerdo, palabra por palabra, lo que dijo en ese momento: «¡Es raro! De acuerdo con el orificio de la herida sólo puede tratarse de un puñal… ¿Dónde puede estar? No es cuestión de preguntárselo a este Vauthier, que debe ser el único en saberlo, puesto que no nos entiende ni puede hablarnos… En fin, consideraremos este asunto más tarde… Lo más urgente, por el momento, es detener a este muchachón que tiene todo el aspecto de ser el criminal. Como medida de precaución es necesario encerrarlo en el acto, en la prisión de a

bordo. ¿Se dejará llevar?».

»Contrariamente a lo que pensábamos, Vauthier no opuso la menor resistencia. Se hubiese dicho que estaba resignado a su suerte desde el mismo momento en que cometió el crimen y que, con toda intención, se había quedado sentado en la cama de su víctima para que no se pusiese en duda su culpabilidad. Como un chico, se dejó conducir en seguida a la prisión de a bordo por el señor Bertin y por mí, mientras mi compañero quedó montando guardia delante del camarote. Yo mismo me quedé vigilando ante la puerta blindada de la prisión, hasta que uno de los tripulantes designado por el comandante vino a relevarme una hora después.

—Luego de esto, ¿volvió al camarote del crimen?

—Sí, pero al llegar a la puerta pude comprobar que el comandante del *De Grasse*, el señor Chardot, la hacía clausurar. Al mismo tiempo, el comisario Bertin me dió la orden de no utilizar mi juego de llaves para penetrar en este camarote, donde nada debía ser cambiado de lugar hasta nuestro arribo a El Havre. Finalmente, el comandante Chardot recomendó al pequeño grupo de la tripulación y camareros que lo rodeaban que no divulgaran, en lo posible, esta noticia entre los pasajeros que, de un modo u otro, bien pronto se enterarían.

—Muchas gracias, señor Téral; puede retirarse. Que comparezca el testigo que sigue…

Éste se presentó de uniforme.

—André Bertin, primer comisario de a bordo del vapor *De Grasse*.

La exposición del comisario Bertin concordaba, punto por punto, con la del camarero.

—Señor comisario —aclaró el Presidente—, el testigo anterior, Henri Téral, ha declarado que, tanto él como usted, se sorprendieron al no encontrar en el camarote el arma del crimen.

—Así es, señor Presidente… y lo más raro en todo este asunto es que, a pesar de las repetidas búsquedas realizadas posteriormente, nunca se pudo encontrar.

—¡No tiene nada de raro! —interrumpió el fiscal Berthier—. La prosecución de los debates indicará al Tribunal y a los señores jurados la naturaleza del arma, así como la manera bien simple con que el criminal, según su propia explicación, la ha hecho desaparecer.

—Señor comisario —interrogó nuevamente el Presidente Legris—, díganos exactamente, ¿qué hizo usted después de haber encarcelado a Jacques Vauthier en la prisión de a bordo?

—Me permito dejar constancia ante el Tribunal —dijo Víctor Deliot— que con todo derecho la defensa se sorprende que el señor comisario de a bordo haya tomado la medida, algo prematura tal vez, de hacer encerrar y más aún, encarcelar a mi cliente, cuando nada aseguraba que él fuera el asesino.

—¿Cómo nada? —dijo, sofocado, el comisario—. ¡Ah, no! ¡Esto es un poco fuerte! Cualquier hombre sensato hubiera hecho lo mismo, en mi lugar… ¡Yo no

podía, de ningún modo, dejar pasear con toda libertad sobre el *De Grasse* a un hombre al que acababa de encontrar con las manos ensangrentadas, sentado cerca de un cadáver todavía tibio!

—¡Protesto contra esta interrupción de la defensa! —exclamó el doctor Goirin—. El comportamiento del señor comisario Bertin fue el de un hombre que cumplía estrictamente con su deber. Por otro lado, apenas una hora después, esta actitud se justificaba ante las declaraciones de Vauthier, que reconoció formalmente ser el autor del crimen en presencia de varios testigos.

—Se cierra el debate —dijo con calma el Presidente—. Y volvamos a mi pregunta, que todavía no ha respondido, señor comisario…

—Señor Presidente, una vez que hice encarcelar al señor Vauthier, me presenté ante nuestro comandante, a quien comuniqué el macabro descubrimiento. El comandante Chardot descendió en seguida al camarote del crimen, donde nada había sido movido, a excepción de Vauthier, al que nos vimos obligados a retirar de allí. El cuerpo de la víctima estaba en la misma posición, con ambas manos asidas al picaporte. El comandante Chardot se había hecho acompañar por el médico de a bordo, que realizó las primeras verificaciones. Luego me creí en el deber de enterar a la señora Vauthier de todo lo acaecido. Cuando así lo hice, ésta se desmayó. Por fin, al volver en sí, la señora Vauthier consintió en acompañarnos a la prisión al comandante Chardot y a mí para servirnos de intérprete durante un primer y somero interrogatorio. Dejo especificado, por el buen nombre de la Compañía General Transatlántica, que todo esto se realizó lo más discretamente posible. Por desgracia, nos vimos obligados a telegrafiar la noticia del asesinato a la policía francesa, rogándole subiese a bordo cuando llegáramos a El Havre. La transmisión de este cablegrama, aunque cifrado, dio lugar a indiscreciones. A la mañana siguiente todos los pasajeros estaban enterados de que se había cometido un crimen.

—En ese primer interrogatorio en la prisión de a bordo, ¿cómo se comportó Jacques Vauthier delante de su mujer?

—Parecía tranquilo. La única respuesta que pudimos arrancarle fue: «Soy yo quien ha matado a ese hombre. Lo reconozco formalmente y no me arrepiento». Respuesta que Jacques Vauthier mismo redactó con el punzón y la pizarra de escritura Braille, y que fue enviada por el comandante Chardot al inspector que se haría cargo del sumario, una vez que descendiéramos en El Havre.

—La prueba en cuestión —precisó el fiscal Berthier— está a disposición del Tribunal.

—Llamo ahora la atención de los señores del Jurado —dijo el doctor Goirin— sobre la importancia capital de esta declaración escrita por el propio acusado y en la que confiesa haber dado muerte a John Bell.

—¿Puede decirnos el testigo —preguntó Víctor Deliot— cuál fue la actitud de la señora Vauthier cuando se enteró por su marido de que él era el asesino?

—La señora Vauthier —reconoció el comisario— fue muy valiente. Recuerdo que

después de habernos traducido la respuesta de su marido, escrita mediante el sistema Braille, nos dijo al comandante Chardot y a mí: «¡Por más que Jacques asegure y escriba que ha asesinado a ese hombre, yo afirmo que eso es imposible! ¡Jacques no es, ni puede ser un criminal! ¿Por qué había de asesinar a una persona a la que nunca había visto, a la que no conocíamos ninguno de los dos y con la cual no habíamos tenido el menor contacto desde la salida de Nueva York?».

—¿Está seguro de lo que nos dice? —preguntó el Presidente al testigo.

—Son palabras textuales de la señora Vauthier.

—Llamo, a mi vez, la atención de los señores jurados —declaró Víctor Deliot— sobre la importante actitud de la señora Vauthier, que se niega a admitir la culpabilidad de su marido.

—¡Lo contrario hubiera sido asombroso! —arguyó el fiscal Berthier.

—En este recinto se han visto y oído cosas más asombrosas todavía, señor fiscal —respondió Víctor Deliot.

—¿Tiene la defensa otras preguntas que hacer al testigo? —preguntó el Presidente.

—Ninguna pregunta.

—Muchas gracias, señor comisario. Puede retirarse… Que pase el tercer testigo, el señor comandante Chardot.

—Señor Presidente —dijo el comandante del *De Grasse*—, fui informado del crimen por el primer comisario Bertin, quien, como primera medida de prudencia, hizo trasladar al supuesto criminal a la prisión de a bordo. También me solicitó instrucciones. Aunque ningún pasajero o miembro de la tripulación puede ser encarcelado sin una orden formal mía, aprobé la decisión del comisario Bertin, que se había conducido así para evitar la divulgación de este penoso asunto. En compañía del señor Bertin y del médico de a bordo, doctor Langlois, me hice presente en el camarote de lujo del señor John Bell, ante la puerta del cual montaba guardia un camarero. Lo hice reemplazar por un marinero. Después de haberme cerciorado de que en el revuelto camarote nada había sido cambiado, hice clausurar la puerta.

»Tenía que resolver un problema grave: no llegaríamos a El Havre sino siete días después… Era imposible dejar el cuerpo en ese camarote sin correr el riesgo de verlo descomponer. Después de un minucioso examen practicado por el doctor Langlois, decidí hacer transportar el cuerpo durante la noche a la cámara refrigeradora, cuando todo el pasaje durmiese; esto permitiría, tanto a los encargados del sumario como al médico forense, encontrar el cuerpo en perfecto estado de conservación al llegar a El Havre. En seguida me reuní con el señor Bertin en el comisariato de a bordo, donde la señora Vauthier esperaba ansiosamente noticias de su desaparecido marido. Con la mayor consideración posible le explicamos el drama en que el señor Vauthier se encontraba gravemente comprometido.

—¿Cuál fue, entonces, la actitud de la señora Vauthier? —preguntó Víctor Deliot.

—Se desmayó. Sólo una hora después la pudimos convencer de que nos acompañara a la prisión donde estaba encerrado su marido.

—¿Cuál fue la actitud de los dos esposos en el momento preciso en que se encontraron? —preguntó una vez más el abogado de Jacques Vauthier.

—La escena fue desgarradora. La señora Vauthier corrió hacia su esposo, quien la estrechó contra sí. En su desesperación repetía en voz alta: «Jacques, tú no has hecho eso, ¿verdad? No es posible, amor mío… Pero ¿por qué?».

—Deseo hacer notar a los señores jurados —dijo Víctor Deliot— que Jacques Vauthier no podía oír ni comprender las dolorosas palabras pronunciadas por su mujer. Me permito hacer una última pregunta al testigo: ¿la señora Vauthier tenía entre las suyas las manos de su marido?

—¿Las manos? —repitió, con sorpresa, el comandante del *De Grasse*—. No lo sé con exactitud. Me parece que sí…

—Trate de recordar, comandante. ¡Es muy importante! —insistió Víctor Deliot.

—El Tribunal permitirá que me asombre —dijo con acritud Goirin— del encarnizamiento que pone la defensa tratando de desconcertar a un testigo cuya buena fe no puede ser puesta en duda.

—Aquí no se trata de buena fe, mi querido colega —exclamó Víctor Deliot—, sino de un hombre que se juega la cabeza. ¡Todo tiene su importancia! Hasta los menores detalles… Si insisto sobre este punto en particular es, simplemente, porque los dos esposos, estrechándose las manos, han tenido oportunidad de conversar entre ellos con las falanges de los dedos, sin que el comandante Chardot ni el comisario Bertin hayan podido darse cuenta…

—¿Y qué? —preguntó Berthier—. Supongamos que los esposos Vauthier se hayan comunicado así, a escondidas de terceros. ¿Cómo podría alterar esto el fondo del proceso?

—Podría simplemente alterarlo todo, señor fiscal. Ya me encargaré de demostrarlo a su debido tiempo, pero mi propósito era no dejar pasar ese detalle, llamando la atención sobre este punto a los señores jurados —Víctor Deliot volvió a sentarse.

—¿Qué pasó en la prisión —preguntó el Presidente— cuando pasaron las primeras efusiones de los cónyuges?

—A continuación procedí a interrogar a Jacques Vauthier, interrogatorio que el comisario Bertin consignó por escrito. La señora Vauthier sirvió de intérprete formulando las preguntas; su esposo respondió utilizando el punzón y la pizarra que su mujer llevaba siempre consigo en la cartera. Estas respuestas, escritas por la mano misma de Jacques Vauthier, han sido cuidadosamente recogidas por el comisario Bertin.

—Todas estas piezas están a disposición del Tribunal —declaró el fiscal.

—¿Qué preguntas le formuló usted a Jacques Vauthier, comandante? —preguntó el Presidente.

—La primera pregunta fue: ¿Reconoce haber matado a John Bell? Respuesta: «Yo lo he matado. Lo reconozco formalmente y no me arrepiento». La segunda pregunta: ¿Con qué lo mató? Respuesta: «Con un cortapapeles». Tercera pregunta: ¿Qué tipo de cortapapeles? Respuesta: «Con el que estaba sobre la mesilla, semejante a los que la Compañía General Transatlántica pone en cada camarote a disposición de los pasajeros. Tengo uno igual en el mío». Cuarta pregunta: ¿Qué hizo de ese cortapapeles, que no se encuentra en el camarote? Respuesta: «Me libré de él, tirándolo por el ojo de buey». Quinta pregunta: ¿Por qué lo tiró al mar, si ahora no tiene ningún inconveniente en confesar su crimen? Es una actitud inútil… Respuesta: «Ese cortapapeles me horrorizaba». Sexta pregunta: ¿Conocía a su víctima antes de matarla? Respuesta: «No». Séptima pregunta: Entonces, ¿por qué lo mató? Jacques Vauthier no contestó. ¿Fue para robarle? Respuesta: «No». Octava pregunta: ¿Fue porque John Bell le ha inferido un agravio, u ocasionado un perjuicio grave? Una vez más Jacques Vauthier no respondió, y a partir de ese momento no volvió a contestar ninguna de mis preguntas. El comisario Bertin y yo no tuvimos más remedio que retirarnos, rogando a la señora Vauthier nos acompañara, a lo que accedió con gran resignación después de haber abrazado a su marido.

—¿Usted autorizó a la señora Vauthier a ver nuevamente a su marido durante el resto de la travesía? —preguntó el Presidente.

—Lo ha visto todos los días, en mi presencia y en la del comisario Bertin. La necesitábamos como intérprete, ya que era la única persona a bordo que conocía el alfabeto de los sordomudos y la escritura Braille de los ciegos. Pero me pareció más prudente, aconsejado por el doctor Langlois, no dejar sola a la señora Vauthier en compañía de su esposo. Aunque el doctor considerase que Jacques Vauthier no presentaba ningún signo de perturbación mental, siempre podía temerse que el crimen hubiese sido cometido durante un acceso de locura momentánea, que podría repetirse en la persona de su mujer.

—¿Qué sucedía durante estas entrevistas?

—La desesperación de la señora Vauthier iba en aumento. Yo trataba de hacer otras preguntas a su marido, pero éste no respondía. Por más que su mujer le suplicó, se arrastró a sus pies, trató de hacerle comprender que sus respuestas serían para su propio bien, que nosotros no éramos jueces, sino casi sus amigos… no hubo nada que hacer. La última entrevista tuvo lugar tres horas antes de la llegada a El Havre. Oigo todavía las palabras de la señora Vauthier a su marido: «Pero Jacques, ¡te condenarán! ¡Y estoy segura de que tú no lo has matado!». Ese día noté que las manos de la señora Vauthier se deslizaban febriles sobre las falanges de los dedos de su marido. Éste conservó su mutismo, desprendió sus manos de las de su mujer y las hundió en los bolsillos, como haciéndonos ver que ya lo había dicho todo y que las consecuencias de su actitud le importaban bien poco. Tres horas después, yo mismo entregaba el prisionero al inspector Mervel y a los policías que subieron a bordo, en el mismo momento que el piloto…

—El Tribunal le da las gracias, comandante. Puede retirarse. Que pase el cuarto testigo…

Era el doctor Langlois, médico principal de a bordo del *De Grasse*.

—La defensa lo ha citado, doctor —dijo el Presidente—, para conocer el resultado del examen médico del cadáver de John Bell en su camarote.

—Cuando fui puesto en presencia del cadáver, me percaté, en el acto, de que el arma del crimen había seccionado la carótida. La muerte había sobrevenido instantes después. La herida no podía dejar ninguna duda sobre la naturaleza del arma empleada: un cortapapeles muy afilado en forma de estilete. Cuando el comisario Bertin me presentó uno de los cortapapeles puestos a disposición de los pasajeros, en cada cabina, por la Compañía General Transatlántica, pude asegurarle, sin la menor duda, que el criminal había utilizado uno de ellos.

—¿No cree usted, doctor, que haya podido ser otra la causa de la muerte?

—No. Ésta sobrevino casi instantáneamente por falta de circulación de la sangre, como consecuencia de la sección de la carótida, que lleva la sangre del corazón a la cabeza. Por lo demás, el muerto era un muchacho joven aún y gozaba de perfecta salud.

—¿El comandante Chardot le pidió que examinara a Jacques Vauthier en la prisión de a bordo, después de haberlo sometido al primer interrogatorio? —preguntó el fiscal Berthier.

—Exacto. Este primer examen fue bastante superficial —declaró el testigo—, pero volví todos los días a hacer una visita al prisionero, que no presentó ningún estado febril durante el resto de la travesía. Comuniqué mis observaciones al doctor Boulet, médico forense que subió a bordo con el inspector Mervel, en El Havre. Después de haber acompañado al doctor Boulet a la cámara fría, donde el cuerpo se había conservado en perfecto estado, nos reunimos con el inspector Mervel en la celda de Jacques Vauthier. Allí, un examen más minucioso, en el que utilizamos los servicios del intérprete que el inspector Mervel había llevado para someter al incapacitado a algunas preguntas de orden estrictamente médico, confirmaron mis observaciones anteriores: Jacques Vauthier es un hombre sano de espíritu y de cuerpo, que sufre, desgraciadamente, un triple mal congénito. Pero todos sus órganos funcionan normalmente.

—Llamo la atención de los señores jurados —dijo el fiscal— sobre la declaración esencial del testigo que, por otra parte, ha sido redactada palabra por palabra en un informe médico realizado conjuntamente por el testigo y el eminente médico forense, doctor Boulet. Por lo tanto, Jacques Vauthier no sólo ha reconocido formalmente su crimen, sino que esta confesión no es producto de la imaginación de un neurótico acusándose, por no sé qué masoquismo, de un crimen que no habría cometido; es la expresión de la pura verdad dicha por un hombre en perfecta posesión de sus facultades mentales. El tribunal juzgará.

Víctor Deliot no se había movido, y parecía prestar muy poca atención a la declaración del doctor Langlois.

—El tribunal le agradece, doctor, su declaración —dijo el Presidente Legris—. Puede retirarse. Antes de escuchar al testigo que sigue, léase el informe médico redactado y firmado por los doctores Boulet y Langlois.

El ujier lo leyó con voz monótona. El informe confirmaba, punto por punto, la declaración del doctor Langlois. Finalizada la lectura, dijo el Presidente:

—Que pase el inspector principal Mervel.

—¿Quiere informarnos, inspector, sobre sus comprobaciones cuando subió a bordo del *De Grasse*, en El Havre?

—Después de haber asistido a la identificación de la víctima en la cámara refrigeradora del *De Grasse*, volví al camarote donde había ocurrido el asesinato. Ordené tomar impresiones digitales en diferentes lugares, especialmente en la colcha, las sábanas y las almohadas manchadas con sangre. Hasta el borde de una sábana había sido utilizado por el asesino para limpiarse las manos después del crimen: las impresiones recogidas nos fueron utilísimas. Una vez terminada esta tarea, decidí hacer una primera reconstrucción del crimen de acuerdo con los informes que me habían dado sucesivamente el camarero Henri Téral, el señor comisario Bertin, el comandante Chardot y el doctor Langlois.

»Para esta reconstrucción hice conducir a Jacques Vauthier desde la prisión de a bordo hasta el camarote. Cuando se encontró frente a la puerta de éste, lanzó un sordo y extraño grito y quiso escapar. Los gendarmes lo mantuvieron a la fuerza, obligándolo a entrar en el camarote donde yo había hecho instalar sobre la cama a uno de mis subordinados vestido con un pijama idéntico al que tenía la víctima. Empujé suavemente a Vauthier en dirección a la cama y al velador, sobre el que ya se había colocado otro de los cortapapeles de la Compañía General Transatlántica. Cuando las manos de Jacques Vauthier tocaron el cuerpo extendido de mi colaborador, lanzó otro ronco grito y retrocedió. Le tomé entonces la mano derecha, con la que le hice palpar el cortapapeles colocado sobre el velador. Vauthier se sobresaltó y un temblor nervioso lo sacudió durante unos segundos. Luego, pareció recobrar la calma: con su mano derecha tomó tranquilamente el cortapapeles y lo elevó, mientras se inclinaba sobre el cuerpo del inspector que representaba a John Bell durmiendo, en tanto que su mano izquierda se apoyaba sobre el pecho del hombre acostado, impidiéndole moverse. Tuve el tiempo justo para desviarle el brazo que se abalanzaba en gesto fulminante sobre el cuello de mi colaborador. ¡Vauthier hubiera renovado su crimen!

»En esta reconstrucción me asombró la precisión de los gestos del ciego que, al no ver a su víctima, se conducía como un autómata. Se podía pensar que había adquirido una gran práctica en ese estilo de asesinato. Pese a ello, me atormentaba una duda: ¿cómo había tenido John Bell la fuerza suficiente para arrastrarse, con la

carótida seccionada, desde la cama hasta la puerta del camarote donde, finalmente, se había desplomado con las manos crispadas asiéndose al picaporte? El médico forense que consulté al respecto me explicó que ese último espasmo de un moribundo era factible. Por otra parte, los muebles destrozados y el rastro de sangre que iba de la cama a la puerta, ¿podían probar que también había habido una lucha entre los dos hombres? La mejor explicación parecía ser que el asesino quiso impedir a la víctima llegar hasta la puerta. A pesar de todo, este punto no se ha aclarado, pues Vauthier se negó enérgicamente a dar las menores explicaciones.

»Probé una segunda experiencia: hice colocar a mi colaborador, siempre vestido con el pijama, arrodillado en la posición exacta que tenía el cadáver, apoyado contra la puerta con las dos manos crispadas asidas al picaporte. Obligamos nuevamente a Vauthier a aproximarse a la puerta con las manos extendidas hacia adelante. Cuando sus dedos rozaron el cuello del supuesto cadáver, Jacques Vauthier lanzó un horrible grito y retrocedió al fondo del camarote arrastrando consigo a los guardias. Éstos quisieron conducirlo de nuevo a la puerta, pero se tiró al suelo, arrastrándolos en su caída: su fuerza es colosal. Al percatarnos de que habíamos provocado un *shock* psicológico sorpresivo, aproveché la ocasión para acosarlo con preguntas concisas por intermedio del intérprete. Los gendarmes a duras penas pudieron sujetar las manos del incapacitado para que el intérprete pudiera trazar sobre los dedos los signos del alfabeto dactilológico. Fue tiempo perdido; Jacques Vauthier no contestó ninguna pregunta. Le hice tomar las impresiones digitales, que resultaron iguales a las obtenidas en los distintos muebles del camarote, de la colcha y de las manchas de sangre de la sábana. Cuando me pareció que Jacques Vauthier estaba más tranquilo, recomencé el interrogatorio. No accedió a responder más que a una sola pregunta: ¿Reconoce haber matado aquí a este hombre? Su respuesta fue: «Reconozco formalmente ser el autor de este asesinato. No me arrepiento. Si se presentase la ocasión, lo volvería a hacer». Pero cuando le pregunté: ¿Lo ha matado con un cortapapeles idéntico al que acabo de colocarle entre las manos?, se contentó con levantar los hombros dándole a entender al intérprete, con ese gesto, que la única cosa que contaba para él era haber suprimido al norteamericano, y que la manera como lo había hecho ofrecía un interés completamente secundario. Por tercera vez volví a interrogarlo, preguntándole si la actitud que acababa de tener delante de nosotros, sobre la persona de mi colaborador, acostada en el lugar de la víctima, era exactamente la misma que había tenido sobre John Bell. No hubo respuesta. Y en adelante no he conseguido arrancarle una sola palabra más, ni mediante el sistema Braille ni de otra manera.

»Minuciosos exámenes ulteriores nos han confirmado que el robo no fue la causa del asesinato; en efecto, no ha desaparecido nada que perteneciese a la víctima. Como es cierto también que Vauthier no conocía a su víctima, con la que no había tenido ningún contacto antes del asesinato. La policía criminal tampoco ha podido precisar con exactitud el verdadero móvil del crimen. Personalmente, estoy convencido de que

este acto homicida se debe atribuir al gesto irracional y súbito de un demente o de un sádico. No pudiendo obtener ya nada de él, no me quedaba más que hacerlo desembarcar. Fue conducido en auto hasta París y encarcelado en la Santé. A partir de ese momento, no me ocupé más del asunto; mi misión había terminado.

***

—Señor profesor Delmot —preguntó el Presidente, cuando hubo terminado el interrogatorio de identidad del sexto testigo—, ¿puede explicarnos el resultado de las observaciones efectuadas por la comisión médica que usted ha presidido, sobre el estado mental y físico de Jacques Vauthier?

—Hemos observado detenidamente, y por seis veces, al sujeto. El resultado obtenido de cada uno de los exámenes practicados por mis eminentes colegas los profesores Seresky y Hermite, y el mío propio, ha sido consignado en un informe detallado que hemos hecho llegar al juez de instrucción, señor Belin. La conclusión a que hemos llegado es que Jacques Vauthier, pese a su triple mal congénito de la vista, el oído y la palabra, es un ser perfectamente normal. Su inteligencia es, también, mucho más desarrollada que la de los individuos comunes. Conoce a fondo todos los medios de expresión que permiten a un ciego sordomudo comunicarse con el mundo exterior. Si no contesta algunas de las preguntas que se le formulan, lo hace con perfecto conocimiento de causa. Por lo demás, el Tribunal puede atenerse, con toda confianza, al detallado informe médico a que me he referido. Nada más puedo agregar.

—El Tribunal le da las gracias, señor profesor…

Danielle, que había escuchado con profunda atención las sucesivas declaraciones, aprovechó la salida del testigo para lanzar, a hurtadillas, una mirada a su viejo amigo Deliot. Éste, los ojos entornados, parecía sumergido en profundas meditaciones. La joven no pudo resistir la tentación de preguntarle a media voz:

—Doctor, ¿qué piensa de todo esto?

—No pienso, hija mía. Espero… —gruñó entre dientes Víctor Deliot.

Sin duda no se atrevía a confiarle su pensamiento: «Hay un punto que me atormenta en todo este asunto, y eso, desde la primera lectura del expediente que me envió el Presidente: las huellas…, esas malditas impresiones digitales que mi cliente parece haber puesto especial interés en repartir con profusión sobre los objetos que rodeaban a la víctima… ¡Con semejantes pruebas, fácilmente se manda a un pobre tipo al cadalso!».

Danielle observó al público. Estaba grave: los primeros testimonios habían sido suficientes para hacerle comprender que ese Jacques Vauthier, encerrado en un silencio voluntario que no era la táctica más conveniente, desarrollaba un juego muy peligroso en el que arriesgaba la cabeza. ¿Se beneficiaría con algunas circunstancias atenuantes? Ni el público, ni la joven estaban muy seguros. La única esperanza se

basaba en su triple mal, que gravitaría, sin duda, en favor del acusado. De todos modos, la tarea de su defensa se presentía pesada… Instintivamente, todas las miradas recaían sobre ese viejo y oscuro abogado a quien nadie había visto ni escuchado hasta entonces y que parecía esperar, melancólico y solitario en su sitio, el fin de la pesadilla.

Por contraste, el estrado de la acusación estaba muy animado: el elegante Goirin, rodeado por sus colaboradores, aparecía radiante. Sabía que esta primera parte de la audiencia no terminaría sin que él dejase sentados algunos puntos decisivos. Se sentía también poderosamente ayudado en la tarea —que ahora le parecía fácil— por el temible fiscal, el doctor Berthier, cuya aparente calma, hasta el momento, era muy inquietante.

Danielle comprendía todo esto como ninguna otra persona del público. Y a pesar de sí misma, a pesar de sus sentidos que lo repelían, la mirada recaía, otra vez, sobre la cara bestial del incapacitado. Cuanto más observaba a Vauthier más se convencía de que encarnaba un tipo de criminal que hubiera hallado cabida en alguna galería de asesinos célebres, en un museo del crimen. ¿Cómo una mujer, cualquiera que ella fuese, había podido aceptar ser la compañera de un individuo semejante? Excedía los límites del entendimiento.

La joven salió de ese sentimiento de repugnancia cuando la voz monótona del Presidente llamó al séptimo testigo, que se acercaba ya al estrado.

—Thomas Bell —proclamó el recién llegado, cuya nacionalidad se revelaba por el pronunciado acento, los lentes de oro y la amplia chaqueta—. Nacido el 9 de abril de 1897 en Cleveland, Estados Unidos de Norteamérica. Nacionalidad norteamericana.

—¿Profesión?

—Senador por Ohio, miembro del Congreso de Washington.

—Señor senador, en mi carácter de Presidente de este tribunal, deseo ante todo rendir aquí un homenaje público a uno de los más grandes amigos con que cuenta actualmente nuestro país, los Estados Unidos de Norteamérica. Mi misión es sumamente dolorosa. Estamos enterados, señor senador, que usted se empeñó en venir especialmente a Francia para declarar. ¿Sería pedirle demasiado que nos hablara de su hijo?

—John era mi único hijo —comenzó el senador, en una atmósfera de intensa emoción—. Había recogido toda mi ternura desde su nacimiento, ocurrido el 16 de febrero de 1925, en Cleveland, puesto que su madre murió al nacer él. Después de haber sido el mejor de los niños, John cursó sus estudios en Harvard. Me preocupé porque aprendiese francés, que hablaba correctamente, y para asegurarme de que practicara esta hermosa lengua le daba a leer vuestros mejores autores. Me esforcé también en inculcarle mi amor a Francia y le prometí mandarlo a París para terminar sus estudios, cuando obtuviera su diploma universitario. Desgraciadamente, estalló la segunda guerra mundial. John tenía apenas dieciocho años cuando nos enteramos del

desastre de Pearl Harbour. A pesar de su juventud se alistó al día siguiente, con mi aprobación, para servir en la marina de los Estados Unidos. Enganchado en una unidad de cañoneros de la marina, se embarcó un año después para el Pacífico, donde luchó durante toda la guerra, habiendo sido citado cuatro veces por hechos destacados en las armas.

»Desmovilizado después de la capitulación del Japón, regresó a Cleveland. La guerra lo había templado mucho y decidió ocuparse de la rehabilitación de Europa. Su trabajo lo obligaba a continuos desplazamientos entre Washington, Chicago, San Francisco y Nueva York. Yo estaba muy ocupado por mis funciones en el Congreso, y en esos últimos tiempos sólo pude ver a John de vez en cuando. Cada reencuentro era una verdadera fiesta: John y yo salíamos juntos como dos buenos camaradas. Estaba muy orgulloso de mi excelente hijo, y creo que él también lo estaba de su padre. Me contaba todo lo que hacía; el mayor placer que le procuraba la misión a que se había dedicado era el contacto permanente con los centros franceses de Nueva York. Le hice comprender que no podría conocer a conciencia la mentalidad y cultura francesas si no visitaba vuestro admirable país, región por región y ciudad por ciudad. Aquél fue el día en que decidió hacer su viaje.

»A pesar de su íntimo deseo de venir a Francia, John titubeaba un poco. Tengo que confesar ahora una de sus flaquezas: estaba enamorado de una bailarina de Broadway, lo que me disgustaba sobremanera. El mejor medio de romper ese idilio era activar la partida de Johnny para Francia. Un mes después, yo mismo lo acompañé a bordo del *De Grasse*. Me pareció, entonces, muy contento. Algunos momentos antes de que las pasarelas fuesen retiradas le pregunté si no extrañaría un poco a su *girlfriend* de Broadway. Me respondió, riéndose: «¡No, papá! Me he dado perfecta cuenta de tu prisa por verme partir… Tenías razón, esa muchacha no me convenía». Abrazándole, entonces, le confié por última vez: ¿No podría ser que pronto nos trajeras una francesa? A lo mejor… ¡y lo deseo con toda mi alma!

»No volví a ver más a Johnny. Lo he descrito tal cual era…

Estas últimas palabras habían sido pronunciadas con una naturalidad que turbó al público asistente.

—El Tribunal le agradece, señor senador, el haber venido a informarnos sobre la encantadora personalidad de su hijo único.

—Señores jurados —subrayó el doctor Goirin—, el señor senador Bell no transluce el estado espiritual en que se encuentra al presentarse a declarar. No esperen hallar en él al padre que clama venganza, y sí a un amigo de Francia que viene a solicitar, ante la corte francesa en lo criminal, que se haga justicia, para que en lo futuro no se repita una tragedia semejante. La presencia del señor senador Bell en este recinto significa que el pueblo norteamericano pregunta al pueblo francés, por boca de uno de sus representantes más calificados, si sus valerosos hijos pueden venir, en lo sucesivo, a nuestro país sin riesgo de ser estrangulados. El problema es grave, señores jurados. Reflexionen sobre él… ¡Y no olviden, al pronunciar el

veredicto, que toda América los observa!

El abogado de la parte civil se volvió a sentar, con un gesto teatral. Víctor Deliot se levantó suavemente para decir:

—Compartiendo la pena del señor senador Bell, la defensa considera que las últimas palabras pronunciadas por el señor abogado de la parte civil alargan exageradamente estos debates. Si el pueblo norteamericano nos pidiera cuentas de la muerte de John Bell, no existiría ninguna razón que impidiera al pueblo francés reclamar, a su vez, por todos los franceses que han sido asesinados en el suelo de los Estados Unidos. Señores jurados, no se dejen influir por tales argumentos, pues ustedes saben como yo que el crimen no es, por desgracia, privilegio exclusivo de un solo pueblo.

—Es extraordinario observar —dijo con acerba voz el fiscal— cómo la defensa se ingenia, desde la apertura del proceso, para conducir los debates sobre un mismo terreno.

—La defensa se permite contestar al señor fiscal que se juzga sobre hechos y no sobre giros oratorios.

—¡Por favor, señores! —dijo el Presidente—. Se cierra el debate. Señor senador, ¿puede hacernos conocer sus sentimientos respecto al acusado?

—No tengo ningún inconveniente —respondió el testigo—. ¿Por qué había de tenerlo? Lo compadezco sinceramente por haber venido al mundo con su triple mal, pero… ¿es ésa razón suficiente para tener el derecho de matar a un ser magnífico, que no le había ocasionado ningún daño y al que ni siquiera conocía? Estoy persuadido, señor Presidente, de que si mi hijo hubiera conocido al señor Vauthier se habría interesado por su caso: Johnny poseía un alma generosa y deseaba la felicidad de las personas que lo rodeaban. No tengo nada más que agregar.

—Los señores jurados apreciarán estas palabras —afirmó el doctor Goirin.

Todas las miradas acompañaron con respeto hasta la puerta al padre de John Bell. Miradas que, a continuación, se dirigieron reprobadoras hacia Jacques Vauthier, pero como éste no podía percibir esos sentimientos ni adivinarlos, fue Víctor Deliot quien debió sufrir la corriente de hostilidad que iba en aumento.

Danielle no se atrevía siquiera a mirar a su viejo amigo. Comprendió, de golpe, la grandeza y la miseria que tan a menudo le había descrito Víctor Deliot como inherentes a su profesión, y encontraba injusto que él fuese el único que debía aguantar esta inmerecida reprobación general. Pero, entonces… ¿por qué había aceptado defender semejante causa?

Se imaginaba también al pobre Johnny: uno de esos bellos, magníficos soldados americanos que habían asombrado al mundo con su coraje indiferente y su simpática despreocupación. Compadecía al padre, tan digno en su dolor. ¡Y toda esta pena era consecuencia de un crimen, cometido por un ser medio loco! El inspector Mervel lo había expuesto con exactitud en su declaración: sólo la mente de un loco, repentinamente sediento de sangre, o la de un sádico, celoso de la auténtica belleza

varonil, podía concebir este crimen inexplicable. Exasperaba a Danielle y al público el observar a Vauthier inmóvil en su asiento, indiferente a todo lo que pasaba o se decía alrededor de él; sin embargo, había comprendido todo, pues el intérprete traducía sobre sus falanges, a medida que se pronunciaban, hasta las palabras más insignificantes… Sabía muy bien, por ejemplo, que por vez primera acababa de encontrarse en presencia del propio padre de la víctima, y sin embargo ¡no se había inmutado!

El octavo testigo acababa de presentarse.

—¿Su nombre?

—Régine Daubray —respondió una mujer joven y elegante.

—¿Cuál es su parentesco con el acusado?

—Soy su hermana.

—¿Puede decirnos, señora, todo lo que sabe de su hermano?

La joven respondió sin titubear:

—Ignoro si Jacques es culpable o no, pero cuando me enteré por los periódicos del crimen del *De Grasse*, no me sorprendí mucho. He vivido con mi hermano durante sus diez primeros años, cuando habitaba todavía en el piso de nuestros padres, en la rue Cardinet; y puedo asegurar que durante este período Jacques fue para nosotros una fuente cotidiana de incomodidades. Hemos hecho lo imposible para tratar de educarlo y hacerle soportable la existencia. Nuestro amor era aún mayor por la piedad que nos inspiraba este niño que no podía vernos, ni oírnos, ni hablarnos. Mi pobre padre tomó a la hija de nuestra sirvienta, Mélanie, para que Jacques tuviese cerca de él sin cesar a alguien que lo rodease de cuidados. Tomó esta decisión cuando se dio cuenta de que Jacques en realidad nos odiaba a todos, sin excepción. A los siete años, mi hermano era ya una pequeña fiera que nos recibía con vociferaciones y crisis de rabia cada vez que íbamos a visitarlo a su cuarto. Puedo afirmar que, en nuestra familia, la presencia de Jacques ha sido no solamente una desgracia, sino también la verdadera causa de mi desdicha…

—Explíquese, señora.

—Me casé cuando Jacques no había cumplido todavía siete años. Mi prometido, Georges Daubray, era bondadoso y comprensivo con Jacques, y nunca olvidaba llevarle golosinas cuando iba a visitarme a casa. Jacques no se lo agradecía; por lo contrario, arrojaba lejos todos los regalos que le ofrecía. Por temor a que mis futuros suegros se opusieran a nuestro casamiento, decidimos ocultarles la existencia de este hermano incapacitado. Habrían podido temer que hubiera alguna tara en nuestra familia. Poco después, un hermano de Saint Gabriel, Ivon Rodelec, vino a buscar a Jacques para llevarlo a la Institución de Sanac.

»No volví a verlo más, pero mi marido, al que amaré hasta el último día de mi vida, se alejó insensiblemente de mí. No había dejado de amarme pero temía, en el caso de tener un hijo, que éste se pareciese a su tío. Este estado espiritual llegó a

hacerse enfermizo. Obsesionado con la idea de tener un niño incapacitado, terminó por revelar a sus padres la existencia de Jacques. Fue atroz. Mis suegros no nos perdonaron, ni a mis padres ni a mí, que les hubiéramos ocultado la verdad. A partir de ese día hicieron presión sobre Georges para que solicitara el divorcio antes de que yo quedara embarazada. Mi marido terminó por ceder; en cuanto a mí, los principios religiosos que sustento me impidieron aceptar esta decisión. Simplemente nos separamos, y así vivimos desde hace ya catorce años. Puedo decir, sin demostrar por esto ningún rencor, que, indirectamente, mi vida ha sido destrozada por este hermano enfermo.

—Nos dijo hace un momento, señora, que no volvió usted a ver a su hermano Jacques desde su partida para Sanac…, y su hermano tiene ahora veintisiete años. ¿No deseó nunca volver a verlo, durante estos diecisiete años?

—No, señor Presidente. Un año después de su partida para Sanac, mi madre fue a hacerle una visita a la Institución de la Haute Vienne. Regresó ponderando los progresos extraordinarios alcanzados por Jacques, pero desesperada por la manera como la había recibido. Recordaré siempre esta frase de mi madre: «Jacques ya no nos pertenece. ¡No siente ningún deseo de verme!». En seguida se sucedieron la muerte de mi padre y mi separación… Mamá iba todos los años a visitar a Jacques, pero yo confieso no haber tenido nunca la fuerza de voluntad necesaria para acompañarla.

»Cierto día, esto sucedió unos diez años después, me quedé estupefacta al enterarme, por una llamada telefónica de mi marido, que Jacques acababa de escribir y publicar una novela titulada *El Solitario*. Me dirigí en seguida a una librería, donde la compré, enterándome de que numerosos críticos la comentaban favorablemente. Esa noche la leí y quedé horrorizada al comprobar la manera en que mi hermano describía la familia del héroe principal, ciego sordomudo de nacimiento como él. Me reconocí en el odioso personaje de la hermana…

—Si la testigo se reconoció —dijo con voz suave Víctor Deliot—, es que la pintura era exacta.

Régine Daubray se volvió hacia su interruptor:

—Poseía ciertos rasgos míos, ¡pero deformados monstruosamente! Un incapaz, que debía todo lo que poseía a la solicitud de los suyos, exhalaba todo su odio a lo largo de trescientas páginas… ¡Ese libro debiera prohibirse! Por otra parte, el responsable de la publicación de la novela es Ivon Rodelec…

—Me pareció entender hace un momento —continuó Víctor Deliot— que la llegada del señor Rodelec a la calle Cardinet fue una liberación para toda la familia, ¿no es así?

—Al principio, todos depositamos nuestra fe en ese anciano que venía a buscar a Jacques para arrancarlo de sus tinieblas. Pero, con el tiempo, terminamos por comprender qué era lo que maquinaba el director de la Institución de Sanac. Para el señor Rodelec, mi hermano era un «caso» más entre tantos otros que él había

educado. El señor Rodelec conoció, cuando vino a nuestro departamento de París, a la hija de Mélanie: Solange, tres años mayor que Jacques y cuya única ocupación era dedicarse a él. Ya entonces, a los trece años, Solange había dejado de ser una niña: testaruda, ambiciosa a pesar de su edad, sabía muy bien lo que quería. Me sorprendí mucho al enterarme de que tanto ella como Mélanie habían abandonado el servicio de mi madre y partido para Sanac, donde el señor Rodelec les había ofrecido a ambas un empleo en la Institución. Para ese entonces, Solange, que contaba veinte años, se había convertido en una audaz muchacha que tenía la ventaja de no ser demasiado fea. Su creciente ambición la impulsó a aprender, con la ayuda del señor Rodelec, los diferentes sistemas de expresión utilizados por Jacques para hacerse entender. Pronto llegó a ejercer tal influencia sobre mi hermano que terminó casándose con él. ¡Así, la hija de nuestra vieja sirvienta se convirtió en mi cuñada! Pero aún se llegó al colmo, ya que tanto mi madre como yo nos enteramos cuando todo se había realizado: no fuimos invitados a la ceremonia y ningún miembro de la familia de Jacques asistió a su casamiento, que tuvo lugar en la capilla de la Institución de Sanac.

—¿La defensa tiene que formular alguna pregunta a la testigo? —preguntó el Presidente.

—Ninguna —respondió Víctor Deliot.

—¡Qué raro! —refunfuñó el fiscal.

—Ninguna pregunta —continuó Deliot, levantándose—, pero tengo una pequeña observación que hacer a los señores jurados. ¿Consideran, sinceramente y a conciencia, que el lugar adecuado de la señora Daubray, en este estrado, se encuentre en el campo de la acusación? ¿Encuentran normal que la hermana mayor, que ha conocido a su hermano cuando era sólo un pobre niño aislado del mundo, venga a abatirlo después de diecisiete años de ausencia? Y aún admitiendo *ad absurdum* que Jacques Vauthier a los diez años fuera, según la propia expresión de su hermana, «una pequeña fiera», ¡eso no prueba que hoy lo sea también! ¿Quién de nosotros, señores del Tribunal y del Jurado, no ha cambiado en diecisiete años? Resumiendo, la actitud de la señora Daubray, cuya inconsciencia aterra, no se puede explicar más que por un motivo: el interés. Nos encargaremos de demostrarlo a continuación.

—¿Qué interés? —preguntó, áspero, el fiscal Berthier.

—Si el señor fiscal no lo ha descubierto todavía, ¡tendrá una gran sorpresa cuando llegue el momento! —dijo Víctor Deliot—. Hacia el final, la señora Daubray nos ha dado a entender que Solange Duval se casó por ambición… Verdaderamente, señores jurados, apenas se puede concebir que una joven que, según la declaración de la testigo, «tenía la suerte de no ser demasiado fea» y además no era tonta, limitase su ambición a una unión con un ciego sordomudo de nacimiento.

—¡Esta unión le ha permitido —respondió inmediatamente Régine Daubray— escapar de su medio y elevarse en jerarquía social, penetrando en el nuestro!

—Si se admite que sea un honor salir del pueblo raso para introducirse en la burguesía —replicó el viejo abogado, meneando la cabeza.

—El señor parece olvidar —dijo la hermana de Vauthier, apasionándose— que Solange no se casó sino después de la aparición de *El Solitario*, cuando Jacques ya era célebre y rico… Si la venta de la obra fue reducida en Francia, en cambio fue considerable en los Estados Unidos.

—La testigo hubiera preferido, sin duda, usufructuar los beneficios de su incapacitado hermano menor… —insinuó Víctor Deliot—. Cuando afirmaba que sólo el interés guiaba los sentimientos de la señora Daubray en lo que atañe a su hermano, ¡no me equivocaba!

—Y yo no le permito… —comenzó el doctor Goirin, pero fue interrumpido por la voz tonante del Presidente, que dijo:

—El incidente está terminado. El Tribunal le da las gracias, señora. Puede retirarse.

La salida de la elegante mujer se realizó entre comentarios y movimientos diversos. Fue su marido, el agente de cambios Georges Daubray, quien la reemplazó en el estrado.

—Señor Daubray, el Tribunal desearía conocer su opinión sobre el carácter de su hermano político Jacques y las relaciones que tuvo él con la familia de usted.

—Lo he visto muy poco, señor Presidente. Cuando me casé con la hermana mayor, Régine, Jacques era un niño de siete años. Ocupaba una pieza en el fondo del piso de mis suegros, lugar del que raramente se lo sacaba. Debo agregar que muchas veces protesté por la forma en que se lo mantenía alejado del mundo. Debo reconocer también, en descargo de mi familia política, que Jacques representaba, con su triple mal congénito, una preocupación cotidiana para sus parientes cercanos. Hasta su partida para Sanac, mi joven cuñado siempre me pareció difícil, aunque casi nos fue imposible darnos cuenta qué pensaba o quería, porque en esa época era todavía una bestezuela.

»No pasaba día que no tuviese un acceso de furia, de una violencia inusitada en un niño de su edad. Empezaba a gritar, y arrebataba todo lo que encontraba al alcance de la mano para arrojarlo sobre quienes iban a visitarlo a su cuarto. Y como, a pesar de todo, sentía confusamente su impotencia, terminaba rodando por tierra: una baba abundante se le escapaba por la boca. Se hubiese creído que estaba rabioso… Algunas veces nos obligó, a mi suegro y a mí, a unir nuestras fuerzas para poderlo sujetar: ¡eso le dará una idea de la fuerza que tenía!

—Pero, en fin —preguntó el Presidente—, ¿a qué atribuye esas crisis de furia?

—A nada. A nuestra simple presencia. Lo que asombraba en Jacques, aun de niño, era la repulsión enfermiza que le inspiraban todos los miembros de su familia. Cuando se dio cuenta, después de mi casamiento, de que yo había entrado a formar parte de ella, me tomó ojeriza como a los otros… y jamás pude explicarme por qué extraño fenómeno su cerebro, cerrado entonces a toda comunicación con el mundo exterior, podía identificarme como tal…

—¿Cuáles eran los sentimientos de sus padres políticos frente a él?

—Creo que mi ya fallecido suegro sentía, ya que no amor por su hijo, por lo menos cierta ternura.

—¿Y su madre política?

—Prefiero no responder a esa pregunta.

—¿Y su mujer?

—También me resulta difícil responder. Régine y yo estamos separados desde hace algunos años.

—La señora Daubray, en su declaración, ha atribuido la separación de ustedes al temor de tener un hijo incapacitado como su hermano. ¿Es eso verdad?

—El simple pudor me obliga a responder, señor Presidente, que las razones por las cuales los esposos se separan no interesan a nadie.

—¿Podría decirnos el testigo —preguntó Víctor Deliot— si, en su opinión, existía alguien entre las personas que rodeaban a Vauthier cuando niño capaz de calmar sus cóleras sin recurrir al castigo personal?

—Sí. Una sola persona lo calmaba con dulzura: Solange, la pequeña sirvienta, apenas mayor que él y que, después, se convirtió en su esposa.

—¿Cómo explica esto? —preguntó el Presidente.

—No lo sabría explicar; refiero simplemente la evidencia.

—¿Cómo se las arreglaba la pequeña Solange?

—De una manera muy simple: se aproximaba a Jacques y le acariciaba las manos y la cara. Era suficiente para calmarlo.

—Todo eso es muy extraño —murmuró el Presidente Legris antes de agregar—. Señor Daubray, ¿volvió a ver a su cuñado después de su partida para Sanac?

—No, pero he leído su libro.

—¿Considera que ha descrito a su propia familia?

—Sin duda alguna.

—El Tribunal le da las gracias. Puede retirarse. El testigo siguiente.

—¿Su nombre?

—Mélanie Duval —respondió con tímida voz la recién llegada. Era una mujer de cincuenta años, modestamente vestida.

—Señora Duval —dijo el Presidente—, ¿ha trabajado usted ocho años para la familia Vauthier, en el piso de la calle Cardinet, en calidad de sirvienta para todo trabajo?

—Sí, señor juez.

—Llámeme señor Presidente.

—Bueno, señor Presidente…

—Díganos qué piensa sobre Jacques Vauthier.

—No pienso nada. Es un incapacitado, y no se sabe qué decir sobre alguien que no es como todos…

—¿Su hija ha sido feliz con él?

—¿Mi pequeña Solange? Debe de haber sido desgraciada… En cierta forma, es

casi una suerte que esté encerrado. ¡Por fin estoy tranquila!

—¿No fue de su agrado el casamiento de su hija?

—¡No quería verla casada con un incapaz! La desgracia fue que Solange tenía demasiado buen corazón… Después de haberse ocupado del niño Jacques, se dejó embobar por ese Ivon Rodelec, que consiguió convencernos de ir a trabajar en la Institución de Sanac. Yo me ocupaba de la ropa y Solange, a quien el señor Rodelec había hecho enseñar la lengua de los ciego sordomudos, ayudaba a Jacques a preparar sus exámenes. Usted sabe lo que ocurrió después: se casaron. Le repetí cien veces a Solange que cometía una locura, pero no quiso escucharme… ¡Imagínese! Inteligente y hermosa como era, hubiera podido casarse con un buen muchacho, normal y hasta rico. ¡Estoy segura que se casó por lástima! No se elige, por amor, a un incapaz…

»En seguida hicieron el viaje de bodas. Recuerdo siempre su regreso, un mes después. ¡Hubiera visto a mi pobre hija! Cuando le pregunté si era feliz, no me contestó, por orgullo, pero estalló en sollozos… Le conté esto al señor Rodelec, quien me recomendó tener paciencia, que iban a realizar un hermoso viaje a América, que ya se arreglaría todo, y patatín y patatán… Tonterías, como las que decía siempre. El resultado: cuando fui a esperarlos a El Havre, cinco años después, me encontraba con mi yerno, que descendía del barco, esposado… ¡y a mi pobre hija llorando! ¡Había que ver ese cuadro! Traté de consolarla en el tren, durante el viaje de regreso que hicimos hasta París las dos solas; se negó a venir a vivir a la casa donde trabajo ahora, con patrones tan buenos que hasta le habían hecho preparar una pieza… Me abrazó en el vestíbulo de la estación de Saint-Lazare y no la he visto más… Se esconde en algún lado. Apenas si, de vez en cuando, me manda una postal para decirme que está bien. ¡Siente vergüenza!, y tiene por qué… ¡Ser la mujer de un asesino!

—La defensa hace notar a la testigo —dijo Víctor Deliot— que no tiene derecho a calificar con ese epíteto infamante al acusado, mientras no se conozca el veredicto.

—Señora, usted ha dicho hace un momento al Tribunal —observó el Presidente Legris— que le era imposible formarse una opinión sobre su yerno. Esas palabras parecen estar en contradicción con el juicio que ahora le merece, ¿no es así?

—Cuando Jacques era chico, señor Presidente, no debió de ser tal mal muchacho. Los chicos no tienen malicia… Aunque era bastante bruto, el pobre. La única que lo podía calmar era mi pequeña Solange ¡Y bien que sabía darse maña!… Era muy fácil, hacía con él lo que quería…

—Esto deja suponer —recalcó Víctor Deliot— que al casarse lo hizo con perfecto conocimiento de causa.

—Si Solange se ha casado con este incapaz, puedo asegurar que es por culpa de ese señor Rodelec, que aseguraba no teníamos derecho de impedir casarse a un desgraciado… Y bien, ¡yo, Mélanie Duval, afirmo lo contrario! Hombres así no deberían engendrar hijos…

—No los han tenido —aclaró el abogado de Jacques.

—¡Por suerte! ¡Cómo hubieran salido! —exclamó Mélanie.

—¿Su hija le ha confiado sus intimidades con el marido? —preguntó el fiscal Berthier.

—No. Nunca pude sacarle una palabra sobre ese asunto. Cuando pienso que mi Solange… Prefiero no hablar: me dan náuseas…

—Señora Duval, ¿considera que los padres de su yerno han sido consecuentes con ese hijo enfermo, durante los años que vivió en la calle Cardinet? —preguntó el Presidente.

—Bueno, que fueran buenos padres… eso es difícil de decir. Hay que reconocer que al chico no le faltaba nada, pero en lo que se refiere a cariño, no le sobraba tampoco. Si Jacques no hubiera tenido a mi Solange… ¡Qué muchacha valiente! ¡Un corazón de oro! Se sacrificó…

—¿La familia Vauthier tampoco deseaba esta unión?

—Eso es cierto: ¡no la querían! Cada cual en el lugar que le corresponde: no les hacía mucha gracia que la hija de su antigua sirvienta entrara en la familia y llevara su apellido… Después de servir tanto tiempo a los burgueses, he aprendido a conocerlos: ¡no hay nadie más egoísta! Para ellos, lo único que cuenta es el dinero y nada más…

—Entonces —insistió el Presidente—, ¿quién quería el casamiento?

—Pero… ¡le repito, señor Presidente, que era el señor Rodelec!

—Señora…, no pretenderá hacer creer al Tribunal que un venerable hermano de Saint-Gabriel, el superior de un establecimiento donde se educa a los ciego sordomudos de nacimiento, haya transformado su institución en una agencia matrimonial…

—Yo no digo eso, señor Presidente, pero lo que usted no comprende es que *ninguno* de los ciego sordomudos de nacimiento que ha educado el señor Rodelec se ha casado. Por eso intentó la nueva experiencia con su mejor alumno: cuando llegó a la calle Cardinet, se dió perfecta cuenta de que Solange quería tiernamente a Jacques…, y como era muy astuto, explotó ese sentimiento de la niña. Cuando nos hizo ir a Sanac con el pretexto de darnos trabajo, era únicamente para conseguir sus fines. Tanto Solange como yo tuvimos confianza en ese respetable señor de sotana, ¡y no nos dimos cuenta del peligro! Usted me entiende… Estoy segura de que embrujó a mi hija.

—Modere sus expresiones, señora… Los Hermanos de Saint-Gabriel han dado pruebas de abnegación y ciencia a las cuales es imposible dejar de rendir homenaje.

—Bueno —continuó la mujer—, encubrió sus intenciones con el pretexto del sacrificio. No hay más que ver el resultado: ¡sus alumnos terminan ante un Tribunal Criminal!

—En resumen, señora, ¿considera que esta unión se hizo a disgusto suyo y de los Vauthier?

—Así es, señor Presidente.

—¿No admite, en ningún momento, que su hija Solange haya podido estar realmente enamorada del hombre que iba a desposar?

—¡Le repito que se sacrificó!

—El Tribunal le agradece sus declaraciones, señora Duval; puede retirarse. Que pase el señor decano de la Facultad de Letras de Toulouse…

—Señor decano, el Tribunal desearía conocer la opinión de la Facultad sobre la capacidad intelectual del acusado.

—Jacques Vauthier cursó en nuestra Facultad de letras el primer ciclo de su bachillerato, rindiendo su correspondiente examen el 28 de junio de 1941, a los dieciocho años, en el que obtuvo la mención de «sobresaliente», que se otorga muy pocas veces. Su disertación ha quedado como modelo en su estilo. Al año siguiente, el candidato pasó su segundo ciclo con igual facilidad. En ambos exámenes se le sometió a las mismas pruebas escritas que a los candidatos normales, pero bajo la vigilancia de un profesor que delegó especialmente la Fundación Valentin Huy y que sirvió de intérprete. Cuando hubo redactado sus composiciones en escritura Braille, ese profesor las tradujo a la escritura ordinaria *in extenso*, y las envió a los distintos examinadores. En los exámenes orales, a los cuales quise asistir personalmente dado el enorme interés que suscitaba esta experiencia, otro intérprete, enviado por la lnstitution Nationale de la calle Saint-Jacques, sirvió de puente entre el candidato y los examinadores. Puedo asegurar a conciencia que Jacques Vauthier, alumno de la Institución de Sanac, fue uno de los más brillantes bachilleres que haya conocido la Facultad de Toulouse: no se le hizo al candidato ninguna concesión por expreso pedido de sus educadores, los Hermanos de Saint-Gabriel.

—La Facultad de Toulouse, ¿ha sometido a esos mismos exámenes a otros candidatos ciego sordomudos de nacimiento presentados por la Institución de Sanac?

—Sí, señor Presidente. Antes que a Jacques Vauthier, hemos otorgado diplomas del primer ciclo a seis alumnos de Sanac, y de filosofía y matemáticas elementales, del segundo, a tres alumnos; sumando, con Jacques Vauthier, diez candidatos ciego sordomudos en los veinte años transcurridos de 1921 a 1941.

—Después de Jacques Vauthier, la Institución de Sanac ¿ha presentado otros candidatos?

—No, señor.

—¿Conoce al señor Rodelec, director de la institución?

—Después de haber asistido a los brillantes exámenes de Jacques Vauthier, me pareció lógico enviarle al señor Rodelec una carta felicitándolo por los excelentes y, porqué no decirlo, extraordinarios resultados obtenidos. El señor Rodelec me contestó invitándome a visitar su institución. Fui con dos colegas, el rector de la Facultad de Ciencias y el de la Facultad de Derecho. Pasamos el día entero en compañía del señor Rodelec y de sus principales colaboradores, y nos quedamos maravillados por los métodos empleados. Tanto mis colegas como yo partimos de

Sanac con la rara impresión de habernos encontrado, por fin, en presencia de un educador genial. No se dirá nunca lo suficiente sobre la paciencia que el señor Rodelec ha debido demostrar, no sólo para perfeccionar experimentalmente su método, sino también para arrancar a esos seres de la noche completa en que vivían.

—¿Le dio el señor Rodelec su opinión sobre Jacques Vauthier?

—Consideraba que Jacques Vauthier, el decimonoveno alumno ciego sordomudo educado con éxito a lo largo de cincuenta años, era el ser más inteligente que hubo conocido. Hizo de él un magnífico elogio y hasta me preguntó ese día: «¿Qué pensaría la Facultad, señor decano, si este muchacho de diecinueve años se convirtiera rápidamente en un célebre escritor?». Recuerdo haber respondido: «Sería prodigioso, pero… ¿cree usted que tiene condiciones?». El señor Rodelec me contestó entonces, sin titubear: «Las tiene». La aparición de *El Solitario,* tres años después, demostró que el director de la Institución de Sanac no se había equivocado.

—Señor decano, ¿podríamos conocer su propia opinión sobre ese libro?

—Desde el punto de vista psicológico de los ciego sordomudos, es una obra notable en todos sus aspectos. Su estilo es puro. El único reproche que se le podría hacer al autor es el encarnizamiento con que ha descrito, bajo monstruosos rasgos, a la gente normal que rodea a su héroe. Esto no responde a las innumerables pruebas de bondad que recibió durante los doce años transcurridos en Sanac.

—¿El testigo considera que esa novela es la obra de un hombre inteligente y perfectamente lúcido? —preguntó el fiscal.

—¡Más que eso! —afirmó el decano de la Facultad—. *El Solitario* es la obra de una mente superior.

—Después de agradecer al señor decano Marnay —declaró el fiscal—, quien ha emitido un juicio cuya autoridad no puede ser puesta en duda, no necesitaré llamar la atención de los señores jurados sobre el hecho, ya probado de manera irrefutable, de que el acusado es no solamente responsable de sus menores actos, sino también que estos están dirigidos por una inteligencia excepcional que puede y sabe reflexionar. Insistimos especialmente sobre el hecho de que no debemos confiar demasiado en la apariencia externa de Vauthier. Que él sea un ser bestial no lo dudamos un solo instante, y bien lo demuestra la forma en que ejecutó su crimen; pero agregaremos que es un ser bestial inteligente y solapado. Tenemos el derecho de deducir que el crimen del *De Grasse* sin duda ha sido premeditado, profundamente ansiado y ejecutado con pleno conocimiento de causa.

—Las presentes conclusiones del señor fiscal son prematuras —dijo Víctor Deliot—. Se acepta, sin ponerla en duda, la notable inteligencia de Jacques Vauthier, pero de ahí a decir que ese don ha sido puesto al servicio del crimen, ¡hay mucha diferencia!

—El Tribunal le da las gracias, señor decano —dijo el Presidente—. Que pase el testigo siguiente.

Éste, guiado por un ujier, avanzó hacia el estrado. Era un ciego.

—¿Su nombre?

—Jean Dony.

—¿Fecha y lugar de nacimiento?

—23 de noviembre de 1920, en Poitiers.

—¿Profesión?

—Organista en la catedral de Albi.

—Señor Dony —comenzó el Presidente—, usted ha sido durante once años el camarada de estudios y de juventud de Jacques Vauthier en la Institución de Sanac. Usted mismo ha solicitado a la autoridad civil ser citado a este estrado al enterarse, por la prensa, del crimen de que se acusaba a su antiguo camarada. No ha tenido inconveniente en afirmar al señor juez de instrucción, encargado del sumario, que tenía graves revelaciones que hacer sobre el acusado. El Tribunal lo escucha.

—Señor Presidente, puedo afirmar que durante los seis primeros años de residencia de Jacques Vauthier en Sanac, yo fui su mejor amigo. Cuando llegó a la institución con su triple mal, me pareció infinitamente más desgraciado que yo, que sólo era ciego. Tenía la suerte de poder todavía expresarme y de poseer un oído muy desarrollado. El recién llegado era tres años menor que yo. Después de educarlo aparte durante el primer año, el director de la institución, el señor Rodelec, me llamó un día para decirme: «He notado que te interesas por los progresos de tu joven camarada y que eres muy bueno con él. Así que, ahora que ya conoce el alfabeto dáctilológico y la escritura Braille, vas a servirle de compañero en los paseos, juegos y también en los estudios propiamente dichos, que creo poder iniciar, pues ha aprendido ya los diferentes medios para comprender y expresarse».

»A partir de ese día me convertí, en cierto modo, en el colaborador directo del señor Rodelec, durando esta situación seis años, hasta que Vauthier cumplió diecisiete. Entonces fui reemplazado en esa tarea por quien iba a convertirse en su mujer seis años después. Debo decir que la llegada de Solange Duval y de su madre produjo muy mal efecto en la Institución de Sanac, en la que hasta ese momento ninguna mujer había puesto los pies. Sin embargo, estoy persuadido de que el señor Rodelec hizo venir a Solange Duval a Sanac con las mejores intenciones del mundo.

—¿Qué impresión le produjo, entonces, Solange Duval?

—Personalmente ninguna, señor Presidente; no podía verla. Pero, por amigos sordomudos que la podían observar, me enteré de que era una hermosa muchacha. La única cosa que nos era fácil percibir a nosotros, los ciegos, fue la dulzura de su voz. Pero se adivinaba, en ciertas entonaciones… ¡nuestros oídos no mienten jamás!…, que bajo esa aparente dulzura, que podía engañar a los videntes seducidos por su aspecto físico, ocultaba una voluntad de hierro, decidida a ir hasta el final.

—¿Hasta el final de qué? —preguntó Víctor Deliot.

—Hasta su matrimonio con Jacques Vauthier —respondió el testigo.

—¿Eso dejaría suponer —hizo notar el Presidente— que el sentimiento de Solange Duval por su camarada era sincero cuando se casó, ya que ha perdurado a través de los años?

—No estoy muy seguro de eso, señor Presidente.

—¿Qué quiere decir el testigo? —preguntó de nuevo el abogado defensor.

—Nada… o mejor dicho, prefiero guardar la opinión que tengo sobre ese delicado punto.

—Señor Dony —declaró el Presidente—, si usted insistió en venir a declarar en este estrado, el Tribunal está en todo su derecho al esperar precisión y no un lenguaje enigmático. Diga todo lo que piensa.

—En verdad, señor Presidente, no puedo… Jacques fue, a pesar de todo, mi camarada, y casi diría «mi pequeño protegido» durante años…

—¡Ha jurado usted decir la verdad, toda la verdad! —lo reprendió severamente el Presidente.

—Bueno…, pues ¡sea! —respondió el ciego, después de un momento de hesitación—. Mientras que Jacques no era más que un muchachito imberbe de diecisiete años, Solange Duval era ya una joven mujer de veinte años formales que… no podía amarlo. ¡Estoy seguro!

—¿Puede dar una prueba al Tribunal?

—Sí, señor Presidente: ella misma me lo confesó varias veces.

—Señor Dony, le llamo la atención sobre la gravedad de semejante afirmación.

—Mido todo su alcance, señor Presidente, como también el de todo lo que voy a decir a continuación. Solange y yo teníamos la misma edad. Ella sabía, sin duda, que yo era el mejor amigo de Jacques en la institución; me confiaba algunas cosas que no hubiera osado decir ni al señor Rodelec ni a su madre… Es verdad, sentía por Jacques una profunda ternura, pero de eso al amor…

—¿Y él? ¿Tenía usted la impresión de que amaba a la joven?

—Eso es muy difícil afirmarlo, señor Presidente… Jacques ha sido siempre un introvertido: no se sabía nunca en qué pensaba. Su triple mal le facilitaba la simulación. No quiero decir con esto que Jacques haya sido siempre falso… Nosotros, los no videntes, poseemos felizmente antenas que nos permiten adivinar a los seres que nos rodean y descubrir también, sin que ellos lo sospechen, los secretos más íntimos de su corazón. No nos podemos engañar ni equivocar por su aspecto físico. Descubrimos mejor los defectos morales que los videntes, porque nuestro cerebro se encuentra anticipadamente en su noche eterna.

—Sin embargo —dijo Víctor Deliot—, usted no ha oído nunca la voz de Jacques Vauthier, que además de ciego es sordomudo.

—Se olvida del tacto, señor abogado. Usted no puede comprender su poder evocativo… Después de pasar seis años a su lado, conocía de memoria a Jacques Vauthier. Nos hablábamos «en la mano»; su alma era, para mí, un libro abierto.

—¿No nos dijo hace un momento que nunca estuvo muy seguro de lo que

pensaba? —recalcó el Presidente—. Usted mismo se contradice.

—No, señor Presidente. ¡Yo sé lo que digo! Precisamente por ser el único capaz de leer en ese ser misterioso, puedo afirmar que, voluntariamente, Jacques me ocultaba algunos detalles. Un muchacho tan joven que puede llegar a simular hasta ese extremo, es capaz de muchas cosas… Además me lo probó definitivamente en Sanac, algunos meses después que dejé de ocuparme de él. Y los siguientes hechos, que trataré de contar con toda objetividad, son los que me han decidido a solicitar ser escuchado en este estrado. Cuando el Tribunal tome conocimiento de ellos, comprenderá que no me sorprendí cuando me enteré por los periódicos y la radio, hace seis meses, de que se acusaba a mi antiguo protegido de haber cometido un asesinato. Titubeé mucho antes de tomar una decisión tan grave, y que podría repercutir seriamente sobre la opinión de los jurados. Pero una vez persuadido de que Jacques Vauthier persistiría en su mutismo, abandoné Albi para venir a París y solicité ser escuchado por el juez de instrucción.

»Era un caso de conciencia: ¿debía continuar dejando creer al mundo que Jacques Vauthier era incapaz de cometer un crimen o, por el contrario, demostrar que el acusado no era un principiante? El deber me exigía ayudar a la justicia, aun tratándose de un amigo de la infancia, y por el que todavía siento cariño. Solamente por eso estoy aquí.

—El Tribunal lo escucha.

—Lo que voy a relatar sucedió exactamente el 24 de mayo de 1940, alrededor de las once de la noche. Recuerdo que habíamos tenido un maravilloso día de primavera; la noche se anunciaba hermosa y tranquila. Como yo había obtenido el segundo premio de órgano en el conservatorio, debía abandonar definitivamente la Institución de Sanac dos meses después para comenzar a ganarme la vida como organista suplente en la catedral de Albi. Fue el señor Rodelec quien, con su habitual bondad, me había encontrado ese empleo.

»Me paseaba solo por el fondo del parque, cuyos más escondidos rincones conocía de memoria, tratando de componer mentalmente un trozo de música de órgano. Con las notas y armonías zumbándome en la cabeza me dirigí hacia una cabaña de madera donde tenía por costumbre ocultarme, tratando de componer afanosamente sobre hojas de cartulina, con el punzón y la pizarra portátil, la obra proyectada. Esta cabaña sin ventana y con una sola puerta, servía a Valentín, el jardinero de la institución, como depósito de herramientas. La puerta estaba siempre cerrada con llave, pero Valentín la dejaba colgada de un clavo puesto a la derecha de la puerta. Cada vez que yo quería entrar en la cabaña, descolgaba la llave y la introducía en la cerradura. Cuando salía cerraba la puerta tras de mí con doble vuelta y colgaba otra vez la llave en el clavo. Además de las herramientas y de los estantes donde se alineaban algunas plantas, el moblaje se reducía a una rústica mesa de madera y una silla algo rota, que me eran sumamente útiles para escribir. Como no había ventana para poder ver claro en ese desorden, Valentín debía encender una vieja

lámpara de petróleo que estaba siempre colocada sobre la mesa cerca de una caja de fósforos. Personalmente, yo no tenía ninguna necesidad de esa luz.

»La tarde del 24 de mayo, cuando mi mano buscó la llave, comprobó con sorpresa que no se encontraba en su sitio, sino puesta ya en la cerradura. Pensando que Valentín habría olvidado ponerla en el sitio habitual, di vuelta el picaporte. Apenas entreabrí la puerta oí, proveniente del interior, un débil grito, como si alguien hubiese tratado de pedir socorro y otra persona le tapase la boca con la mano. Avancé y recibí sobre la nuca un violento golpe que me hizo trastabillar, y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí percibí un olor acre y sofocante, y oí el crepitar de las llamas: la cabaña ardía. Solange Duval, asida a mí, me sacudía gritando: «¡Vamos, Jean! ¡Nos quemaremos! ¡Jacques ha prendido fuego a la cabaña volcando la lámpara y ha huido, dejándonos a los dos encerrados con llave!». En un segundo me puse de pie. Ante el inminente peligro recobré las fuerzas y me apuntalé contra la puerta tratando de hacer saltar la cerradura. Aterrorizada, Solange lloraba. Me daba cuenta de que el calor iba en aumento y nos sofocaba; las llamas, que no veía, nos rozaban ya… Por fin la puerta cedió y nos encontramos fuera, en el mismo momento en que el hermano Dominique, el portero, y el hermano Garrick, el intendente, corrían hacia el lugar al ver las llamas desde el fondo del parque.

»Pronto la cabaña de herramientas no fue más que un montón de cenizas. Jacques había desaparecido. «¿Qué ha pasado?», nos preguntó el Hermano Garrick. «Un descuido mío», respondió vivamente Solange. «Una tonta curiosidad me empujó a esta cabaña, donde penetré y, como estaba muy oscura, encendí la lámpara de petróleo que vi sobre la mesa. Desgraciadamente, un mal movimiento de mi brazo la volcó y la madera se inflamó. Tuve mucho miedo y pedí socorro. Jean Dony, que debía pasearse por los alrededores, corrió en seguida y dio pruebas de gran valor ayudándome a escapar a tiempo».

»En ese momento me sentí tan aturdido ante semejante explicación, que no pronuncié palabra. Cuando regresábamos al edificio principal de la institución, pude preguntarle en voz baja a Solange Duval: «¿Por qué ha contado esta historia en lugar de decir la verdad?». Me sorprendió entonces: «¡Por favor, Jean, diga lo mismo que yo! ¿Para qué provocar molestias inútiles al pobre Jacques, que no estaba en su estado normal?». No encontré ninguna respuesta ante esas palabras y pensé que, después de todo, Solange pudiera tener razón. La pérdida de la cabaña del jardinero no era una catástrofe irreparable, y no había producido accidentes. Me dirigí directamente a la habitación de Jacques y comprobé, con sorpresa, que estaba ya en su cama y simulaba dormir. Fue después que estuve yo también acostado cuando pude reflexionar sobre el acontecimiento en el que acababa de ser héroe involuntario y que hubiera podido terminar en tragedia. Las conclusiones fueron simples y netas: a pesar de su corta edad, Jacques había arrastrado a la joven a la cabaña escondida en el fondo del parque, y había tratado de abusar de ella. Mi inesperada presencia desbarató sus planes. Presa de un súbito ataque de rabia, y después de haberme

golpeado, él, y no Solange, derribó deliberadamente la lámpara para prender fuego a la cabaña. Una vez que sintió el olor a quemado huyó precipitadamente, encerrándonos a Solange y a mí para que ardiéramos vivos. Por lo tanto, exactamente diez años antes de cometer su asesinato en el *De Grasse*, Jacques Vauthier ya había tratado de eliminar a dos personas…

Un grito ronco e inhumano retumbó, paralizando de terror al público. El enfermo estaba de pie en su sitio; durante algunos segundos agitó los brazos en el aire blandiendo sus enormes puños. Después, se dejó caer en el banquillo como una masa inerte y resignada.

—¿El acusado tiene algo que decir? —preguntó el Presidente al intérprete.

Éste, cuyos dedos rozaban rápidamente las falanges de Jacques Vauthier, respondió al cabo de algunos segundos:

—No, señor Presidente… No dice nada.

—El incidente de da por terminado —declaró el Presidente, antes de dirigirse al testigo—. ¿Tiene algo más que agregar?

Pero éste se quedó silencioso, con las manos crispadas: parecía petrificado por el grito que acababa de oír. Un silencio angustioso invadió el recinto.

Fue quebrado por la pregunta de Víctor Deliot:

—El testigo, que nos ha afirmado no haber tenido nunca necesidad de encender la lámpara de petróleo, y es muy lógico, ¿puede decir exactamente al Tribunal quién encendió esa dichosa lámpara?

—Fue Solange Duval, quien me lo confió dos días después, declarándome que se sintió presa de pánico ante la idea de encontrarse con Jacques Vauthier a solas y en la oscuridad.

—¿Cómo puede asegurar el testigo con exactitud —prosiguió Deliot— que fue Jacques Vauthier quien derribó a propósito la lámpara para quemar la cabaña?

—Porque Solange Duval me lo dijo también, al día siguiente. Por lo demás, atribuía esa actitud irracional de Jacques a un movimiento de cólera.

—¿Y no pensó usted —continuó el viejo abogado— que si Solange Duval experimentó tal deseo de disculpar a Jacques Vauthier, sería porque tal vez lo amaba?

—Pensé que lo hacía simplemente por piedad. Por otra parte, creo haber dicho todo lo que sé. No responderé a ninguna otra pregunta.

—Antes de que se retire el testigo —declaró el fiscal Berthier—, deseo llamar la atención de los señores jurados sobre la importancia capital de la declaración que se ha escuchado. Con gran elocuencia, a la que el ministerio público se complace en rendir homenaje y que da más valor a su testimonio, el señor Jean Dony acaba de probarnos que el acusado era ya, hace diez años, capaz de cometer un doble asesinato bajo los efectos de la ira. Después de la declaración del señor Dony se explica mejor el ensañamiento de Jacques Vauthier con John Bell, en el camarote del *De Grasse*… Y al finalizar la declaración del último testigo citado por la acusación, invito una vez más a los señores jurados a no fiarse en la calma aparente de Vauthier durante el

transcurso de estos debates. Todo es premeditado, todo es calculado en su actitud: cuanto menos parezca comprender lo que sucede, dejándonos la impresión falsa de ser una bestia amorfa, más oportunidades tendrá para obtener la indulgencia del Jurado.

—El tribunal le agradece… —dijo el Presidente al testigo—. Puede retirarse.

Y agregó, una vez que éste hubo salido:

—Se suspende la audiencia. Se reanudará dentro de un cuarto de hora para oír la declaración del primero de los testigos citados por la defensa.

Cuando el Tribunal se retiró, el murmullo del público fue en aumento. El doctor Goirin parecía satisfecho. Victor Deliot hablaba con el intérprete. Muchos hubieran deseado escuchar las palabras pronunciadas a media voz por el abogado:

—Aparte del incidente de hace un momento, cuando mi cliente se levantó para lanzar ese grito —preguntó al director de la institución de la calle de Saint-Jacques—, ¿notó usted signos de impaciencia o disgusto mientras le traducía en el alfabeto dactilológico las diferentes declaraciones de los testigos de la defensa?

—No. Se quedó completamente tranquilo: sus manos ni siquiera estaban febriles.

—¿Le hizo alguna pregunta?

—No. Él entendió todo lo que le iba «diciendo» en la mano, sin hacer el menor comentario.

—¿Tuvo en algún momento la impresión de que las declaraciones de sus parientes cercanos le produjeran pena?

—No. Hasta me pareció que fueron las que menos le interesaron.

—Sabe desde hace tiempo a qué atenerse con respecto a su familia… Recuerdo que mi profesor de derecho civil, un excelente psicólogo, decía: «Los únicos odios realmente durables son los que nacen cuando se es pequeño».

—Mi querido amigo, ¿sería indiscreto preguntarle qué conclusiones saca de las declaraciones de todos estos testigos que acabamos de escuchar?

—Muy indiscreto, en efecto, señor director… ¿Y si yo le hiciese la misma pregunta?

—No sabría qué contestar. Algunos testimonios son abrumadores… Presentan hechos y pruebas, como las impresiones digitales recogidas en todos los rincones, en el camarote de John Bell… Pero, a pesar de todo este cúmulo de hechos en contra y de las declaraciones formales de Jacques Vauthier, insisto en creer que su cliente no es culpable.

—¿Qué entiende por «no culpable»?

—Quiero decir que ha tenido una razón valedera para matar.

—Ésa es también mi opinión, querido director e intérprete… Desgraciadamente, en estricta justicia, el asesinato no se justifica jamás.

Por primera vez desde la apertura del proceso, Victor Deliot, que acababa de garrapatear precipitadamente algunas palabras sobre un trozo de papel, pareció

interesarse por su joven vecina:

—Mi querida Danielle, aproveche esta corta pausa para correr hasta el telégrafo a expedir este despacho con destino a Nueva York. ¿Entenderá mi mala letra y la dirección? ¡Vuele! Tiene el tiempo justo para estar de regreso cuando se abra la audiencia.

Cuando abandonaba el recinto, la joven pudo ver a su viejo amigo que, acurrucándose en el banco de la defensa que acababa ella de abandonar, inclinaba un poco la cabeza y entrecerraba los ojos tras los lentes: era su posición peculiar y preferida para reflexionar.

Pero de pronto, reabriendo los párpados, Victor Deliot preguntó bruscamente a su vecino, que lo observaba en silencio:

—Mi querido director, ¿qué respondería usted si yo le afirmase que, para mí, «no culpable» quiere decir «inocente»?

—No lo entiendo…

—Hablando claramente: Jacques Vauthier no ha matado a John Bell.

—Mi querido amigo, me temo que tendrá cierta dificultad en hacer creer esto al Tribunal. Es imposible, salvo que les presente al verdadero asesino.

—Trataré —respondió con serenidad el abogado—. Todo dependerá de la respuesta que reciba el corto telegrama que acabo de enviar a Nueva York.

***

Mientras tanto, Danielle corría al telégrafo. El texto del telegrama, redactado en inglés y, por lo tanto, incomprensible para ella, poco le importaba. Lo que pesaba en su espíritu era la última frase pronunciada por el fiscal; frase que volvía, punzante, a sus oídos: «Todo es calculado en la actitud de Vauthier; cuanto menos parezca comprender lo que sucede, dejándonos la falsa impresión de ser una bestia amorfa, más oportunidades tendrá para obtener la indulgencia del Jurado». Pero, entonces… el fiscal, ¿concordaba exactamente con la opinión de Victor Deliot? ¿Acaso éste no le había dicho y repetido que su extraño cliente era un ser notablemente inteligente bajo un exterior engañoso? La única diferencia entre el punto de vista del acusador y el del defensor era que el segundo estimaba que, con razón o sin ella, no era esta actitud el mejor medio de defensa, contrariamente a lo que pensaba el fiscal Berthier.

Para la joven no existía ninguna duda: Victor Deliot haría lo imposible para arrancar a Vauthier de su mutismo voluntario y obligarlo a mostrar su verdadero yo. ¿Lo conseguiría? Este enfermo era muy inteligente, sin duda… Pero, entonces, no se trataba del ser bestial que todo el mundo observaba con horror. Para Danielle, esa bestia empezaba a ser interesante…

¿Y el grito inhumano que el incapacitado había dejado escapar, cuando uno de sus mejores camaradas de Sanac había venido expresamente a acusarlo de tentativa de homicidio, algunos años antes? Ése no fue sino un grito de rabia impotente, del cual

no hubiera debido horrorizarse el público. Danielle misma no se hubiera estremecido: ese grito ronco revelaba desesperación, e intenso dolor moral. Desde el momento que la bestia sufría, era digna de compasión…

El telegrama fue rápidamente expedido y la muchacha volvió a su lugar, contiguo al de su viejo amigo, en el preciso instante en que el primer testigo citado por la defensa llegaba al estrado. Era una mujer de unos cincuenta años, de figura todavía esbelta, vestida con un sobrio y elegante traje sastre de color negro.

—Señora —dijo el Presidente—, aunque su presencia en este recinto pueda resultarle penosa, el Tribunal le ruega haga usted acopio de energía para decirnos todo lo que sabe de su hijo Jacques… No ignora usted, señora, que la declaración de una madre es de importancia capital, sobre todo en el presente caso, en que tanto su hija como su yerno han creído un deber manifestar lo que pensaban de su hermano y cuñado, respectivamente.

—Lo sé, señor Presidente —respondió Simone Vauthier, con la voz entrecortada por la emoción.

—El Tribunal la escucha.

## Capítulo tercero

# LOS TESTIGOS DE DESCARGO

—Señor Presidente, he necesitado realizar un gran esfuerzo para poder venir a declarar en el proceso de mi hijo, que siempre será para mí «mi pequeño Jacques»… Debo reconocer, ante todo, que este niño, nervioso e impresionable al extremo, no parecía ser feliz en nuestro hogar, durante los diez primeros años de su existencia. Pese a que, en esa época, no podía hacerse comprender mucho, mi destrozado corazón de madre adivinaba su congoja moral. Mi pobre marido, que fue modelo de esposo y de padre, compartía mi pena. Sin embargo, hicimos todo lo humanamente posible para mejorar las condiciones de existencia de nuestro desgraciado hijo. Después de probar, sin ningún éxito, todos los medios para educar a Jacques, decidimos confiarlo a la Institución de Sanac. Fue muy penoso el ver partir al pequeño Jacques, pero un verdadero consuelo moral atenuaba mi angustia ante la idea de que el señor Rodelec conseguiría, tal vez, arrancar de su horrible noche a mi hijo menor.

—En suma, ¿tanto el señor Vauthier como usted tenían plena confianza en Ivon Rodelec?

—Al principio, sí. Cuando fui a Sanac a visitar a Jacques, un año después de su partida, quedé estupefacta ante los extraordinarios progresos alcanzados, pero helada también por la manera en que me recibió. Fue horroroso… La entrevista transcurrió en el locutorio de la Institución donde me encontraba conversando con el señor Rodelec, quien no se cansaba de ponderar la excepcional inteligencia de mi hijo. Me sentía muy contenta, cuando la puerta se abrió y Jacques apareció; estaba transformado: había crecido mucho, sus hombros se habían ensanchado. Se mantenía derecho, la altiva cabeza en alto… Me asombré al verlo dirigirse hacia mí, sin titubeos y sin bastón, como si me viera o hubiese oído mi voz. Sus pasos tranquilos y seguros parecían casi los de un niño normal. ¿Podía creerse que este muchachón fuese el mismo niño enclenque que, un año antes, era incapaz de moverse sin golpearse contra todos los muebles?

»Estaba emocionada. Apenas si pude tenderle los brazos cuando se me acercó. Llorando, lo apreté contra mi pecho…, pero él se resistió en seguida y se debatió como si quisiese escapar de mi abrazo; separó su cara de la mía. Yo estaba enloquecida. El señor Rodelec acudió en mi ayuda tomando las manos de Jacques, sobre las que trazó rápidos signos, diciéndole por mí: «¡Vamos, Jacques! ¡No está bien hacer eso!… Por fin te encuentras en brazos de tu madre, a la que esperabas desde hace tiempo y de la que tanto te he hablado». Pero la cara de mi hijo permaneció hermética. El señor Rodelec se apoderó de su mano derecha para obligarlo a acariciar mi rostro… Nunca olvidaré esa sensación: la trémula mano que

como contra su voluntad me palpaba la frente, seguía con lentitud por las cejas, descendiendo a lo largo de la nariz, dibujando el contorno de los labios, y terminando por detenerse en mi mejilla, mojada por las lágrimas… Jacques pareció asombrarse e, instintivamente, llevó a la boca su húmedo índice para probar el sabor de las lágrimas. Su boca se crispó y lanzó un alarido atroz, el mismo con que me recibía cada vez que, por la noche, iba a besarlo a su cuarto…

»Abatida, dejé caer los brazos. Él aprovechó esto para huir del locutorio, corriendo. Como me quedé atontada, incapaz de articular palabra, el señor Rodelec se acercó y me dijo: «No puede estar resentida con su pequeño Jacques, señora. Todavía no sabe muy bien lo que hace». Recuerdo haberle preguntado entonces: «Señor, ¿siempre escucharé ese grito? ¿Es todo lo que puede mostrar a su madre, después de un año de estar bajo la dirección de usted?». El señor Rodelec me respondió con gran tranquilidad, como si su respuesta fuera perfectamente normal. «¡Pero si cuando estaba en su casa, ni siquiera la conocía, señora!».

»En ese momento comprendí no solamente que mi hijo no me amaría jamás, sino que, en esa institución, se había tratado, en lo posible, de separarlo de su familia. Ese señor Rodelec me había robado definitivamente a mi hijo… Sí, ahora estoy segura de que, a la larga, la profunda influencia de este maestro ha sido nefasta. Si en realidad, en Sanac, se hubiesen tomado el trabajo de desarrollar en el pobre niño la ternura normal hacia su madre, hoy tal vez no lo veríamos sentado en ese infamante banquillo.

—Si consideraba peligrosa esta educación —dijo el Presidente—, nada le impedía, señora, retirar a su hijo de la institución después de esa primera visita.

—Muy al contrario, todo lo impedía… En primer lugar, los auténticos progresos intelectuales de Jacques. Siempre he reconocido, y continuaré reconociendo, la excelencia de los métodos de trabajo empleados con los enfermos por los Hermanos de Saint-Gabriel. Critico únicamente la influencia moral y personal del señor Rodelec, que tomó demasiado a pecho la educación aislada de Jacques. Ante todo, no debía obstaculizar los estudios delicados y difíciles de mi hijo… Pero después, ¡tenía toda la intención de retirarlo! Ese día sacrifiqué mi amor materno por el futuro de mi hijo. Una vez más volví a depositar mi confianza en el señor Rodelec, quien, en el momento de regresar a París, me dijo: «Déjeme convencerlo, señora… La próxima vez que usted nos proporcione el placer de verla, le prometo que su hijo la querrá. Tiene un alma tan sensible, que se ha trastornado por este primer contacto directo con la madre de la que tanto le he hablado, y a quien esperaba con emoción, mezclada con un poco de temor. En la calle Cardinet no la distinguía a usted de entre las demás personas que lo rodeaban; hasta ignoraba la noción de “mamá”. Ahora la conoce. Debe de estar llorando en algún rincón. Una vez que usted se retire, trataré de consolarlo. Le prometo que esta noche no se dormirá sin haber rezado antes por usted».

»Creí en sus palabras, y me marché algo reconfortada. Pasó el tiempo… Todos

los años, regularmente, iba a ver a Jacques para observar los progresos realizados. Aunque no emitía ya su horrible grito cuando se encontraba en mi presencia, me recibía cada vez con mayor frialdad. Mi visita no le proporcionaba ningún placer, pese a las promesas hechas por el señor Rodelec. Esas entrevistas en el locutorio se convirtieron en un verdadero suplicio, y el viaje a Sanac, en un calvario. Yo estaba desesperada…

»Mientras tanto, Jacques había aprendido todos los medios para poder conversar con las personas normales. Hubiera podido utilizar la escritura común para poder confiarme sus pensamientos, y las preguntas que debían cruzar naturalmente por su mente al encontrarse en presencia de su madre… Y así hubiera podido leer por mí misma la escritura de mi niño, sin necesidad de un intérprete entre nosotros…, y yo le hubiera contestado directamente, juntando sobre la mesa esas enormes letras en relieve que estaban desparramadas por doquier en la institución; él las hubiera palpado para conocer mis respuestas. Lo principal, al menos, habría sido expresado… Pero, desgraciadamente, Jacques no quiso emplear nunca este método conmigo. Prefería utilizar la escritura Braille, como hace aquí, lo que requiere siempre la presencia de una tercera persona entre él y su interlocutor. Durante estas visitas a Sanac nunca estuve sola con mi hijo: ¡el señor Rodelec, el eterno señor Rodelec, estaba siempre entre los dos!

»A medida que Jacques crecía y progresaba, más hermético se mostraba conmigo. ¿Qué podía hacer? Me veía impotente ante la hipocresía del maestro, que parecía esconderse humildísimo tras los reflejos de un enfermo… Cada vez que mi hijo se mostraba brusco conmigo, el señor Rodelec intervenía hipócritamente, reprendiéndolo con suave voz: «¡Vamos, Jacques! ¡Eso no está bien!», y dirigiéndose hacia mí, me decía: «Como todas las personas muy inteligentes, Jacques posee una fuerte personalidad que es casi imposible de manejar, y con la cual tengo que enfrentarme… ¡No siempre resulta fácil!».

»No pudiendo soportar más semejante situación, y aprovechando la terminación del segundo ciclo del bachillerato —Jacques tenía entonces diecinueve años—, le hice preguntar si desearía venir a vivir conmigo. Se negó rotundamente. El señor Rodelec trató de hacerme comprender que era preferible que Jacques se quedase un tiempo más en Sanac, donde encontraría el recogimiento necesario para la preparación del libro que soñaba escribir y cuya publicación podía ser el principio de una carrera extraordinaria. ¿Tenía yo el derecho de estorbar la iniciación de esta carrera? Cedí otra vez, esperando con ansiedad la publicación de ese libro, que apareció tres años después.

—¿Qué opinión tiene de esa obra, señora? —preguntó el Presidente.

—*El Solitario* es una hermosa novela, que me ha enternecido. Cuando vi su nombre en los escaparates de las librerías, me sentí orgullosa de mi hijo.

El fiscal preguntó, a su vez:

—El hecho de que la familia del personaje principal, afligido del mismo mal que

su hijo, se encuentre descripta de una manera poco halagadora, ¿no le ha chocado?

—En absoluto. He considerado la obra sólo como una novela.

—Ya que el señor fiscal ha querido volver a hablar de *El Solitario* —dijo Victor Deliot—, no dejaré de llamar la atención del Tribunal y de los señores jurados sobre el hecho de que el autor habla de su personaje una sola vez en toda la novela.

La señora Vauthier pareció turbarse. Victor Deliot volvió a sentarse, mientras el Presidente preguntaba:

—¿Puede aclararnos, señora, si volvió a ver a su hijo una vez publicado el libro?

—En seguida, no. A pesar de mi orgullo maternal, estaba un poco resentida porque no me lo había enviado. Sin embargo, le escribí para felicitarlo, y no me contestó. Bastante sorprendida, decidí ir una vez más a Sanac. Hice este viaje en compañía de un periodista amigo, que deseaba entrevistar a Jacques para publicar un artículo sobre él en un diario parisiense. Sufrí entonces la mayor ofensa que madre alguna haya podido soportar: Jacques se negó a verme, mientras que aceptaba recibir al periodista en su cuarto… Me puse furiosa. Naturalmente, fue el señor Rodelec quien vino al locutorio a notificarme de la decisión de mi hijo, en términos que no podían dejar ninguna duda en mi espíritu. Tuvo buen cuidado de hacerme comprender, con palabras poco disimuladas, que en realidad era mejor que Jacques y yo no nos encontráramos más, para evitar escenas penosas e inútiles. Agregó que mi hijo era mayor de edad, que su nombre era ya célebre y que podía volar con sus propias alas. Él mismo, ¡Ivon Rodelec!, había encontrado para Jacques una compañera maravillosa en la persona de Solange Duval, que sería para él un apoyo mucho más seguro que la familia. Finalizó diciéndome que su papel de educador había terminado, y que deseaba borrarse completamente de la vida de Jacques una vez que éste se casara. ¡Por vez primera oí hablar del proyecto de unión con la hija de mi antigua sirvienta!

—¿Sabía, por lo tanto, que Solange Duval y su madre habían sido recogidas en Sanac por el señor Rodelec, cuando reveses de fortuna la obligaron a despedirlas de su casa?

—Sí, y esta decisión del director de la institución me disgustó sobremanera.

—¿Qué le contestó al señor Rodelec, a propósito del casamiento?

—Le contesté que esa unión tendría lugar sin mi consentimiento. Desgraciadamente, mi opinión pesaba poco en la balanza: Jacques era mayor de edad. Volví a París, y seis meses después recibí una carta del señor Rodelec en la que me informaba que la fecha de la ceremonia estaba fijada para la semana siguiente; mi hijo ni siquiera se tomó el trabajo de escribirme anunciándome su decisión… Por otra parte, estoy convencida de que mi pequeño Jacques habría deseado hacerlo, pero se lo impidieron.

—¿Quién?

—El señor Rodelec, y su futura esposa.

—¿Podría decirnos —preguntó el fiscal— qué piensa de Solange Vauthier?

—¡La opinión de una suegra en este caso, puede parecer sospechosa! —respondió con vivacidad Simone—. Y por ello, prefiero no darla. Sobre todo, no quisiera que pueda suponerse que me ensaño con ella por su humilde origen porque, muy a mi pesar, se ha convertido en mi nuera… Solange no carece de cualidades: es una hermosa mujer, muy fina, inteligente, alegre, paciente… Paciencia que le permitió esperar a Jacques desde los trece años hasta los veinticinco, ya que mi hijo es tres años menor que ella…

—¿Y eso no es una prueba de amor, señora? —dijo suavemente Victor Deliot.

—Una prueba de que sabía lo que quería: ¡casarse! Ayudada por el señor Rodelec, Solange Duval hizo todo de su parte para que mi pobre pequeño olvidase que también tenía una madre capaz de mimarlo. Cuando se casó, ella demostró que no tenía inconveniente en renegar aún de su propia madre con tal de conseguir sus fines. En efecto, Mélanie es una honesta y simple mujer que, con su buen sentido popular, comprendió en seguida que esta unión con el hijo de sus antiguos amos era un error. Fue a verme a París para decírmelo; pero a pesar de todo, Solange triunfó y el casamiento fue celebrado en la capilla de la institución sin la presencia de las dos madres.

»Sin duda, es superfluo agregar —continuó la madre del incapaz— que nunca he recibido la menor noticia de mi hijo, de mi nuera o del señor Rodelec durante los cinco años siguientes a ese casamiento. Fue por pura casualidad que me enteré de la partida de los jóvenes desposados para los Estados Unidos. Mi corazón de madre sufrió cruelmente ante este viaje sin despedida, pero pensé que, a fin de cuentas, parecía ser que el señor Rodelec tenía razón y que mi pobre pequeño había encontrado la felicidad. Empezaba a acostumbrarme a esta idea cuando, al leer un periódico, me enteré brutalmente de la horrorosa noticia: ¡mi hijo era acusado de asesinato! Creí morir; pero sacando fuerzas de mí misma, averigüé la fecha de llegada del *De Grasse* y me dirigí a El Havre, donde no me permitieron hablar con mi hijo. Pasó a unos metros de mí, en medio de la aglomeración de los pasajeros, mudos de horror, sin sospechar que su madre estaba allí, en el muelle del desembarcadero, pronta a socorrerlo con todas sus pobres fuerzas en ese trance angustioso. ¡Porque estaba solo! Su mujer debió esconderse. Vi a mi hijo subir al coche policial con las manos esposadas, donde lo ubicaron entre dos gendarmes… Era la primera vez que lo veía desde mi penúltima visita a Sanac, seis años antes.

Simone Vauthier calló: el Tribunal tenía ante sí el espectáculo de una madre bañada en lágrimas que se esforzaba para no caer. Victor Deliot se aproximó para sostener a la infeliz mujer.

—Si no tiene inconveniente la defensa —dijo enternecido, el Presidente—, ¿podemos suspender la audiencia durante unos minutos y proseguir escuchando luego la declaración de la testigo?

Pero Simone Vauthier logró recuperarse y exclamó a través de las lágrimas:

—¡No! ¡No me iré! Antes diré todo… Estoy aquí para defender a mi hijo de todos

aquellos que lo acusan…, todos los que le han hecho tanto daño y son los verdaderos responsables… ¡No ha matado! ¡Eso no es posible! ¡Es inocente! Una madre no puede equivocarse… Aunque fuese un poco nervioso y brusco durante su niñez, no es razón suficiente para que se haya convertido en un asesino. Sé muy bien que todo el mundo se une contra él y lo juzga por las apariencias. Comprendo que su aspecto físico pueda parecer inquietante, pero eso no prueba nada. ¡Os suplico, señores jurados, dejadlo! ¡Ponedlo en libertad! Devolvédmelo… Yo lo guiaré y lo cuidaré, lo juro… ¡Lo tendré, por fin, para mí sola! Nadie oirá hablar más de él…

—Créame, señora, que el Tribunal comprende sus sentimientos —dijo el Presidente Legris—, pero es necesario que tenga todavía fuerza para responder a una última pregunta: ¿Ha podido visitar a su hijo en la prisión? ¿Le ha hecho alguna confidencia?

—No, no lo he vuelto a ver; Jacques no lo ha querido. ¡Pobre muchacho! No ha comprendido que sólo deseaba ayudarlo… —estas últimas palabras se perdieron en un suspiro. Simone Vauthier miraba hacia el lugar del acusado, donde el intérprete seguía traduciendo sobre las falanges inertes del incapacitado todas las palabras pronunciadas—. ¡Le ruego, señor intérprete! —insistió ella una vez más—; dígale que su madre está aquí para ayudarlo… Su madre, que le suplica se defienda, por él mismo, por el honor de nuestro apellido, por la memoria de su padre… Su madre, que le perdona la indiferencia con que siempre la ha tratado, desde pequeño… ¡Te lo suplico, mi querido Jacques, haz un gesto, cualquiera que sea! ¡Tiéndeme los brazos, simplemente!

—El acusado, ¿responde? —preguntó el Presidente al intérprete.

—No, señor Presidente.

—El Tribunal le da las gracias, señora.

Simone Vauthier estaba anonadada. Los ujieres la sacaron, enloquecida, bajo la mirada estupefacta del público. Esta declaración trastornó también a Danielle. La madre tenía que conocer a su hijo mejor que nadie; si afirmaba con semejante convicción que él era un ser apacible, bien podía ser… Y, sin embargo, ¿lo fue alguna vez con esta madre, que ha venido a defenderlo con todos los medios a su alcance? Ni un solo músculo de su cara bestial se movió cuando el intérprete le tradujo la patética súplica de la madre. Si su propia madre, llorando, no consigue conmoverlo, ¿quién lo conseguirá?

La joven contempló al incapacitado otra vez, como fascinada por ese monstruo de mirada ausente. Llegó a preguntarse si en algún momento de su extraña existencia, corta como era, ese Vauthier había podido mostrarse humano, y parecer hermoso… En realidad, Danielle no sabía a qué atenerse con respecto al asesino, tan contradictorios y confusos eran sus sentimientos. Debió sobreponerse a su fascinante contemplación para dirigir la mirada a su viejo amigo, que acababa de ocupar su lugar en el banco de la defensa. Víctor Deliot, siempre impasible y rubicundo, limpiaba los lentes con el pañuelo a cuadros.

El Presidente llamó al testigo siguiente.

Era una extraña aparición. De alta estatura, ligeramente encorvado, cubríase con una sotana cuya parte inferior se abría dejando ver los pantalones que caían sobre gruesos zapatos negros de puntas cuadradas y reforzadas. El único adorno de ese negro ropaje era un alzacuello rectangular azul. Blancos cabellos aureolaban una cara infantil, de mejillas surcadas por venillas rojas, en medio de la cual brillaban los ojos color gris acero. La primera impresión que producía esa figura era una mezcla de bondad y timidez. No era necesario observar mucho tiempo al personaje para adivinar que pertenecía a la raza de los seres simples que, desde la infancia, ven sólo la belleza de las personas o de los casos, y se niegan a admitir sus defectos. Torpe, encorvado, se mantenía ante el estrado dándole vueltas en las pesadas manos de paisano a un sombrero tricornio de fieltro negro.

—Ivon Rodelec, nacido en Quimper el 3 de agosto de 1875, director del Instituto Saint-Gabriel, en Sanac.

—Señor Rodelec, ¿se compromete a decir al Tribunal todo lo que sabe y piensa de Jacques Vauthier?

—Cuando fui a buscarlo a París para llevarlo a Sanac, hace de esto diecisiete años, Jacques tenía en el fondo del piso familiar un cuarto que daba sobre un patio interior. Cuando entré en la habitación, se encontraba sentado delante de una mesa: la única manifestación de vida era el movimiento febril de sus manos que pasaban y repasaban sin cesar, sobre la mesa, una muñeca de trapo. Sus dedos seguían los contornos del juguete con tal avidez, que parecía no terminar nunca de saciarse… Sentada enfrente se encontraba una muchachita un poco mayor que él, la pequeña Solange, cuya expresiva mirada estaba fija sobre la cara hermética de Jacques como si quisiera arrancarle sus secretos. Desde esa primera entrevista me pareció que de los labios agitados de Solange salían preguntas y palabras de ternura; en cambio, la boca del muchacho estaba abierta, los labios sin vida, dándole a la cara una expresión bestial. Cuando entré, la jovencita se levantó, pero él ni se movió: no percibía ningún ruido, ningún sonido… El cuarto, aunque pequeño, estaba limpio; comprendí que Solange lo arreglaba con cuidado. También el incapacitado estaba muy aseado; el delantal escolar no presentaba ninguna mancha, la cara estaba bien lavada y las manos limpias. Tal fue, señor Presidente, la primera impresión que recibí del decimonono ciego sordomudo de nacimiento cuya educación debía emprender, tratando de convertirlo en un ser más o menos normal.

Después de un corto silencio, el anciano continuó, con infinita dulzura:

—Me senté a mi vez junto a la mesa, entre los dos niños, para observar mejor al enfermo. Ante todo, traté de separar sus cerrados párpados, pero se sobresaltó al contacto de mis manos y apartó vivamente la cabeza, lanzando un gruñido… Como insistiera, su contrariedad se transformó en cólera: sus manos se prendieron a la mesa, y comenzó a patalear, sacudido todo su cuerpo por un temblor nervioso. La jovencita

acudió en mi socorro aplicando, a su vez, las manitas regordetas sobre los párpados y la cara de Jacques, acariciándolo: ese contacto pareció hacer un bien inmenso a su joven camarada, que así recobró, instantáneamente, la calma. Comencé luego una conversación con la niña preguntándole su nombre, edad, y desde qué tiempo se ocupaba de Jacques: «Tres años», me respondió. Debes ya conocerlo bien… «¡Oh, sí!», exclamó con espontáneo ímpetu.

»—¿Y estás bien segura de que no ve absolutamente nada, que no puede hablarnos ni oírnos?

»—¡Si no fuera así, señor, me hubiera dado cuenta hace mucho tiempo! Desde hace tres años no me separo de su lado.

»Le creí, sin dudar; parecía quererlo mucho. Le pregunté también:

»—¿Y él, te quiere?

»—No sé —respondió con tristeza—. No puede hacérmelo saber.

»Expliqué entonces a la pequeña Solange que llegaría el día en que su joven amigo sabría demostrar sus sentimientos, y agregué:

»—¿Te gustaría oír a Jacques decirte que eres su mejor amiga?

»—¿Por qué busca lo imposible? —fue la respuesta—. Lo único real es que me prefiere a todas las personas que viven aquí. No quiere que nadie más que yo le acaricie la cara.

»—¿Tampoco su mamá?

»—Tampoco —respondió Solange bajando la cabeza. Después, bruscamente, la levantó para preguntarme con infantil desconfianza—: ¿Quién es usted, señor?

»—¿Yo? Simplemente el padre de una numerosa familia. ¡Tengo trescientos niños! ¿Qué te parece?

»—¿Y los quiere a todos?

»—A todos.

»La gentil Solange no volvía en sí de asombro, pero, ya en confianza, empezó a explicarme que había conseguido enseñarle a Jacques una cantidad de cosas que los ayudaba a entenderse entre ellos:

»—Todos creen que Jacques no sabe pensar… ¡No es verdad! Yo sé que es muy inteligente.

»—¿Cómo has llegado a saberlo?

»—Gracias a Flanelle.

»—¿Quién es Flanelle? —pregunté con sorpresa.

»—Mi muñeca, que tiene en las manos en este momento. No tenía juguetes ni nada con que entretenerse…

»—Entonces, ¿no juegas tú con la muñeca?

»—Prefiero jugar con Jacques; es más importante. Ninguno de los otros ha querido jugar nunca con Jacques. Yo le doy la muñeca, y de tiempo en tiempo se la quito… Siente un gran cariño por Flanelle: cuando la quiere, me la pide. Para eso, he inventado un pequeño signo: apoya su índice en el hueco de mi mano derecha. Para

él, eso quiere decir: «Dame la muñeca», y yo se la doy. Cuando quiero que me la devuelva le hago, a mi vez, el mismo signo, en sentido inverso.

»—¿De dónde sacaste la idea de comunicarte así, por signos? —le pregunté intrigado.

»—La primera vez que le presté a Flanelle, se la retiré a la hora del almuerzo: se enojó, arrastrándose por el suelo, lanzando ladridos como un perro. Tuve que devolverle la muñeca. Después de habérsela dejado en brazos durante un tiempo se la saqué haciendo, al mismo tiempo, el signo. Su cólera comenzó, y no le devolví a Flanelle hasta que no tuvo, él mismo, la idea de hacer el signo. Desde ese día no se duerme sin tenerla entre sus brazos.

»—¿Y no has extrañado un poco a Flanelle?

»—¡Oh, no! Casi es como si fuese nuestra bebé…, de Jacques y mía.

»—¿Qué otro signo le enseñaste?

»—A pedir lo que le gusta comer… Mamá le prepara, a escondidas, platos especiales.

»—¿Quién es tu mamá?

»—La sirvienta de la señora Vauthier.

»Yo estaba cada vez más asombrado, y pregunté:

»—¿Jacques ha podido reclamar con signos todo lo que quiere comer?

»—Todo, no; sus platos preferidos… Desde los primeros días que me confiaron su cuidado, noté que le gustaban mucho el pan y los huevos. Un día después que palpó un huevo pasado por agua que le preparó mamá, se lo saqué dibujando con mi índice, sobre la palma de su mano izquierda, un pequeño circulo para representarle el huevo. Se enojó seriamente y, como no quiso repetir el nuevo signo, no le devolví el huevo y le serví, en su lugar, un trozo de carne. Jacques no estaba satisfecho y revisaba, al tacto, los platos colocados sobre la mesa, tratando de encontrar su huevo. Al día siguiente, volví a colocar un huevo en su plato: él lo palpó y yo se lo saqué, repitiendo el pequeño signo oval en su palma izquierda. Esta vez, repitió el signo; sólo entonces le entregué el huevo. Desde ese día, inventé nuevos signos para el pan y los demás alimentos.

»—¿Sabes que, en Sanac, serías una preciosa auxiliar, pequeña Solange?

»—Entonces… ¿usted no vive en París?

»—No. Y he venido para llevarme a Jacques.

»—No irá usted a dejarme sin él, ¿verdad? —preguntó, trastornada.

»—Lo volverás a ver dentro de un tiempo. Compréndeme, ¡Jacques no puede quedarse en ese estado toda la vida! Tú ya le has enseñado una cantidad de cosas muy útiles, y te felicito. Pero no basta: es necesario que se instruya y que se desarrollen sus rudimentarios conocimientos para que él también pueda ser algo más…

»—No me inquieto por Jacques: ¡es tan inteligente!… Por momentos, tengo la impresión de que comprende todo, acariciándome sólo la mano. ¡Ah! Si pudiese inventar nuevos signos… Ya no encuentro más; los he terminado todos… Durante la

noche entera he buscado el medio de hacerle entender que él tenía una madre como yo…

»—¿Y lo encontraste?

»—No.

»—Y si reconoces tu impotencia, es porque Jacques necesita ahora otras ayudas capaces de completar el trabajo que has comenzado tan bien…

»—Si yo fuera más instruida, estoy segura de que podría hacerlo sola… ¡No necesitaría de nadie!

»—Cierto. Los signos que has inventado son ingeniosos, pero obligarían a Jacques a depender siempre de ti. Es necesario que pueda reclamar un huevo, o a Flanelle, a la primera persona que encuentre. Y no lo logrará hasta que sepa el alfabeto, y pueda desenvolverse como tú o yo.

»Los ojos de Solange se llenaron de lágrimas: no comprendía que Jacques pudiera pasarse sin ella.

»—Si usted se lleva a Jacques… ¿será por mucho tiempo?

»—Depende de los progresos realizados… Pero nada te impedirá ir a verlo de vez en cuando a Sanac. Puedes contar conmigo para que se acuerde de ti.

»¡No pensé jamás que en ese momento acababa de conocer a aquella que llevaría más tarde el apellido de mi nuevo alumno!

Ivon Rodelec calló.

—Acaba usted de darnos a entender —dijo el Presidente Legris— que los Vauthier no se ocupaban mucho de su hijo.

—¡Lejos de mí semejante pensamiento, señor Presidente! Mi misión sobre la tierra no es la de juzgar la conducta ajena, sino ayudar al prójimo.

—¿Cómo transcurrió ese primer viaje con su nuevo alumno? —preguntó el Presidente.

—No tan mal como podría imaginarse; Solange, que había sido autorizada por su madre para acompañarnos hasta la estación de Austerlitz, tuvo la buena idea de traer consigo a Flanelle, a la que Jacques acarició durante todo el trayecto. Esa misma noche llegamos a Sanac, donde había hecho preparar para el niño un cuarto contiguo al mío y con el cual se comunicaba. En el estado en que se encontraba, no era cuestión de ponerlo inmediatamente en el dormitorio de sordomudos o ciegos.

—Cuando Jacques llegó a su instituto, ¿contaba entre sus trescientos internados con otros ciego sordomudos de nacimiento? —preguntó el Presidente.

—No. Su predecesor directo, el decimoctavo alumno con triple mal, cuya educación había terminado, nos había dejado seis meses antes para convertirse en oficial carpintero de una empresa donde conseguí emplearlo. Era mucho mejor, por otra parte, que el pequeño Jacques fuera el único ciego sordomudo, para que progresara más. Como lo había hecho en los dieciocho casos precedentes, que me permitieron adquirir una gran práctica, preferí ocuparme personalmente de Jacques. Decidí comenzar a la mañana siguiente, una vez que hubiese dormido bien.

—Considero indispensable —declaró el fiscal Berthier— que el testigo explique al Tribunal las diferentes etapas de esta educación, que transformó la pequeña bestia amorfa que era Jacques Vauthier a los diez años, en un hombre normal dotado de facultades intelectuales. Los señores jurados cesarán de engañarse sobre su verdadera personalidad, escondida bajo una apariencia física demasiado notable.

—El Tribunal acepta el parecer del señor fiscal. Lo escuchamos, señor Rodelec.

—La primera noche que Jacques pasó bajo el techo de nuestra institución —comenzó el anciano— la consagré íntegramente a la oración y a la meditación, que serían mis únicos sostenes en el rudo combate que tendría que librar a la mañana siguiente. Imploré, sobre todo, a la Virgen del Perpetuo Socorro. ¿Acaso no viene en ayuda de nosotros los bretones en los casos desesperados? Ella fue la que me iluminó…

»Dudaba todavía sobre la elección del método que sería necesario emplear para iniciar la educación de la bestezuela. ¿Sería Jacques realmente inteligente, como lo había afirmado Solange con tanta ternura? ¿O se trataría de un niño de comprensión mediana? Esa inteligencia, todavía embotada, ¿se mostraría activa, deseosa de salir de la oscuridad o, por lo contrario, pasiva, lista para aprender por rutina? El único medio de saberlo era utilizar los pocos elementos que la ternura de la jovencita había ya empleado como lazo de unión entre ella y Jacques: la muñeca, un huevo, una cuchara, un plato, un vaso… Y se hacía necesario proceder poco a poco, progresivamente, casi a tientas, de lo conocido a lo desconocido. Sabía que cada niño, mucho tiempo antes de que se le enseñe el alfabeto y los primeros rudimentos de gramática, penetra el sentido general de la frase que es incapaz aún de pronunciar o de analizar en detalle, pero de la que conoce su significado, gracias al hábito auditivo y de observación fisonómica; podría ser, también, gracias a la misteriosa intuición que trae consigo al nacer y desde los primeros vagidos.

»En el caso del pequeño Jacques sería la mano, una vez adiestrada, la que reemplazaría al mismo tiempo al oído y la vista que engloban el lenguaje total; la garganta y la boca que terminan por reproducirlo… Iba a agudizar mis sentidos y acechar sus resultados durante semanas, meses, años tal vez, para sacudir este letargo en busca de la inteligencia oculta que erraba al azar, en medio de una abrumadora conspiración de sombra y silencio, lejos de toda claridad, de toda alegría, de toda pena, de todos los cantos, lejos de la vida.

»El despertar, a la mañana siguiente, fue normal. Las primeras dificultades comenzaron con el aseo matutino, que tuve que imponer a la fuerza a Jacques. Percibió en seguida que no eran las manos conocidas las que lo enjabonaban, lo secaban, lo peinaban. Con rabia, volcó la palangana varias veces y se tiró al piso. Pasadas esas crisis lo ayudaba a levantarse y llenaba nuevamente la palangana, esforzándome en no demostrar impaciencia: la sorda lucha entre nuestras voluntades, en la que una quería suplir los desfallecimientos de la otra, había comenzado. No debía terminar hasta mi victoria final. Cuanto más difícil se presentara este primer

aseo, parecería más fácil el de mañana, más trivial el de pasado mañana. En la educación de Jacques todo se resumiría a una metódica repetición de los menores actos de la vida cotidiana. Y cada uno de esos combates me permitiría descubrir algunos rasgos del carácter de mi extraño alumno. Es verdad, al principio serían vagas indicaciones, tan pronto un grito ronco o una mueca, como un desordenado gesto animal; pero la experiencia de los anteriores alumnos me había enseñado a no desperdiciar ningún detalle.

»Fue esa experiencia la que me dio la idea de mantener, durante algunos segundos, la mano derecha de Jacques bajo el chorro de agua fría que caía del grifo a la palangana, ejerciendo, al mismo tiempo, una marcada presión sobre la palma de su manita helada. Por diez veces consecutivas repetí esa operación manteniendo bajo el agua ese brazo que se resistía. Las lágrimas comenzaron a correr de los párpados siempre cerrados: fueron las primeras que vi brotar de los apagados ojos. Amé esas lágrimas… ¿No eran la más pura expresión de esa vida que pedía salir al exterior? Jacques se calmó, resignándose a sufrir la sensación desagradable del helado líquido. Enseguida atraje hacia mí su mano aplicándola contra mi propia mejilla; por contraste, el niño descubrió el bienestar del calor. Las sensaciones de *frío* y *calor* se aferraron a él.

»Siempre guiada por la mía, su mano palpaba ahora el contorno de la palangana, mientras yo imprimía en su palma inerte y lista para recibir algo, otro signo característico, muy distinto al primero. Al instante, mi alumno palideció, luego enrojeció antes de inmovilizarse en un supremo éxtasis. La impenetrable niebla se había desgarrado: ¡había comprendido! Desde el fondo de la nada, una súbita claridad acababa de invadir su adormecida conciencia haciéndole comprender que cada uno de esos dos nuevos signos, que habían sido impresos en la palma de su mano derecha, correspondía a cada uno de los objetos por él palpados: el líquido frío y el metal de la palangana. Adquiría, de un solo golpe, la noción esencial de contenido y continente. Confusamente, también, comprendió que en lo futuro podría pedir, obtener, escuchar y comprender, todo por intermedio de un cambio sistemático de signos con ese desconocido que era yo para él, y que lo tocaba sin cesar. Se evadía, por fin, del pequeño y reducido mundo inventado por la solicitud de Solange y que sólo comprendía algunos alimentos preferidos o una muñeca de terciopelo. Ebrio de brutal alegría, Jacques se puso a tocar todo lo que había en el cuarto: la mesa que sostenía la palangana; las toallas, que tenían algunas partes secas y otras húmedas; el jabón que resbaló entre sus dedos; la esponja que apretó con fuerza para hacer brotar el liquido frío… Instintivamente acercaba cada objeto a su cara para sentirlo, olfatearlo, respirarlo, impregnarse de su olor característico… Mordió alternativamente la esponja y el trozo de jabón, haciendo luego una mueca: ese jabón no servía para comer. Lo dejé hacer a su gusto y antojo, durante largos minutos, que compensaban sus diez años de pasadas tinieblas. Era testigo de un extraordinario milagro: los tres sentidos que servían para lograr la completa educación de Jacques, comenzaban a

combinarse ayudando al cerebro a entender. Sucesivamente, el olfato y el gusto hablan acudido en socorro del tacto. Todo se había realizado de la manera más fácil del mundo: era suficiente observar los gestos alternativamente desordenados y mecánicos del niño, ver que cada objeto era ahora palpado con los febriles dedos, respirado por las estremecidas narices, y gustado por los labios, ávidos por saber.

»La fisonomía que hasta ese momento se había presentado herméticamente cerrada, reclamaba ya el nombre de los objetos. Jacques poseía la llave que le abriría las puertas del entendimiento. Yo tenía ahora la prueba de que su inteligencia era despierta: el buen corazón de la pequeña Solange no se había equivocado. Una, dos, tres horas transcurrieron, ricas en vida normal, durante las cuales traté, en forma metódica, de hacerle palpar, respirar, sentir los objetos que le eran familiares, dándole, sobre las ávidas manos, una denominación táctil… Manos que estaban húmedas… La respiración, entrecortada. Comprendí que no debla insistir demasiado en esta primera lección, pues el cerebro todavía débil no soportaría el *shock*. Al día siguiente volvería a empezar con los mismos objetos de su aseo personal, a los cuales trataría de agregar otros.

»Mientras tanto, consideré que era necesario llenar de aire puro los pulmones de Jacques, obligándolo a dar paseos. El prodigioso esfuerzo cerebral que acababa de realizar en pocas horas necesitaba un escape físico reparador. Lo conduje al parque de la institución y allí le hice seguir itinerarios trazados anticipadamente. Con ese fin, hice unir entre sí algunos árboles con sogas. Jacques no tenía más que caminar a lo largo de esas cuerdas, de árbol a árbol, sirviéndole éstos de puntos de referencia. Gracias a este procedimiento, tres días después Jacques ya podía pasearse sin ayuda. Así aprendió la noción del *espacio*. Comprendió rápidamente el sentido de la palabra *movimiento* y descubrió que las piernas se mueven bajo el control de la voluntad.

»Durante estos paseos yo estaba cerca de él para evitarle cualquier accidente, pero trataba, en lo posible, de no orientarlo: lo dejaba hacer. Una vez que conocía de memoria un recorrido en el parque, le marcaba otro, desplazando las cuerdas. No era bueno, tampoco, que se habituara demasiado a un itinerario determinado.

»Cuando hube acostumbrado a Jacques a designar cada objeto corriente con un signo mímico, lo traté como sordomudo únicamente, enseñándole el alfabeto dactilológico aplicado sobre la epidermis y que utiliza actualmente el intérprete que le transmite mis palabras… Luego lo traté como simple ciego, enseñándole el alfabeto Braille que le ha permitido leer. Pero Jacques sólo sabía reconocer y designar objetos concretos o acciones materiales; para poder dirigirse directamente a su corazón y a su alma, era indispensable inculcarle algunas nociones esenciales.

»Comencé por la de *tamaño*, haciéndole palpar con cuidado a dos de sus compañeros: uno grande y el otro pequeño. Tenía que continuar dirigiendo mis esfuerzos en ese orden de ideas. Un día en que un vagabundo se presentó en la institución pidiendo albergue y comida, conduje personalmente al recién llegado a la presencia de Jacques, para hacerle palpar a mi alumno las ropas harapientas y los

zapatos rotos del desgraciado. La experiencia fue cruel, pero necesaria. Jacques demostró extrema repulsión por la miseria en ese primer contacto con ella. Algunos instantes después le hice tocar el cuidado traje, la fina camisa, el reloj pulsera y los zapatos nuevos del doctor Dervaux, médico de la institución. Jacques declaró en seguida en lenguaje mímico: «¡No quiero ser pobre! ¡No me gustan los pordioseros!». «No tienes derecho a hablar así», le contesté, hablándole en la mano. «Escucha, ¿me quieres algo?» Una expresión de infinita ternura iluminó su cara. «Me quieres, —continué—, y sin embargo, ¡yo también soy pobre!».

»Jacques comprendió entonces que no era deshonroso querer a los pobres y adquirió, al mismo tiempo, la noción de *riqueza* y *pobreza*. Aproveché sus excelentes condiciones para tomar sus manos y aplicarlas contra mi cara. Después de haber palpado lentamente mis arrugas, hizo una comparación con su carita joven que irradiaba frescura. Le expliqué que llegaría un día en que él también tendría arrugas: la idea de vejez acababa de penetrar, a su vez, en el cerebro. La reacción fue espontánea: declaró que no quería ser así, que sería siempre joven y que su piel no tendría nunca arrugas… Tuve un enorme trabajo en hacerle comprender que todo hombre envejecía; que ya se daría cuenta, llegado el momento, de que la vejez no es triste si sabe rodearse de juventud. ¿Acaso la única y verdadera juventud no es la que llevamos en el corazón?

»Algunos días después se paseaba Jacques por el parque a la largo de las cuerdas bajo mi vigilancia, cuando nació en mi la idea de sugerirle otra noción indispensable: el *porvenir*. Las explicaciones hubieran resultado infructuosas pese a mis esfuerzos, si, por primera vez, el niño no se hubiese adelantado realizando un gesto muy simple, que demostraba haberme comprendido perfectamente: los brazos extendidos, abandonando voluntariamente el itinerario jalonado por los árboles, caminó rápidamente hacia adelante, encontrando, por sí solo, la eterna comparación de la vida con un camino, descrita por Bossuet. Al regresar de ese paseo optimista, que le deparaba infinitas perspectivas, fue cuando Jacques tuvo el primer contacto con la *muerte*. Lo consideraba bien pertrechado para comprender esta penosa idea, pensando que sabía qué era el porvenir.

»El hermano Anselme, ecónomo de la institución, acababa de morir en la paz de Nuestro Señor después de haber pasado cincuenta años de su existencia al servicio de nuestra casa. Jacques se había encariñado mucho con el hermano Anselme, que le deslizaba tabletas de chocolate en el bolsillo cada vez que lo veía. Comencé a hablarle de la muerte dulcemente, explicándole que se había acostado para siempre, que no se levantaría más y que no podría ya darle tabletas de chocolate. «Entonces, ¿quién me las dará?», me preguntó con inquietud Jacques. Le propuse acercarnos al muerto. Cuando lo tocó, a todo lo largo, se sorprendió por lo frío del cadáver. Al comprender que él moriría también y que su cuerpo estaría tan frío como el del hermano Anselme, se rebeló nuevamente ante el monstruoso descubrimiento, siendo sacudido por los sollozos. Le expliqué que yo también moriría y no por eso tenía

miedo a la muerte. Pero no era posible dejar aferrada a su cerebro una idea tan material e incompleta de la muerte: para ello era necesario hacerle comprender la existencia del *alma*…

»Fue la presencia de Solange, invisible aunque viva en el corazón de Jacques, que sirvió para poner en movimiento el mecanismo que conduciría esa inteligencia hacia esferas más abstractas. Le pregunté: ¿Quieres mucho a Solange? ¿Con qué la quieres? ¿Con las manos? ¿Con los pies? ¿Con la cabeza? Jacques respondió a cada una de mis preguntas, moviendo negativamente la cabeza. «Tienes razón, querido Jacques. Hay algo en ti que ama a Solange… Ese algo que ama está prisionero dentro de tu cuerpo, y sin ese "algo", tu cuerpo estaría inerte: eso se llama "alma" y, en el momento de la muerte, el cuerpo y el alma se separan. Cuando el hermano Anselme murió, tú palpaste su cuerpo que estaba helado porque su alma lo había abandonado. Se había ido a otra parte. Era su alma la que te amaba y no su cuerpo; ella vive siempre y continúa queriéndote»…

»Así comenzó a nacer en el espíritu de Jacques la difícil noción de los seres inmateriales y la inmortalidad del alma. Me quedaba sólo elevarlo al punto culminante, al que converge toda educación progresiva: Dios. Para llegar a él, utilicé el mejor auxiliar, el más poderoso, y que se da con generosidad a todos los hombres: el sol.

»Astro dispensador de vida y renovación, cuyos rayos bienhechores penetran en los rincones más oscuros y consigue iluminar las casas más sombrías, que acariciaba también la cara del pequeño Jacques cuando todavía él estaba cerrado a la luz… El sol, que mi alumno amaba por su calor con la misma intensidad con que odiaba la muerte, que sólo traía con ella el frío… Cada vez que conducía a Jacques de paseo, habrá podido comprobar hasta qué punto apreciaba los cálidos efluvios del astro rey. Tendía las manos hacia el lugar de donde provenían, en su opinión, los rayos y ensayaba, a veces, trepar a los árboles del parque para aproximarse al sol y alcanzarlo.

»Un día que había corrido por el campo y se dirigía hacia mí, sudado, dichoso, con la cara quemada por el sol, la epidermis embebida de sus rayos, desbordante de admiración infantil y reconocimiento hacia el astro que acababa de ofrecerle ese baño de juventud, le pregunté: Jacques, ¿quién habrá hecho el sol? ¿Será el carpintero? «¡No, el panadero!», me respondió. Por aproximación unía ingenuamente en su cerebro, donde se atropellaban tantas nociones nuevas, la idea del calor solar con la del horno donde se cocina el pan. Le hice notar que el panadero no podía haber hecho el sol… que estaba por encima de sus posibilidades. Que el panadero no era más que un hombre, como él y como yo, que conocía solamente el arte de amasar la harina…

»—El que ha hecho el sol, Jacques, es más grande, más poderoso que el panadero y que nosotros, más sabio que todo el mundo. —Jacques me escuchaba, deslumbrado. Pude explicarle la creación, describirle el cielo admirable con las estrellas y la luna.

Paso a paso, continué la lección. Rápidamente aprendió de memoria los

principales pasajes de la Historia Sagrada, que lo entusiasmaban, como a todos los niños. La descripción de la Pasión sucedió al Antiguo Testamento: Jacques estaba emocionado y, como la noción del tiempo era todavía imprecisa, me preguntó con inquietud: «¿También papá estaba entre los infames que mataron a Jesús?». «No, querido. Tanto tu padre, como tú y yo, formamos parte de los que Jesús vino a redimir». Aproveché esta alusión a su padre para desarrollar en él la noción aún confusa de su *familia*. Le hice comprender que tenía también una *mamá* que debía respetar y amar con todo su corazón. Muchas veces, manifestó su extrañeza de ver tan poco, o nada, a los suyos, especialmente a su madre. Sólo podía responderle: «vendrá pronto»… En efecto, vino al cabo de un año. Por desgracia, esa entrevista, sobre la que había fundado tantas esperanzas, fue dolorosa…

—La señora Vauthier nos la ha descrito personalmente en este estrado —dijo el Presidente Legris.

Ivon Rodelec pareció sorprenderse ante esa noticia y meneó la cabeza antes de decir:

—Posiblemente, la señora Vauthier ha ignorado siempre que su hijo trató de suicidarse cuando huyó del locutorio donde ella intentaba vanamente retenerlo entre sus brazos…

—Explíquese, señor Rodelec —sugirió el Presidente.

—Los detalles tienen poca importancia. Jacques, que se había refugiado en el granero del edificio principal de la institución, habiéndose percatado de que yo lo encontraría en su escondrijo, se arrojó al vacío. Por suerte fue a dar en una parva de heno que amortiguó su caída. Sólo algunos días después pude arrancarle el motivo que lo había impulsado. Me dijo: «Creí que usted venía para llevarme, de nuevo, a los brazos, de esa mujer… ¡Prefiero morir antes que volver a encontrarme con ella! Por más que me asegure que es mi madre, yo sé que ella no me quiere… Nunca me ha querido. La reconocí por su olor. No se ocupaba para nada de mí cuando vivía en su casa. Nadie me quería allá, solamente Solange».

»Reflexioné largamente sobre ese drama familiar. Mi conclusión fue que las cosas se atenuarían a medida que Jacques creciera, y que era preferible dejar pasar el tiempo. Reflexioné tanto que Jacques, al notarlo, hizo un serio esfuerzo para recibir mejor a su madre cuando volvió a visitarlo, un año después. Pero en esa segunda entrevista comprendí que mi alumno nunca amaría ni a su madre ni a ningún otro miembro de su familia. Mucho tiempo estuve perplejo preguntándome cuál podría ser la causa profunda de ese resentimiento…

—¿La averiguó? —preguntó con escepticismo el fiscal.

—Creo que sí. Cuando fui a buscar a Jacques a París noté que su partida para Sanac era un verdadero alivio para toda la familia. Inclusive, es necesario confesarlo, para su madre… Sentí mucha pena, y comprendí que de mí dependía que ese niño encontrase una nueva familia en Sanac, donde se sentiría querido y rodeado por nuestra comunidad. Después de la segunda visita de la señora Vauthier a Sanac,

consideré razonable espaciar las entrevistas entre la madre y el niño. ¿Cometí una injusticia? No lo creo. Si hubiese insistido demasiado habría sido peor, y Jacques no habría tenido confianza ni en mí, ni en nadie. Y, por encima de todo, era necesario que tuviese confianza para poder progresar.

—¿Jacques Vauthier era buen compañero de los otros internos?

—Excelente compañero, desde el primer día que llegó a Sanac. Al cabo de algunos meses, se le admiraba por el extraordinario ardor que ponía en instruirse.

—¿Tuvo entre sus compañeros a Jean Dony, que, según éste, dice, se ocupó particularmente de él? —preguntó el fiscal.

—En efecto. Con toda intención, elegí a Jean Dony, que era ciego, para ayudar a Jacques. Fue una elección acertada: los dos jóvenes formaron, durante años, una pareja inseparable…

—Hasta que Solange Duval llegó a Sanac… —insinuó el fiscal.

—Cuando Jacques estuvo en edad y condiciones de examinarse, pensé que Solange Duval sería su mejor colaboradora. Aunque poseedor de reales cualidades, Jean Dony era demasiado exclusivista con sus amistades. Tuvo recelos de la influencia de esta joven en la vida de Jacques. Fue injusto. Traté de hacerle comprender que no podría ocuparse siempre de su protegido. En efecto, Jean debía abandonarnos algunos meses después para ocupar el puesto de organista en la catedral de Albi, donde está actualmente. Solange Duval le reemplazaría. Jean Dony comprendió muy bien mis argumentos y demostró no guardarle rencor; el día del casamiento de Jacques con Solange nos dio la sorpresa de venir expresamente de Albi para tocar el órgano de nuestra capilla durante la ceremonia.

—¿Puede decirnos el testigo —preguntó el fiscal Berthier— a qué móvil obedeció, cuando hizo venir a Solange Duval y a su madre?

—No he obedecido a ningún móvil —respondió con naturalidad Ivon Rodelec—, sino a una necesidad. La educación de Jacques habría sido incompleta si no hubiese sentido a su lado esa ternura que es el amor llevado hasta la abnegación total. Era necesario dar a ese niño excepcional y sensible la noción completa del *amor*: al prójimo y a sí mismo, que le permitiría adquirir la verdadera dignidad humana. Únicamente Solange Duval podía cristalizar en su alma todas las ternuras. A medida que reflexionaba más y más sobre el extraño caso de estos dos niños, adquiría la certeza de que mi decimonono ciego sordomudo no estaba destinado a llevar en el futuro la vida solitaria de sus anteriores compañeros de infortunio. El doctor Dervaux, médico de la institución, a quien consulté, fue de mi misma opinión. ¿No era mejor acaso, dejar obrar a la naturaleza con sus ardores, aspiraciones, apetitos y hasta sus deseos carnales? Ninguna ley divina prohibía a Jacques tener un fruto de su carne. El hombre no ha sido creado para vivir solo, a menos que Dios lo haya escogido, desde toda la eternidad, para asegurar la salvación de las almas. ¿No había sido la Providencia, con sabiduría infinita, quien había colocado a Solange en el camino de este incapacitado?

»Todas las semanas, la pequeña escribía a Jacques. Esas cartas, que yo leía atentamente, y que contestaba por mi alumno, todavía incapaz de hacerlo, se acumularon en un cajón de mi escritorio. Llegó el día en que pude entregárselas a Jacques, que las leyó ávidamente, una vez transcritas por mí al alfabeto Braille. Pero mi alumno no era el único que había progresado; Solange, convertida ya en una señorita, escribía con encantador estilo. Las lecciones que le había hecho impartir en París en un colegio especial, con el consentimiento de su madre, producían sus frutos.

»Al llegar a su mayoría de edad, Solange Duval poseería la sólida instrucción que le sería indispensable para ayudar con eficacia a Jacques. Porque ya era evidente que Jacques no podría vivir solo, y necesitaría constantemente a su lado una solícita compañía. Pensando en esto me había ocupado de hacerla preparar por sor Marie de la Miséricorde, que me escribía con toda regularidad haciéndome partícipe de los progresos alcanzados en París por su joven alumna.

»Había recomendado mucho a sor Marie que tratara de evitar que la joven, fina y sensible, pudiese sospechar que acariciábamos un extenso proyecto para el porvenir, y sobre todo, cuando a través de sus cartas habíamos descubierto el puro y creciente sentimiento que su corazón sentía por Jacques. Tanto sor Marie como yo considerábamos que sólo la Providencia se encargaría de apresurar las cosas, llegado el momento. Eran jóvenes todavía: convenía esperar a que llegasen a la mayoría de edad; Solange sería la primera, y cuando Jacques cumpliese los veintiún años la joven tendría ya veinticuatro. Eso no me disgustaba: era mejor que la compañera fuese la mayor. ¿No sería, acaso, la que manejaría el timón? Al leer y releer esas cartas que yo transcribía mediante el sistema Braille, descubrió Jacques el corazón de la joven que hacía tiempo le había enseñado a pedir sus platos preferidos y le había regalado a Flanelle. «¿Cuándo vendrá?», me preguntaba incansablemente. Cuando por boca de la señora Vauthier me enteré también de que no podía conservar con ella a la sirvienta Mélanie ni a su hija Solange, escribí a la señora Duval ofreciéndole trabajo en la institución; ella se ocuparía de la ropa, y su hija, que ya tenía veinte años y estaba muy bien preparada, reemplazaría a Jean Dony cerca de Jacques. Entusiasmada, la señora Duval aceptó. Un mes después mi alumno tenía a su lado, por fin, a la que esperaba hacía tanto tiempo y que no habría de abandonarlo. ¿Me equivoqué al proceder así? No lo creo.

—¿Considera entonces —preguntó el Presidente Legris— que Solange Duval era la compañera ideal de un muchacho agobiado por su triple mal?

—Era la única compañera posible. Pero… ¿por qué hablar en tiempo pasado? Solange Vauthier sigue siendo la compañera ideal para su marido.

—Sólo él podría decirlo… —declaró el fiscal Berthier—. Desgraciadamente, la actitud adoptada por el acusado frente a su mujer desde el momento del crimen parecería demostrarnos, por así decirlo, que Solange Vauthier no goza de toda la confianza de su esposo.

—La defensa no reconoce ningún derecho al ministerio público para hacer esa

observación, que carece de fundamento preciso —exclamó Victor Deliot—. Hasta que se pueda probar lo contrario, afirmamos que en el matrimonio Vauthier no ha cesado de reinar la armonía.

—Y entonces —preguntó el fiscal—, ¿cómo explica la defensa que su cliente se haya negado obstinadamente a recibir la visita de su mujer desde su encarcelación?

—El acusado no ha querido ver a nadie: ni a su madre ni a su mujer. Podría ser, tal vez, una prueba de dignidad y valentía —contestó Victor Deliot.

—Temo, señores —recalcó el Presidente—, que nos estamos alejando de la cuestión. ¿Podría decirnos el señor Rodelec en qué fecha y bajo qué circunstancias se decidió el casamiento?

—Cuando mi alumno tuvo veintidós años y Solange Duval veinticinco, Jacques no podía vivir sin Solange, que lo había ayudado a terminar sus estudios literarios y había acumulado los documentos que le permitieron escribir *El Solitario*. Después de publicarse esta obra, Jacques fue célebre de la noche a la mañana; la prensa se interesó por su caso y, de rebote, en nuestra institución. Hasta Norteamérica, con su proverbial generosidad, quiso conocer al extraño autor del libro. Pero no estaba en mis medios el acompañarlo a los Estados Unidos durante la gira de conferencias que debía realizar; tareas urgentes reclamaban mi presencia en Sanac. Sabía, sin embargo, que esta gira de conferencias ofrecidas por mi alumno revelaría toda nuestra obra al gran público, nos procuraría tal vez los subsidios que necesitábamos e impondría también el método francés, muy poco conocido, sobre la educación de los ciego sordomudos de nacimiento. Debo agregar que un representante del ministerio nacional de Educación realizó especialmente el viaje de París a Sanac para asegurarme que el gobierno vería con muy buenos ojos esta gira de conferencias a los Estados Unidos, y que apoyaría ese viaje. ¿Tenía derecho a no aceptar? Además, Jacques tenía deseos de ir. Un solo punto lo atormentaba: separarse de Solange, a menos que… Él mismo me confió el deseo ardiente de casarse con ella. Le aconsejé que reflexionara. Me contestó que había tenido bastante tiempo de hacerlo desde los cinco años. No tuve más remedio que inclinarme y acepté, por pedido expreso, ser su mensajero ante la que él deseaba como compañera.

—¿Cuál fue la primera reacción de Solange Duval? —preguntó el Presidente.

—La vi trastornada de alegría, y un poco inquieta también. La tranquilicé haciéndole notar que ella y Jacques se amaban desde la tierna infancia. Tres meses después, el primer enlace de un ciego sordomudo de nacimiento tuvo lugar en nuestra capilla: fue para la comunidad la más hermosa ceremonia del mundo. Vimos a Jacques, al «querido», al «pequeño Jacques» que habíamos recogido hacía doce años en un estado casi bestial, salir de la capilla alegre, radiante, del brazo de aquella que, en lo sucesivo, le acompañaría en la vida ofreciéndole el socorro de sus ojos luminosos, de sus delicados oídos, de su voz armoniosa y también, ¿por qué no decirlo?, de sus brazos de mujer, que sabrían, alternativamente, protegerlo contra las dificultades de la vida y prodigarle las caricias de las que había estado privado hasta

ese momento…

—¿La nueva pareja abandonó en seguida la institución? —preguntó el Presidente.

—Esa misma noche, y realizó el viaje de bodas a Lourdes para cumplir la promesa que había hecho Jacques a la Virgen, si Solange lo aceptaba. ¿No era algo milagroso ese casamiento?

—Después del casamiento, ¿cuántas veces volvió usted a ver a Jacques y a su mujer?

—Una sola vez, al regreso del viaje de bodas. Pasaron por Sanac antes de llegar a El Havre, donde debían embarcarse.

—¿Parecían muy felices?

Ivon Rodelec tuvo un momento de vacilación que no escapó a Victor Deliot, antes de responder:

—Sí… Evidentemente, la joven señora me confió algunas dificultades de orden íntimo que sería necesario superar… Le aconsejé paciencia, asegurándole que una unión durable demanda tiempo para afirmarse. Un mes después, tuve la satisfacción de recibir una larga carta de Nueva York en la que Solange me daba la razón, diciéndome que era muy dichosa.

—¿El testigo conserva esa carta? —preguntó el fiscal Berthier.

—Creo tenerla en Sanac —respondió Ivon Rodelec.

—En suma —dijo el Presidente—, después de cinco años ¿es la primera vez que ve a su alumno?

—Sí, señor Presidente.

—Ahora puede volverse y observarlo atentamente —continuó el Presidente—. ¿Ha cambiado desde la última vez que lo vio?

El anciano hizo un esfuerzo para realizar el movimiento que el tribunal le pedía. Después de haber observado larga y detenidamente al acusado, sentado en su asiento entre dos gendarmes, respondió con voz ronca:

—Sí, señor Presidente… Ha cambiado mucho…

Hubo un momento de estupor.

—¿Qué quiere decir?

Ivon Rodelec no respondió en seguida, sino que abandonó el estrado de los testigos aproximándose al lugar de la defensa, donde el intérprete, de pie, transmitía sobre las manos del acusado las menores palabras pronunciadas en el recinto. Situándose frente a Jacques, su maestro volvió la cabeza para preguntar al Presidente:

—¿El tribunal me autoriza para que yo le haga, sin intermediario, una sola pregunta a mi alumno?

—El tribunal accede, señor Rodelec, con la condición de que pronuncie en voz alta esa pregunta antes de formulársela al acusado, en alfabeto dactilológico.

—Mi pregunta será: «Jacques, niño mío, dime, ¿por qué no quieres defenderte?».

—Puede hacer esa pregunta —declaró el Presidente.

Los dedos del anciano tocaron las falanges del enfermo, que se estremeció a su

contacto.

—¿Responde? —preguntó el Presidente.

—No. Llora… —respondió simplemente Ivon Rodelec, volviendo al estrado.

Por vez primera, los jurados vieron correr las lágrimas sobre su cara, cuya inmovilidad impasible se desvaneció bruscamente, dejando paso a una expresión de dolor atroz.

—El Tribunal lo autoriza a formular otras preguntas al acusado, señor Rodelec… —dijo el Presidente, que comprendió, como el resto del público, que ese anciano de sotana era el primero cuya presencia y declaración habían conseguido llegar al corazón de Vauthier.

—Todos mis esfuerzos serán inútiles —respondió con tristeza el director de la Institución de Sanac—. Jacques callará… ¡Lo conozco bien! No crean que es por orgullo… Sospecho, sobre todo, que tiene algo que ocultar, y no lo sabremos nunca.

—¿El testigo quiere dar a entender que él también considera culpable al acusado? —preguntó el fiscal.

Ivon Rodelec no respondió. La inquietud invadía al público. Victor Deliot se había levantado del banco de la defensa:

—Si el señor Rodelec no responde, señor fiscal, es solamente porque busca la profunda causa que, desde el drama en el *De Grasse*, ha provocado la incomprensible actitud de Jacques Vauthier.

—La defensa me permitirá hacer notar —arguyó Berthier— que el ministerio público encuentra, por lo contrario, que su actitud ha sido siempre la misma, a partir del momento del crimen en el *De Grasse*. Un crimen del que se ha reconocido formalmente autor varias veces, sin buscar ningún atenuante o disculpa. ¿Qué piensa su antiguo maestro?

La voz de Ivon Rodelec se hizo oír de nuevo con una vehemencia desconocida.

—Pienso que Jacques Vauthier sufre en este momento el calvario de un hombre que se acusa de una falta que no ha cometido, para salvar la cabeza del verdadero criminal, a quien debe conocer él solo… Y ya que el Tribunal me lo ha autorizado, voy a formular a Jacques una segunda pregunta, sin muchas esperanzas, por otra parte…

Nuevamente, se colocó frente al enfermo asiéndole las dos manos, y mientras sus largos y descarnados dedos corrían sobre las falanges inertes, traducía en alta voz para el Tribunal:

—¡Jacques!, respóndeme: ¿Quién es el asesino? Sé que lo sabes… ¡Estoy seguro! No eres tú, querido… Eres incapaz de cometer una acción semejante. No puedes ocultarme la verdad… a mí…, ¡a tu maestro! A mí, que te he dado el medio de comprender y hacerte entender… ¿Por qué no revelas el nombre del culpable? ¿Porque lo amas? Aunque así fuese, debieras revelar su nombre…, ¡tú, que has sido siempre tan amigo de la verdad!… Es tu deber; puesto que eres inocente, no tienes ningún derecho a hacerte condenar. ¿Por qué ese silencio? ¿Tienes miedo? ¿Miedo de

qué? Ah, Jacques… si supieras cuánto mal me haces en este momento…

Desanimado, el anciano volvió a su sitio en el estrado, repitiendo:

—¡No ha matado, señor Presidente! Debemos remover cielo y tierra para encontrar al verdadero culpable…

—Las afirmaciones del testigo son dignas de conmiseración —dijo secamente Berthier—. Desgraciadamente, el señor Rodelec olvida que no sólo el acusado ha confesado su crimen, sino que ha dejado en el lugar sus impresiones digitales.

—¡Aunque me mostrasen las pruebas más convincentes —respondió el anciano —, no creería en la culpabilidad de Jacques!

—El Tribunal sabe que usted es el hombre que conoce mejor al acusado —interrumpió el Presidente—. Ateniéndose a esa circunstancia, le pide responda a las preguntas siguientes. Con la mano en el corazón y desde el fondo de su conciencia, ¿considera que Vauthier es inocente?

—¡Con toda seguridad —respondió con ardor Ivon Rodelec— afirmo que es inocente!

—En ese caso, ¿podría decirnos algo sobre la personalidad del verdadero criminal?

—¿Cómo podría? Me enteré de la muerte del joven norteamericano, como todo el mundo, por los periódicos…

—Pese al obstinado silencio y a sus negativas frente a los interrogatorios, ¿considera que el acusado goza de todas sus facultades mentales?

—¡Estoy seguro! Sólo un secreto, impenetrable para todos, lo obliga a callarse.

—Esa inteligencia que usted ha cultivado durante tantos años ¿es realmente excepcional?

—Jacques tiene uno de los cerebros mejor organizados que he encontrado en el curso de mi larga existencia.

—La conclusión, entonces, es muy simple: todo acto realizado por Jacques Vauthier es hijo de su voluntad… Quinta pregunta: ¿Qué piensa de su novela *El Solitario*?

—Tengo la misma opinión favorable que quienes la han leído imparcialmente.

—¿La escribió solo, o en colaboración?

—Jacques escribió todo su libro en Braille y completamente solo. Mi tarea se limitó a transcribirlo escrupulosamente a la escritura ordinaria.

—¿Cree que esta obra refleja los sentimientos reales del autor?

—Creo que sí… y ésa es una de las razones por las cuales no puedo admitir que un hombre que ha escrito páginas tan sublimes sobre la caridad haya podido tener la idea, al mismo tiempo, de perjudicar al prójimo.

—Entre esas páginas que el testigo califica como «sublimes» —hizo notar el abogado de la acusación—, se encuentran algunas, dedicadas a la propia familia del autor, cuyo tono y contenido pueden parecer sospechosos al común de los lectores.

—Siempre lo he deplorado —aclaró Ivon Rodelec—. Pero todas las tentativas

que hice ante Jacques, para convencerlo de que suprimiese ciertos pasajes de su obra, no dieron ningún resultado. El joven autor me respondía invariablemente: «Escribo y escribiré siempre lo que pienso; de otra forma, no sería sincero conmigo mismo…».

—Muchas gracias, señor Rodelec… y antes de abandonar esta sala de audiencia, el Tribunal reconoce la eficacia de la generosa obra que usted y sus colaboradores cumplen calladamente en la Institución de Sanac.

—Señor Presidente —respondió con apagada voz el anciano—, hubiera preferido no recibir nunca estas felicitaciones en semejante ocasión y tales circunstancias.

Ivon Rodelec se dirigió hacia la salida con la cabeza gacha y la espalda encorvada. No se percató del efecto que su declaración, medida y tranquila, conmovedora por su sinceridad, acababa de producir sobre el jurado, el Tribunal y el público en general.

Nuevos sentimientos embargaron el ánimo de Danielle y de la mayoría de las personas presentes. El buen sentido y la nobleza del director de la institución de Sanac proyectaron, sin premeditación, una nueva luz sobre la personalidad, hasta ese momento bastante oscura, del acusado. El punto culminante de la larga intervención de Ivon Rodelec fue el instante en que, colocando sus dedos sobre las falanges del enfermo, había hecho brotar las lágrimas de sus apagados ojos. ¿No revelaba súbitamente que aquel ser, al que todo el mundo consideraba como una bestia, era capaz de conmoverse? El velo se descorrió de golpe, y Danielle, como tantos otros, pensaba que el hombre fuerte que es capaz de llorar tiene buen corazón. Ante los ojos de la joven, esta observación atenuaba en parte el aspecto brutal de aquella máscara en la que, en adelante, se afirmarían los rasgos humanos. Estaba persuadida de que Vauthier, al llorar, había parecido casi hermoso. ¿Habría sido sólo una ilusión? Sin embargo, estaba segura de haber notado, en ese momento, una expresión de alegría en los rudos rasgos, impasibles hasta entonces. Había experimentado la sensación de que el incapacitado veía y entendía mejor que un ser normal, en tal modo su cara se abrió de golpe al mundo exterior.

Por otra parte, fue sólo una chispa fugaz, rápidamente apagada por voluntad de Vauthier, que recobró su máscara de bestialidad amorfa. Observándolo ahora nuevamente, Danielle se preguntaba si no habría sido juguete, junto con el resto del público, de una alucinación colectiva… Pero no, la bestia había llorado…

***

—Doctor Dervaux —preguntó el Presidente Legris, después del interrogatorio formal—, sabemos que, además de atender a una clientela numerosa en Limoges, cumple funciones de médico titular en la Institución de Sanac, adonde concurre tres veces por semana para vigilar la salud de los alumnos. ¿Ha sido usted el encargado de atender a Jacques Vauthier cuando lo ha necesitado?

—Así es. Pero debo aclarar ante el Tribunal que, dada su constitución física

excepcional, Jacques Vauthier nunca estuvo enfermo. Al día siguiente de llegar a Sanac, lo examiné minuciosamente en la enfermería, en presencia del señor Rodelec. El estado de salud del niño era normal. Y a partir de entonces creció extraordinariamente. El señor Rodelec pudo también llevar adelante su educación sin temor a accidentes, cosa que logró a la perfección.

—¿Considera el testigo que la educación impartida por el señor Rodelec a Jacques Vauthier ha tenido éxito? —preguntó con ironía el abogado acusador.

—¡Sería proceder de muy mala fe el no reconocerlo! Y en ese sentido soy muy imparcial, ya que, a la inversa de los hermanos de Saint-Gabriel, no he creído nunca en el milagro, pero sí en la ciencia. El señor Rodelec ha podido arrancar progresivamente a Jacques Vauthier de su estado de inferioridad física supliendo la deficiencia absoluta de algunos de sus sentidos por el desarrollo intensivo de los que le restaban y funcionaban normalmente. A diferencia del señor Rodelec, he creído siempre que la bondad podía muy bien existir sin que fuese necesario marcarla con una etiqueta religiosa. Y así, algunos días después de la llegada de Jacques Vauthier, aprovechando que el señor Rodelec me confió que encontraba muy inteligente a su nuevo alumno, tuve con él una breve conversación al respecto. Le dije más o menos así: «¿Por qué no ensaya educar a este niño sin atiborrarle la cabeza de Evangelios? Aténgase al sistema de *dejar hacer*, un poco a la manera del *Emilio* de Jean-Jacques Rousseau».

»El señor Rodelec me contestó que si yo me ocupaba del cuerpo de Jacques Vauthier, él se ocuparía de su alma. «Juntos conseguiremos algo», concluyó. Pues bien, persisto en creer, a pesar de las apariencias actuales que se confabulan contra nosotros, que tanto el señor Rodelec como yo hemos realizado un buen trabajo con Jacques Vauthier.

—En suma, si el Tribunal ha comprendido bien —interrumpió el fiscal—, el testigo desea compartir con el señor Rodelec la responsabilidad de la educación de Jacques Vauthier, que lo ha conducido directamente al crimen.

—Es para mí un honor —respondió con firmeza el doctor Dervaux— el haber colaborado, durante años, con un hombre del temple de Ivon Rodelec tratando de mejorar la suerte de esos desgraciados niños. Protesto enérgicamente contra la afirmación que propende a hacer creer que el crimen del que se acusa, con razón o sin ella, a uno de aquellos niños, es el resultado de la educación que ha recibido en Sanac. ¡Es insensato! Señores, es necesario que crean que si estas pequeñas bestias no hubieran sido recogidas y educadas por Ivon Rodelec, se convertirían en un azote, peligroso y terrible para la sociedad, a medida que sus apetitos y deseos se desarrollaran en el caos de su vida animal. ¡El mundo entero debería enaltecer a personas como Ivon Rodelec! Y afirmo que si existe sobre la tierra una escuela opuesta al crimen, ésa es la Institución de Sanac, donde la primera regla es enseñar a los niños el amor al prójimo.

—El Tribunal —declaró el Presidente— ha rendido hace un momento un

homenaje público al señor Rodelec, demostrándole que ni por un solo instante se ha puesto en duda la eficacia de su enseñanza. Puesto que usted es el médico titular de la institución, ¿puede decirnos, doctor, a qué atribuye ciertos incontrolados reflejos de Jacques Vauthier, como su tentativa de suicidio después de la primera visita de su madre?

—Ese incidente me dejó largo tiempo perplejo. Después de muchas conversaciones, el señor Rodelec y yo estuvimos de acuerdo sobre un punto preciso: esa desatinada huida del niño ante la presencia de su madre demostraba que su repulsión ,porque lo es, sin duda alguna, data de los primeros años de su vida. Después de algunos meses de permanencia en Sanac, la admirable paciencia de Ivon Rodelec se había propuesto modificar esos sentimientos. Desgraciadamente, en su deseo de hacer el bien, el maestro cometió, tal vez, el error de idealizar demasiado la imagen de la madre en la afiebrada conciencia de Jacques… Cuando el niño entró en el locutorio, donde, por fin, tomaría contacto con la madre maravillosa que imaginaba, corría hacia un ser ideal. Pero cuando estuvo cerca de la señora Vauthier y pudo aspirar su olor, parece que su rostro cambió bruscamente de expresión. Su memoria acababa de recordarle, en un segundo, que esa presencia era la que él odiaba y, al mismo tiempo, su inteligencia le hizo comprender que esa mujer aborrecida se identificaba con el concepto ideal de madre que el señor Rodelec, con trabajo, había logrado plantar en su corazón. Se trastornó.

»Aquella misma tarde Ivon Rodelec me confiaba: «¡Es terrible, doctor! Este niño está convencido de que lo he engañado inculcándole la noción del ideal de alguien que no lo era para él. Si su tierno cerebro persiste en la duda que tiene ahora a mi respecto, no podré ya obtener nada, se obstinará. Usted sabe tan bien como yo que no se debe burlar nunca la confianza de un niño normal, ¡con más razón la de un enfermo! La base esencial en que radica mi método es la absoluta confianza del alumno hacia su maestro. El problema es grave. Es necesario que usted me ayude, doctor».

Le respondí que, ya que estaba persuadido de que Jacques no querría nunca a su madre, lo mejor era encontrar inmediatamente un derivado poderoso. Para ello era necesario crear otro cariño que reemplazara, en el corazón de Jacques, al de la madre. El señor Rodelec me había había hablado a menudo de la pequeña Solange, y de las cartas que, semanalmente, le enviaba a Jacques. Según Ivon Rodelec, Solange Duval resumía todo: la madre y quizá, después, la compañera… Me recordó que al día siguiente de la llegada del nuevo alumno yo le había aconsejado no atiborrarlo de Evangelios y me confesó, con gran modestia, que después de haber reflexionado mucho sobre ese problema había decidido seguir un poco mis consejos; que quería hacer de Jacques un hombre en todo el sentido de la palabra y que contaba conmigo para lograrlo. Me sentía tan dichoso al ver a ese santo hombre tomar una decisión tan en armonía con las leyes naturales, que le prometí ayudarlo con todo mi saber. A mi vez, me incliné, con intensa curiosidad, sobre el muchacho que para el señor Rodelec

y para mí constituía un motivo de experiencia espiritual y física. Mientras su maestro le inculcaba todas las nociones esenciales, yo vigilaba atentamente su desarrollo físico.

»Pronto pude comprobar que el instinto sexual tendría un papel preponderante en su vida. Jacques no podría prescindir de la mujer. Hice partícipe de mis observaciones al señor Rodelec. Sabíamos que la jovencita no pensaba más que en Jacques; ¿por qué no sucedería lo mismo con el muchacho? Para él, era todavía un deseo inexpresado. Jacques sabía, por una explicación rudimentaria, que estamos obligados a explicar a todos los alumnos sordomudos o ciegos, alrededor de los catorce años, qué son la mujer y el acto de la procreación, pero el problema era mucho más delicado con este niño víctima de una triple enfermedad. La piadosa serenidad del señor Rodelec le hacía creer a este excelente educador que la atracción de estos dos seres y su unión se encauzarían por voluntad de la Divina Providencia. Desgraciadamente, yo estaba mejor situado para saber que la torpeza de un hombre en su primer contacto con una joven virgen puede estropear irremediablemente una unión, y era de esperar que Jacques, empobrecido por su triple mal congénito, cometiera muchas torpezas. Mucho tiempo estuve inquieto pensando que Solange, la única compañera posible para Jacques, tuviera que desempeñar el odioso papel de sujeto de experiencia. Su juventud, su pudor… ¿no sufrirían atrozmente? Esa herida ¿podría cerrarse? ¿No nacería, después del contacto físico, un sentimiento de repulsión hacia el enfermo, que, poco a poco, podría transformarse en odio? ¿El sentimiento de ternura sería suficientemente fuerte para contrabalancear al otro?

»¿Qué hacer? La única solución, aunque pareciese chocante, hubiera sido hacer conocer a Jacques otras mujeres antes que a Solange… Pero también allí se alzaba un obstáculo. Aún pasando por alto los conceptos de moral cristiana, ¿no sería desarrollar un juego peligroso? ¿No sería proporcionarle a Jacques el gusto de la mujer sin que éste estuviese encarnado por una sola mujer: Solange, la compañera indispensable? ¿No sería preferible asegurar en el corazón del incapacitado la idea de que únicamente Solange sería capaz de satisfacer sus deseos carnales? Esto ofrecía la ventaja de acercarlo a la única mujer que se había mostrado ansiosa de ocuparse de él con ternura y devoción. La presencia continua de Solange sería para Jacques una garantía de felicidad, y esto era lo que importaba. Además, Ivon Rodelec sólo podía atenerse a lo que dicta la moral cristiana.

»Recordaré siempre la llegada de la joven a Sanac. La entrevista tuvo lugar en nuestra presencia, en el locutorio. Cuando Solange penetró, se detuvo como petrificada al ver a Jacques, a quien había conocido niño y que se presentaba ahora bajo su nuevo aspecto de hombre. La joven era toda palidez y candor. Jacques fue quien dio los primeros pasos: avanzó hacia ella lentamente como atraído por una fuerza misteriosa. Cuando estuvo cerca, se detuvo para respirar profundamente; me confió después que en ese momento inolvidable de su vida volvió a encontrar «el olor de Solange», el olor que tanto había amado antes, cuando vivía en aquel cuartito del

piso Parísiense, el olor que contrastaba con el detestado de su madre. Y ¡qué diferencia en la acogida! En lugar de huir extendió las manos y comenzó a rozar con dulzura los contornos de la cara ya amada… Solange, inmóvil como una estatua, no se atrevía a respirar durante este examen. De pronto, las manos del incapacitado apresaron las de la joven: los rudos dedos del muchacho corrieron ansiosamente sobre las diáfanas falanges. Le hablaron con una volubilidad digital prodigiosa para decirle directamente, por fin, todo lo que Jacques había guardado durante años en su corazón.

Fueron sus primeras palabras de amor. Ivon Rodelec y yo no las supimos nunca. Sin embargo, el contacto estaba establecido para toda la vida.

»La presencia incesante de la joven cerca de Jacques, durante cinco años, me obligaba a iniciar al muchacho en los problemas fisiológicos que lo atormentaban. Aunque la expresión pueda parecer un poco cruda —pido perdón por anticipado—, resume, sin embargo, el estado físico en que se encontraba en ese entonces el enfermo: «sentía» instintivamente a la mujer próxima a él; era necesario hacérsela conocer completamente, para evitar que su curiosidad insatisfecha se transformase en morbosidad.

»Ivon Rodelec me dejó actuar solo, pues deseaba limitar su papel educativo únicamente a las esferas intelectuales y morales. Nadie podía desempeñar mejor estas tareas que un médico, pero habrían sido ingratas y difíciles si no hubiese encontrado en Solange la más eficaz y comprensiva de las colaboradoras. Aceptó ayudarme para enseñar a Jacques la anatomía de un cuerpo de mujer, como se realiza corrientemente en una Facultad de Medicina. Prefirió ser ella, antes que otra cualquiera, quien permitiese a Jacques descubrir el misterio de la mujer. Cuando Solange se desvistió, me aproximé a Jacques, cuyas manos tomé para hacerle palpar una garganta de mujer, senos de mujer, caderas de mujer. Le expliqué todo. Su cara se iluminó cuando comprendió el acto sublime de la alimentación maternal. Cuando le describí el acto de amor, que implica el acoplamiento de dos seres, pareció encontrarlo normal. Era lo que yo quería. Esta extraña lección de historia natural tuvo algo de bíblica. Experimentaba la sensación de iniciar a un nuevo Adán, puro y casto, en el conocimiento de una Eva eterna. El incapacitado se había estremecido. En lo sucesivo, sus deseos carnales iban a cristalizarse en Solange, como lo deseaba Ivon Rodelec. Insensiblemente, los bajos instintos de Jacques se transformaron en imperiosa necesidad de crear, él también, la vida con la compañera ideal que había sido colocada en su camino.

»Pasaron algunos días en los que lo noté más y más obsesionado, torturado… Tenía necesidad de conocer ya a la mujer. Yo esperaba con ansiedad el momento en que viniese a buscarme, por propia iniciativa, para declararme, por fin, que amaba ardientemente a Solange. Cuando esto se produjo, avisé en seguida a Ivon Rodelec. Jacques tenía veintidós años y Solange, veinticinco; no existían obstáculos entre ellos. Tres meses después, Solange Duval se convertía en la señora de Jacques

Vauthier.

—¿Piensa sinceramente, doctor —preguntó el Presidente—, que este casamiento ha tenido éxito?

—Habría sido mayor si hubiesen tenido un hijo.

—¿Existía algún inconveniente? —preguntó el fiscal.

—Ninguno. Los dos esposos están bien constituídos y si hubiesen tenido algún niño, en estos cinco años, habría sido perfectamente normal. La ceguera, la mudez y la sordera no son hereditarias. El mejor deseo que puedo tener para Jacques y Solange es que, una vez terminada esta triste historia, tengan un hijo que selle definitivamente su unión.

—Ese deseo, doctor —dijo el Presidente—, ¿deja suponer que considera inocente al acusado?

—Estoy convencido de ello, señor Presidente. Cuando leí en los periódicos los detalles del crimen cometido a bordo del *De Grasse*, busqué obstinadamente el móvil que podía haber impulsado a Jacques Vauthier a cometerlo, y no lo he encontrado, aunque… ¡tal vez, sí! Yo, que conozco a Jacques desde hace años, y a fondo, he encontrado un posible móvil, pero me ha parecido tan inconcebible que no tardé en…

—Diga todo lo que piensa, doctor —susurró Victor Deliot desde su sitio.

—Bueno. Jacques amaba demasiado a su mujer para permitir que alguien le faltase el respeto… No quiero manosear aquí la memoria de la víctima, y más cuando ignoro todo lo concerniente a ese joven norteamericano. Pero la fuerza determinada por los apetitos carnales de Jacques Vauthier y concentrada sobre una única criatura, *su mujer*, hubiera podido desencadenar el irreprimible deseo de suprimir no a un rival (no se puede hablar ni un minuto de rival con una compañera de una moralidad intachable como Solange), sino a un simple desconocido que, sin reflexionar y nada más que porque era un hombre puesto frente a una mujer hermosa, hubiese tentado suerte. La fuerza de Jacques Vauthier es hercúlea: podría matar casi sin proponérselo. Ésta seria la única explicación plausible de sus repetidas confesiones y de su actitud, materializada en lamentables impresiones…

—La deducción del señor doctor Dervaux que es, sin embargo, un testigo citado por la defensa —declaró con entusiasmo el abogado de la acusación—, es digna de llamar la atención de los señores jurados por su buen sentido. ¿No nos encontraremos, en efecto, ante el verdadero móvil del crimen que el acusado no quiere confesar?

—¡No, señor abogado! —exclamó Victor Deliot—. En su deseo de hacer el bien y encontrar una excusa admisible para la actitud homicida que se le reprocha a Jacques Vauthier, el testigo acaba de cometer un error. Admitiéndose como posible que el acusado haya cometido realmente el crimen, a la defensa le cabe el derecho de pensar que Jacques Vauthier tuvo, en efecto, una razón imperiosa para matar a John Bell, y ya se encargará de probarlo cuando llegue el momento. La verdad es que Jacques Vauthier no realizó su proyecto.

—¿Qué quiere decir, doctor Deliot? —preguntó el Presidente.

—Simplemente, señor Presidente, que Jacques Vauthier no ha cometido el crimen que se le atribuye.

Hubo un momento de estupor en el recinto, seguido de ruidosas protestas.

—¿Está usted seguro? —exclamó el doctor Goirin—. ¿Y qué hace, querido colega, con las huellas digitales y las declaraciones del acusado?

—¡Oh, Dios mío! Las huellas son, sin lugar a dudas, las de Jacques Vauthier, pero… es ahora cuando reclamo, a mi vez, toda la atención del Tribunal: me parece que el sumario criminal no ha sido conducido con la sutilidad que exigía un asesinato tan extraño… Ya nos encargaremos también de demostrarlo, llegado el momento… En cuanto a sus declaraciones, la repetición y, digamos, la palabra no es muy fuerte, la «complacencia» de la que ha dado pruebas Jacques Vauthier desde el momento mismo del crimen, reconociendo su felonía, nos hace pensar. Y a pesar de todas las pruebas en contra, no desesperamos de inducir a nuestro cliente a hacer, en este recinto, una franca retractación antes de finalizar los debates. Ésta se producirá, además, y estamos convencidos hace ya tiempo, colocando a Jacques Vauthier en presencia de tales pruebas convincentes de su no culpabilidad, que no podrá persistir en eso que podríamos llamar una admirable mentira…

—¿Usted quiere darnos a entender —preguntó el Presidente— que el acusado no ha dicho la verdad en los diferentes interrogatorios a que se le ha sometido desde hace seis meses?

—¡Ha mentido, señor Presidente!… Mi cliente ha mentido a los oficiales del *De Grasse*, a los inspectores de policía, a los médicos, al juez de instrucción, a su propia mujer y a mí mismo, a quien corresponde la tarea de salvarlo, pese a él. ¡Jacques Vauthier ha mentido a todo el mundo!

—Pero ¿con qué intención? —preguntó el fiscal.

—¡Ah, ahí está la clave del misterio! —respondió Victor Deliot—. Cuando sepamos la exacta razón por la que mi cliente se ha acusado de un asesinato que no cometió para salvar la cabeza del verdadero asesino, que, actualmente, sólo él conoce, como lo ha dado a entender el señor Rodelec en su interesante declaración…, ¡entonces no estaremos lejos de descubrir al verdadero asesino!

—El ministerio público —ironizó el fiscal— tiene derecho a temer que el llamado «verdadero» criminal no se revele nunca a la justicia, por la excelente razón de que no existe. Hay un solo criminal, señores del Jurado: real, de carne y hueso, y que no pertenece al reino de la quimera… ¡El hombre que está frente a ustedes: Jacques Vauthier!

—¡La defensa no permite al ministerio público tratar a su cliente con tan infamante calificativo antes de que haya llegado la hora de las conclusiones! —exclamó con impaciencia Victor Deliot.

—¡Ni el ministerio público ni los señores jurados se dejarán influir por las bravatas de la defensa! —respondió el abogado acusador, en el mismo tono—. No

está de más recordar ahora que aquí se juzga sobre los hechos. Si la defensa persiste en continuar por ese camino, lo conminaremos a que nos haga conocer a ese famoso y desconocido criminal, y seremos los primeros en pedir la absolución de Jacques Vauthier. Estamos tan deseosos de justicia como la defensa, y nuestra tarea es hacer triunfar el derecho… Pero lo que sabemos con exactitud es que hay un solo criminal posible en este doloroso asunto.

—Se cierra el debate —interrumpió el Presidente, antes de decir al doctor Dervaux—. ¿Tiene otras declaraciones que hacer?

—Sí, señor Presidente… Temo que las palabras que hace un momento he dejado escapar inadvertidamente, y que han dado origen a esta discusión, puedan inducir a error al Tribunal. He sugerido una hipótesis que explicaría el móvil del crimen, pero esta explicación no me ha satisfecho plenamente, ya que durante los doce años que Jacques ha pasado en Sanac he tenido el privilegio de conocer mejor que nadie su verdadera mentalidad. A pesar de todas las apariencias que conspiran en su contra, Jacques Vauthier no pudo ni podrá matar, porque todo el equipaje moral que Ivon Rodelec ha almacenado en su cerebro y en su corazón es de una calidad tal, que quien tiene la fortuna de poseerlo sólo puede consagrarse al bien. Jacques Vauthier partió para Norteamérica con el deseo de hacer conocer los progresos alcanzados en la educación de los desheredados como él. ¡Es inconcebible que, partiendo con un fin tan noble, regrese con las manos manchadas de sangre!

—El Tribunal le da las gracias, doctor. Puede retirarse…

La declaración que acababa de escucharse aclaraba un punto delicado que Danielle había ignorado hasta ese momento: el problema de las relaciones físicas entre el enfermo y la que había aceptado ser su compañera. Danielle se había estremecido ante la idea de que una mujer joven y bella, como debió ser Solange según la descripción de muchos testigos, hubiese podido entregarse a las caricias de una bestia; pero ciertas palabras pronunciadas por Ivon Rodelec y el doctor Dervaux, las dos personas que conocían mejor a Jacques Vauthier, la dejaban ahora pensativa. No se podía dudar del inmenso amor que el incapacitado profesaba a Solange; después de todo, pocas tienen la suerte de ser amadas como esa dichosa Solange Duval… ¿Cuántas débiles mujeres eran capaces de vanagloriarse de haber podido avasallar a tal punto a un hombre tan fuerte? Danielle terminó por pensar que esa Solange no debió ser tan desgraciada cerca de «su bestia», como la mayoría de las personas parecía creerlo… Cuanto más observaba a Vauthier, más se convencía Danielle de que debía ser maravillosa la sensación de sentirse abrazada por ese coloso… Y, ante todo, Vauthier sobrepujaba a un ser bestial común, porque poseía también una inteligencia excepcional. Su corazón era capaz de emocionarse; lo demostró en plena audiencia. Pero aún suponiendo que no fuese más que una bestia, ¿no será eso un atractivo mayor, en el amor? En el fondo, como muchas de las mujeres y jovencitas que seguían con pasión los debates, Danielle terminó por sentirse atraída hacia ese ser brutal y silencioso, casi sin darse cuenta y contra su

voluntad. Ansiaba ver de una vez a esa Solange Duval, a la que testigos de calidad habían elogiado, cuando la gran mayoría la había tratado con menosprecio. De todas maneras, una mujer que provoca comentarios y juicios tan opuestos no puede ser una criatura cualquiera.

El testigo que avanzó hacia el estrado llevaba, como Ivon Rodelec, una sotana negra y el alzacuello azul. Pero Dominique Tirmont, hermano portero de la Institución Saint-Joseph de Sanac, era tan grueso y bajo como alto e imponente era Ivon Rodelec. La fisonomía jovial del recién llegado reflejaba una perpetua alegría.

—Señor Tirmont, ¿puede decir al Tribunal todo lo que sabe y piensa de Jacques Vauthier?

—¡El pobrecito! —exclamó el Hermano Dominique—. Pienso lo mejor, como de todos nuestros alumnos. Son tan buenos…

—¿Usted se ocupaba de Jacques Vauthier, cuando éste vivía en Sanac?

—Nuestro director era el que asumía, casi siempre, esta tarea; sin embargo, a menudo he conversado con el pobre niño por medio del alfabeto dactilológico. Y tanto a mí como a los otros miembros del cuerpo de profesores del Instituto nos sorprendió su notable inteligencia. Creo que comenzó a quererme, y mucho, cuando le confeccioné un vestido nuevo a Flanelle, su muñeca, la que me había traído a la portería para enseñarme, más o menos un año después de su llegada. Recuerdo muy bien la conversación que tuvimos ese día. Para excitarlo un poco, acababa de decirle: «Ni el vestido ni el cabello de Flanelle están a la moda, son demasiado largos». «¿De qué color tendría que ser su vestido nuevo?», me preguntó enseguida Jacques. Me sorprendió tanto que el niño ciego me hiciese preguntas sobre colores, que tuve un momento de duda antes de contestar: «rojo». «¿Y cómo te representas el rojo?», le pregunté. «Ese debe ser un color caliente», me respondió. «Tienes razón, querido Jacques. ¿El señor Rodelec ya te enseñó los colores del espectro solar?» «Sí, y también me ha explicado cómo está formado el arco iris». Lo extraordinario del caso de este querido muchacho era que en su respuesta no había trazas de charlatanería; procediendo por analogía se había formado una idea de los matices comparándolos con las variedades del sabor y del tacto. Por ejemplo, la diferencia que se manifestaba entre el olor de la naranja y de la pera, o del durazno y del damasco, le sugería la diferencia existente entre el blanco y el negro, o el rojo y el verde… Por deducción, se llegaba a dar cuenta de la degradación de los tonos y de la gama de los matices. No pensaba en un objeto sin adornarlo instintivamente con los elementos aromáticos del arco iris.

—¿El testigo puede decirnos si la idea fundamental de los colores era exacta en la mente de Jacques Vauthier? —preguntó Victor Deliot.

—No. Desgraciadamente noté una laguna que nunca podría llenarse, cuando a continuación me preguntó de qué color eran los ojos de Flanelle. Le contesté que eran azules, y los cabellos negros… El niño desaprobó vivamente: «¡No me gusta!

Flanelle sería más hermosa si sus ojos fueran amarillos y su cabellera azul». No respondí en seguida, considerando que en algunos cuadros de arte moderno se ven cosas peores. La mente de Jacques ¿se había forjado una paleta de pintor exclusiva, en la que el verde sería sinónimo de frescura, el rojo de fuerza y violencia, el blanco de candor y pureza? De todos modos, si los coloridos de su imaginación no correspondían exactamente a la realidad, tendría sólo una relativa importancia, ya que la verdad absoluta no existe en las regiones del prisma. ¿Cuántos videntes, muchos de los cuales padecen de daltonismo, llegan a ponerse de acuerdo con el matiz exacto de un color? ¿Y de cuántos pintores se ha oído decir que «coloreaban mejor que la naturaleza»? En fin, como dice el viejo refrán: ¡Sobre gustos no hay nada escrito!

—Estas consideraciones del testigo sobre el sentido de los colores que el acusado posee —declaró el fiscal— son, por cierto, muy interesantes, pero nos parecen fuera de lugar.

—¡No, señor abogado! —respondió Victor Deliot—. Si hemos dejado exponer al señor Tirmont la forma en que el acusado imagina los colores primarios es, únicamente, porque uno de esos colores, aunque al Tribunal le parezca imposible, ha desempeñado un papel decisivo en el asesinato que equivocadamente se le imputa hasta ahora a Jacques Vauthier.

—¡Decididamente, vamos de sorpresa en sorpresa con el doctor Deliot! —exclamó el abogado acusador—. Y si no temiese ofender la dignidad de este lugar diría que, gracias a las frases enigmáticas de la defensa, nos hundimos en plena novela policiaca.

—¿Quién dice lo contrario? —respondió el viejo abogado—. En toda historia policiaca hay un crimen cuyo autor no se descubre hasta las últimas páginas. Repito: el verdadero criminal del *De Grasse* será desenmascarado en el minuto final de estos debates.

—¿Por qué la defensa no nos revela enseguida su nombre, ya que parece conocerlo tan bien? —preguntó el doctor Berthier.

—La defensa en ningún momento ha dicho que conociera el nombre del asesino —respondió con serenidad Victor Deliot—. Sólo ha afirmado que su cliente no era el culpable, y que únicamente él debía conocerlo en estos momentos. La única dificultad, y el Tribunal reconocerá con la defensa que es bien grande, reside en la elección del medio o *shock* psicológico que decida a Jacques Vauthier a decirnos todo lo que sabe. La única afirmación que puede hacer la defensa es que tres personas, por lo menos, podrían haber tenido una razón de peso para matar a John Bell. Entre ellas, sin ninguna duda, se encuentra el acusado, pero éste no lo ha matado; ya lo demostraremos. Existe una segunda persona cuya actitud no es clara, pero tiene su coartada. Queda la tercera que, por razonamiento, es la autora del crimen… Desgraciadamente, la defensa no conoce todavía a esta tercera persona, si no, el proceso estaría ya terminado. En respuesta a la observación de la acusación, que pareció dudar de la veracidad de las declaraciones del Hermano Dominique Tirmont

sobre el sentido de los colores que poseía el acusado, llamamos la atención de los señores jurados sobre el hecho de que, para un individuo, los únicos colores que cuentan son los que ama, aunque sólo pueda imaginárselos, como en el caso de Jacques Vauthier. Y acaso, las conjeturas de un ciego sobre esta materia, ¿no podrían sobrepujar la belleza y riqueza del arco iris?

—Señor Tirmont —preguntó el Presidente, para cortar de raíz la nueva discusión entablada entre la defensa y el representante del ministerio público—, ¿considera usted capaz a Jacques Vauthier de cometer el crimen de que se lo acusa?

—¿Jacques?… —exclamó el Hermano Dominique—. ¡Pero si fue el interno más dulce que haya conocido nuestra Institución! Tenía instintivo horror al mal y a la crueldad. Nuestro viejo jardinero Valentín solía decirme, hablando de él: «¿Jacques Vauthier, un asesino? Pero si amaba tanto las flores…».

—El señor Landrú —observó el fiscal— adoraba sus rosales, que podaba con amor entre crimen y crimen…

—¿Ese Valentín —continuó el Presidente— utilizaba una cabaña, en el fondo del parque, para guardar las herramientas de jardinería?

El Hermano Dominique pareció asombrarse al escuchar semejante pregunta.

—En efecto… ¿El señor Presidente ha visitado Sanac alguna vez?

—No —respondió el Presidente Legris—. Pero no desespero de poder ir todavía… ¿Tienen de siempre esa cabaña?

—Sí, porque fue reconstruida después del incendio.

—¿Qué incendio?

—¡Oh!, un pequeño incendio sin consecuencias, en el que… Vaya, ¡qué curioso! …, en el que Solange Duval, convertida en esposa de Jacques Vauthier cinco años después, tuvo algo que ver…

—¿Puede relatarnos el episodio? —preguntó el Presidente.

—Si mal no recuerdo, el hermano Garrick y yo nos paseábamos por el parque una tarde de primavera, casi al caer la noche, cuando vimos las llamas que salían de la cabaña. Corrimos en seguida, convencidos de que había ardido por negligencia de Valentín. Pero con gran sorpresa vimos, delante de la cabaña que terminaba de quemarse, a Solange Duval y luego a Jean Dony, con las caras y la ropa ennegrecidas por el humo. Valentín no andaba por allí.

—Cuando corría en dirección a la cabaña, ¿se encontró con Jacques Vauthier, que se dirigía hacia el edificio central de la institución?

—No, señor Presidente…, pero su pregunta me trae a la memoria una curiosa confidencia que al día siguiente Jean Dony fue a hacerme a la portería. Llegó cuando yo estaba clasificando la correspondencia y me dijo: «¿Oyó la respuesta que Solange Duval le dio ayer al hermano Garrick cuando éste le preguntó qué había pasado?». «Sí, —le respondí—. ¿Por qué?» «Porque Solange mintió al decir que el incendio se debía sólo a una torpeza de su parte. No fue ella quien volcó la lámpara de petróleo. Jacques la tiró a propósito para prender fuego a la cabaña, y huyó después de

encerrarnos con llave a Solange y a mí» «¿Qué está diciendo?, le contesté a Jean Dony. ¡Su acusación es muy grave, y no tiene ningún derecho a calumniar a un compañero! Y, después de todo, Jacques no estaba allí…» «Estaba, hermano Dominique, pero tuvo tiempo de huir mientras yo hacía esfuerzos desesperados desde dentro, tratando de abrir la puerta. Si ésta no hubiese cedido en el último momento, habría encontrado usted dos cadáveres, el de Solange y el mío, completamente carbonizados. ¡Jacques trató de eliminarnos!» «¿Qué dice? ¿Está loco, Jean? ¿Por qué iba a cometer ese acto insensato?» «Porque está celoso», me respondió Jean Dony. «¡Se figura que Solange me ama a mí y no a él!».

»Estuve perplejo durante muchos días. ¿Debía dar fe a las murmuraciones de Jean Dony, que siempre había sido un interno modelo y nos abandonaría unas semanas después, o sería preferible ocultar a nuestro director esta extraña conversación? Estaba seguro de que el señor Rodelec, que conocía mi natural bastante conversador, me respondería: «Usted, con su larga lengua de hermano portero, se mezcla en cosas que no le interesan». Y el señor Rodelec hubiese tenido razón. Había una tercera solución: comenzar una pequeña pesquisa privada para averiguar cuál era la verdad. Aproveché una visita que hizo Jacques a la portería para decirle: «Mi pobre Jacques…, debió usted asustarse mucho cuando se enteró de que Solange y su gran amigo Jean habían estado a punto de perecer quemados vivos en la cabaña de Valentin». Jacques dijo simplemente: «No comprendo todavía qué ha pasado…, pero lo que sé muy bien es que Jean no es amigo». No pude obtener de él otra respuesta. Después traté de hacer hablar de nuevo a Jean Dony, pero éste, que lamentaba, tal vez, los juicios inconsiderados por él emitidos, trató de evitarme. Así que decidí olvidar todo lo dicho por Dony. ¿No procedí bien, ya que tuve la alegría de ver a este último venir expresamente a Sanac desde Albi, para tocar el órgano el día del casamiento de Jacques y Solange? Deduje que todo rencor había desaparecido.

—¿Qué opinión le merece Solange Duval? —preguntó el Presidente.

—La misma buena opinión que de ella tiene nuestro director.

—Después de la boda, ¿tuvo usted la impresión de que los jóvenes esposos eran felices?

—¿Si eran felices, señor Presidente? ¡Pero si la dicha iluminaba sus semblantes cuando salieron de la capilla unidos para toda la vida! Ese día, ¡todo el mundo era feliz! ¡Qué hermosa ceremonia! He visto y espero ver todavía muchas fiestas en Sanac, pero creo que ninguna igualará en alegría a ese casamiento, que fue el primero que se celebró en nuestra capilla del Instituto Saint-Joseph. Experimentamos todos la sensación de ser un poco los autores de esa felicidad.

—¿Volvió a ver después a los recién casados?

—Una sola vez, al regreso del viaje de bodas, antes de partir para los Estados Unidos.

—En esa ocasión ¿parecían ser tan dichosos como el día del casamiento?

—Me pareció que sí, y di gracias al Todopoderoso por haber permitido esa

dicha… Y creo que Dios no ha podido abandonar a Jacques después de haberlo ayudado tanto, convirtiéndolo en un hombre cabal. Tengo confianza, no en su clemencia, porque me niego a creer culpable a nuestro querido muchacho, sino en que lo ayudará para salir victorioso de esta nueva prueba…

—El Tribunal le da las gracias. Puede retirarse. Que pase el testigo siguiente…

La aparición de una mujer joven, rubia, de ojos azul turquesa, cuya pequeña estatura ofrecía un sorprendente contraste con el porte atlético de Vauthier, hizo sensación. Las miradas del público iban alternativamente de la frágil criatura de rostro adorable y suavemente sonrosado, que parecía avergonzada de encontrarse en semejante lugar, al coloso cuya lampiña cara permanecía inmutable. Solange se aproximó al estrado sin dirigir la mirada el acusado, deteniéndose frente al Presidente, como si temiese mirar a aquel en cuyo favor iba a declarar.

«¡Aquí está, por fin!, —pensó Danielle Gény—. ¡Es tal cual me la imaginaba!». Los más entusiastas testigos no habían exagerado su belleza: Solange era una hermosa mujer. La futura abogada se sentía un poco celosa. Era estúpido, pero no podía evitarlo. ¿Llegaría hasta imaginar que Jacques —así llamaba ahora a la «bestia» de ayer— las observaba a las dos, a Solange y a ella, comparándolas? El triple mal ya influía mucho menos. En los cándidos rasgos de Solange buscaba los estigmas del egoísmo: «Ah, sí… ¿Acaso se había preocupado del pobre enfermo desde que estaba encarcelado?». Danielle conocía este detalle por boca de Victor Deliot, y constituía el cargo mayor que podía hacerle a la pobre mujer.

—Señora Vauthier —dijo con suavidad el Presidente Legris—, el Tribunal ya está enterado de que usted conocía a Jacques Vauthier mucho tiempo antes de casarse con él, cuando todavía eran niños.

La joven, sin precipitación, evocó las impresiones que había experimentado en aquella época, su piedad por el niño, la indignación contra los parientes. Habló de su pena cuando Jacques partió para Sanac, la esperanza siempre viva de volverlo a ver y su educación con las Hermanas.

—Durante los siete años de separación que precedieron a la llegada de usted a Sanac, ¿mantuvo relaciones epistolares con Jacques Vauthier?

—Le escribía todas las semanas. Durante los dos primeros años fue el señor Rodelec quien contestaba en su lugar. Luego, Jacques mismo me escribió mediante el sistema Braille, que yo comprendía perfectamente. Para contestarle, utilizaba el mismo procedimiento.

—¿Se acuerda de un compañero de Jacques Vauthier, un poco mayor que él, que se encontraba también en Sanac, llamado Jean Dony?

—Sí —respondió simplemente Solange.

—Es importante, señora, que aclare al Tribunal un punto capital. Jean Dony ha afirmado personalmente en este estrado que usted le habría hecho algunas confidencias…

—¿Qué confidencias?

—Oficial —dijo el Presidente—, ¿quiere leer a la señora Vauthier las declaraciones del testigo Jean Dony?

El oficial de justicia leyó la declaración, que la joven escuchó en silencio. Después, el Presidente preguntó:

—¿Está de acuerdo, señora, con los términos de esta declaración?

—Jean Dony —respondió ella con firmeza— se ha permitido extraer de ese penoso incidente que, por suerte, no tuvo ninguna consecuencia importante, conclusiones falsas que le adjudican un hermoso papel, que estuvo lejos de desempeñar… ¡Jacques… arrastrándome a la cabaña del jardinero para tratar de abusar de mí! ¡Es ridículo! Jacques me demostraba demasiado respeto para hacerlo. No puedo decir lo mismo de Jean Dony, que era de mi misma edad, y cuyas maneras me molestaron siempre. Él fue quien tuvo el vil papel principal aquel día, y fue el verdadero responsable de todo lo que pasó.

—¿Qué quiere decir, señora?

—Creo y espero, señor Presidente, que el Tribunal me haya comprendido bien, no siendo necesario insistir sobre un suceso pasado que no ofrece ningún interés, después de todo… ¡Y quiero precisar que nunca he hecho la menor confidencia a Jean Dony!

—El Tribunal toma nota de ello, señora. Ahora desearía saber —interrogó el Presidente— si usted ha colaborado efectivamente con Jacques Vauthier en la redacción de su novela.

—¡En absoluto! Jacques ha escrito *El Solitario* completamente solo. Yo me atuve a coleccionar, según sus indicaciones, los documentos que necesitaba. El señor Rodelec se encargó de traducir la obra en escritura ordinaria.

—¿No habrá sido usted también, señora, un poco la inspiradora de esta obra, sobre todo en los pasajes donde se habla de la familia del héroe? —insinuó el fiscal.

—Las palabras que acaba de pronunciar, señor —dijo la joven—, son tan poco elegantes… Si he comprendido bien el sentido, creo que trata usted de hacerme responsable del juicio demasiado amargo que le merece a Jacques su propia familia. Y bien, sepa de una vez que nunca he influido sobre él, ni antes ni después de nuestro casamiento.

—Parece ser, también, señora —dijo el Presidente—, que Jacques Vauthier mostró mucha timidez cuando decidió pedir su mano.

—¿Cuál es el hombre, señor Presidente, que no ha pasado por ese estado de ánimo en semejante circunstancia de su vida?

—Tiene razón, señora, pero el Tribunal desearía escuchar de sus labios los detalles sobre la manera en que el director de la Institución de Sanac sustituyó a un Jacques Vauthier demasiado tímido para pedirla en casamiento.

—¿El Tribunal cree que una pregunta semejante, cuya respuesta puede ser demasiado delicada para la testigo, sea indispensable para el buen desarrollo del

proceso? —preguntó Deliot.

—El Tribunal —respondió el Presidente—, tiene necesidad de ser informado sobre la naturaleza de las relaciones que existieron entre el acusado y su mujer desde que se planteó la nueva situación sentimental entre ellos.

—En ese caso, ¡responda, señora! —dijo Victor Deliot a la joven, cuya cara enrojeció ligeramente cuando comenzó:

—Al reunirme con Jacques, en Sanac, me encontré en presencia de un hombre joven, brusco y sensible, cuyos verdaderos sentimientos hacia mí se manifestaron muy pronto. Me sentí dichosa, y un poco inquieta al mismo tiempo. Yo lo quería, pero no lo amaba todavía: había mucha piedad en mi ternura. No se quiere a las personas cuando se les tiene lástima: se las compadece. Así pasaron cinco años, ocupados, por suerte, en un trabajo intenso y en la preparación de *El Solitario*.

»La novela vio la luz, por fin, y Jacques se convirtió en un hombre célebre. Fue poco tiempo después, cuando el señor Rodelec golpeó una tarde a la puerta del cuarto que ocupaba yo en el Instituto. Ese excelente hombre me dijo: «Perdóneme usted, mi querida Solange, si vengo a hablarle tan tarde; pero tengo que decirle cosas muy importantes. Debe haberse dado cuenta hace ya tiempo que Jacques está enamorado de usted. Pero Jacques es un ser tímido; no se anima a declararle sus sentimientos. Por eso el padre adoptivo viene a pedir para su hijo la mano de una encantadora joven… ¡No crea que deseo influir sobre su opinión! Reflexione mucho; Jacques y usted tienen tiempo para ello».

»Como mi respuesta se hacía esperar, el señor Rodelec me contempló atentamente. «No puedo creer», dijo, «que no ame a Jacques con verdadero amor. Todo prueba lo contrario desde hace años, en su conducta con respecto a él: su ternura cuando niña, las cartas que le escribía semanalmente, la alegría que demostró cuando lo volvió a ver aquí, la tenacidad que ha puesto para ayudarme a hacer de él un hombre…, todo esto habla en favor de una unión durable. Jacques está, sin duda, en el primer peldaño de una carrera de escritor y conferencista. En Estados Unidos ya lo reclaman… ¿Quién mejor indicado para acompañarlo que su esposa? ¿Quién más que ella sería capaz de rodearlo de constantes cuidados, de atenciones y del amor que necesita? Piense en todo esto, Solange. Usted misma, ¿se siente capaz de vivir sin él? Pregúntele esto a su corazón. Buenas noches, querida Solange».

»Durante horas reflexioné en todo lo que me había dicho el señor Rodelec. Mi corazón respondía tranquilamente a cada una de sus preguntas, pero se quebrantaba en la última: «¿Se siente capaz de vivir, en adelante, sin él?». Comprendí que amaba a Jacques con un amor más fuerte que todo, superior a mi ternura y cuya intensidad desalojaba ya el sentimiento de piedad que me había inspirado durante tanto tiempo ése quien yo llamaba «mi joven protegido».

Tres días después le hacía conocer al señor Rodelec mi decisión: «Seré la esposa de Jacques».

—Es una hermosa historia de amor, señora —reconoció el Presidente—. ¿No se

sintió arrepentida cuando se unió para toda la vida a Jacques Vauthier?

—Era feliz, señor Presidente —respondió ella, después de una corta vacilación.

—¿Y siguió siéndolo mucho tiempo? —preguntó bruscamente Berthier.

La joven estalló en sollozos.

—Tranquilícese, señora —dijo suavemente el Presidente, mientras Victor Deliot abandonaba el banco de la defensa, exclamando:

—¡Considero que el fiscal acaba de hacer una pregunta inconveniente a la testigo!

—El ministerio público —respondió el aludido— encuentra que la pregunta tiene su importancia.

Solange levantó la cara bañada en lágrimas.

—¡Aunque Jacques hubiese cometido el crimen de que se lo acusa, y del que estoy segura es inocente, hoy todavía me sentiría feliz si supiese con exactitud que me ama siempre!… Pero después de este horrible drama, ya no tengo esa seguridad. No ha querido decirme nada a bordo del *De Grasse* fuera de su falsa declaración en la que se acusa de un crimen que no pudo haber cometido. Tampoco ha querido verme mientras estuvo preso, pese a todas las tentativas que hice por intermedio de sus sucesivos defensores. Llegó a decirle a uno de ellos, el doctor De Silves, que yo no significaba nada para él… ¡Me rechaza, pero no sé porqué! No tiene ya confianza en mí, y cuando se pierde la fe en alguien, es que ya no se le ama… Después de este crimen he perdido el amor ciego y magnífico que Jacques me había profesado desde su niñez… ¡Esa es la única razón por la que no soy feliz!

—El Tribunal comprende su confusión, señora —dijo el Presidente—. ¿Puede, sin embargo, darnos algunos detalles necesarios sobre su vida conyugal? El señor Rodelec ha dado a entender en su declaración, que al regresar de su viaje de bodas usted le confió ciertas dificultades de orden íntimo que le habían impedido llegar a ser perfectamente dichosa…

—Puede ser, en efecto. Pero el tiempo todo lo ha arreglado, tal cual lo había previsto el señor Rodelec. Jacques se convirtió para mí en un compañero ideal…

—¿Y esa felicidad perduró durante la permanencia de ustedes en Norteamérica?

—Sí. Íbamos de ciudad en ciudad, y en todas partes éramos recibidos por auditorios entusiastas.

—¿No recuerda, señora —preguntó el Presidente—, si durante esos cinco años de peregrinaje continuo por Estados Unidos vio alguna vez a la víctima, al señor John Bell?

—No, señor Presidente.

—Durante los tres primeros días de la travesía, ¿su marido o usted hablaron en alguna ocasión con John Bell?

—No. Personalmente, ignoraba su existencia. Y puedo afirmar que lo mismo le sucedió a Jacques, que sólo salía de nuestro camarote dos veces por día para realizar, acompañado por mí, un pequeño paseo de una hora sobre cubierta. El resto del tiempo lo pasábamos en nuestro camarote, donde también comíamos.

—¿Cómo explica entonces que su marido se haya ensañado en tal forma con un personaje desconocido?

—No me lo explico, señor Presidente, porque estoy convencida de que no es Jacques quien ha matado a ese hombre.

—Para tener esa certeza, señora, es necesario que usted sospeche de alguien, ¿verdad?

—Sospecho de todo el mundo, en efecto… De todo el mundo, menos de Jacques, que no puede haberlo asesinado; porque yo, su mujer, lo sé incapaz de hacer el menor daño a nadie.

—Entonces, señora —exclamó el fiscal—, ¿cómo explica que su marido, que, según su testimonio, no salió del camarote durante los tres días anteriores al crimen más que acompañado por usted, haya podido burlar su atenta vigilancia hasta el extremo de que usted misma fue a ver al comisario de a bordo para notificar su desaparición, y esto, precisamente, en el momento del crimen?

—Aproveché que Jacques se había acostado después de almorzar, para ir a tomar un poco el aire. Cuando volví, veinte minutos después, me sorprendí mucho al no encontrarlo dormitando. Pensé que se habría despertado y partido en mi búsqueda. Eso me inquietó, porque sabía que conocía poco los pasadizos y numerosas escaleras del transatlántico, y volví a salir en seguida. Después de buscarlo una media hora, regresé otra vez al camarote con la esperanza de encontrar a Jacques, pero no estaba allí. Enloquecida ante la idea de que podía haber sido víctima de un accidente, corrí al despacho del comisario de a bordo, a quien confié mis temores. Usted conoce lo demás…

—La testigo podría dar al Tribunal un detalle exacto, que no se encontró en el sumario judicial —dijo Victor Deliot—. Señora Vauthier, usted acaba de decirnos que después de dejar a su marido recostado, su ausencia duró veinte minutos. ¿Está segura de este detalle?

—Podría ser que me hubiese quedado en cubierta veinticinco minutos, pero estoy segura de que la duración total de mi ausencia no excedió la media hora.

—Perfecto —dijo Victor Deliot—. Digamos media hora. Luego usted regresó y salió, durante esa media hora, en busca de su marido por el vapor, lo que hace ya una buena hora… Volvió por segunda vez al camarote y, cerciorándose de que su marido no estaba allí, se dirigió al despacho del comisario Bertin. Le explicó las razones de su inquietud; admitamos que todo esto le llevó diez minutos. En ese momento, el comisario y la tripulación del *De Grasse* comenzaron la búsqueda «oficial», es decir, una hora y diez minutos después de la última vez que usted vio a su marido acostado en su cama. ¿Cuánto duraría esa nueva búsqueda hasta que encontraron a su esposo sentado en el lecho del camarote del crimen?

—Tres cuartos de hora, poco más o menos —respondió la joven.

—¿Dónde se encontraba usted, señora —prosiguió Victor Deliot—, durante esos cuarenta y cinco minutos de búsqueda?

—Esperaba en el despacho del comisario Bertin: él mismo me lo había aconsejado, haciéndome notar que cualquier novedad se comunicaría, ante todo, a aquel despacho. Tan larga espera fue espantosa. Hice todas las suposiciones, menos una: la que convertía a Jacques, no en la víctima de un accidente, sino en un criminal… Por fin, vi regresar al comisario Bertin acompañado del comandante del barco; los dos me explicaron las extrañas circunstancias en que había sido encontrado mi marido, y cuando el comandante Chardot declaró que, según todas las apariencias, Jacques parecía ser el asesino del norteamericano, me desmayé… Cuando volví en mí, esos señores me pidieron que los acompañara a la prisión de a bordo, donde habían encerrado a Jacques, para que yo les sirviera de intérprete en el primer interrogatorio que le harían. Corrí hacia Jacques, tomándole rápidamente las manos para hacerle una pregunta en dactilología: «¿verdad que no has hecho eso, Jacques?» Me respondió utilizando el mismo procedimiento: «No te inquietes… Yo asumo toda la responsabilidad. Te adoro». «¡Estás loco, amor mío!», le dije. «Precisamente porque me amas no debes acusarte de algo falso, ¡de un crimen que no has cometido!» Le supliqué, me arrodillé a sus pies, pero él no agregó una palabra. Y cuando el comandante me rogó hacerle la pregunta fatal, Jacques respondió. «Yo he matado a ese hombre. Lo reconozco formalmente y no me arrepiento de ello». Fue todo lo que conseguí arrancarle. Todos y cada uno de los días que siguieron hasta llegar a El Havre repitió siempre la misma declaración, que firmó en presencia de varios testigos, después de haberla escrito mediante el sistema Braille.

—El Tribunal me perdonará —declaró Victor Deliot— si insisto en la cuestión del tiempo, pero me parece muy importante hacer notar a los señores jurados que el lapso transcurrido desde el momento en que la señora Vauthier vio por última vez a su marido acostado en la cama de su propio camarote, hasta que el camarero Henri Téral lo encontró en el camarote de lujo de John Bell, tenemos un mínimo de dos horas… En dos horas hay tiempo más que suficiente para cometer un crimen y hasta varios, si se quiere.

—¿Qué quiere decir, doctor Deliot? —preguntó el Presidente.

—Recuerdo simplemente al Tribunal una declaración anterior en la que afirmé que la defensa consideraba que tres personas, por lo menos, podían tener interés en hacer desaparecer a John Bell. Entre los tres hipotéticos criminales, a Jacques Vauthier era a quien más repugnaba un crimen. Si él lo hubiese cometido, sólo sería obligado por las circunstancias, por fantástico que esto pueda parecerles; pero Jacques Vauthier, y lo debemos a los admirables principios de bondad que le ha inculcado Ivon Rodelec, tiene y tendrá siempre una conciencia que le marque el camino recto. Esta conciencia es la que, actualmente, lo obliga a acusarse de un hecho del que no es autor. Pero es otra razón de orden más simple la que prueba la inocencia del acusado. Aún admitiendo que la conciencia de Jacques Vauthier, no lo retuviera en la senda del bien, no tuvo tiempo de realizar su designio homicida porque el verdadero criminal se había adelantado durante las dos horas fatídicas.

—¿Ah, si? —preguntó el fiscal—. ¿Y quién es el criminal?

—Ya lo conoceremos, cuando llegue el momento.

—Mientras tanto —abrevió el Presidente Legris—, el Tribunal desearía escuchar de labios de la señora Vauthier el relato de lo que hizo después que su marido fue entregado a la policía al llegar a El Havre.

—Llegué a París por tren en compañía de mi madre, de la que me despedí en la estación de Saint-Lazare, no accediendo a su deseo de que me fuera a vivir con ella.

—¿Sabe usted, señora, que se ha tenido la impresión de que usted se escondía mientras se instruía el proceso?

—Equivocadamente, señor Presidente. Me presenté a las tres convocatorias del juez de instrucción, el doctor Belin, que estaba encargado del sumario. Cuando éste me comunicó que ya no me interrogaría más, preferí sustraerme a la penosa curiosidad de la prensa.

—Si su marido no quiso volver a verla, una vez encarcelado, quiere decir que ésta es la primera vez que se encuentran en presencia el uno del otro.

—Sí —respondió débilmente la joven, bajando la cabeza.

—Señor intérprete —interrogó el Presidente—, ¿cuál ha sido la reacción del acusado cuando se enteró de que su propia mujer estaba en el estrado de los testigos?

—No tuvo ninguna reacción, señor Presidente.

—¿Le formuló alguna pregunta o hizo alguna observación a medida que se le traducía la declaración de la señora Vauthier?

—No, señor Presidente. No dijo nada.

—Esa actitud es bastante desconcertante —declaró el Presidente.

—Para mí no, señor Presidente —dijo Victor Deliot, levantándose—. Creo haber encontrado la razón; pero, para estar seguro, solicito del Tribunal la autorización para utilizar a la testigo a fin de intentar un experimento con el acusado.

Después de haber consultado con sus asesores, el Presidente preguntó:

—¿Qué entiende usted por «experimento»?

—¡Oh, un simple contacto!

—El tribunal accede a lo solicitado.

—Señora Vauthier —preguntó entonces Victor Deliot a la joven—, ¿quiere tener la gentileza de acercarse a su esposo?

En Solange pareció notarse cierta repugnancia a acceder a la solicitud del abogado, quien agregó, cuando ella no estuvo más que a algunos centímetros de las manos del incapacitado:

—Señor intérprete ¿quiere tomar ahora la mano derecha del acusado y hacer rozar suavemente con ella la bufanda de seda que la señora Vauthier tiene alrededor del cuello?

El intérprete hizo lo que le pedían. Cuando la mano de Jacques Vauthier rozó la bufanda de su mujer, el incapacitado lanzó un ronco grito y un temblor nervioso lo sacudió mientras sus manos corrían febriles sobre las del intérprete.

—¡Por fin habla! —exclamó triunfante Victor Deliot.

—¿Qué dice? —preguntó el Presidente.

—Me repite, sin cesar, la misma pregunta: «¿De qué color es la bufanda que lleva mi mujer?» —declaró el intérprete.

—¡Un momento! —gritó Victor Deliot—. ¡Dígale que la bufanda es verde!

—¡Pero si es gris! —exclamó Berthier.

—¡Ya lo sé! —chilló Victor Deliot—. Uno de los testigos, el hermano Dominique, ¿no nos explicó que los colores de la imaginación de Jacques Vauthier no corresponden, en absoluto, a la realidad, y no he afirmado yo mismo que uno de los colores del prisma ha desempeñado un papel importante en el asesinato que se le imputa a mi cliente? ¡La mentira que solicito es absolutamente necesaria! Señor intérprete, dígale que la bufanda de seda que en este momento lleva la señora Vauthier es verde…

El intérprete transmitió la respuesta. El enfermo se enderezó agitando sus brazos enormes. Sus manos lograron atrapar el cuello de la joven para arrancarle la bufanda… Pese a todos los esfuerzos de los gendarmes, las manos del asesino tiraban del rectángulo de tela con todas sus fuerzas. El rostro de la mujer se puso lívido algunos segundos después de murmurar con voz jadeante:

—¡Me haces daño, Jacques!

Victor Deliot y el intérprete se precipitaron para ayudar a los dos gendarmes, y fue necesaria la fuerza de esos cuatro hombres para contrarrestar la del incapacitado. Éste se desplomó en el banquillo de los acusados como una masa inerte, el semblante inexpresivo y bestial. Victor Deliot sostuvo a la joven, que poco a poco recobraba su conciencia:

—No es nada, señora… Perdóneme, pero esta experiencia era necesaria.

Cuando el incapacitado se abalanzó sobre su mujer, todo el público se levantó, elevándose un inmenso clamor, al que siguió un silencio angustioso. La muchedumbre trataba de comprender. Danielle se había mordido los labios para no gritar. Una vez pasada la crisis, la joven se preguntaba de nuevo con angustia si este Vauthier no sería por momentos una verdadera bestia… ¿Acaso Victor Deliot no le había contado que el incapacitado había intentado estrangularlo en la celda, cuando lo fue a visitar por primera vez? ¿Y esa tentativa de homicidio en la cabaña en llamas, cuando todavía estaba en Sanac? ¿Y todas las declaraciones de los miembros de su familia, de que se tiraba al suelo y echaba espuma de rabia en su cuarto cuando todavía era sólo un niño? Todo esto era confuso…

A pesar de todo, Danielle quería creer que se equivocaba y que, como ella, todo el mundo estaba también errado sobre el verdadero carácter de Jacques. Trató enseguida de buscar una excusa a esa actitud violenta. Sólo una razón importante podía haber hecho nacer en el cerebro del desgraciado la idea de estrangular a su mujer con la bufanda de seda: esta bufanda que, erróneamente, imaginaba de un color determinado, habría desempeñado un papel importante en su vida. Se trataba de una

prenda que parecía producirle muy mala impresión… ¿Victor Deliot conocía ya ese secreto? Y si no, ¿por qué habría realizado ese experimento?

El silencio fue quebrado por la sarcástica vez del fiscal, que preguntó en tono irónico:

—¿La defensa está satisfecha del «experimento»?

—¡Muy satisfecha! —respondió Victor Deliot, que volvió a ocupar su lugar en el banco de la defensa.

—El Tribunal, doctor Deliot —dijo el Presidente—, espera que usted le explique la razón de este experimento y, sobre todo, de la mentira pública hecha al acusado.

—El Tribunal se molestará un tanto, posiblemente —respondió Victor Deliot sonriendo—, pero le pido un poco de paciencia hasta mañana. Me comprometo a dar todas las explicaciones necesarias cuando inicie el alegato de la defensa. Y, además, no nos queda mucho para escuchar las conclusiones del señor fiscal.

—El Tribunal le da las gracias, señora —dijo el Presidente—. Puede retirarse. Los debates continuarán mañana a la una. Queda levantada la sesión.

***

El acusado ya había abandonado el recinto, conducido por los guardias. Mientras se desocupaba la sala, Danielle Gény se había reunido con Victor Deliot, que tranquilamente limpiaba las gafas con el pañuelo a cuadros.

—¡Es maravilloso!

—¿Qué es lo maravilloso, hija mía?

—Pues… el arte con que ha sembrado la duda en el espíritu de los jurados sobre la culpabilidad del acusado…

—Sí… con bastante éxito, ¿no es cierto? —dijo el viejo abogado esbozando una vaga sonrisa—. Y, sobre todo, era absolutamente necesario, porque la opinión general no nos era nada favorable después del desfile de testigos de cargo… ¿Se dio cuenta de las reacciones del público?

—Pero… ¿cree que llegará a probar todo lo que ha dicho?

—Hija mía, ¿acaso me ha tomado usted por un viejo loco?

—¡Oh, no, doctor! Estoy tan segura como usted de que Jacques no es un asesino… ¡No puede ser un asesino! Es demasiado inteligente para cometer un crimen tan bestial… Y luego he terminado por creer que es bueno en el fondo, bajo su apariencia de bestia.

Y como su viejo amigo la miraba con curiosidad, no se atrevió a repetir en voz alta lo que pensaba interiormente: «Jacques es una bestia buena… lo es, tal vez, en sus arrestos. ¡Es la *bestia* que necesitarían muchas mujeres! ¿Yo?… No sé… Con calmarlo de tiempo en tiempo, es suficiente. ¡No debe ser tan difícil! Y ahí está esa Solange, que no supo hacerlo… Salvo cuando era una niña, y él un muchachito, pero… ¿y después, cuando se convirtieron en una mujer y en un ser viril? Se habrá

casado con él por devoción, impelida por Ivon Rodelec, pero no por amor. El pobre Jacques necesitaría uno de esos amores».

Y al instante, una idea extraordinaria, una idea loca surgió en el calenturiento cerebro de la joven: ¿qué probaba, después de todo, que esa mediocre compañera no fuera la criminal? Perfectamente hubiera podido matar a ese desconocido, ingeniándose para hacer caer toda la responsabilidad sobre Jacques; era una astuta estratagema para desembarazarse del incapacitado cuya presencia, posiblemente, ya no podría soportar «¡No! ¡Sería demasiado horrible! Lo que pienso es abominable, indigno de mí y de esa mujer»…

Danielle, avergonzada, se tomó la cabeza con las manos, como si deseara esconderse. Hubiera sido espantoso que Victor Deliot, que continuaba observándola con insistencia, pudiese sospechar los pensamientos que la atormentaban. Hizo un esfuerzo sobrehumano para dominarse.

—Y bien, hija mía —intervino Victor Deliot—, ¿qué le pasa? ¿Ha tenido alguna pesadilla?

—Sí, doctor… Usted lo ha dicho, una pesadilla…

—A su edad —dijo con dulzura el abogado—, es malsano. A propósito, he recibido esta mañana temprano la contestación al telegrama que le hice despachar ayer. Me han llamado por teléfono, directamente desde Nueva York. ¡Es un invento maravilloso el teléfono… y tan práctico! Así es: puede mandar a la guillotina a alguien que no se lo espera.

## Capítulo cuarto

# LA ACUSACIÓN

—Tiene la palabra el señor acusador privado…

—Señores del Tribunal, señores jurados —comenzó el adversario de Victor Deliot—, mi papel se reducirá exclusivamente a defender la memoria de la víctima, John Bell, salvajemente asesinado el 5 de mayo último a bordo del vapor *De Grasse*. Me parece superfluo insistir en las circunstancias en que se produjo el crimen y que ya han sido expuestas claramente ante este Tribunal. Prefiero referirme a la personalidad de la víctima…

»Se puede afirmar que ese joven norteamericano de veinticinco años tenía ante sí un hermoso porvenir, si se tiene en cuenta la plenitud de sus años de adolescencia. Después de cursar brillantemente sus estudios en la universidad de Harvard, durante los cuales puso todo su empeño en aprender nuestro idioma, que consiguió hablar con toda fluidez, John Bell se alistó a los dieciocho años en una escogida unidad cuyo elogio está de más: los cañoneros de la marina norteamericana. Después de la capitulación de Japón, regresó de Batán con cuatro citaciones en órdenes del día. Como tantos jóvenes, cuya juventud estaba marcada por los sufrimientos de la guerra, John hubiera podido abandonarse a los placeres fáciles; pero no lo hizo. La guerra lo había madurado y, sabiendo que sus desastrosas consecuencias habían sembrado la miseria en otras partes del mundo menos favorecidas que América, decidió consagrarse, sin tardanza, al ingrato problema de la alimentación de la devastada Europa.

»Su padre, el señor senador Bell, cuya mesura y claridad pudimos apreciar en este mismo recinto, en la declaración donde toda pasión vengativa estuvo excluida a pesar de tratarse del asesinato de su único hijo, ¿no nos confió que el mayor placer del difunto, en la nueva tarea que había escogido, era tener un contacto permanente con los medios franceses de Nueva York? ¿No llegó hasta a romper con una hermosa muchacha de Broadway para poder visitar, por fin, esta Francia que tanto amaba ya antes de conocerla? Acaso su padre no le dijo, abrazándolo una vez más, antes de partir el *De Grasse*: «¿No nos traerás una francesa a tu regreso? ¡Lo deseo con toda mi alma!». En realidad, señores jurados, me parece difícil encontrar un cariño más acendrado hacia Francia, y, sin embargo, tres días después, cuando el joven norteamericano se encontraba a bordo del vapor *De Grasse*, y ya en aguas francesas, ¡fue asesinado salvajemente por un compatriota nuestro!

»En verdad, el móvil del crimen es un enigma. Debemos hacer justicia a la defensa, que supo ingeniarse para sembrar la duda a este respecto en todos los espíritus, pero el crimen está ahí; persiste obstinadamente; doblemente indicado por las impresiones digitales recogidas en diferentes lugares del hecho y las reiteradas

confesiones del asesino. Se podría también sentir inclinación a dejarse enternecer por el penoso triple mal que ha pesado sordamente sobre la existencia del criminal desde su nacimiento. ¿Tendríamos tan poca sensibilidad como para no reconocer que la situación de un ciego sordomudo de nacimiento es muy triste?

»Pero ¿justifica un asesinato? Aun admitiendo que Jacques Vauthier estuviese atormentado desde su infancia por un rencor enfermizo hacia aquellos que lo rodeaban y tenían la suerte de poseer la vista, el oído y la palabra, ¿tenía derecho a expandir ese odio feroz hasta llegar al asesinato? ¿Tenía derecho a desahogarse en un desconocido extranjero por añadidura, que no le había hecho ningún mal y a quien no conocía?… A ese joven norteamericano de quien su padre no ha dudado en decir: *Estoy persuadido de que si mi hijo hubiese conocido al señor Vauthier, se habría interesado en su caso: tenía un corazón muy generoso*.

»La única excusa aceptable del acto homicida de Jacques Vauthier —¡suponiendo que se pueda excusar un crimen!—, hubiese sido que éste no se encontrase en plena posesión de sus facultades mentales. Alguno de vosotros, señores del jurado, ha podido pensar, en el comienzo de este proceso, que se encontraba en presencia de un peligroso loco. Vuestro justo veredicto se hubiese modificado de encontrarse disminuida la responsabilidad del acusado, y sus defensores podían esperar verlo terminar sus días en algún manicomio, donde cesaría de constituir un peligro para la sociedad. Pero el desarrollo mismo de estos debates, y las declaraciones sucesivas de testigos de cuya competencia, autoridad e independencia de espíritu no puede dudarse, han demostrado que Jacques Vauthier gozaba de todas sus facultades mentales.

»Es una bestia sólo en apariencia; sabe muy bien la penosa impresión que su físico produce en los demás, y se sirve de ello para engañar a todo el mundo… Cuando tiene necesidad, no duda en simular ante el público una crisis de histeria brutal para reforzar la falsa opinión que, equivocadamente, se ha formado de él… Esos gritos guturales e inhumanos, esa baba que le cae de la boca, esos gestos de asesino son sus mejores armas defensivas: ¡las representa! Sabe muy bien que si se pueden excusar los gestos y actos de un ser grosero, incapaz de tener el menor control sobre sí mismo, no sucede lo mismo tratándose de un hombre culto, al que nada se le puede perdonar. Pues nos encontramos en presencia de un intelectual, de un hombre cuyos menores actos son calculados y que procede bien a conciencia… El obstinado silencio en que se ha encerrado Jacques Vauthier, desde el momento en que confesó su crimen, es una prueba más. Al proceder así, espera hacer creer al jurado que, a pesar de su confesión y de las impresiones digitales, no es responsable. ¿Acaso no nos han dejado entender que Jacques Vauthier confesó su crimen por bondad, para así ocultar la identidad de un supuesto asesino sólo conocido por él?

»Desgraciadamente, las afirmaciones según las cuales una o hasta dos personas habrían podido asesinar a John Bell no tienen base alguna, mientras que las impresiones digitales constituyen la prueba irrefutable contra la cual se estrellarán los

alegatos más sutiles. Gracias a la fecunda imaginación del doctor Deliot nos hemos sumergido, en ciertos momentos, en plena intriga policial…, pero las mejores historias de ese género terminan siempre con el descubrimiento del criminal. Y cuando éste se conoce, como en nuestro caso, desde el momento en que el camarero Henri Téral penetró en el camarote ocupado por la víctima, debe sufrir el castigo inexorable sin el cual no habría justicia en este mundo.

»Creo indispensable recordar ahora ciertas declaraciones de algunos de los testigos citados por la acusación… Primero, el testimonio preciso del comisario de a bordo: «La única respuesta que pudimos arrancar a Jacques Vauthier, por intermedio de su mujer, fue: *Soy yo quien ha matado a ese hombre. Lo reconozco formalmente y no me arrepiento*. Respuesta que el acusado escribió con el punzón y la pizarra en escritura Braille que fue entregada por el comisario Chardot al inspector encargado del sumario, cuando fuimos a El Havre». Declaración confirmada por la del comandante Chardot.

»La declaración del doctor Langlois, primer médico de a bordo, agregada a la del profesor Delmot, que presidió la junta médica encargada de examinar detenidamente el estado físico y mental de Jacques Vauthier, confirma el equilibrio perfecto del acusado. ¿No ha certificado el señor profesor Delmot bajo juramento, *que la inteligencia de Jacques Vauthier es mucho más desarrollada que la del común de las personas, y que conoce a fondo todos los medios de expresión que permiten a un ciego sordomudo comunicarse con el mundo exterior*?

»No dejaremos de recordar las palabras pronunciadas por la propia hermana del acusado: *Ignoro si Jacques es o no culpable, pero cuando me enteré del crimen del De Grasse por los periódicos, no me sorprendí mucho…* Declaración apoyada por la de los otros miembros de la familia, como el cuñado y la propia suegra de Jacques Vauthier, la señora Duval. El rector Marnay declaró, en respuesta a una pregunta formulada por el señor Presidente Legris, que *La novela de Jacques Vauthier era la materialización escrita de los más íntimos sentimientos de un corazón humano unida a las maduras reflexiones de un cerebro superior*.

»¿Qué se podría agregar a estos testimonios, sino las propias declaraciones de los principales testigos citados por la defensa, tales como el señor Ivon Rodelec o el doctor Dervaux? El primero nos ha dicho formalmente, al finalizar su deposición, que *estaba seguro, a pesar del obstinado silencio del acusado, de que éste poseía todas sus facultades mentales, y que el cerebro de Jacques Vauthier era uno de los más organizados que había encontrado en el curso de su larga existencia*. En cuanto al segundo, ¿no nos ha dado una explicación muy plausible del crimen, como no ha dejado de reconocerlo el señor fiscal, en los ciegos celos de Jacques Vauthier con respecto a cualquier hombre normal que osase acercarse a su mujer?

»En conclusión, señores del Jurado: las pruebas, las confesiones y los testimonios abundan, no se contradicen jamás y señalan al asesino de John Bell. No pienso excederme en mis atribuciones como defensor de la víctima, pidiendo al Tribunal que

se haga justicia. No olvidéis, señores del Jurado, que toda América os contempla y que, pese a ciertos alegatos de la defensa, este proceso traspasa las puertas de este palacio para adquirir considerable resonancia más allá de nuestras fronteras. Sabréis mostraros a la altura de la misión que os ha sido encomendada: honrar la memoria de una víctima, castigando al culpable con todo rigor. Sólo bajo esta condición la nación hermana, sedienta de justicia, cuyos hijos en gran número cayeron valerosamente en nuestra tierra para liberarla durante dos guerras sucesivas, continuará respetando la justicia francesa.

El doctor Goirin se volvió a sentar, lanzando una mirada circular para observar el efecto que había producido su perorata sobre el público, que se mostraba indiferente. Una segunda mirada hacia el banco de la defensa le permitió percibir a un Victor Deliot que parecía dormitar, los ojos entornados tras las gafas.

Danielle no apartaba la mirada de su viejo amigo. Estaba segura de que trataría, contra todos, de salvar a su cliente. Era necesario, era necesario…

Después de comenzar su acusación recordando uno a uno los menores detalles del descubrimiento del crimen a bordo del *De Grasse* y luego de haber de mostrado que la culpabilidad del acusado no debía ser puesta en duda, ya que sus propias confesiones unidas a las impresiones digitales lo señalaban como el único criminal posible, el fiscal, señor Berthier, continuó:

—Queda, todavía, un punto que puede parecer oscuro a los señores jurados: este penoso asunto del móvil del crimen. Si este crimen fuese la obra de un sádico o de un enfermo mental, encontraríamos el móvil de este acto en el placer mórbido experimentado por el criminal cuando mata. Cabe pensar que esta hipótesis debe ser descartada, por el comportamiento del acusado antes y después del crimen; las declaraciones, tales como la del doctor Langlois, la del profesor Delmot, la del rector Marnay y hasta la del señor Rodelec han demostrado que Jacques Vauthier es no sólo sano de espíritu, sino que no actúa nunca a la ligera. Pero nos hemos enterado también, por las declaraciones de Jean Dony, la violencia de que el acusado era capaz, cuando volcó la lámpara de petróleo en la cabaña del jardinero de Sanac; la de la señora y el señor Daubray, al declarar en este estrado que su joven hermano y cuñado respectivamente era, cuando niño, una bestia en pequeño, que Jacques Vauthier tenía netas predisposiciones para la violencia. ¿No hemos tenido una muestra aquí mismo, en plena audiencia, cuando el doctor Deliot realizó lo que él llamó su «experimento»?

»Violencia instintiva, que los sabios principios inculcados por un notorio maestro pudieron dominar un tiempo; pero nada nos prueba que no hubo, a bordo del *De Grasse*, un brusco despertar de la bestia, durante el cual los malos instintos reprimidos por la moral religiosa se despertaron para saciarse en un monstruoso crimen… Lo que no se ha sabido a lo largo de los debates, es la chispa que pudo desencadenar en el cerebro del incapacitado la idea del asesinato; pero uno de los

testigos citados por la defensa, el doctor Dervaux, arrojó nueva luz sobre este asunto. Como todos los que se han acercado al extraño caso de Jacques Vauthier estos últimos meses, el médico que consagra desde hace veintidós años sus vigilantes cuidados a los internados de la Institución de Sanac y que ha estudiado durante doce años consecutivos la fisiología del acusado, ha declarado aquí mismo haber buscado obstinadamente el móvil que pudo haber impulsado a Jacques Vauthier a cometer semejante crimen. Y no ha encontrado más que una sola explicación razonable… Me permito citar textualmente la declaración del testigo: *Jacques amaba demasiado a su mujer para permitir que alguien le faltase al respeto. No quiero manosear ahora la memoria de la víctima, sobre todo cuando ignoro todo lo concerniente a ese joven norteamericano. Pero la fuerza determinada por los apetitos carnales de Jacques Vauthier y concentrada sobre una única criatura, su mujer, hubiera podido desencadenar el irreprimible deseo de suprimir a un supuesto rival… La fuerza de Jacques Vauthier es hercúlea: podía matar casi sin proponérselo. Ésta sería la única explicación plausible de sus repetidas confesiones y de su actitud.*

»Naturalmente, el doctor Deliot se apresuró a aclarar ante el Tribunal que el testigo se equivocaba. Siempre es fastidioso comprobar que la deposición de un testigo con la que se cuenta se vuelve contra uno. Pues todos y cada uno de nosotros reconocerá aquí que la hipótesis emitida por el doctor Dervaux es tanto más convincente, cuanto que éste no podrá nunca ser acusado de parcialidad más que en favor de Jacques Vauthier. En lo que a nosotros respecta, consideramos que la deducción hecha por el doctor Dervaux tiene mucho sentido: Jacques Vauthier mató bajo el imperio irreprimible de mórbidos celos hacia ese desconocido que su inquieta imaginación representaba como tratando de robarle a su mujer… Sabemos que se nos hará la siguiente objeción: «¿Cómo se explica que Vauthier se haya ensañado con John Bell especialmente, y no con otro pasajero del *De Grasse*, ya que no lo conocía?» Responderemos que el único testimonio en que puede basarse el Tribunal, para admitir que el acusado y su futura víctima no se habían encontrado nunca antes del crimen, es el de Solange Vauthier, la propia esposa del acusado. Pero la declaración de una esposa que se ha presentado en este estrado con el deseo desesperado de salvar a su marido, ¿es válida? Los señores jurados lo apreciarán.

»Nosotros tenemos la convicción de que Jacques Vauthier conocía muy bien a la víctima antes del crimen, y que directamente, sin andar a tientas y sin la menor vacilación, se dirigió hacia el camarote de lujo ocupado por el joven norteamericano para cometer el asesinato. Todo fue sopesado, calculado, meditado en este crimen… Jacques Vauthier simuló dormir después del almuerzo, como lo hacía todos los días desde el comienzo de la travesía; sabía que su mujer aprovechaba ese momento para tomar un poco de aire sobre cubierta. Una vez que ésta abandonó el camarote, se levantó, recorrió a todo lo largo el corredor de primera clase, subió la escalera que terminaba en el piso que daba acceso a los camarotes de lujo, y una vez frente a la puerta de John Bell, llamó. El joven norteamericano, que estaría descansando, vestido

sólo con el pijama, se levantó para abrir y seguramente recibió al visitante; John Bell no tenía ninguna razón para desconfiar de un incapacitado inofensivo en apariencia y al que conocía… Volvió tranquilamente a recostarse sobre la cama después de haber cerrado la puerta que daba sobre el corredor: este detalle tiene su importancia, puesto que me coloca en situación contradictoria con el señor inspector Mervel, el que considera que el asesino aprovechó el sueño de la víctima para matarlo. Hipótesis que es muy difícil sostener, porque, si así fuera, ¿cómo hubiese podido entrar Jacques Vauthier en el camarote?

»¿Qué hizo el incapacitado cuando John Bell se acostó nuevamente en la cama? Quizá realizó en ese momento el esfuerzo, que se niega a repetir desde su arresto, de pronunciar algunas de esas exclamaciones guturales que producen, a veces, la impresión de que sabe expresarse oralmente. O tal vez, Vauthier se sentó en el borde de la cama y aprovechó que el joven norteamericano concentraba toda su atención para tratar de comprenderlo, para alargar el brazo, tanteando la mesilla con la secreta esperanza de encontrar allí el instrumento que le permitiría matar de un golpe al joven acostado. Sus hábiles dedos encontraron el cortapapeles, y no dudó un instante: con rápido ademán, asió la improvisada arma y descargó su brazo… Acción que repitió sin vacilación, con mecánica y sorprendente precisión, cuando el inspector Mervel procedió a la reconstrucción del crimen, después que el vapor llegó a El Havre.

»El drama fue rápido: el afilado cortapapeles, cuyo modelo fue puesto a disposición del Tribunal por el juez de instrucción, el doctor Belin, seccionó la carótida del pobre muchacho, que en sus últimos estertores tuvo todavía fuerzas para arrastrarse hasta la puerta, a fin de pedir auxilio. El rastro de sangre, que iba desde la almohada hasta la puerta e impregnaba la alfombra del camarote, lo confirma. Los dedos crispados de John Bell lograron, apenas, asir el picaporte en el momento en que se desplomaba definitivamente. ¿Fue el peso de su cuerpo, colgado del picaporte, lo que hizo entreabrir la puerta? Mientras tanto, el atontado criminal se dejó caer sobre el lecho y trató de limpiar con la sábana sus dedos mojados de sangre. Después quedó postrado, sin atinar siquiera a cerrar la puerta entreabierta, de la que pendía el cadáver que no podía ver… Por otra parte, ¿para qué iba a cerrar esa puerta, ya que en ningún momento trataría de negar su crimen? Tampoco se le cruzó la idea de abandonar ese camarote y regresar junto a su mujer para confesarle que acababa de matar bajo el imperio de los celos. Lo único que hizo, antes de sentarse sobre la cama, fue aproximarse al abierto ojo de buey y arrojar al mar el cortapapeles que lo horrorizaba, según su propia declaración al comandante Chardot. Luego esperó que alguien penetrara en la cabina y descubriese el crimen, del que no se mostró arrepentido. ¿Cuánto tiempo duró esta espera alucinante, este *téte-á-téte* del asesino enfermo y del muerto arrodillado contra la puerta? Una media hora, una hora como máximo, hasta que el camarero Henri Téral hizo el horrible descubrimiento.

»Crimen bestial y casi inconcebible, cuyo móvil fueron los celos estúpidos e

inmotivados; porque ni por un momento hemos pensado que la víctima pudiera insinuar algo a la señora Vauthier —sería insultar la memoria de un muerto—, ni que Solange Vauthier, cuya conducta y actitud con respecto a su marido fueron siempre ejemplares, haya podido pensar un instante en serle infiel… ¡No! Es la pasión desbordante de celos la que determina el acto final. «Drama pasional», dirán algunos… «Drama de locura», murmurarán otros… «Drama premeditado», afirma el ministerio público. Y si se nos pregunta: «¿Cómo ha podido arraigar en el cerebro de un ciego sordomudo de nacimiento ese sentimiento de celos hacia John Bell?», responderemos simplemente: «Gracias al olfato».

»En efecto, no olvidemos la frase pronunciada ayer en este recinto por un ciego, el señor Jean Dony: *Nosotros, los no videntes, poseemos felizmente unas antenas que nos permiten adivinar a los seres que nos rodean y descubrir también, sin que lleguen a sospecharlo, los secretos más íntimos de su corazón*. En Jacques Vauthier, que no puede hablar ni oír, un sentido se ha desarrollado hasta el extremo de reemplazar a los otros: el olfato. Un olfato fino y peligroso, que cree descubrir la presencia de un rival en la vida de su esposa, ha bastado que Jacques Vauthier, después de haber identificado a John Bell una sola vez en un encuentro fortuito, haya experimentado la sensación de volver a encontrar su olor en la vecindad, o tal vez en los vestidos de su mujer, Solange, para que los celos pudiesen nacer instantáneamente… ¿No tiene cada individuo, acaso, un olor diferente y característico para un ciego sordomudo, como nos lo ha explicado claramente Ivon Rodelec? Y todo esto, sin que John Bell y Solange Vauthier fuesen culpables ni remotamente… Nosotros mismos, que podemos ver, ¿no desconfiamos cuando percibimos labios que se mueven sin que podamos oír la conversación de dos interlocutores lejanos? Tememos, casi siempre sin motivo, la impresión de que hablan de nosotros, y eso nos molesta.

»No conoceremos nunca el prodigioso y nefasto trabajo cerebral que se realiza en la exaltada imaginación de Jacques Vauthier, después de una simple similitud de olores. La realidad es que dedicó todo su tiempo a madurar la venganza. Además…, no era la primera vez que recurría a extremos terribles. ¡Recordad, señores del jurado, el incendio de la cabaña! El mejor compañero del acusado, según la propia afirmación del señor Rodelec, el no vidente Jean Dony… ¿no ha reconocido ante este Tribunal que *diez años antes de cometer el asesinato del De Grasse ya había tratado Jacques Vauthier de suprimir a dos personas*? Y… ¿no era una de ellas la que debía convertirse luego en su mujer? El único móvil de esta acción incendiaria, que felizmente no tuvo mayores consecuencias, era ya el exceso de celos… Agudos celos hacia su mejor compañero, en quien, también sin motivo, suponía un rival. Nos ha relatado el hermano portero del instituto, el señor Dominique Tirmont, la conversación que entabló con Jean Dony al día siguiente del incendio, y durante la cual su interlocutor respondió sin vacilación a la pregunta: *¿Por qué cree usted que Jacques Vauthier ha cometido ese acto insensato?*, con algunas palabras que no

deben dejar subsistir en nuestro espíritu la menor duda: *Porque está celoso… Cree que Solange me ama a mí, y no a él*.

»Estos agudos celos se traslucen también en *El Solitario*, en las páginas dedicadas a la familia del héroe, que está descrita con penosa acrimonia. Allí también Jacques Vauthier manifiesta su odio hacia aquellos que lo rodeaban y a los que debía todo, tomándose apenas el trabajo de disfrazar a sus propios padres bajo los rasgos de personajes ficticios… Contrariamente a lo que se podía esperar, el triple mal de Jacques Vauthier no lo ha disminuido moralmente; estaríamos inclinados a pensar que su inteligencia se ha desarrollado de una manera prodigiosa. Frente a vosotros, señores jurados, no se encuentra un ser débil, que soporta penosa y pacientemente el peso de sus miserias físicas, sino un hombre de carácter que ha luchado encarnizadamente para alcanzar el nivel intelectual de sus semejantes y aun sobrepasarlo… Un hombre solapado, astuto, que pone una fuerza física poco común al servicio de un cerebro maquiavélico para producir en los demás la impresión de encontrarse ante una sombra brutal, y conducirse como tal cuando sus mórbidos instintos lo dominan. Desde que comprende, en la niñez, la piedad hipnótica que su triple mal inspira a la gente normal, sabe que todo lo puede hacer, incluso el mal, sin correr mayor riesgo. ¿Quién se atrevería a reprender a un hombre que desde que está en el mundo sufre tales miserias? Nadie, a menos que en lugar de corazón tenga una piedra… ¡Y él se aprovecha! He aquí lo que nadie ha osado decir en voz alta hasta ahora, en este proceso, pero que todos y cada uno de nosotros ha pensado por lo bajo.

»Compadecemos sinceramente a Jacques Vauthier por no haber podido utilizar jamás todos sus sentidos, pero comprendemos que no necesita nuestra conmiseración porque se siente bastante fuerte, y lo bastante seguro de sí mismo como para enfrentar a todo el mundo, hasta a su defensor, que, erróneamente a nuestro parecer, trata por todos los medios de salvarlo y arrancarlo del justo castigo que se merece… ¿No hemos oído decir a esta defensa que existían, por lo menos, dos personas más que podían tener interés en sacar del medio al joven norteamericano? Afirmación gratuita, como muy correctamente lo expresó el señor acusador privado, ya que las repetidas confesiones del acusado están por escrito, asentadas para siempre en los archivos de la policía criminal: ¡Y son pruebas irrefutables!

»Después de habernos arrastrado a un cuento fabuloso, la defensa no ha dejado de reconocer que el acusado era, lógicamente, uno de esos tres personajes misteriosos que hubieran podido matar a John Bell. Pero que no cometió el crimen por dos razones: porque su conciencia se habría sublevado, y porque no habría tenido tiempo, habiéndose anticipado en algunos segundos el verdadero asesino… ¡Afirmación muy grave! ¿No se reconoce por ella que Jacques Vauthier tenía en su mente la intención de matar? Y como se verificó desde los primeros momentos del sumario a bordo del *De Grasse*, que no podía haber otro criminal posible que no fuese él, venimos a enterarnos, por boca de su propio defensor, ¡que fue un crimen premeditado!

»Las conclusiones a que llegaré son simples: ateniéndome al artículo 302 del

Código Penal, que impone la pena de muerte para todo crimen calificado y premeditado, pido al jurado pronuncie la sentencia que la sociedad tiene derecho a esperar de él. Deposito mi confianza en el veredicto de la justicia, dejando constancia de que Jacques Vauthier no puede beneficiarse con circunstancias atenuantes en lo que concierne a su triple mal, que en ningún momento lo ha desmoralizado, como lo han demostrado los más eminentes especialistas. Y ya que la denominación de «bestia» ha sido tan utilizada durante el curso de este proceso para designar al acusado, no alteraremos esta impresión general, pero sí la aclararemos: Jacques Vauthier es una bestia hipócrita, cuya inteligencia maravillosamente organizada preparó, durante esa noche eterna de que habla la gente, un crimen del que se enorgullece, ¡y del que no se arrepentirá jamás!

Las concisas conclusiones, hechas en un tono intencionadamente árido, por el fiscal Berthier, causaron en el público el efecto de una ducha helada. Inquieta, Danielle había notado que la palidez de Vauthier pareció aumentar cuando el intérprete le tradujo las palabras de muerte. Los angustiados ojos de la joven no abandonaron el descolorido semblante del acusado más que para encontrar la tranquila mirada de Victor Deliot. Modestamente, éste se levantó, después de ajustar por centésima vez desde la apertura del proceso, las tambaleantes gafas, sobre la nariz surcada de venillas rojas.

## Capítulo quinto

# LA DEFENSA

—Señores del Tribunal, señores jurados, debo ante todo solicitar vuestra indulgencia, es decir, vuestro perdón; porque mi alegato, contrariamente al del excelente colega Goirin y a la admirable acusación del señor fiscal, el doctor Berthier, amenaza ser un poco extenso… Oh, no, no tengo la intención de deslizarme en esos largos períodos oratorios, donde la flor de la retórica permite, a veces, a hábiles defensores escamotear la esencia de un debate para hacer resaltar un talento patentado con palabras correctamente yuxtapuestas y perífrasis tan sonoras como inútiles… Lejos de mí, también, toda esa hojarasca que estorba en las salas de audiencia desde que los abogados tienen derecho a la palabra y, sin duda, desde el comienzo del mundo…

»Lejos de mí todos esos artificios, puesto que me encuentro frente a una realidad espantosa: salvar a Jacques Vauthier del castigo que las honorables personas que constituyen este Jurado estarán obligadas a infligirle, en conciencia, después de haber deliberado con toda libertad, si no llego a demostrar que nos encontramos en presencia de un lamentable error judicial.

»Desde la apertura de este proceso, todo ha contribuido a hacer resaltar y hasta agravar la culpabilidad de Vauthier. Extraño acusado, en realidad, cuya silenciosa personalidad no ha cesado de influir en estos debates y que numerosas declaraciones han descrito con mayor o menor buena voluntad. Digo intencionadamente, mayor o menor… En efecto, tengo la impresión de que si ahora conocemos mejor al Jacques Vauthier niño o adolescente, no sabemos todavía gran cosa del hombre. ¿No es acaso, una importante laguna? Antes de juzgar a un ser humano por un acto tan grave como el que se le reprocha a Vauthier, creo necesario que aquellos que han sido designados para dictar la sentencia no tengan ninguna duda sobre su personalidad actual.

»He aquí, entonces, a Jacques Vauthier, ciego sordomudo de nacimiento, de veintisiete años de edad, acusado de haber matado a John Bell, a bordo del vapor *De Grasse*, el 5 de mayo último.

»¿Quién es este hombre? Nadie ha descrito mejor su estado mental que él mismo, en el penetrante análisis que hace del héroe principal en el comienzo de *El Solitario*. Héroe que se le parece como un hermano; quienes leen *El Solitario* descubren a Jacques Vauthier. Pero, francamente, ¿cuántos, en este recinto, y especialmente entre vosotros, señores del Jurado, han recorrido tan sólo algunas páginas de esa obra extraordinaria? Y si alguno de vosotros ha experimentado esa curiosidad, ¿no cree que la clave del misterio en que se encierra el acusado desde hace meses se encuentra en la novela?

»No olvidemos nunca esta horrorosa realidad: a los dieciocho años, Jacques Vauthier ya había cumplido diez de prisión. Era prisionero de la noche, prisionero de

la oscuridad que lo rodeaba desde su nacimiento. Era, en realidad, una bestia; pero una bestia que vegetaba con la instintiva expectativa de un acontecimiento que transformaría su vida animal. Se puede decir que, confusamente, sin ser casi capaz de analizar ese sentimiento, el pequeño Vauthier esperaba. Hoy seguiría, tal vez, en ese estado, si una humilde muchachita, apenas tres años mayor que él, la pequeña Solange, no hubiese ido a golpear a la puerta de su prisión con una admirable obstinación de niña. Solange fue la primera en derribar los muros de tinieblas; en abrir, para el incapacitado, una ventana a la vida.

»Dos niños sentados frente a una ventana abierta; tal fue, señores del Jurado, la visión que tuvo Ivon Rodelec cuando penetró por vez primera en esa triste morada. Los personajes esenciales del drama que vamos a vivir están ya aquí presentes. Iré más lejos, diciendo los *únicos* personajes que debemos tener en cuenta: Jacques, Solange, Ivon Rodelec. Los otros no son más que comparsas. Deshagámonos de ellos uno a uno, en el mismo orden en que se han ido presentando ante el Tribunal, mostrándolos en su verdadero aspecto; una vez zanjadas estas dificultades, podremos volver a nuestros personajes esenciales.

»Primero, tenemos los testigos de cargo. Intencionadamente, no insistiré sobre las declaraciones del camarero Henri Téral, del comisario Bertin, del comandante Chardot, del doctor Langlois, del inspector Mervel y del profesor Delmot. En efecto, tengo derecho a pensar que estos seis testigos no han hecho más que relatar con objetividad las circunstancias que rodearon al crimen descubierto a bordo del *De Grasse*, y cómo procedieron al arresto y primeros interrogatorios del presunto criminal. Sobre algunos puntos que, en mi opinión, han quedado oscuros en esas declaraciones, volveré después, cuando tengamos que analizar el proceso mismo del crimen. Pero, por el momento, me parece conveniente hacer hincapié en la declaración del séptimo testigo: el señor senador Thomas Bell.

»Éste nos ha esbozado un retrato de lo más lisonjero y, debemos reconocerlo, enternecedor de su hijo John, la víctima. Un padre, a menos que sea un ser desnaturalizado, defenderá siempre la memoria de un hijo bruscamente arrebatado a la vida en trágicas circunstancias. Este padre cree sinceramente cumplir con su deber, y los errores u omisiones que se hayan podido deslizar en su declaración son muy excusables. El señor senador Bell no ha escapado al estado espiritual de los padres que sufren. Pero quiero, ante todo, aclarar que estoy completamente de acuerdo con mi eminente colega Goirin, abogado de la parte civil, cuando nos afirma que *el señor senador Bell no se ha presentado en este estrado para declarar con el estado espiritual de un padre que clama venganza*. Estoy plenamente convencido yo también, de que el testigo no alimenta ningún sentimiento de animosidad contra el acusado. Al contrario: el señor senador Bell ha atravesado el Atlántico para ponderar en alta voz y en tierra extraña los méritos de su desaparecido hijo… Recalco «extraña», porque desgraciadamente el joven John no parece haber sido un personaje tan apreciado en su propio país como su ilustre y muy respetable padre ha querido

darnos a entender.

»En efecto, John Bell ha estado lejos de seguir las huellas paternas. Si se alistó muy joven en la marina americana, fue simplemente porque el señor senador Bell lo obligó después de un primer escándalo con mujeres. Lo menos que puede decirse, es que a ese fogoso muchacho le gustaba frecuentar la compañía de esas alegres personitas de virtud sospechosa que tienen sus dominios en los bares de Manhattan, o en los clubes nocturnos de Broadway. John cumplió su deber en la guerra contra Japón, de donde trajo cuatro hermosas citaciones; pero, a la inversa de las afirmaciones afectuosas del padre, la ruda campaña del Pacífico no le asentó el juicio. Hasta pareció que su juvenil deseo de mujeres se había despertado con redoblado ímpetu.

»Fue en esa época cuando conoció a una seductora criatura, Phylis Brooks, cuya profesión oficial de bailarina en una elegante *boite* de la 51.ª Avenida le permitía disfrazar una profesión oficiosa un poco menos recomendable, sobre la cual la policía cierra los ojos muy a menudo, pero que la moral desaprueba. Entre los numerosos amigos que la bella Phylis recibía en su *furnished apartment*, o departamento amueblado, se encontraba John Bell, quien se dejó envolver en seguida por sus encantos, hasta el punto de querer casarse con ella. El deseo de evitar a toda costa esta unión desastrosa para la honorabilidad de la familia, hizo que el padre obligara a John a embarcarse para Francia en el primer vapor: era el *De Grasse*…

»Si he querido poner esto bien en claro es, sobre todo, porque tendrá importancia capital en el curso de mi alegato y, también, para desarraigar del Jurado la idea hábilmente lanzada por el acusador privado y el fiscal general, sobre John Bell, y su intención de embarcarse hacia nuestro país con el deseo de satisfacer, por fin, su «amor a Francia». En realidad, la razón de este viaje, decidido a último momento, fue la vulgar historia de una mujer. El señor senador Bell, al que lamento no poder creer, nos ha repetido aquí mismo esta frase pronunciada por su propio hijo antes de la partida, y que resume admirablemente la situación: «He comprendido perfectamente, papá, cuál era la razón de tu prisa por verme partir. Tenías razón: esa mujer no era para mí».

»Como acabo de hacer notar, estamos lejos de un crimen por el que el sentido patriótico de la gran nación aliada hubiera de reclamar venganza. Los Estados Unidos de Norteamérica han demostrado que tienen demasiada cordura como para transformar en problema de Estado un simple asunto privado. En realidad, al señor senador Bell, no lo repetiré bastante, se lo debe excusar por venir a declarar como padre justiciero ante un Tribunal del crimen francés; pero tengo todo el derecho a creer, como los hechos se encargarán de demostrarlo a continuación, que le hubiera sido preferible conservar una prudente reserva. Quien quiere demostrar demasiado, no demuestra nada. Después de haber rectificado la declaración de este importante testigo, paso al que le sucedió: la propia hermana del acusado, Régine Daubray.

»La señora Daubray se ha presentado a declarar en contra de su hermano con tal

violencia, que no puede menos que asombrar al auditorio. ¡Dios mío! Su testimonio no nos ha enterado de nada extraordinario, y sólo ha confirmado el detalle siguiente: si Jacques Vauthier no quiere mucho a su hermana, se puede afirmar que ésta le corresponde en la misma forma… ¡Lo detesta! Hasta le odia… He buscado la causa profunda de este odio, que resta toda imparcialidad a la declaración. Por más que la señora Daubray haya puesto como pantalla sus llamados «principios religiosos», que le impidieron divorciarse de Georges Daubray, del que está separada desde hace catorce años, la realidad es muy otra y mucho más prosaica: si Régine Daubray no se ha divorciado es simplemente porque continúa recibiendo la confortable pensión que le pasa su marido, y que le permite desplegar esa elegancia que todo el honorable público ha podido admirar… Si la señora Daubray poseyera, en realidad, sólidas convicciones religiosas, trataría de practicar el amor al prójimo, comenzando por su hermano. Pero repito, lo odia. Odio que, por otra parte, no es más que la consecuencia de otros dos sentimientos arraigados profundamente en el corazón de la testigo: el interés y el orgullo. Interés que se encontró amenazado cuando Daubray, aconsejado por sus padres, que temían una grave herencia en sus descendientes, prefirió separarse de su esposa. Orgullo que ha resumido a lo largo de la detestable diatriba que no tuvo inconveniente en hacernos escuchar contra la novela de su hermano, en la que ha creído reconocerse en los rasgos de un personaje; y sobre todo contra su cuñada, la dulce y tierna Solange, a la que jamás perdonará que sea hija de una sirvienta. Por otra parte, estoy persuadido, señores del Jurado, de que esa declaración tendrá muy poca influencia en vuestra deliberación, y paso a otro tema.

»La declaración de su marido, el señor Georges Daubray, nos ha parecido plena de dignidad. Le agradecemos el haberse rebelado varias veces en la calle de Cardinet contra la manera en que el desdichado niño estaba alejado del mundo, relegado en el fondo del departamento; pero no podemos perdonar al testigo el haberse separado de su mujer únicamente por temor a que le diese un hijo parecido a su joven cuñado. Georges Daubray, agente de cambio conocido en la Bolsa de París, temía que se le echase en cara alguna vez el triple mal de Jacques. Pero lo que en realidad admira es que este timorato haya experimentado necesidad de presentarse a este estrado para hacer coro con los otros y hundir, él también, un poco a su cuñado, insistiendo sobre la *aversión definida que inspiraban a Jacques todos los miembros de su familia*.

»Y llegamos a la suegra del acusado, Mélanie Duval. Esta honrada mujer nos ha confiado que *Jacques no era un mal muchacho cuando chico*: se puede deducir, entonces, que en esa época la sirvienta de la familia Vauthier sentía piedad por el joven incapacitado. Pero esos sentimientos cambiaron bruscamente el día en que se planteó el problema del casamiento de Jacques y Solange. A pesar de su modesto origen, y tal vez a causa de él, Mélanie esperaba que su hija se casase con cualquier muchacho normal y rico en lugar de encadenar su existencia a la de un incapacitado sin un céntimo. Esto contrariaba el sentido popular de la buena Mélanie, que había esperado durante tantos años para hacer de su hija «una dama». Y luego, agravio

supremo, ¿no era «una vergüenza» —cito los propios términos del testigo— *pensar que una muchacha tan linda compartiese su vida con un hombre que nunca la había visto, y que nunca podría verla*?.

»En lo sucesivo, Jacques Vauthier no tendrá enemigo más encarnizado que Mélanie; esta misma Mélanie que se ha presentado en el estrado, con todo el rencor acumulado desde hace años, para exclamar: *¡Si usted cree que es muy agradable para Solange ser la mujer de un asesino!*. Porque, para Mélanie, que ignora, sin embargo, todos los detalles del crimen, no hay duda posible: su yerno es el asesino. Llega a desear que condenen lo más pronto posible y con la pena máxima a Jacques Vauthier, para que su hija Solange se vea libre por fin y pueda rehacer su vida. ¡Recordad, señores del Jurado, que el odio de un cerebro limitado es implacable! Con toda naturalidad, Mélanie ha hecho recaer también este odio sobre Ivon Rodelec, el admirable maestro de Sanac, a quien no vacila en adornar con todos los pecados del mundo, únicamente porque fue «el instigador» del matrimonio. Y la vieja sirvienta no teme en afirmar que *ese señor Rodelec ha embrujado a su hija*, o emitir ante el Tribunal juicios insensatos sobre los Hermanos de Saint-Gabriel.

Los motivos que han impulsado a Mélanie Duval a presentarse a declarar en contra de su yerno son miserables, y sin valor desde el punto de vista jurídico: el Tribunal ya los ha juzgado.

»Como primera medida, la defensa tiene derecho a esperar que los jurados comprenderán la razón profunda por la que Jacques Vauthier se muestra tan severo en su novela cuando describe a las personas que rodeaban al héroe principal, ciego sordomudo de nacimiento como él. En realidad, señores jurados, es como para decir: ¡Qué familia!

»El último de los testigos citados por la acusación fue el señor Jean Dony. Aquí estamos frente a otro problema que nos parece tan penoso como los precedentes… La deposición de este llamado camarada ha sido, de entre todas, la más hábil y la más rencorosa. Señores jurados, el señor Dony ha conseguido sembrar la duda en nuestro espíritu relatando a su manera cierto incendio en una cabaña, al que se le ha atribuido más importancia de la que tiene en realidad. Lo que pudo ser un drama aquel día, fue sólo la consecuencia sin gravedad de los celos de Jean Dony hacia Jacques Vauthier.

»Que éste haya amado a Solange desde su adolescencia no lo ponemos en duda, y los hechos se encargarán de demostrar, durante mi exposición, que ese amor profundo de Jacques hacia la mujer que se convertiría en su compañera debía ir en aumento con el tiempo. Que Solange, en la época en que llegó a Sanac, haya experimentado un sentimiento muy tierno hacia Jacques no podrá tampoco ponerse en duda, pese a las comprensibles vacilaciones que tuvo aún después, cuando el señor Rodelec la aconsejó casarse con el muchacho. Pero que Jean Dony se enamoró perdidamente de esa hermosa y atrayente joven, la que en ningún momento le prestó atención, es una realidad. Por otra parte, lo contrario hubiese sido sorprendente: una pequeña investigación personal que realicé recientemente en Sanac me demostró que Solange

Duval ha dejado allí un recuerdo imperecedero. Se puede decir que casi todo el Instituto Saint Joseph estaba enamorado de esta joven luminosa y sonriente, cuya presencia había aportado un poco de femineidad al ambiente austero y estudioso del instituto, influencia que favorecían tanto el señor Rodelec como el doctor Dervaux. Jean Dony no escapó a ese sentimiento unánime que hizo nacer la recién llegada; él mismo nos ha dicho: *Me enteré por amigos sordomudos que la podían observar que era una hermosa muchacha. La única cosa que podíamos percibir los no videntes era la dulzura de su voz.*

»Ah, señores, ¡cuántos sueños!, cuántos sentimientos nuevos e impetuosos debieron nacer en el corazón de esos jóvenes ante la presencia de una mujer… Estados de ánimo capaces de desencadenar también unos monstruosos celos. En el caso de Jean Dony, éstos eran mayores: celos del hombre que sabe que la criatura soñada no será nunca para él, y celos también hacia esa joven que lo desplazaba del papel de protector de Jacques, que desde hacía seis años desempeñaba en Sanac. ¡Cuánta amargura tras las palabras del testigo…!: *Se percibían en ciertas entonaciones de Solange Duval que, bajo una dulzura aparente, que podía engañar a los videntes seducidos por su aspecto físico, se ocultaba una voluntad de hierro*… Celos que obligaron a Jean Dony a contradecirse en su propia declaración… ¡Ama y detesta a Solange, al mismo tiempo! Él también se ha presentado voluntariamente a declarar contra su antiguo camarada, para humillar indirectamente a aquella que contuvo sus ímpetus. La suya es la declaración de un amargado. La celebridad que Jacques obtuvo algunos años después, cuando apareció *El Solitario*, avivó ese resentimiento. No solamente el rival conservaba el amor exclusivo de Solange, sino que, además, adquiría un nombre glorioso que lo enaltecía ante los ojos de su amada. Ésas son cosas que difícilmente se perdonan cuando se tiene un alma como la de Jean Dony…

»Si regresó para tocar el órgano el día de los esponsales, fue accediendo a los repetidos ruegos del señor Rodelec, que deseaba no quedase entre ellos ningún resquemor. Pero Jean Dony, rival despechado, vio llegada la hora de la venganza el día que se enteró del crimen del *De Grasse*. ¿Acaso no justificó su visita voluntaria al juez de instrucción, encargado de levantar el sumario, diciendo que ese asunto era para él un caso de conciencia? Repito textualmente sus palabras: *¿Debía continuar dejando creer al mundo que Jacques Vauthier era incapaz de cometer un crimen o, al contrario, que el acusado no era un principiante? Mi deber, aunque penoso, me exigía ayudar a la justicia*. ¿Ésas son las palabras que hubiera debido pronunciar ante vosotros, señores jurados, el que se llamaba *el mejor amigo de la infancia de Jacques Vauthier*?

»El relato del incendio fue la mentira más hábil que cerebro humano haya podido concebir; relato que no concuerda para nada con la realidad, como Solange Vauthier nos lo ha hecho comprender con un pudor que es todo un galardón. Después de su declaración y de la del hermano Dominique no insistiremos ya sobre el episodio, pero

hacemos notar que el señor fiscal, en sus conclusiones, ha utilizado la engañosa declaración de Jean Dony para darnos a entender que estaba demostrado que Jacques Vauthier no era un principiante cuando el asunto del *De Grasse*. En nuestra humilde opinión, las conclusiones del señor fiscal, que no ha desdeñado comparar directamente una simple querella de muchachos con un crimen cometido diez años después, nos parecen, por lo menos, inesperadas.

Victor Deliot se calló un momento, para limpiar concienzudamente sus lentes antes de continuar.

—Ahora vamos a pasar revista a las deposiciones de los testigos que hemos citado y cuyas declaraciones, por extraño que esto pueda parecer al Tribunal, están lejos de habernos satisfecho, pese a los genuinos sentimientos de afecto y estima que mostraron en favor del acusado. Tenemos la impresión de que ese torrente de amor de una madre como la señora Simone Vauthier; esa conversación alegre de un buen hombre como el hermano Dominique y esa clarividencia afectuosa de un técnico como el doctor Dervaux, han podido sembrar ciertas dudas en el espíritu del Jurado, y perjudicar al acusado en lugar de ayudarlo.

»La señora Simone Vauthier se ha expresado ante el Tribunal con la pasión de una madre arrepentida. Ha sopesado bien las palabras. Como el resto de la familia, Simone Vauthier se despreocupó del pequeño e incapacitado Jacques durante sus diez primeros años, y comenzó a interesarse por él a partir del día que no estuvo ya a su lado. Después de todo, no hacía más que ceder al caprichoso sentimiento que nos hace descubrir cantidad de cualidades en las personas que no se encuentran cerca de nosotros. La falta inicial de Simone Vauthier fue grave: una madre que no siente el menor cariño por su hijo en desgracia, demuestra ser un monstruo. El niño lo comprendió instintivamente y se alejó de esa mujer cuya presencia, además de serle indiferente, terminó por resultarle odiosa. No había nada que hacer para aproximar a la madre y al hijo: los testimonios del señor Rodelec y del doctor Dervaux son concluyentes a este respecto. Todas las tentativas de acercamiento fracasaron lamentablemente. Si algún miembro del Jurado tuviera todavía dudas sobre la naturaleza exacta de los lazos existentes entre Jacques Vauthier y su madre, las verían desvanecer comprobando la impasibilidad de que dio pruebas el acusado en presencia de las tardías lágrimas de Simone Vauthier, suplicándole se defendiese y gritando ante la faz del mundo que Jacques era inocente.

»Que esta madre estuviese convencida de la inocencia de su hijo, no podemos dudarlo; pero en el fondo, el dolor de Simone Vauthier es sólo una doble herida de orgullo mal fundado: furor, que es casi rabia, de haber visto cómo otra persona, Ivon Rodelec, la reemplazaba en el corazón de Jacques, y desesperación bien comprensible al ver su apellido mezclado en un crimen.

»Después de escuchar mis palabras, algunos se extrañarán de que yo haya querido citar a tal testigo… Les contestaré que el lugar de una madre está sólo en el campo de la defensa. He preferido oír los gritos de reproche de una Simone Vauthier, dirigidos

contra aquellos a los que equivocadamente acusa de haberle robado el amor de su hijo, antes que escuchar los acentos del odio en boca de una hermana mayor. Con sinceridad de madre, un poco avergonzada de su conducta pasada, Simone Vauthier ha demostrado que si todos los miembros de la familia se habían conducido como verdaderos monstruos frente al pequeño incapacitado, por lo menos uno de esos monstruos era capaz de redimirse a ultimo momento. Los señores del Jurado olvidarán, como yo, los penosos sentimientos expresados por esta madre contra todos aquellos que han ejercido sobre su hijo una influencia superior a la suya, y retendrán la visión de esta desgraciada arrastrándose, inanimada, en este estrado, exclamando: *Señor intérprete, le suplico, diga a Jacques que su madre está aquí, cerca de él, para ayudarlo… Su madre, que sabe mejor que nadie que es incapaz de matar*.

»Creo sinceramente que una madre adivina, en efecto, si el fruto de sus entrañas ha matado o no. Para Simone Vauthier, su hijo Jacques es inocente. Es un testimonio que tiene su valor.

»El señor Dominique Tirmont, el simpático hermano portero del Instituto Saint Joseph de Sanac, es un buen hombre que se caracteriza, como es tradicional en la corporación de los hermanos porteros, por su copiosa conversación. Ha sido para él un enorme placer el relatarnos a su manera el incendio de la cabaña. Para él éste fue un suceso común: no insistiremos más sobre el tema. Al contrario, esta facilidad de palabra nos ha servido para aclarar algunos detalles. ¿Acaso no supimos por él el sentido de los colores que posee el acusado?

»Nos enteramos en esa forma de que la idea fundamental de los colores era falsa en el cerebro de Jacques Vauthier. ¡En realidad, lo contrario hubiese sido asombroso! Procediendo por analogía, Jacques Vauthier se ha formado una idea de los tonos pensando en variedades de sabores u olores. El acusado nunca piensa en un objeto sin revestirlo instintivamente con un color. Esta confusión ha desempeñado un papel de primer plano en el momento del crimen del *De Grasse*, como pronto lo demostraremos. El curioso experimento que realicé hace poco en presencia de su mujer os ha demostrado ya dos cosas, señores del Jurado: Jacques Vauthier le da mucha importancia a la bufanda de seda que lleva su mujer, y no puede «oír» en sus manos las palabras «color verde» sin tener un ataque de nervios… Recordad esto, señores del Jurado: ¡el acusado tiene horror al color verde! ¿Por qué esta repulsión? La simple lógica nos sugiere la explicación: porque el verde le trae a la mente un recuerdo desagradable… digamos, mejor: ¡un horrible recuerdo! En cuanto a la bufanda de seda que llevaba su mujer, que en realidad es gris y no verde, debo hacer una pequeña aclaración: yo mismo le he pedido a Solange Vauthier que se presentase a declarar con esa bufanda anudada al cuello. Era indispensable para el éxito de mis planes, y no lo siento, pese a la faz penosa que tuvo este experimento. Agradezcamos, entonces, al hermano Dominique la ayuda que nos prestó su declaración y examinemos la del último testigo a favor, el doctor Dervaux…

»El doctor Dervaux se ha presentado también ante este Tribunal con el deseo

sincero de probar la inocencia del acusado. La excelente declaración de este eminente hombre de ciencia que es, sin duda, después de Ivon Rodelec, quien mejor conoce a Jacques Vauthier, ha sido de una eficacia considerable. En efecto, esta vez nos hemos encontrado en presencia de un hombre de valor, cuyo espíritu práctico no se deja arrastrar por los ardores de una fe generosa. ¿No le hemos oído decir que *ha sido siempre un escéptico*? Escepticismo que sólo se inclina ante los resultados científicos del método experimental.

»El gusto innato por la *experimentación* está, así, muy desarrollado en este médico y fue lo que lo indujo a aconsejar a Ivon Rodelec de educar a Jacques, no atiborrándole el cerebro de Evangelios, sino despertando en el corazón del incapacitado una nueva ternura que reemplazase la de una madre demasiado egoísta. Se puede decir que, en su inmenso deseo de hacer el bien, el hombre de ciencia, personificado por el doctor Dervaux, fue tan responsable como el hombre de iglesia, encarnado por Ivon Rodelec, de la unión de Jacques con Solange. Responsabilidad que encuentro admirable, pues insisto en considerar ese casamiento como un verdadero éxito.

»Desgraciadamente, el espíritu científico del buen doctor, unido a la deformación profesional, lo ha inducido a llevar un poco lejos sus pequeñas investigaciones personales cuando se enteró del crimen del *De Grasse*… Al no poder desentrañar el doble misterio de las huellas y de las repetidas confesiones del acusado, el razonador cerebro del doctor Dervaux terminó por encontrar, a regañadientes, una especie de excusa para el crimen de Jacques Vauthier. No nos forjamos ninguna ilusión. Cuando se dio cuenta de que, pese a sus buenas intenciones, había perjudicado al acusado en lugar de ayudarlo, traté, sin mucho éxito, de explicar al Tribunal que sus palabras habían sido mal interpretadas. Pese a ello, y a su declaración final, comprendemos que este testigo de descargo se presentó al estrado persuadido íntimamente de la culpabilidad de Vauthier.

»El señor fiscal, por otra parte, utilizó este testimonio para deducir conclusiones netamente desfavorables para el acusado. Cuando yo afirmé que estaba en condiciones de probar en mi alegato que Jacques Vauthier no era el verdadero criminal, el doctor Dervaux trató, un poco tarde, de limitar los daños —su espíritu exageradamente científico fue el único responsable— conduciendo el debate hacia un plano estrictamente moral. Y encontró, ¡cómo no!, un argumento reparador no desprovisto de valor al declararnos que *Jacques Vauthier idolatraba demasiado a su mujer para abrumarla con vergüenza tal como la que sufría desde hace seis meses*. Ahora no era el sabio quien hablaba, sino el hombre de buen sentido junto con el hombre de corazón. En ese instante, y sin sospecharlo siquiera, el doctor Dervaux rozó la verdad. Ese crimen, en el cual la única falta del acusado es haber hecho todo de su parte para aparecer como el verdadero autor, es, en el fondo, la consecuencia del inmenso amor, llevado hasta el sacrificio supremo, de un hombre por su compañera. Y esto nos conduce naturalmente hacia Solange Vauthier, personaje

central del drama; una Solange Vauthier que debemos seguir paso a paso para conocer el proceso del crimen.

»En sus respectivas declaraciones, el comisario Bertin y el comandante Chardot declararon que Solange Vauthier, en la prisión de a bordo, enseguida del crimen, se comunicó con su marido una vez que fue puesta en su presencia. Esta conversación silenciosa e incomprensible para ambos testigos tuvo como medio «la mano»: los ágiles dedos de la esposa hablaron sobre las falanges de su marido. Ella misma nos afirmó haberle formulado una sola pregunta: *¿Verdad que no has hecho esto, Jacques?*, y él le habría respondido: *¡No te inquietes! Yo asumo toda la responsabilidad… Te adoro*. Respuesta posible, pero no auténtica. ¿No habría podido Jacques Vauthier decir a su esposa: *Yo sé que tú eres la culpable, pero no digas una palabra… Yo te salvaré*? Respuesta que, evidentemente, cambiaría el aspecto del problema. Tenemos derecho a pensar que fue ésa la verdadera.

»Solange se quedó helada al entenderla. ¿Culpable? Sí, lo era… pero no en el sentido en que lo entendía su marido. Jacques Vauthier estaba convencido de haber descubierto la prueba irrefutable que señalaba a su adorada esposa como la asesina de John Bell…, y todavía cree eso. Observad en este momento su cara ansiosa, expectante: su intérprete le traduce todas mis palabras. Vauthier desea que lo liberen de la afrentosa duda que lo obsesiona. Tiene miedo que su mujer, la dulce, la gentil Solange, que representa todo para él y sin la cual no puede vivir, sea culpable. Observad el sudor que brilla en su frente. Sudor de agonía… ¡Quiera el cielo que no sea la agonía de un amor! Espera… Y comienza a preguntarse si este bestia de abogado que desde hace semanas lucha para salvar su cabeza, pese a él mismo… no terminará por sacar a luz la verdad.

»Jacques Vauthier: voy a demostrarle que su esposa no ha matado, y a partir de este momento cesará usted de encerrarse en su heroica mentira. Desde la primera visita que le hice en la Santé, sabía que le estaba mintiendo a todo el mundo, señor Jacques Vauthier… ¡Hasta a mí, en quien tampoco tenía confianza! Ese día se abalanzó sobre mí para hacerme comprender claramente que no deseaba ver a un abogado mezclarse en sus asuntos, y para hacerme creer que era sólo una vulgar bestia. ¿Acaso no intentó hacerle admitir lo mismo a todo el mundo, desde el comandante del *De Grasse* hasta el juez de instrucción encargado del asunto, pasando por el inspector Mervel y los numerosos médicos alienistas y especialistas, sin olvidar a los defensores que me precedieron y se vieron obligados a devolver su molesto expediente por temor de no poder conseguir nada de usted, y siempre corriendo el riesgo de hacerse estrangular por sus peligrosos dedos?

»Lo reconozco: al adoptar esa falsa actitud de bestia, ha estado genial, Vauthier… El colmo de la destreza fue el engañar hasta a su bravo guardián de celda: este excelente hombre estaba tan convencido de que usted era un peligroso animal, que me aconsejó numerosas veces tomar toda clase de precauciones… Pero por desgracia, Vauthier, o digamos por suerte, se ha tenido que enfrentar con un viejo caballo de

noria. Y, ¡Dios mío!, como su silenciosa perspicacia es de una rara sutilidad, bajo su apariencia hermética, ha comprendido rápidamente que con un viejo pícaro como yo, sus hábiles mañas no darían ningún resultado. Entonces, sin insistir mucho, se ha calmado espontáneamente. He fingido seguir su juego con la firme decisión de quebrar esa calma exasperante cuando llegase el momento.

»Lo he conseguido ya dos veces en el curso de este proceso. La primera vez cuando lloró al contacto de las manos apergaminadas de su viejo maestro: ¡no puede negar esas abrasadoras lágrimas, Vauthier! Fueron hermosas, porque nacieron directamente del corazón. La segunda, cuando rozó la bufanda de su mujer: la rabia imponente que lo dominó en ese momento fue sincera… Dos veces, entonces, he tenido la prueba alarmante de que toda su actitud desde el momento en que lo encontraron tirado sobre la cama de John Bell no era más que una fantástica comedia. ¡Que pueda ser una bestia, no lo niego! Lo ha sido ya una vez, una sola vez en toda su vida, hasta un extremo inconcebible en un ser humano… Me encargaré de recordarle las circunstancias precisas cuando llegue el instante de jugar las últimas cartas; pero que sea una bestia, como lo cree la mayoría de los presentes porque usted se ha encargado de darles esta impresión, ¡eso es falso!

»Le he dicho, hace un momento, que su mujer no había matado: esto no quiere decir que no sea culpable. Su culpabilidad es de otra especie, ésa es la verdad. Y tendrá que atenerse a sus consecuencias: su silencio y su mentira continua me han colocado en la lamentable alternativa de dejarlo condenar siendo inocente o de revelarle, públicamente, algo que hubiese preferido, tal vez, ignorar siempre…

Usted no es él único que ha mentido: su mujer también nos ha engañado al tergiversar la primera respuesta que le dio usted en la prisión de a bordo. Pero ¿podía ella, acaso, hacer otra cosa?

»Solange Vauthier, señores del Jurado, sabía que su marido la consideraba la verdadera asesina de John Bell cuando, en realidad, nada tenía que ver con él; pero comprendió que esa íntima convicción de Jacques constituía para él una especie de bálsamo, que lo aseguraba sobre la conducta de su esposa y le producía casi placer. El amor de ese muchacho por su compañera es tal, que prefiere considerarla como la asesina de un hombre, del que se ha librado definitivamente para contener sus ímpetus, antes que la cómplice de una unión culpable. Solange, asesina de John Bell, se convierte para Jacques en una heroína que ha matado para no engañarlo. Desde el momento en que se creyó en posesión de la verdad, Vauthier alimentó una única idea: salvar a la admirable compañera que supo serle fiel hasta llegar a matar a un rival. Por esa razón, esperó pacientemente en el camarote de la víctima en que se lo encontró; por eso describió el crimen con suprema habilidad hasta hacer creer que él lo había cometido y no su mujer; por eso, en fin, dio a su compañera aquella extraña respuesta: *¡Yo sé que tú eres la culpable, pero cállate! Has hecho bien en matarlo; pero sobre todo, no digas una palabra… Yo te salvaré.* Actitud que se explica perfectamente cuando se comprende el inmenso amor que Jacques siente por

Solange, pero que no tendría ya ninguna razón de ser si se demuestra que, al revés de lo que cree Vauthier, su mujer no ha matado a John Bell, quien ha sido asesinado por una tercera persona. Lo que confirmaría algo que no he cesado de repetir: tres personas tenían interés en eliminar al joven norteamericano. Vauthier, para deshacerse de un rival; Solange, para borrar un pasado que la torturaba y pesaba rudamente sobre su conciencia, y el verdadero asesino, en fin, por otras razones que explicaremos a su debido tiempo.

»Sé muy bien, señores del Tribunal, que mi alegato os parecerá muy extravagante; pero os pido todavía un esfuerzo de atención para trasladarnos, con la imaginación, a los últimos seis meses que precedieron al regreso de los Vauthier a Europa, a bordo del *De Grasse*.

»Ante todo, una nueva y doble mentira de Vauthier y de su mujer os ha hecho creer que la joven pareja no había visto nunca a la víctima antes del crimen. Por una vez, la defensa está de acuerdo con el ministerio público, al afirmar que Solange y Vauthier conocían muy bien a John Bell. Un mensaje telefónico recibido ayer por la mañana desde Nueva York me ha confirmado que el joven norteamericano, muy relacionado con los medios franceses de Estados Unidos, sentía una gran amistad por los Vauthier… Amistad que no era muy correspondida por parte de Solange y Jacques. Con el único fin de precisar la naturaleza exacta de las relaciones existentes entre estos tres personajes, me parece conveniente hacer venir otra vez a este estrado a Solange Vauthier, para una declaración complementaria. Ruego, pues, al señor Presidente haga buscar a la testigo para una segunda deposición.

—El Tribunal accede a la demanda de la defensa —declaró el Presidente Legris, después de un rápido conciliábulo con sus asesores y de un signo de aquiescencia del fiscal.

***

La joven se presentó de nuevo en el estrado, no sin dejar traslucir un gesto de extrañeza.

—Señora Vauthier —dijo el viejo abogado, acercándose al estrado—, me atrevo a esperar que no estará molesta con el defensor de su marido por hacerla venir otra vez; pero es absolutamente necesario para llegar a conseguir el fin que, tanto usted como yo, perseguimos: que se declare inocente a Jacques. Me permitiré, ante todo, recordarle una pregunta precisa que le formuló el Presidente Legris durante su primera deposición: *¿Recuerda, señora, haber encontrado alguna vez, durante esos cinco años de peregrinaje en Estados Unidos a la víctima, el señor John Bell?*. Usted respondió negativamente.

»Y bien, por penoso que me resulte, creo un deber responderle a mi vez que usted, Solange Vauthier, ¡ha mentido! Desde hace más de un año conocían muy bien a ese John Bell. Se presentó espontáneamente a usted y a su marido con motivo de

una de las conferencias pronunciadas en Cleveland. En seguida de conocerlo, John Bell les resultó muy simpático. ¿No se preocupó él de facilitar los viajes y permanencias de ustedes en las diferentes ciudades que visitaban? ¿No llegó hasta a manejar el automóvil de ustedes? ¿No le resultaron encantadoras esas atenciones que les dispensaba, especialmente a usted, señora? Y se produjo lo que fatalmente tenía que ocurrir: el joven norteamericano era muy apuesto. ¿No ofrecía sobre su marido la inestimable ventaja de poderla contemplar? Sus ojos devoraban su cara, analizaban su elegante silueta, demostraban el ardiente deseo de un yanqui normal y sano hacia una hermosa hija de Francia… Aunque sintiese una inmensa ternura hacia su marido, no se había podido acostumbrar enteramente a la idea de que aquel a quien pertenecía era el único hombre que jamás la contemplaría, mientras que los otros podrían saciar sus ojos en la admiración de su belleza. Durante su primera declaración, usted pronunció, señora, una frase terrible: *Había demasiada piedad en mi cariño, y no se ama a las personas a quienes se compadece… ¡Se les tiene piedad!*.

»Lamento, Jacques Vauthier, revelarle todo esto hoy, sin el menor miramiento, pero… ¿acaso puedo hacer otra cosa? Su cara aparece cada vez más crispada, triste y patética. Le ruego, Vauthier, que conserve ese autodominio del que ha dado pruebas al acusarse de un crimen que no ha cometido, para oír el resto de este alegato, que es el más triste que haya podido pronunciar abogado defensor alguno. Es necesario que sepa que Solange decidió casarse con usted, sólo después de las diligencias que Ivon Rodelec realizó cierta noche cerca de ella… Solange se casó por piedad, mientras que usted estaba perdidamente enamorado de ella.

»Fue aquél, como bien nos dijo el buen hermano Dominique, un acontecimiento sin precedentes en los anales de la Institución Saint Joseph. Recuerde la extraña ceremonia en la capilla, donde los niños del coro eran sordomudos y el coro mismo estaba constituido por ciegos… Recuerde al abate Ricard, capellán de la Institución, que pronunció un magnífico sermón que usted, Solange, tradujo a medida que lo decía, sobre las falanges de Jacques. ¿No fue empleado y repetido el mismo procedimiento en todos los bancos de la capilla, donde cada ciego servía de intérprete a un vecino sordomudo? Solange Duval no sabía, entonces, si reír o llorar… Reír, pero no de alegría, sino de nervios, ante la faz extravagante de esta ceremonia de la que era heroína; llorar, ante la idea de que se encadenaría para toda la vida a un triple enfermo… Eso era lo que agobiaba su frente cuando, finalizada la ceremonia, pasó del brazo de Jacques entre la doble hilera de curiosos, de personajes austeros de sotana negra y alzacuellos azules y de enfermos… Allá arriba, en el coro, resonaba una marcha nupcial que le parecía una burla; y si su mirada, oculta bajo el velo de novia, se elevó algunos minutos, fue tal vez para cruzarse con la de un muchacho de mirada atenta y luminosa, que contemplaba ávidamente su rostro; una mirada cargada de deseos que no podría encontrar nunca en los ojos muertos de su marido.

»Su sufrimiento fue atroz aquel día. Y aumentó a medida que pasaron los meses, durante ese horrible viaje de bodas del que regresó desesperada. Cada hora de ese

viaje aumentó el sacrificio… Debió de realizar un esfuerzo sobrehumano para soportar su repugnancia física y no huir cuando los brazos de su incapacitado marido querían abrazarla.

Porque hubo una primera noche cuyo recuerdo no podrá borrar de su memoria, y en la cual midió su sacrificio en toda su inmensidad. Comprendió, sobre todo, que antes del casamiento todo parecía simple y fácil, porque la imaginación no retrocede ante ningún obstáculo; pero cuando pasó del sueño ideal a la brutal realidad, la inferioridad de su compañero se reveló bruscamente. Solange Vauthier, confiese que era doloroso ser besada por unos labios incapaces de balbucir una palabra de amor, y encontrarse frente a frente con el vacío de una cara sin mirada… En tales condiciones, el acto amoroso sólo engendra repulsión. Más rápidamente de lo que usted podía esperar —¿pensó alguna vez en la embriaguez del sacrificio que le hizo responder «sí» a Ivon Rodelec?—, el contacto con el incapacitado la descorazonó, y sus firmes intenciones se quebraron. ¿Cómo no comprenderlo? Para soportar esta larga prueba, habría necesitado una fuerza de voluntad que nosotros los humanos raramente poseemos.

»¿Y él? ¿No pensó usted, Solange, que viviendo continuamente a su lado él terminaría por tener conciencia de su inferioridad? Fue un desarrollo secreto que aumentaba cada vez más; los sentimientos de desesperación, de celos, de desconfianza, comenzaron a tejer una sombra entre ustedes. Y, sin embargo, él se apegaba a usted. Tenía siempre un deseo insaciable de su persona: deseo físico y moral. Y de él nació ese descontento sordo, del que prefirieron no buscar la causa profunda quién sabe por qué pudor mutuo… Se puede afirmar, señores del Jurado, que durante esos cinco años de matrimonio se libró una lucha incesante entre la razonable ternura de esta mujer joven y los carnales deseos del incapacitado. ¡Pueden imaginarse, también, lo que debió ser ese viaje de bodas a la Costa Vasca! Durante el día, cuando el medio de comunicación era la inteligencia, todo resultaba maravilloso: era la armonía de dos seres que se completaban porque uno de ellos, por lo menos, dependía totalmente del otro. Pero por la noche… ¡se invertían los papeles!

»Confiese, Solange, que hubiese deseado estar en el otro extremo del mundo antes que abandonarse a las caricias que la aterrorizaban… Desilusionada, no pudiendo casi soportar la presencia física de un Jacques al que, tal vez por error, idealizó demasiado, confió sus temores a Ivon Rodelec cuando fueron a visitarlo a Sanac para despedirse, antes de partir para Estados Unidos de Norteamérica. Una vez más las juiciosas palabras y los sabios consejos del maestro consiguieron atenuar su desilusión de mujer joven. El viaje hacia un país completamente desconocido para Jacques mejoró un poco la situación, y usted llegó a habituarse a llevar una existencia activa y resignada al lado del incapacitado. Sin habérselo propuesto ni deseado, y casi contra su voluntad se convirtió, para Jacques, en la rara mujer que contribuye a la felicidad de un hombre porque ese hombre no ha conocido ni nunca conocerá otra mujer ni otras sensaciones. Cuando se abandonaba a sus caricias, le ayudaba a

forjarse la ilusión de que él era un hombre como los demás.

»A fin de olvidar los penosos instantes que una pasión semejante la obligaba a soportar, se lanzó cerrando los ojos a la vida trepidante del nuevo mundo, yendo de ciudad en ciudad, de conferencia en conferencia, de reportajes a audiciones radiofónicas, de recepción en recepción, donde usted brillaba cada vez más. Su belleza triunfaba en cada una de las presentaciones. Parecía, también, que la presencia de ese gigante incapacitado siempre junto a usted, siguiéndola como una sombra o un esclavo, contribuía a valorizarla, haciendo resaltar su sonrisa y su belleza… En los primeros tiempos de su permanencia allá tuvo la impresión de ser dichosa, Solange, y así se lo escribió a su único confidente, a Ivon Rodelec, algunas semanas después de su llegada a Estados Unidos. Pero, en ese entonces, John Bell se cruzó en su camino, en viaje a Cleveland.

»El interés que el joven norteamericano pareció demostrar ante el caso excepcional de Jacques Vauthier, novelista francés ciego sordomudo de nacimiento, era sólo un pretexto, un medio para lograr la presa que codiciaba desde el momento en que la vio: usted, la hermosa mujer del incapacitado. Sus atenciones fueron cada vez más solícitas: la llevó a paseos en automóvil, sin que su marido opusiera la menor objeción. Jacques no suponía que usted pudiera serle infiel. Sin embargo, las cosas se precipitaron: algunos meses después del encuentro con John Bell, en Cleveland, los claros ojos de ese apuesto muchacho naufragaron en los suyos. Sus labios balbucieron las palabras de amor que usted esperaba desde hacía tanto tiempo. Si su dicha fue pasajera, también lo fue completa: ¡usted era su amante!

La joven palideció cuando su marido emitió un largo y ronco grito en el lugar de los acusados, de donde trataba de escapar para lanzarse contra Victor Deliot. Pero sus dos guardianes lo obligaron a sentarse otra vez.

—Sé que provoco un profundo dolor a ese desdichado —continuó el abogado—. Si pudiera, en este momento me mataría. Observadlo: aquí está, señores del Jurado, el Vauthier que quería mostrarles, el Jacques Vauthier hombre, que se convierte en una verdadera bestia cuando se trata de defender lo que cree que sólo a él pertenece: su mujer. Observadla también a ella, desfalleciente, incapaz de refutar la grave acusación que se acaba de hacer sobre su conducta. ¿Qué puedo decir sino que cedió a las instancias del joven norteamericano porque ya no soportaba más el pertenecer a un hombre que jamás podría verla? En esto estriba el drama de esta mujer. ¡No creáis de ninguna manera, señores del Jurado, que Solange haya estado enamorada de John Bell! Esas relaciones con el joven norteamericano, que la seguía de ciudad en ciudad, terminaron por causarle horror casi en seguida.

»Acosada por el remordimiento de engañar a un hombre para el que era todo, usted, Solange Vauthier, hizo lo imposible para romper definitivamente con su amante ocasional. Pero él se negó rotundamente: ¡no podía vivir sin usted! Su deseo de ruptura aumentaba ante el temor de que su marido sospechase algo. Confusamente, su marido comenzó a recelar de John Bell. Felizmente, Jacques no

llegó nunca a pensar que usted le era infiel. En su atormentado espíritu, el único culpable era ese norteamericano que la deseaba y contra el cual, estaba persuadido de ello, usted luchaba desesperada, cuando en realidad ya era su amante desde hacía varios meses…

»Para deshacerse de su peligroso amante, tomó la decisión de regresar a Francia en el próximo vapor, pero usted nunca imaginó que hallaría a John Bell a bordo, tratando de perseguirla. Usted y su marido lo vieron en el buque algunas horas después de la salida de Nueva York. Para salvar esta situación frente a Jacques, John Bell explicó que volvía en misión a Francia, en el plan de ayuda a Europa. ¡Curiosa ayuda a Europa, en realidad!

No deseando correr el riesgo de otro encuentro semejante, usted se las ingenió para decidir a su marido a que le sirvieran sus comidas en el camarote, de donde salían muy raramente. Al día siguiente, sin embargo, John Bell consiguió abordarla sola en un pasadizo. Se encolerizó y suplicó; usted huyó, enloquecida. En un momento dado decidió matarse, pero pensó que Jacques no sobreviviría a su desaparición… Jacques, que no podía vivir sin usted. ¿No habría sido mejor sacrificar a John, del que nadie tenía necesidad? La idea del crimen ha debido tentarla como una especie de reparación frente a Jacques. ¡Podemos imaginar, señores del Jurado, los sentimientos dispares, hasta monstruosos, que pueden invadir el corazón de una mujer honesta que se arrepiente de un desliz!

»John Bell continuó asediándola. Usted notaba su presencia desde que entreabría la puerta de su camarote. Hasta su marido lo percibía por el olfato, rondando alrededor de usted: su extraordinario sentido olfatorio debió revelarle su presencia cerca de él, y usted temió un estallido. Torturada, decidió tener una última entrevista con su antiguo amante.

Deliot retiró su mirada de Solange, para advertir a la sala:

—Señores del Jurado, señores del Tribunal, llegamos al momento del crimen… —y se volvió hacia Solange, anonadada en su silla—. Su marido, señora, descansaba en la cama, como lo hace todos los días después del almuerzo; usted va a cubierta a respirar un poco de aire puro. Puede ser que haya deslizado en su cartera ese revólver que, según me confió, durante nuestra segunda entrevista, tenía siempre consigo durante el viaje, para su defensa. Se dirigió al camarote de John Bell. Su plan es simple: golpeará en la puerta, él le abrirá alborozado, persuadido de que va a buscarlo como enamorada. Sola con él, tratará de convencerlo del peligro a que se exponen por su culpa; lo exhortará a que la deje y tal vez llegue a convencerle, porque, en el fondo, no es malo. De lo contrario, el pequeño revólver está a mano, en la cartera. ¿Utilizarlo, para liberarse de una vez? Arrojarlo en seguida al mar, por el ojo de buey, y regresar tranquilamente por la cubierta, para que el viento la limpie del olor del hombre, del olor del amante… y luego llegar al camarote donde su esposo, sin duda, habrá estado durmiendo durante su ausencia.

»Desgraciadamente, cuando llegó frente a la puerta del camarote ocupado por

John Bell, las cosas no sucedieron exactamente como usted las había previsto. La puerta del camarote estaba entreabierta. Intrigada, la empujó con precaución y quedó petrificada ante un espectáculo horroroso: su amante yacía muerto, extendido sobre la cama, el cuello ensangrentado. En su ofuscación no reparó, en ese momento, en una bufanda de seda verde extrañamente parecida a una de las suyas: una bufanda que llevaba usted continuamente, porque a su marido le gustaba acariciarla, y que se encontraba tirada sobre la mesilla… Usted, espantada, huyó.

»El aire fresco la calmó un poco. Al recorrer la cubierta comenzó a comprender que se le habían adelantado en algunos minutos… algunos instantes, tal vez, matando a su amante. Acababa de ser asesinado, aunque no se había animado a tocar el cadáver, todavía tibio. Pero ¿quién lo habría matado? ¿Un rival? Una idea le cruzó la mente: ¿no habría sido Jacques? Pero era imposible: usted no había abandonado a su marido en todo el día, antes de dejarlo dormido en su camarote… y como usted se dirigió por el camino más corto para llegar al camarote de John Bell, su marido no habría tenido tiempo de adelantársele para cometer el crimen. A lo sumo pudo haberla seguido, pero ése no era el caso. Usted había estado sola en el momento del macabro descubrimiento.

»¿Quién, entonces, podía haber tenido interés en apuñalar al joven norteamericano? ¿Otra mujer? ¿Por qué no? Alguno o alguna acababa de hacerle el apreciable servicio de desembarazarla, por fin, de ese amante al que ya no podía ver, y que continuaba asediándola con sus asiduidades y amenazas… John había sido asesinado, pero no por Jacques ni por usted. Mientras reflexionaba en todo esto sobre cubierta, pensó que debía hacer desaparecer el revólver tirándolo por la borda, pero… ¿para qué, si no había utilizado el arma? No era una pieza de convicción comprometedora. Y conservó ese revólver que usted nunca abandona, y que en este momento todavía está en su cartera, porque abriga desde hace tiempo la intención de utilizarlo contra sí misma cuando llegue el momento en que se haga la luz…

La joven, sobresaltada, realizó un brusco movimiento, pero Victor Deliot, que estaba continuamente cerca de ella, le arrebató la cartera, exclamando:

—¡No, señora! ¡Eso no! Usted debe vivir porque no ha matado, porque su marido todavía la necesita, porque debe expiar durante todo el resto de su existencia las faltas que ha cometido.

Al tiempo que hablaba, el abogado extrajo de la cartera el revólver, que hizo llegar al Presidente antes de continuar:

—Una vez calmada su excitación, lo único que le quedaba por hacer era volver a su camarote. Pero allí la esperaba otra sorpresa: ¡su marido había desaparecido! La duda volvió a posesionarse de usted. ¿Sería él, en realidad, el verdadero criminal? Pero, una vez más, la simple lógica le demostró que era imposible: no hubiera tenido tiempo de adelantársele al camarote de John Bell, ni de cometer el hecho siquiera, porque John Bell habría debido defenderse… ¿Dónde se encontraría Jacques? ¿Y por

qué habría abandonado el camarote solo, sin que usted lo acompañase, como acostumbraban hacerlo siempre desde que habían salido de Nueva York? Su ansiedad, cada vez mayor, la impulsó a volver nuevamente al camarote de su amante para cerciorarse si su marido se encontraba allí, y lograr así investigar algo más sobre el caso; pero la sola idea de enfrentar otra vez el cadáver de John Bell le impidió poner en práctica su proyecto. Además, la prudencia le aconsejaba no acercarse al lugar del crimen… ¿Quién sabe? La puerta entreabierta del camarote podía haber llamado la atención. Lo más conveniente para usted era esperar el regreso de Jacques en su propio camarote.

»La espera se prolongó. Al cabo de unos veinte minutos, su ansiedad se transformó en angustia. ¿Qué podría estar haciendo Jacques? ¿Dónde estaría? Sin duda, no pudiendo dormir, habría ido a buscarla a cubierta… ¡Sería terrible que no la encontrase! Este último pensamiento la obligó a abandonar el camarote. Pero después de media hora de inútil búsqueda, como usted misma lo declaró en su primera deposición, regresó otra vez al camarote con la esperanza de que Jacques estuviera de retorno. No estaba. Desesperada, temió lo peor: ¿se habría producido algún accidente? Jacques, ciego… ¿se habría caído al mar? Enloquecida, se presentó en el acto en el despacho del comisario de a bordo. Bien, conocemos el resto.

»Mientras se levantaba el sumario, usted estuvo condenada constantemente a callar: relatar su macabro descubrimiento hubiera equivalido a confesar que había estado en el camarote del joven norteamericano; las sospechas habrían recaído sobre usted. Eso la dejaba indiferente; pero usted temía, con toda razón, que las revelaciones descubriesen tardíamente a Jacques sus relaciones con John Bell. Y esto no lo quería a ningún precio. En fin, usted estaba anonadada por la precisión que daban los primeros interrogatorios. Lo estuvo, sobre todo, al oír la extraña declaración de Jacques. No comprende por qué se acusaba del hecho, ni el sentido de su frase: “¡No te inquietes! Asumo la responsabilidad de todo… Has hecho bien en matarlo. Te amo”. O Jacques se había vuelto loco súbitamente al creer que usted era la culpable, o él era el verdadero criminal, a despecho de su lógica personal que le decía lo contrario. A partir de ese minuto hasta el presente, usted también, Solange Vauthier, ha estado bajo el imperio de una duda abominable. Aun al presentarse en este estrado para defender a su marido, se ha preguntado muchas veces si su marido no habría cometido realmente el crimen.

»Ahora que he logrado demostrar a su marido que usted nada ha tenido que ver en la muerte de John Bell, deseo poder demostrarle que Jacques tampoco es el asesino de su amante y explicar, sobre todo, por qué se ha acusado falsamente del crimen. Si no tenéis inconveniente, señores del Jurado, transportémonos con la imaginación al momento preciso en que Solange Vauthier acababa de salir del camarote donde ha dejado a su marido recostado.

»Lo que no supo la señora Vauthier, ese día, fue que su marido no dormía. Cuando su mujer salió del camarote, se levantó, entreabrió a su vez la puerta con

precaución y siguió a su mujer a distancia, para no llamar su atención. Sospechaba que iba a encontrarse con el norteamericano. ¿Cómo pudo seguirla ese ciego a través del laberinto de corredores y escaleras del inmenso vapor? Gracias a su olfato…, ese olfato que es finísimo en él, hasta el extremo. Solange, su mujer, usaba siempre el mismo perfume que a él le encantaba, pues, como todos los ciegos, adora los perfumes. Fue un juego para él seguirla por el olor a través de los corredores.

»El espectáculo de este incapacitado, que tantea los pasadizos, sube y baja escaleras, las narices dilatadas por el perfume conductor, debió ser alucinante. ¡Se tiembla al imaginar los pensamientos, cada vez más desesperados y vengativos, que atormentarían el espíritu de Vauthier durante este extraño paseo! La idea del asesinato germinó entonces en su cerebro. Ignoraba, ante todo, a qué peligros se exponía; no quería ni imaginar la escena ante la que se encontraría, dentro de unos momentos, escena que su extrema sensibilidad le daría a entender en un segundo. Esperaba todavía que su compañera le fuese fiel, pero sus dudas aumentaban: los celos lo aguijoneaban… Como muy bien lo ha revelado el señor fiscal, un espantoso despertar se operaba en Vauthier durante esa silenciosa persecución de bestia, que husmea la presa cercana. Los bajos instintos, comprimidos desde hacía años por la sabía influencia de Ivon Rodelec, subían a la superficie como un vaho de repugnante fango. Vauthier estaba decidido a todo, ¡hasta a matar! ¿A quién? Aún no lo sabía. ¿A él o a ella? Al primero que cayese bajo sus peligrosas manos… tal vez a los dos. Y así se dirigía hacia su destino, a lo largo de esos pasillos frente a los camarotes, persiguiendo el perfume que lo arrastraba a la vida o a la muerte…

»Cuando llegó frente a la puerta del camarote de John Bell, tuvo un momento de vacilación: cosa curiosa, el olor del perfume flotaba también en el resto del pasillo. Vauthier estaba perplejo. ¿Cuál pista era la buena? ¿Debía penetrar en el camarote o continuar recorriendo el pasillo? Finalmente, empujó con lentitud la entreabierta puerta.

»Sigámosle ahora en el camarote, donde sus narices le revelaban el olor del hombre odiado, el norteamericano. Dos olores que se mezclan tan íntimamente no pueden ser más que la prueba irrefutable de la culpabilidad de dos seres. Ahí están… No se le escaparán. No necesita ninguna arma: ¡sus manos le bastan! ¿Par qué perder el tiempo buscando un cortapapeles cualquiera? Seguro de su hercúlea fuerza, Vauthier no ha pensado nunca en utilizar un instrumento para el crimen. El único reflejo que le nace con toda naturalidad, a él, que no ve, es el que le inspira el segundo sentido del que se sirve talentosamente: el tacto. Y el tacto exige un contacto directo: estrangulará.

»Si me permito insistir sobre este detalle, señores del Jurado, es únicamente para rectificar el monumental error psicológico que fue cometido durante la reconstrucción del crimen. Si Vauthier hubiese matado, no habría utilizado un cortapapeles, ¡sino sus rápidas y ágiles manos! Esa reconstrucción debía haber llamado la atención del señor inspector Mervel y de sus colaboradores: el acto

realizado por el incapacitado, con precisión de criminal profesional, era demasiado perfecto para ser verdadero. Fue una actitud estudiada, repetida con anticipación durante la media hora en que se encontró solo con el muerto. Vauthier sabía muy bien que su condena dependería en gran parte de la manera de comportarse, ¡y él quería asumir toda la culpa para salvar a su mujer! Era necesario, a todo precio, dar a los jueces la absoluta seguridad de que él, el incapacitado, era muy capaz de servirse de un afilado cortapapeles y herir con precisión, de un solo golpe, pese a su ceguera.

»Fue entonces cuando el sumario comenzó a tropezar. Pero volvamos al momento en que el incapacitado avanza lentamente en el camarote, los brazos abiertos, amenazantes… Choca contra la cama, al tropezar. Sus manos, que instintivamente extiende hacia adelante, se posan sobre un cuerpo extendido, un cuerpo cuyo olor aborrecido reconoce y al que se mezcla, además del perfume de Solange, ese otro, más acre, de la sangre. Ya comienza a percibir olor a cadáver. Vauthier retrocede, luego sus manos avanzan nuevamente hacia el cuerpo del norteamericano. Sus dedos palpan el pecho y ascienden lentamente hacia la cara para inmovilizarse a la altura del cuello, donde se mojan con un líquido tibio y viscoso: la sangre. Los dedos palpan ahora los contornos de la incisión hecha en el cuello…

»Ya no hay dudas en el incapacitado; esta herida ha sido hecha con un puñal. Los dedos descienden otra vez hacia el pecho, deteniéndose un momento en la región del corazón. El tacto es infalible: el corazón ya no late. El norteamericano está muerto, asesinado… Los dedos comienzan a recorrer el lecho alrededor del cadáver, buscando febrilmente el arma del crimen… De golpe, sus manos la encuentran: Vauthier reconoce instantáneamente el mismo modelo de cortapapeles que frecuentemente utiliza en su camarote para cortar las páginas de los libros que Solange desea leerle. Los dedos aún insatisfechos continúan palpando todo, con la esperanza de encontrar algún indicio. Al alcanzar la mesilla, se inmovilizan otra vez, como petrificados, sobre un objeto que acaban de tocar: una simple bufanda de seda que ha acariciado a menudo, y que está impregnada del perfume de Solange… Es el rectángulo de seda que Vauthier acostumbra llamar la bufanda verde; ¡se trata, entonces, de la bufanda de su mujer! Ésa es la prueba irrefutable de que Solange no se encuentra lejos, pero ¿dónde se esconde?

»Vauthier se aparta del lecho para recorrer el camarote, penetrar en el cuarto de baño, recorrer todo el departamento, revisar las ropas colgadas y el estante donde se coloca el equipaje. ¡Nada! ¡Nadie! Y, súbitamente, comprende. Todo se explica ahora…, todo es tan simple, tan luminoso… Con un pretexto cualquiera, el norteamericano ha conseguido arrastrar a Solange hasta este camarote, pero ella se ha defendido. No ha querido ceder, y en una actitud que él, su marido, encuentra heroica, ha golpeado al miserable con el primer objeto que halló bajo sus manos: el cortapapeles, que debía encontrarse en la mesilla.

»Desgraciadamente, en la ofuscación del momento, Solange perdió su bufanda, que quedó en el camarote después de su huida: la bufanda verde. Ahora comprendía

por qué el perfume persistía a lo largo del pasillo de los camarotes… Después de haber matado al norteamericano, Solange huyó por el pasillo hasta la cubierta, sin tomar la precaución ni tener tiempo para cerrar tras de sí la puerta del camarote, que quedó entreabierta.

»¡Ya que se había hecho justicia, era necesario, a toda costa, que Solange no fuese acusada del asesinato! No había un segundo que perder… Alguien podía presentarse de un momento a otro, y descubrir el crimen antes de que Jacques tuviese tiempo de preparar la escena. Una esposa tan admirable bien merecía ese sacrificio. El mejor medio, y el más seguro también, para desviar toda sospecha, era sustituir a Solange en el papel de asesino. Sería él, el incapacitado, sobre quien recaería el crimen. No serían, después de todo, más que algunos años de prisión… ¿Cómo se atreverían a condenar a la pena capital a un ciego sordomudo de nacimiento? Gozaría de ciertas circunstancias atenuantes. Por otra parte, su medio de defensa sería muy simple: un obstinado silencio para impresionar a los jueces y sembrar tal duda, que su castigo sería leve. Después, cuando saliese de la prisión, encontraría a su admirable compañera junto a la cual podría vivir una existencia feliz, lejos de todo rival.

»Todos estos tumultuosos pensamientos debieron desfilar en su afiebrado cerebro en pocos minutos. Cerró la puerta. Era necesario, antes que nada, hacer desaparecer las dos piezas de convicción: el estilete, en el que debían encontrarse las impresiones digitales de Solange, y, sobre todo, la bufanda de seda verde. Arrojó la bufanda al mar por el ojo de buey. Pero en el momento en que se decidía a repetir esa actitud con el cortapapeles, Vauthier vaciló… Cuando lo arrestasen, le preguntarían cómo había hecho para matar con esa arma. Convendría repetir en frio la actitud de Solange en su ofuscación, y repetirla tantas veces como fuese necesario hasta conseguir ejecutarla perfectamente, sin la menor vacilación. Sus dedos se crisparon sobre el mango del cortapapeles. Varias veces su brazo se abatió mecánicamente. Una vez bien seguro de poder realizar el acto homicida en la reconstrucción del crimen, decidió por fin arrojar al mar, por el ojo de buey, ese cortapapeles que debía tener huellas de su mujer.

»Debía ahora marcar el crimen con sus propias impresiones digitales. Posó por todas partes sus dedos manchados de sangre: su crimen estaba firmado. Para producir la impresión de que el norteamericano se había defendido, levantó de la cama el cadáver y lo arrastró hasta la puerta después de volcar intencionadamente algunos muebles. No tenía más que entreabrir otra vez la puerta con precaución, para que la primer persona que pasase por el pasillo descubriese el asesinato y al probable asesino.

»La espera fue larga. Le encontró un sabor especial. ¡Su tercer sentido le hacía gustar la plenitud del crimen, de lo que él ya consideraba su crimen! Ya os dije, señores del Tribunal, que una vez, una única vez en su extraña existencia, Jacques Vauthier procedió como una auténtica bestia: fue durante esa espera… Revivió con prodigiosa intensidad las fases de un crimen que no había cometido. Veía, con su

imaginación, su brazo justiciero abatirse sobre el norteamericano. No dudaba ya de que él fuese el verdadero asesino, y se complacía al máximo en su hecho imaginario. Jacques Vauthier no se arrepentía de nada: moralmente, él también había asesinado a John Bell.

»¡Ése es su crimen, señores del Jurado! En realidad es grande, pero no atañe a vuestra justicia.

Las palabras que terminaba de pronunciar el abogado emocionaron al público. Danielle estaba trastornada. La idea de que un hombre de una inteligencia tan excepcional pudiese transformarse en una bestia capaz de matar por amor, la turbaba extrañamente. Y el sentimiento de muda admiración que, poco a poco, la joven había sentido hacia el acusado, se reforzó singularmente. ¿No era un hombre maravilloso ese Jacques Vauthier, para quien sólo contaba su adorada mujer?

Victor Deliot no prestó la menor atención al torbellino que acababa de provocar. Dejó apaciguar los murmullos y continuó luego, con la calma que nunca lo había abandonado:

—Les ruego ahora, señores del Jurado, que observéis a Vauthier hundido en su asiento. ¡Mirad cómo su fisonomía, hasta ahora impasible, ha cambiado! Esta vez no desempeña ningún papel: su actuación es sincera, total… Su extasiado sueño de amor acaba de destrozarse. Y acaba de enterarse, también, de que Solange no fue quien mató a su amante, y que no fue ella quien tuvo la actitud que él consideraba como reparadora, en la inconsciencia de un corazón destrozado. No tiene ya ninguna razón asumir la responsabilidad del crimen. Señor intérprete, le ruego, si el señor Presidente no tiene ningún inconveniente, formule al acusado esta pregunta: Jacques Vauthier, la descripción que acabo de realizar sobre la manera en que usted descubrió y simula el crimen en el camarote ¿es exacta?

El intérprete trasmitió la pregunta sobre las falanges del incapacitado. Éste enderezó entonces su enorme cuerpo y, por primera vez desde la apertura del proceso, hizo con los dedos rápidos signos en alfabeto mímico que todo el público pudo ver. El intérprete tradujo en alta voz:

—La descripción es exacta.

—En ese caso —prosiguió el abogado—, hágale una última pregunta, y luego lo dejaremos tranquilo: Jacques Vauthier, ¿persiste en declarar que usted asesinó a John Bell, el 5 de mayo último, a bordo del vapor *De Grasse*?

Jacques, siempre de pie, respondió con el mismo procedimiento:

—Reconozco haber mentido para salvar a mi mujer. ¡Yo no he matado a John Bell!

Y se dejó caer sobre el banco, lastimosamente, vencido por su dolor moral.

—Recuerden, señores del Jurado, que ayer les dije tener la firme esperanza de lograr que mi cliente hiciera en este recinto una espectacular retractación, antes de que se cerrase este proceso. Pero me faltaba todavía, para obtener ese resultado, colocar a Vauthier en presencia de pruebas tan fehacientes, que no pudiera persistir

encerrándose en eso que yo insisto en llamar una admirable mentira de amor. Ahora no me queda más que formular tres pequeñas preguntas a la señora Solange Vauthier, excusándome por molestarla en el estado de postración en que se encuentra. Tengo derecho a pensar que la señora Vauthier no tiene ya tampoco ninguna razón que le impida decir la verdad. Solange Vauthier, John Bell fue su amante, ¿sí o no?

—Sí, fue mi amante.

—Fue usted a su camarote el 5 de mayo último hacia las dos de la tarde, ¿sí o no?

Solange respondió con un poco más de seguridad:

—Sí… Deseaba obtener de John la promesa de que no trataría de verme más. En caso de que se hubiese negado, creo que lo habría matado sin piedad para salvar la dicha de Jacques… Pero cuando entré en el camarote, John… ya estaba muerto…

—Tercera y última pregunta…, en la que le ruego, señora, haga un profundo esfuerzo de memoria, ahora que mis modestas deducciones personales le han permitido reavivar ciertos detalles. ¿Recuerda haber visto la bufanda de seda verde sobre la mesilla del camarote, a un costado del cuerpo?

—No. Estaba demasiado trastornada por la vista de John para observar detalles… ¡Era horrible! Había sangre por doquier… Sangre… Sangre… ¡Basta!

La joven se cubrió la cara con ambas manos, como tratando de escapar a la horrorosa visión. Sollozaba. Danielle encogió ligeramente los hombros, pensando con cierta amargura que Solange lloraba la muerte de su amante, mientras que no había tenido verdadero fervor por su marido… Se tenía la prueba de que esa mujer no había amado a Jacques, y que jamás lo amaría con verdadero amor.

Victor Deliot preguntó, casi a media voz:

—¿No se percató de que había perdido esa bufanda verde antes del crimen?

—¡Sí! La tenía aún cuando nos embarcamos en Nueva York… Pero desde la tarde misma de la partida, ya no la vi más. Me apenó… No le dije nada a Jacques, porque sabía que a él le gustaba mucho esa bufanda. Finalmente, terminé por olvidarla.

—En suma: su bufanda verde, señora, le fue robada por el verdadero criminal tres días antes del crimen. Debía de ser alguien que la conocía muy bien, que sabía que usted la llevaba habitualmente y que estaba impregnada de su perfume… Alguien que se encontraba también en el *De Grasse* con la firme intención de matar a John Bell, dejando cerca de su cadáver uno de sus objetos familiares para hacer caer la responsabilidad del crimen sobre la cabeza de usted… Alguien que no tenía nada contra su marido, sino contra usted y John Bell.

»Por espacio de largas noches de insomnio he buscado, al igual que el doctor Dervaux y el señor fiscal, el móvil que pudo inspirar este crimen tan bien premeditado y en el que usted también ha corrido el riesgo de ser la víctima. Puede estar bien segura de que si su marido no hubiese hecho desaparecer la pieza delatora que era su bufanda, ni diseminado con profusión sus propias impresiones digitales, sería a usted a quien se juzgaría en su lugar, y creo no equivocarme al asegurar que ningún defensor del mundo le habría podido evitar el castigo.

»Entonces, alguien deseaba perjudicar tanto a usted como al joven norteamericano. Pero… ¿quién? ¿Alguien a quien usted o John le habrían ocasionado algún perjuicio? ¿Qué perjuicio? ¿Un perjuicio material? Desde un principio deseché esta deducción por imposible. ¿Un perjuicio moral? Me aproximaba a la verdad… ¿Y por qué no un perjuicio sentimental? Nos encontramos, entonces, en presencia de un móvil pasional… ¡Cómo no había pensado en ello antes, ni nadie antes que yo entre los acusadores o defensores que me precedieron! El criminal, o el instigador del crimen… —insisto particularmente sobre esta segunda entidad— podía ser un hombre, o una mujer. De ser un hombre, sería un amante rechazado por usted, señora Vauthier; de ser una mujer, habría sido una amante a la que usted hubiese desalojado del corazón de John Bell.

»Insistí mucho tiempo en la primera hipótesis, pero estaba seguro de que su aventura con el joven norteamericano debía ser considerada como una debilidad pasajera. A pesar de todo, confieso haberme preguntado, en un momento dado, si ese Jean Dony con el cual había tenido antiguamente, en la Institución de Saint Joseph, una aventura bastante desagradable, no estaría mezclado en el asesinato… Pero comprobé que Jean Dony, en el momento del crimen del *De Grasse*, continuaba siendo organista en Albi. Quedaba la segunda hipótesis: la de una rival. Las cosas, entonces, se simplificaron extrañamente.

»En efecto; supongamos señores del Jurado, que John Bell haya tenido como amante durante algunos meses, tal vez años, a alguna muchacha hermosa pero sin escrúpulos, como esa bailarina de club nocturno de la que ya se ha hablado: Phylis Brooks. Sabemos ahora, por la confesión de Solange Vauthier, que había conocido a John Bell algunos meses antes de regresar a Francia, y que llegó a ser su amiga íntima. El ardor del joven norteamericano por la hermosa Phylis debió enfriarse el día en que ese osado muchacho conoció a nuestra encantadora francesa. Phylis Brooks, que quería conservar su dominio total sobre John Bell más por interés que por pasión… —¿acaso no era el hijo único de un acaudalado e influyente miembro del Congreso?— debió concebir un gran despecho, que llegó a transformarse en odio cuando tuvo la certeza de que Solange Vauthier la había suplantado completamente en el corazón de John. Queda entendido, señora Vauthier, que John no le habló nunca de Phylis ni de las continuas escenas, adornadas de amenazas, que ella le hacía casi todos los días. Pero a medida que usted lamentaba su unión con él, John se obstinaba más. Enterado de que había decidido bruscamente regresar a Francia con su marido, simuló comprender las razones de su padre, el señor senador Bell, quien pensaba que un viaje a Europa permitiría a su hijo liberarse definitivamente de la hermosa Phylis. John se embarcó, entonces, sin prevenirla: ¡de ahí la sorpresa de usted al encontrarlo sobre cubierta, algunas horas después de partir de Nueva York!

»Phylis, sin embargo, no permanecía del todo ausente. Alguien estaba a bordo para representarla: ¡su marido! El marido de Phylis, que la había sorprendido la víspera de la partida del vapor, en compañía de su amante, el apuesto John… La

escena que se desarrolló en el departamento mismo de Phylis, en Nueva York, había sido espantosa.

Aquella tarde el marido había salido. Phylis, sabedora de que regresaría tarde por la noche, aprovechó para dirigir una apremiante llamada telefónica a John Bell. Quería verlo, hacer una última tentativa para que no la abandonase. John, que en el fondo era un ser débil frente a las mujeres, se dejó conmover por el tono imperioso de aquella a quien pensaba abandonar para siempre. Tal vez tuvo miedo de que la muchacha sin escrúpulos hiciese estallar uno de esos escándalos mundanos que gustan tanto a los norteamericanos, y que podía causar un grave perjuicio a su padre, el honorable miembro del Congreso, que se encontraba en pleno período electoral… John consideró prudente ir al departamento de Phylis para tratar de aplacarla, y llegar con ella a algún acuerdo monetario. El muchacho no se hacía ilusiones sobre la naturaleza exacta de los sentimientos que abrigaba la joven hacia él. Para Phylis, John valía por su buen apellido y, sobre todo, por su dinero. Phylis Brooks era una genuina hija de Broadway, bella e intrigante a la vez, tonta e interesada, que sólo veía en el hombre una máquina que le procuraba dinero, mientras que su marido no la ayudaba con nada…

»Un cuarto de hora después de la conversación telefónica, John entraba en el departamento de Phylis, a cuyo marido no conocía. Se había enterado por la misma muchacha de que era casada y también que el esposo podía considerarse como una persona despreciable… uno de esos maridos cómodos que ofrecen la ventaja de estar siempre de viaje. John ignoraba hasta el nombre de ese marido modelo, porque Phylis se hacía llamar por su apellido de soltera, Phylis Brooks. Era menos molesto para su profesión de bailarina.

»Es fácil imaginar cuál fue la conversación entre la muchacha y aquel que trataba de escapar. Debió comenzar por una escena de amor encantadora, pero el joven no cayó en la trampa. Su cerebro y su corazón estaban demasiado impregnados por la imagen de la dulce francesa, cuya conducta era opuesta a los modales categóricos e interesados de la norteamericana. John prefirió afrontar, en seguida, la situación: «¿Cuánto quieres?»… «Cincuenta mil dólares», respondió Phylis, con aplomo.

»Finalmente, después de una sórdida discusión, transigieron en veinticinco mil dólares. El cheque se firmó al portador, para que la muchacha pudiera cobrarlo en seguida. Desgraciadamente, cuando al día siguiente se presentó en el banco, Phylis Brooks debió presentar sus documentos de identidad. Éstos estaban extendidos con su verdadero apellido, el que le había dado su marido al casarse. Phylis embolsó la suma, pero el número de su cédula de identidad quedó asentado en el banco: un número que resultó precioso a mi corresponsal en Nueva York.

»En el momento en que John se separaba para siempre de la muchacha, una llave rechinaba en la cerradura: era el marido, que regresaba antes de lo previsto. Los dos hombres no se vieron —insisto mucho en este detalle—, pues el muchacho consiguió escapar por la escalera de seguridad que poseen casi todos los edificios neoyorquinos.

El marido sólo tuvo el tiempo necesario para poder ver la huida de una silueta masculina. Esta huida fue también una confesión. El esposo no tuvo más que observar a su mujer para comprenderlo todo. Lo que le hizo fue de tal brutalidad, que en un segundo Phylis se encontró inmovilizada en un rincón, con las manos de su marido que cerraban más y más su tenaza mortal alrededor del cuello. La hermosa Phylis confesó, gimiendo: «Es John…, John Bell…, pero no volveré a verle más. Se embarcará mañana con la mujer que ama, en el mismo vapor que tú».

»Pues John Bell no supo nunca que el marido de Phylis Brooks era francés, y que su profesión lo obligaba a ir todos los meses a Francia, en el vapor *De Grasse*…

»Una hora después, el marido, reconciliado, llevó a su mujer a cenar a un *dancing*, para pasar alegremente su última noche antes de partir. Phylis aceptó, encantada de esa tregua, y con la idea de aprovechar sus veinticinco mil dólares sin que su marido lo supiera. En el fondo le había salido bastante bien la aventura.

»Al día siguiente, el marido se embarcó. El *De Grasse*, como ya hemos dado a entender, no tenía ningún secreto para el marido francés de Phylis, después de realizar en él durante tres años la travesía entre Nueva York y El Havre. El hombre conocía bien la disposición de los camarotes de lujo y de primera clase, el dédalo de escaleras y pasadizos, los hábitos de los pasajeros, los reglamentos de a bordo; en una palabra, toda la vida interna que anima a una ciudad flotante como aquélla… No le resultó difícil saber cuáles camarotes habían reservado el matrimonio Vauthier y John Bell. Provisto de esos elementos buscó apropiarse, desde las primeras horas de la travesía, de un objeto perteneciente a la que pensaba responsabilizar del crimen: Solange Vauthier, la nueva amante de John Bell.

»Esta venganza de un esposo escarnecido se cumplió con una lógica sin piedad: comenzaría por matar a John Bell. Así podía estar seguro de que Phylis no volvería a ver jamás a su amante. Él se encargaría de anunciar a Phylis, por medio de un lacónico telegrama, la muerte de John Bell; sería para la hermosa criatura una sorpresa, aumentada por un saludable temor que, en lo sucesivo, le impediría, tal vez, hacerse de un nuevo amante… Para asegurarse la impunidad, arreglaría las cosas de suerte que todas las sospechas recayesen sobre la amante francesa del joven norteamericano; se encontraría normal, después de todo, que John fuese asesinado por una mujer casada que trataba de rehabilitar su honor. En el momento, la muerte del hijo del senador daría mucho que hablar. La presunta asesina, contra la que se acumularían pruebas irrefutables, sería juzgada por un Tribunal francés y, casi con certeza, condenada. Durante ese tiempo él, el asesino, trataría de vivir una existencia, ya que no tranquila, por lo menos apasionada al lado de la hermosa Phylis.

»Cuando identificó a Solange Vauthier, el hombre pudo notar que la joven llevaba ostensiblemente una bufanda de seda verde alrededor del cuello. Después de haber rozado tres o cuatro veces a Solange Vauthier, entre el gentío de la partida, lo sorprendió también su característico perfume, un perfume del que estaría impregnada la bufanda verde… No tenía más que robar la bufanda para colocarla bien visible en

el lugar del crimen, cuando éste fuese consumado. Así los jueces no tendrían ninguna duda sobre la identidad de la asesina.

»¡Reconozcamos que todo estaba muy bien planeado! Desgraciadamente, la ejecución del plan se realizó sólo a medias. Si la primera parte, es decir, el crimen, se desarrolló siguiendo el proceso cuidadosamente establecido con toda anticipación, la segunda fracasó por la intrusión, que podríamos calificar de milagrosa, de Vauthier, que fue el primero, y yo aseguro el único, que cayó en el lazo preparado por un cerebro astuto, cuando descubrió en el camarote del crimen la perfumada bufanda de su propia mujer… El resto lo conocemos.

»Una persona cuya sorpresa debió ser grande fue la hermosa Phylis, cuando el 6 de mayo, al leer los periódicos matutinos de Nueva York que daban la noticia del asesinato en el *De Grasse* de un ciudadano de la libre América, se enteró de que el asesino ya había sido aprehendido a bordo y que éste no era su marido, sino el de su rival. Cada vez comprendía menos que ese cable bastante lacónico, recibido la víspera a las cinco de la tarde y firmado por Henri, el nombre de su esposo, le dijese en inglés: «Comparto tu pena». Estábamos en plenas condolencias… En ese momento pudo experimentar un trastorno nervioso. Pero su sólido temperamento de muchacha práctica y liberal, que no estaba en este mundo para conmoverse, se repuso rápidamente. Después de todo, ya se había embolsado los veinticinco mil dólares; con tal de que el imbécil de su marido no estuviese demasiado comprometido en el asunto… Sería grave, porque la policía podía hacer investigaciones y descubrir, por ejemplo, que uno de los últimos cheques firmados por John Bell en Nueva York había sido pagado a cierta mujer que llevaba el mismo apellido que el asesino. Phylis no se sentía muy tranquila. La lectura de los periódicos del día siguiente la asombró, tranquilizándola al mismo tiempo. Sabría la verdad cuando su marido regresara a Nueva York, en el próximo viaje…

»Ahora conocemos un poco más a Phylis Brooks. Nos queda tan solo descubrir la identidad de su esposo, y por ella la del asesino de John Bell. No se necesita ser brujo para realizar esa pequeña tarea, gracias a los elementos que ya hemos reunido; pero me permito decir al Tribunal que la presencia de la señora Solange Vauthier, de pie desde hace tanto tiempo frente a este estrado, no es ya necesaria para terminar mi alegato.

—Puede retirarse, señora —dijo, enseguida, el Presidente Legris.

Cuando la mujer hubo salido, Victor Deliot continuó:

—Para establecer rápidamente esta identidad, me parece necesario volver a oír en este estrado a los primeros testigos que han declarado en el proceso. Quiero decir, a los testigos puramente objetivos; aquellos que no tenían ningún lazo de parentesco o de amistad con el acusado y que se han visto obligados a relatarnos los hechos o actuaciones. Si tengo buena memoria, fueron sucesivamente el camarero Téral, el comisario Bertin, el comandante Chardot, el doctor Langlois, el inspector Mervel y el profesor Delmot. Si el Tribunal no tiene inconveniente, propongo que cada uno de los

testigos anteriormente citados se presente otra vez, para contestar a algunas preguntas concisas que tengo intención de formularles.

—El Tribunal no tiene ningún inconveniente —respondió el Presidente Legris.

—Muchas gracias. Me parece mejor hacer comparecer de nuevo a los testigos en el orden que estableció el señor fiscal en el momento de sus declaraciones anteriores. ¿No fue el primero el camarero Téral?

***

—Señor Téral —comenzó el viejo abogado, una vez que el camarero estuvo en el estrado—, según nos dijo en su primera declaración, usted fue el primero que descubrió el crimen en el camarote de lujo ocupado por John Bell…

—En efecto.

—Y sólo ante la orden expresa del comisario Bertin, que deseaba satisfacer la reclamación de la señora Vauthier, comenzó usted una búsqueda metódica en los camarotes de lujo, cuyo servicio estaba a su cargo.

—Exacto.

—Cuando vio desde el corredor la puerta entreabierta del camarote ocupado por John Bell, no debió sorprenderse mucho, ¿verdad?

—¿En qué forma? ¿Cómo?

—¡Usted esperaba eso, señor Téral! Pero lo que sí hubo de sorprenderle fue encontrar el cuerpo tirado detrás de la puerta y a Vauthier sentado sobre la cama, abatido.

—En efecto…

—… tanto más —continuó el abogado—, cuanto que esta extraña visión no concordaba con la que dos horas antes tuvo del camarote.

—No comprendo…

—Ya comprenderemos todo —afirmó Victor Deliot—. Unas dos horas antes de su, digamos, descubrimiento oficial del crimen, usted ya había entrado en ese mismo camarote con la llave maestra que, obligatoriamente, posee todo camarero de a bordo para asegurar el normal servicio a su cargo. Tuvo usted mucho cuidado en no hacer ruido para no despertar al ocupante del camarote, que estaba recostado en su cama, en pijama, durmiendo la siesta; la observación en los tres primeros días de travesía le enseñaron las pequeñas costumbres de John Bell. Éste dormía el sueño de los justos, pero estaba vivo, gozando de perfecta salud. Cerca de él, sobre la mesilla, se encontraba el estilete cortapapeles que la delicada atención de la Compañía Transatlántica pone a disposición de cada pasajero para facilitar las lecturas. Evidentemente, ese cortapapeles constituía un arma ideal: usted sabía que la encontraría en ese lugar, sin tener necesidad de llevarla… Ese muchacho dormido no ofrecería ninguna resistencia y ¡Dios mío!, pasaría de este mundo al otro deslizándose del sueño terrenal al sueño eterno…

—¡No le permito! —chilló el camarero.

—¡Silencio! —exclamó el Presidente Legris.

—¡Ah! ¿Así que no me permite, señor Téral? —prosiguió, implacable, Victor Deliot—. Y bien, yo lo acuso formalmente de haber matado a John Bell, en su camarote, a las 13:45 del día 5 de mayo último, seccionándole la arteria carótida con el cortapapeles, sobre el cual no se encontrarían sus impresiones digitales porque debió tomar la elemental precaución de enguantarse. Tampoco tuvo reparo en dejar el arma del crimen sobre la mesilla, al lado de la bufanda de seda verde que tres días antes había sustraído a la señora Vauthier. Ésa es la razón por la que me permito preguntarle, señor Téral, si la inusitada presencia de Vauthier al lado del cuerpo de su víctima no le ocasionó un ataque de nervios. ¿Confiesa que existían motivos?

—No comprendo una palabra de todo lo que dice —respondió el camarero.

—Todavía usted no comprende, señor Téral, pero palidece cada vez más… Puesto que su memoria es tan frágil, la voy a reavivar explicándole cómo he llegado a descubrir que es usted el asesino. Como la investigación de los magistrados no aportaba luz, dirigí por mí mismo una pequeña y personal investigación. Descubrí a toda la familia Vauthier, a la Institución de Sanac… y exploré también cierto expediente de la Compañía General Transatlántica. He oído los nombres de todos los pasajeros que se encontraban a bordo del *De Grasse* durante la triste travesía. He visto todos los cablegramas expedidos desde el vapor. Y, entre el papelerío de felicitaciones y órdenes de bolsa llamó mi atención un telegrama firmado por «Henri», que decía: «Comparto tu pena»; en inglés: *I share your sorrow*. Estos términos, un poco ampulosos, pudieron pasar perfectamente inadvertidos para los radiotelegrafistas del *De Grasse*, no cruzándoles por la mente la idea de asociar esa pena compartida a distancia con el asesinato cometido a bordo; pero no sucedió lo mismo con un viejo caprichoso como yo.

»Noté que ese cable que tenía la firma “Henri” había sido expedido desde el *De Grasse* apenas media hora antes del crimen, dirigido a cierta Phylis Brooks, residente en Nueva York. Encargué enseguida a un amigo que hace cerca de medio siglo vive en esa ciudad, que me averiguara rápida y discretamente quién era esa misteriosa desconocida… Fui informado con toda claridad sobre la especial personalidad de esa muchacha y sobre sus últimas relaciones; entre ellas figuraba cierto John Bell, trágicamente asesinado a bordo del *De Grasse* el 5 de mayo último. Al mismo tiempo me enteré de que esta Phylis Brooks estaba casada, hacía tres años, con un ciudadano francés, cierto… Henri Téral.

»Phylis continuaba usando su apellido de soltera por necesidad de… digamos, de trabajo. Y el telegrama, expedido desde el *De Grasse*, llevaba la firma de «Henri». Ese misterioso Henri no podía ser otro que el marido de Phylis, ¡y se encontraba a bordo, en el momento del crimen! ¡Confiese que la coincidencia era muy grande! Al no encontrar ningún Henri en la lista de pasajeros que me facilitó la atenta Compañía, pedí permiso para leer la lista de la tripulación de esa misma travesía. Y allí encontré

el nombre Henri precediendo al apellido Téral, camarero agregado al servicio de los camarotes de lujo, ¡entre los que se encontraba el que ocupaba John Bell! Todo se aclaró. ¡Se hizo la luz!

Un murmullo admirativo recorrió el recinto. Danielle, deslumbrada, contemplaba a su viejo amigo, que, emocionado también, trataba vanamente de ajustar sus lentes sobre la nariz. Tosió, se aclaró la voz y continuó:

—Mis conclusiones, señores del Tribunal y señores del Jurado, serán simples: el verdadero asesino de John Bell está frente a ustedes. Será juzgado a su debido tiempo, y temo que la tarea de su defensor será pesada: demasiado pesada en todo caso, para mis cansados hombros. Personalmente, he cumplido la misión que me confió el decano del Colegio de Abogados, el doctor Musnier, el día que me nombró de oficio en esta causa para asegurar la defensa de Jacques Vauthier, quien será absuelto. No espero agradecimiento de nadie, y menos aún de mi extraño cliente, al que reconozco haberle causado mucho mal revelándole la conducta de su esposa; tampoco lo espero de ella, pues debe reprocharme haber sacado a luz ciertos secretos de su vida íntima; ni el agradecimiento de la familia de este desdichado enfermo, que, sin duda, no me perdonará nunca el haberle evitado al acusado, con toda justicia, la aplicación pura y simple de la pena prevista por el artículo 302 del Código Penal y reclamada por el señor fiscal Berthier con vehemencia que, felizmente, se ha comprobado inútil.

»La única persona que, en el fondo de su corazón, debe bendecir al cielo por haber sabido inspirarme es, sin duda, el señor Rodelec, el admirable y modesto Ivon Rodelec, cuya celebridad ha elevado muy por encima el nivel pedestre de estos debates. Y si a mi vez debo agradecer a alguien, es a vosotros, señores del Tribunal y señores del Jurado, que habéis sabido escuchar este extenso alegato con una paciencia que honra a la justicia francesa…

## Capítulo sexto

# EL VEREDICTO

En el departamento de la calle de los Saints-Péres, Victor Deliot había vuelto a colocarse su descolorida bata y a calzarse sus pantuflas. Hundido en su viejo sillón, la cabeza apoyada en el sumario, los ojos entornados, parecía prestar poca atención a la conversación de Danielle, su joven confidente. El estudio estaba iluminado, como todas las noches, por la lámpara colocada sobre el escritorio.

—Estará cansado, doctor, después de esta jornada agotadora. ¿Quiere que me vaya?

—No, hija mía —respondió el abogado, sin levantar los párpados—. Quédese un rato más; su presencia me resulta muy agradable después de la excitación de la vista… Por otra parte, si no estuviera usted a mi lado en este momento me encontraría un poco solo.

—¡Si supiera, doctor, qué maravilloso ha estado! No solamente ha salvado a Jacques, sino que lo ha humanizado. De la bestia que era, lo ha hecho un ser tierno, sensible…

—Entonces, ¡tanto mejor! Usted es, por lo menos, alguien a quien no he decepcionado con mi alegato. He sentido que todos los demás me guardaban rencor; empezando por mi cliente, que habría preferido, me parece, ser condenado por un crimen que no había cometido, antes de enterarse de la infidelidad de su compañera…

—¡Con qué pasión lo escuchó esta tarde la sala durante casi tres horas! Todo el mundo pendía de sus labios, ya que no era únicamente el abogado defensor… ¡Encarnaba toda la justicia, convirtiéndose alternativamente en policía, juez de instrucción, procurador, defensor y acusador!

—En suma, he sido una especie de «Frégoli» del Palacio…

—Y ahora ¿qué va a suceder, doctor?

—Algo muy simple, hija mía. El verdadero asesino, que después de mi alegato fue arrestado en plena audiencia, será guillotinado posiblemente; con eso, el excelente Berthier estará satisfecho. ¡Con tal de tener una cabeza, poco le importa que sea la de Jacques o la de Henri!

—¿Y la esposa del asesino?

—¿La hermosa Phylis? No se aflija mucho por ella… En este preciso momento debe de encontrarse en algún club nocturno de Broadway, sin saber exactamente si se aturde para ahogar su pena por la pérdida de un amante rico, o si celebra la fortuna de haberse desembarazado de un marido a quien despreciaba.

—¿Por qué no han puesto en libertad en seguida al pobre Jacques? Ha sufrido tanto… ¿Esta noche va a dormir todavía en la cárcel?

—Querida, la justicia es una vieja dama muy quisquillosa: se siente horriblemente fastidiada por haber sido puesta en ridículo por un ciego que le ha dado gato por liebre… Pero tranquilícese: antes de tres días, Jacques Vauthier recuperará a su mujer.

—¿Recuperar a su mujer? ¡Espero que nunca más volverá con ella!

—Será necesario, hija mía… ¿Qué sería de él sin ella? Y como es un muchacho muy inteligente, ya habrá comprendido que la falta pasajera de Solange era poca cosa comparándola con la devoción que le ha demostrado desde la infancia. No puedo imaginar a Jacques sin Solange, como a Solange sin Jacques…

—Eso seria monstruoso —respondió Danielle con viveza—. Una mujer egoísta, fría, que ya no es digna del amor admirable que le ha profesado ese ser maravilloso… ¡Verdaderamente, eso sería monstruoso!

Deliot la contempló con sorpresa:

—¿Qué le pasa, querida?

Ella enrojeció, turbándose mucho y esforzándose por sonreír.

—No, nada… O, por lo menos, nada más que la emoción de haberlo seguido durante toda su defensa… Y usted, doctor, ¿qué hará ahora?

—¿Yo? Tratar de dormir tan bien como usted, querida Danielle, a la espera de que mis sueños no estén poblados de sordomudos, senadores norteamericanos, ciegos, Hermanos de Saint-Gabriel, médicos forenses ni muchachas de Broadway.

—Buenas noches, doctor…

La joven, ya en el umbral, se volvió para decir, después de una ligera vacilación:

—Doctor… Discúlpeme, pero antes de irme desearía saber algo sobre un detalle que me intriga.

—Hable…

—He comprendido perfectamente el móvil y el proceso del crimen; su exposición ante el Tribunal fue muy clara… Sin embargo, no he podido explicarme todavía cómo pudo descubrir el misterio de esa bufanda verde que Vauthier tiró al mar, siendo el único que sabía que se encontraba en el camarote. Era, con todo, un elemento esencial. En efecto, si Vauthier no hubiera encontrado cerca del cadáver esa bufanda impregnada del perfume de Solange, que conocía muy bien, no habría tenido la prueba material de la culpabilidad de su mujer. Podría haber pensado que otra persona, desconocida para él, podía haber matado a John Bell… Y, en ese caso, ¡no habría tenido ninguna razón para acusarse del crimen! Tampoco habría existido un caso Vauthier, sino, simplemente, el asesinato de un norteamericano por X… ¡y usted no habría sido nombrado de oficio por el decano del Colegio de Abogados!

—Tiene razón mil veces, mi querida niña, pero la famosa bufanda existía. ¿Cómo pensé en ella? ¡Dios mío!, de una manera muy simple, casi diría infantil. ¿Recuerda que mi primera entrevista con Solange Vauthier tuvo lugar, después de su llamada telefónica, cierta mañana, alrededor de las once en el paseo central del rosedal de Bagatelle?

—En efecto, doctor.

—No debe poner en duda que, a pesar de mi miopía, observé a la joven de pies a cabeza durante esa primera conversación. Dos detalles llamaron mucho mi atención: su particular perfume y la bufanda de seda gris que tenía alrededor del cuello… Me di cuenta en seguida de que era la bufanda la que estaba impregnada de perfume y, automáticamente, llego a mi memoria un pasaje de la novela *El Solitario*, que acababa de leer la víspera y en el cual el autor, es decir, Vauthier, decía más o menos así, al describir a la esposa de su héroe, ciego sordomudo como él: *A menudo llevaba alrededor del cuello una bufanda de seda verde, que perfumaba con cuidado; eso indicaba una prueba de ternura hacia su marido, quien amaba el color verde, a pesar de no haberlo visto nunca. Cada vez que respiraba el olor de que estaba impregnada la bufanda de seda, pensaba en el verde, viéndolo a su manera*. Mi cerebro hizo rápidamente una asociación de ideas entre la pareja Vauthier y los dos personajes principales de la novela, y deduje que el autor del libro debía amar, él también, la perfumada bufanda que llevaba su mujer. Después pensé en otras cosas; no me pareció de ninguna utilidad hacer partícipe de unas reflexiones puramente personales a mi interlocutora, a quien tenía que formularle un mundo de preguntas más importantes.

»Tres días pasaron antes de que Solange Vauthier me concediera una segunda entrevista en este despacho. Desde que entró, mi olfato percibió nuevamente su perfume, siempre el mismo, y mi vista se vio atraída por la bufanda de seda gris que llevaba todavía sobre su traje sastre. Llegué a la conclusión de que Solange Vauthier prefería particularmente esa bufanda gris, a menos que hubiese adquirido la costumbre de llevarla para agradar a su marido, como la heroína de la novela… Pero entonces, ¿por qué la bufanda gris en lugar de verde? Impulsado más por curiosidad que por deber profesional, le declaré que su perfume me gustaba mucho. Me respondió, con melancolía, que a su marido también le agradaba. Consciente del papel que el olfato desempeñaba en la vida del enfermo, deduje —otra vez para mis adentros— que Vauthier no podía prescindir de este olor que le denunciaba la presencia de su compañera. Y ya no vacilé en decir a la joven: ¿Su marido sabe que esta bufanda es de color gris? Me contestó, simplemente: «No; felizmente mi marido ha creído siempre que era verde. Porque adora el verde, yo no sé por qué… En su imaginación, ese color es sinónimo de frescura».

»Como yo parecía intrigado, agregó, señalando la seda gris: «Esta bufanda tiene su pequeña historia. Figúrese que desde hacía mucho tiempo, tenía una bufanda de seda que Jacques me había comprado en Estados Unidos, idéntica a ésta, pero verde… Le agradaba en extremo, tal vez más que a mí; quería que yo la llevara al cuello y la tocaba a menudo, palpándola con suavidad… Por desgracia, algunas horas después que el *De Grasse* zarpó del puerto de Nueva York me di cuenta de que la había perdido. La busqué en vano, por todos los rincones, recordando perfectamente que la tenía puesta cuando subimos al vapor. Muy fastidiada, y deseosa de que Jacques no le diera demasiada importancia a esta pérdida, que no tenía nada de

trágico en sí, o que no viera en ello un mal presagio, fui a escondidas a uno de los comercios de a bordo para adquirir, lo más pronto posible, una bufanda idéntica. Encontré una parecida, ésta que usted ve, cuyo tejido de seda era exacto al tacto; pero el color, como puede comprobarlo, es gris. Pensé que Jacques, después de todo, no la vería, y lo que importaba, en realidad, era la sensación al tacto. Compré la bufanda, la llevé a mi camarote y la rocié con el perfume. Fue una mentira piadosa, porque no se dio cuenta de nada».

»Le contesté a Solange Vauthier que en su lugar hubiera hecho lo mismo, y cambiamos de conversación. Pero estaba lejos de pensar en ese momento que la clave del asunto era esta historia de la bufanda que, ¡cielo santo!, sólo me parecía un incidente sin importancia en la acción principal. Reflexioné varios días. Emprendí el viaje a Sanac. Le hice visita tras visita a mi cliente en su prisión, siempre acompañado del intérprete… Y volví a ver, por tercera vez, a su mujer: ¡ésta siempre llevaba consigo la famosa y perfumada bufanda, que terminó por fascinarme! Se convirtió, para mí, en una verdadera obsesión y, poco a poco, mi cerebro descubrió la base del crimen. Es verdad: el crimen estaba firmado por Vauthier, con sus impresiones digitales repartidas por todos lados; pero el inconveniente era que había demasiadas… Entonces, si Vauthier no era el verdadero criminal y, sin embargo, se acusaba del asesinato, era con el único fin de salvar al verdadero criminal, a quien conocía. ¿A quién podía tener interés en salvar? ¿Por quién un hombre haría semejante sacrificio? La única persona que satisfacía mi pregunta era su mujer, la hermosa y dulce Solange… Luego, era Solange quien había asesinado a John Bell, y Vauthier poseía la prueba. ¿Qué prueba? ¡La bufanda verde, caramba! La bufanda mascota que Solange debió perder en el camarote del norteamericano, y que los dedos de Vauthier habrían palpado, la bufanda impregnada de perfume…

»Pero entonces, una nueva duda, angustiosa esta vez, me invadió: ¿Por qué Solange había matado a John Bell? ¿Para deshacerse de él? Luego, existía un lazo secreto entre Solange y el joven norteamericano… ¿Había matado con sus propias manos, o utilizado un cómplice? John Bell era robusto; ¿podía una criatura tan frágil ser el asesino? Parecía sospechoso. A menos que —y entonces fue, en realidad, cuando se hizo la luz en mí—, a menos que el asesino fuera desconocido para Solange y que odiase tanto a la joven como al norteamericano. En ese caso, el mejor medio para perjudicar a los dos era matar a John Bell haciendo pasar como asesina a Solange; para esto, era suficiente dejar una prueba de la presencia de la joven en el lugar del crimen. El asesino habría notado, tan bien como yo, la perfumada bufanda alrededor del cuello de Solange… Tenía que sustraerle esa bufanda, y lo hizo. Usted conoce lo demás.

»Pero yo estaba siempre en el terreno de la hipótesis: era necesario tener la certeza de que Vauthier había descubierto, cerca del cuerpo de John Bell, la bufanda verde de su mujer. Por eso, la víspera de la apertura del proceso, aconsejé a Solange presentarse ante el Tribunal con su bufanda gris alrededor del cuello. Mi plan era

matemático: ya me las arreglaría para que Solange, en un momento dado, se aproximara al acusado, tan cerca como para que pudiera percibir el perfume… Veríamos cuál sería la reacción. Usted también vio perfectamente cómo reaccionó: por todos los medios trató de arrancar del cuello de su mujer la bufanda que él creía verde; esa prueba terrible de la culpabilidad de Solange, que lo dejó estupefacto en plena audiencia. No podía comprender que esa bufanda estuviera allí, cuando con tanto cuidado la había hecho desaparecer al simular el crimen. Y ya tiene aclarado todo el misterio de la bufanda, Danielle.

—Discúlpeme, doctor, pero aún no me ha dicho cómo descubrió que Vauthier se había desprendido de esa fastidiosa bufanda.

—Esa vez me puse en el lugar del personaje. ¿Qué hubiera hecho si me hubiese encontrado en el camarote, como Vauthier, tras haber descubierto cerca del cadáver un objeto familiar perteneciente a mi mujer, a quien deseara salvar a cualquier precio? Simplemente, lo habría tirado al mar por el ojo de buey, lo mismo que el arma del crimen. De esa forma, desaparecían todos los rastros. Buenas noches, hija mía. No piense demasiado en esto: tendría pesadillas inútiles.

Danielle escuchaba todavía, ceñuda, como si no pudiera liberarse de la escena del camarote donde un hombre, por amor, se acusaba falsamente de ser el asesino. Se dirigió hacia la puerta como una autómata. En el momento en que iba a salir, Victor Deliot, que no había abandonado todavía su sillón, la llamó:

—Hijita… —había pronunciado estas palabras con tanta ternura que la joven retrocedió, desconcertada—. Venga —continuó el viejo abogado—. Aproxímese un poco para que pueda verla más de cerca.

Danielle obedeció. Él terminaba de ajustar sobre la nariz las eternas gafas, y contempló en silencio a su joven alumna.

—No me gustan, hija mía, ni ese ceño arrugado ni esos ojos… ¿Qué le pasa?

—Nada, doctor —respondió la joven con vivacidad.

—¿Nada? Entonces, ¿por qué tiene los ojos llenos de lágrimas?

—Le aseguro… —no tuvo fuerzas para concluir. Estalló en sollozos, escondiendo la cara contra el brazo del sillón.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo Victor Deliot, con un ademán que hasta ese día creyó imposible realizar: le acariciaba el cabello… Su tono áspero se dulcificó al agregar—: ¿Creyó que no había comprendido? ¿Que un viejo oso como yo es incapaz de adivinar los sentimientos íntimos, extraños y puros a la vez, que pueden anidar en el corazón de su querida hijita? Míreme… —la obligó a levantar la cabeza—, y escúcheme: Jacques Vauthier, niña mía, no pertenece a nuestro mundo. Usted y él serían completamente extraños uno al otro, muy al contrario de lo que ha creído sentir a medida que lo observaba durante el proceso. Al principio, justamente, le producía horror. Y después, poco a poco, se ha dejado enternecer… Todo esto, hijita, no es muy profundo… en el fondo, es sólo un sentimiento de *midinette*, de corazón demasiado tierno… Y no me disgusta que sea así, Danielle. Pero para consagrar su

vida a un ciego sordomudo de nacimiento, creo que se necesitaría un corazón de bronce. Solange posee un corazón así. Ha podido tener una debilidad pasajera, excusable, si se quiere; estoy convencido de que no lo volverá a repetir: ha pasado la crisis… En cuanto a usted, no lo olvide: si quiere hacer carrera en nuestra profesión, no debe dejarse enternecer por ninguno de sus clientes. En otras palabras, no haga como yo. Ya ve a qué he llegado: un abogado viejo y frustrado… Vamos, levántese, hijita, y regrese a su casa sonriendo, que es el mejor remedio para las pruebas del corazón.

***

El tiempo era radiante: abril había sembrado su brotes sobre los pobres árboles de la capital; los gorriones comenzaban a piar en los patios y en las cornisas de las ventanas. Victor Deliot enarbolaba su *canotier* de amarillenta paja… Según el inmutable rito, el anciano, después de recorrer la escalera principal del Palacio de Justicia y el Salón de los Pasos Perdidos, se dirigió hacia el vestuario de abogados. Trocó su usado *canotier* por su aún más usado birrete; luego la toga recubrió el viejo traje. La ajada cartera de cuero, donde se encontraba la eterna *Gaceta de los Tribunales*, completó la silueta. Victor Deliot se había reintegrado a sus antiguas costumbres. A la entrada de la galería Marchande, tropezó con el decano del Colegio de Abogados, que exclamó:

—¡Deliot! ¿Es un fantasma? Pero, viejo, ¿qué es de tu vida? ¡Más de cinco meses que no se te ve por el Palacio! Claro, es explicable… después de tu triunfo en el caso Vauthier…

—No exageremos —respondió el abogado.

—¿Exagerar? ¡Pero si todo el Palacio, y la prensa en pleno no ha hecho más que hablar de ti! De la noche a la mañana te has hecho célebre, y después… ni noticias de Victor Deliot. El superhombre desapareció… ¿Qué te ha pasado?

—¿A mí? Nada. He esperado pacientemente y a pie firme que fueran a casa a proponerme asuntos importantes.

—¿Y?

—¡Ni uno! En parte, lo preveía. ¡Qué quieres! Pertenezco a la vieja escuela, tan atropellada por los jóvenes advenedizos… Y como no peco por moderno, precisamente…

—¡Vamos! ¡Tienes que reaccionar! Escucha: precisamente tengo que proponerte un nuevo y sensacional asunto: se trata de un mutilado que ha matado a su mujer…

—Decididamente, quieres convertirme en el abogado de la Corte de los Milagros… ¡Gracias! Qué quieres, prefiero volver a mi vieja amiga, la correccional…

—¿Estás loco?

—Tal vez… a menos que no sea prudente.

—Bueno…, después de todo, eres libre para elegir a tu gusto y paladar… Eso no

te impedirá venir a verme de vez en cuando. Siempre te guardo aquellos buenos cigarros…

—¡Ah! Si me convences por el lado del sentimiento…

Victor Deliot esbozó una sonrisa mientras el decano se alejaba. Y comenzó una vez más su tranquilo paseo a través del Palacio, arrastrándose de archivo en archivo, de cámara en cámara, consultando los letreros que anunciaban los asuntos detenidos. Tres horas después, mezclado entre el gentío, abandonó el vestuario de abogados luego de quitarse la toga y cambiar el birrete por el *canotier*. El aire era suave, incitaba al ensueño. Victor Deliot emprendió el camino de su casa, sin itinerario fijo, costeando el muelle de Grands-Augustins, a lo largo de los puestos de libros viejos. Se detenía delante de cada escaparate al aire libre, hojeaba un libro amarillento, ajustaba de vez en cuando las gafas para contemplar alguna estampa antigua. Pero, en realidad, no veía nada. Estaba perdido en sus sueños, que lo transportaban lejos, muy lejos, hasta la Institución Saint Joseph de Sanac, a la que añoraba desde que la había conocido. Allá, por lo menos, se encontraba la verdadera paz y se olvidaban rápidamente todos los cálculos y pasiones de los hombres.

Cuando llegó al rellano de su piso de la calle de Saints-Péres, se sorprendió al encontrar que allí lo esperaba alguien: Ivon Rodelec. Un Ivon Rodelec de sotana negra y alzacuello azul, que hacía girar el tricornio entre las toscas manos como si estuviese intimidado; un hombre de mirada siempre luminosa tras los gruesos anteojos; un anciano cuya alto cuerpo parecía haberse encorvado todavía un poco más.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó el abogado, al tiempo que hacía entrar en su modesto departamento al visitante—. ¿Quién iba a imaginar que lo vería esta tarde? De regreso del Palacio, pensaba precisamente en usted, en sus colaboradores de Sanac, y también en sus alumnos.

—Ante todo, debo pedirle disculpas, mi querido doctor —dijo con dulzura el hermano de Saint Gabriel—, por no haber venido antes a agradecerle todo lo que hizo por mi querido Jacques; pero no me animé a hacerlo hasta que todo terminara.

—¡Así es! El verdadero culpable ha sido castigado, y el inocente liberado… ¿Cómo está mi ex cliente?

—Usted debe de estar muy enojado con él, igual que con su mujer, por no haber recibido su visita de agradecimiento.

—Eso es lo corriente, señor Rodelec… Usted sabe desde hace mucho tiempo que la verdadera recompensa no es, precisamente, el reconocimiento humano. Pero no hablemos de esto, por favor, y volvamos a mi pregunta: ¿cómo está Jacques?

—Bien. Mejor dicho, muy bien… Puedo decirle que ya una nueva felicidad comienza para él.

—¡Tanto mejor!

—Sí. El objeto principal de mi viaje a París ha sido reconciliarlo con su mujer, a la que ha perdonado todo.

—Siempre he estado de acuerdo con usted en que, a pesar de ciertas apariencias, esos dos seres habían sido creados el uno para el otro. ¿No es la ternura el elemento perdurable de un gran amor?

—Siempre lo he creído. Y me siento muy feliz al anunciarle que he convencido a Jacques y Solange para que regresen a Sanac por algunos meses, lo que les permitiría volver a encontrarse mutuamente en la atmósfera que les fue tan propicia. Tomaremos los tres el expreso de Limoges, mañana por la mañana.

—Estoy encantado de enterarme de esas buenas nuevas. ¿Y usted, señor Rodelec? Hablemos un poco de usted… ¿cómo se encuentra?

—Envejezco, como todo el mundo… Pese a los anteojos no veo ya muy bien; mi vista disminuye… Y además, estoy cada vez más sordo. Sería curioso que después de haber logrado, más o menos bien, que mis desdichados niños encontrasen el medio de ver sin ojos y oír sin oído, yo, a mi vez, me convirtiera en ciego y sordo… Si sucediera esto, se lo agradecería al buen Dios, que lo habría permitido para que, de una vez por todas, pudiera comprender el verdadero estado en que se encuentran mis queridos alumnos.

—No cambiará jamás, señor Rodelec.

—¡Y usted tampoco, mi querido amigo!

—¿No es privilegio de los viejos el parecerse un poco?

—A pesar del enorme placer que experimento al conversar con usted, me veo en la obligación de dejarlo —dijo Ivon Rodelec, levantándose—. Todavía tengo que hacer otra visita…

—Apuesto a que se trata de un nuevo incapacitado, a quien tiene intención de conducir a Sanac…

—¡Decididamente, mi querido doctor, su psicología no falla!… Sí, se trata de un pobre niño, afectado también del triple mal congénito. Ignoro todavía si podré llevar a este niño a Sanac, pese al inmenso deseo que siento de no abandonar este mundo sin haber educado al vigésimo alumno…

***

Cuando se quedó solo, Victor Deliot se hundió en el sillón, después de haberse calzado sus pantuflas y arrebujado en la descolorida bata. Aunque sus párpados estaban cerrados, no dormía. Reveía, con el pensamiento, todo el asunto Vauthier, con sus numerosos testigos, algunos de los cuales fueron odiosos, y otros torpes por exceso de buena voluntad; el fiscal, áspero y sutil, el Presidente calmo y comprensivo, y el acusado, en fin, amurallado en su silencio… Imaginaba ahora el extraño viaje que se realizaría al día siguiente en ese compartimiento del expreso de Limoges, al que subirían cuatro personas: Jacques, Solange, Ivon Rodelec y el nuevo interno. El abogado conocía demasiado bien el corazón del anciano para saber que no resistiría al deseo de educar una nueva inteligencia, abrigando el secreto anhelo de

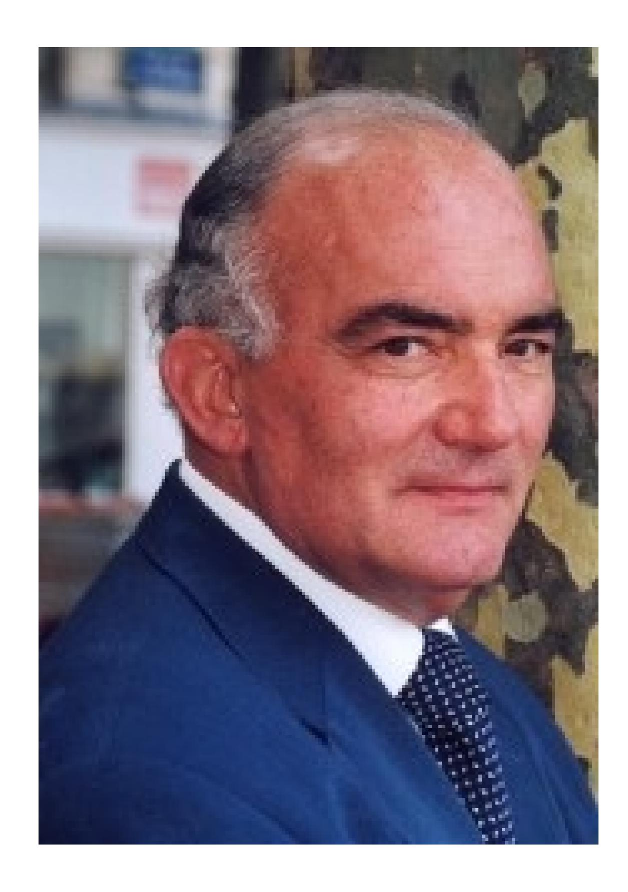
ganar un alma. Cuatro personas que llegarían algunas horas después al andén de la estación de Sanac para encontrar allí a un hermano Dominique, sonriente y voluble, que les contaría los últimos chismes de portería y los conduciría hasta el carricoche tirado por un caballo, cubierto de una capota negra, y que servía para asegurar las compras en la ciudad y el abastecimiento en la Institución. Un vehículo que servía a la vez de ómnibus de hotel y de carro, y cuyo caballo tordillo rivalizaba en vejez con el fiel Valentín, que cumplía funciones de jardinero y de cochero. Victor sabía, por haber estado una vez allí, que en la enorme casa cada uno tenía varios oficios, así nadie tenía tiempo de aburrirse.

Siempre en medio de su sueño, veía al vehículo traquetear y sacudirse a placer. Sentado en el pescante, cerca de Valentín, estaría el hermano Dominique, que dirigiría mil saludos a todos aquellos a quienes les era familiar el viejo vehículo. ¿Quién supondría que en el interior del carricoche se encontraba el vigésimo muerto en vida que iba a reunirse con sus hermanos en desdicha, sin tener, siquiera, conciencia de lo que hacían con él? El vigésimo alumno de Ivon Rodelec sentado al lado del decimonono, Jacques Vauthier, que no era ya una bestia, sino un hombre como los demás, capaz de encarar una nueva felicidad.

El trayecto entre la estación y Sanac se hacía largo en el viejo carricoche; el abogado se percató de ello el día que lo condujeron de vuelta para tomar el tren de París, después de aquella primera visita que nunca olvidaría. Un trayecto que a un hombre normal le resultaba interminable, pero ni Vauthier con su engañadora cara, ni Solange, tan frágil, ni Ivon Rodelec tan bueno, ni el nuevo interno amorfo, ni el hermano Dominique, demasiado conversador, ni aun el humilde Valentin eran seres normales. Constituían seis personajes aparte, en un siglo de velocidad, progreso, cobardía y egoísmo.

Victor Deliot veía claramente detenerse el carricoche delante de un gran portón, encima del cual se podía leer, escrito con letras blancas: «Institución Regional de Sordomudos y Ciegos». Las paredes que franqueaban el portón aparecían inmensas, semejantes a las de una cárcel de ladrillo desgastado por la intemperie. El portón se abría, y el carricoche franqueaba el umbral en un último esfuerzo. Mientras se cerraban las pesadas puertas, Victor Deliot creyó oír el golpeteo de los zuecos y el crujido de las ruedas sobre la grava del patio interior. Luego se hizo el silencio: ningún otro ruido llegaba desde el otro lado de las altas paredes…

La nueva bestezuela debía estar postrada, a la espera de que el buen genio desconocido viniera a darle la luz. Las ágiles manos de la dulce Solange irían en socorro de las viejas y apergaminadas de Ivon Rodelec, para lograr un nuevo milagro. El instinto maternal de la joven, que no había podido inclinarse sobre un niño fruto de su carne, ¿no crearía otra muñeca de trapo parecida a Flanelle, capaz de establecer el primer lazo entre el pequeño enfermo y la vida?



Guy Augustin Marie Jean de Pérusse des Cars fue un escritor francés nacido en 1911 en París y fallecido en 1993, también en París.

Su madre, Maria Teresa Edwards, chilena y aristocrática, pretendía hacer de él un sacerdote y su padre, noble y militar, lo imaginaba oficial de caballería. La causante de vocación fue su niñera, madame Joubelin, que en su infancia solía leerle unas historias para hacerlo dormir que lo apasionaban hasta el punto de desvelarlo.

Educado por los jesuitas desde los siete años hasta los dieciséis; fue expulsado seis veces.

A los 19 años escribió una comedia de *boulevard* titulada Croisière pour dames seules (Crucero para damas solteras). Su padre, el conde Francois de Perusse des Cars, se horrorizó ante la idea de que su hijo se dedicase al espectáculo.

Dispuesto a luchar por su vocación, Guy abandonó el castillo familiar para dedicarse al periodismo, llegando a ser redactor en jefe del *Jour*.

Al comenzar la guerra (1939-1945) Guy des Cars se hace teniente de caballería y recibe la Cruz de Guerra por su conducta en el frente; llega también el perdón paterno.

Tras la derrota de 1940 se retiró en el sur, donde escribe su primera novela, *L'officier sans nom*, surgido de sus experiencias en la guerra.

En 1962, fue elegido director de la Academia de Maine.

En 1974, publicó un relato en forma de confesión autobiográfica con el título *Yo me atrevo* (*J'ose*).

Escribió numerosas novelas, de gran éxito, como *La impura* (*L'Impure*, 1946), *El solitario* (*La Brute*, 1951), *La dama del circo* (*La dame du cirque*, 1962), *El castillo del payaso* (*Le château du clown*, 1977), *La justiciera* (*La justicière*, 1978), o *La vengadora* (*La vengeresse*, 1982).